LEON BLOY

EXÉGESIS DE LUGARES COMUNES

MUNDO MODERNO

Título del original francés,

EXÉGÈSE DES LIEUX COMMUNS

Traducción de **José Mazzanti**

Hecho el depósito que determina la ley

Impreso en la Argentina Printed in Argentina

LEON BLOY

EXEGESIS
DE
LUGARES COMUNES

EDITORIAL MUNDO MODERNO

Casilla de Correo 3362
Buenos Aires

SERIE PRIMERA

PROLOGO

COMIENZO *este libro hoy, 30 de septiembre, bajo la invocación de San Jerónimo, autor de la* Vulgata, *bedel de los profetas e inventariador de los lugares comunes eternos. ¿Significa esto faltar al respeto a este sorprendente doctor, a quien la Iglesia honró con el título de* Maximus *y el Concilio de Trento declaró implícitamente notario del Espíritu Santo? No lo creo. ¿De qué se trata, en efecto, sino de arrancar la lengua a los imbéciles, a los temibles y definitivos idiotas de este siglo, como hizo San Jerónimo al imponer silencio a los pelagianos y luciferinos de su tiempo? ¡Qué sueño conseguir por fin el mutismo del burgués!*

La empresa, lo sé, ha de parecer harto insensata. No pierdo, sin embargo, la esperanza de demostrar que su realización es fácil, y hasta agradable.

El verdadero burgués, vale decir —en un sentido moderno y tan general como es posible— el hombre que no hace ningún uso de la facultad de pensar y que vive o parece vivir sin sentirse un solo día solicitado por la necesidad de comprender cosa alguna, el auténtico e indiscutible burgués, está necesariamente limitado, en su lenguaje, a un limitadísimo número de fórmulas. El repertorio de las locuciones patrimoniales que le bastan es tan extremadamente exiguo, que no va más allá de algunas centenas. ¡Qué paradisíaco silencio caería de inmediato sobre nuestro globo consolado si un bendito tuviera la gracia de arrebatarle ese humilde tesoro!

Cuando un burócrata o un fabricante de tejidos dice, por ejemplo, que "nadie se rehace", que "no es posible tenerlo todo", que "los negocios son los negocios", que "la medicina es un sacerdocio", que "París no fué hecho en un día", que "los niños no piden venir al mundo", etc., ¿qué sucedería si se le probara en el acto que cualquiera de esos clisés seculares corresponde a alguna Realidad divina y tiene el poder de hacer vacilar a los mundos y de desencadenar tremendas catástrofes?

¿Cuál no sería el terror del cervecero o el vendedor de baratijas, qué angustia no asaltaría al farmacéutico o al contramaestre de puentes y caminos si tuvieran de pronto la evidencia de que expresan, sin saberlo, cosas absolutamente excesivas; la evidencia de que tal o cual palabra que acaban de proferir, tras de haberlo hecho centenares de millones de otros acéfalos, ha sido realmente arrebatada a la Omnipotencia creadora, y que, si llegara cierta hora, esa palabra podría muy bien hacer brotar un mundo? . . .

Parece, sin embargo, que un profundo instinto los pusiera sobre aviso. ¿Quién no ha advertido, en efecto, la prudencia cautelosa, la discreción solemne, el morituri sumus *de esa buena gente cuando enuncia las enmohecidas sentencias que le fueron legadas por los siglos y que transmitirá a sus hijos?*

Cuando la partera dice que "el dinero no hace la felicidad" y el tripero le contesta con astucia que "sin embargo contribuye a ella", estos dos augures tienen el presentimiento infalible de intercambiar secretos *preciosos, de revelarse recíprocamente arcanos de vida eterna, y sus actitudes corresponden a la inexpresable importancia de esta negociación.*

Harto fácil es decir lo que parece ser un lugar común. Pero, podrá decir lo que en realidad es? He ahí por que me he encomendado a San Jerónimo. Este gran personaje no sólo fué el depositario de la Palabra que no cambia, de los Lugares Comunes llenos de rayos de la Santísima Trinidad, sino, sobre todo, su intérprete, su comentador inspirado. Con una autoridad más que humana enseñó que Dios ha hablado siempre de Sí mismo *exclusivamente, bajo las formas simbólicas, parabólicas y similitudinarias de la Revelación por la Escritura, y que ha dicho siempre* lo mismo *de mil maneras.*

Espero que este doctor sublime se dignará favorecer con su asistencia a un libelista de buena voluntad, para quien sería una gran dicha disgustar una vez más al populacho de Nínive, eternamente "incapaz de distinguir su derecha de su izquierda", y de disgustarlo hasta el punto de desencadenar cóleras desconocidas.

Conseguiría esto, sin duda, si no me fuera negada la celeste gracia de demostrar, con la irrefutable argumentación de una dialéctica de bronce, que los más simples burgueses son, sin saberlo, horrendos profetas que no pueden abrir la boca sin conmover a las estrellas, y que los abismos de la Luz son invocados de inmediato.

I

Dios no pide tanto

¡Qué epígrafe para un comentario del código civil! Pero broma tan simple hay que dejarla caritativamente a los señores periodistas o a los alguaciles. El caso es grave.

¿No llena de estupor pensar que cosa semejante sea dicha millones de veces cada día a la faz escarnecida de un Dios que pide, sobre todo, ser "devorado"? Lo desconcertante del regateo perpetuo que implica este lugar común, es que pone de manifiesto la falta de apetito de un mundo que se halla, sin embargo, afligido por el hambre y reducido a nutrirse de su propia inmundicia.

Sería pueril hacer notar que esta fórmula, mucho más misteriosa de lo que se creería, carga todo sobre la palabra *tanto*, cuyo valor abstracto está siempre a merced de un cartabón facultativo que jamás es divulgado. Esto depende, naturalmente, de la altura de las almas.

Pero como toda negación propende a la nada, no es temerario sacar en conclusión que el impreciso *pedido* de Dios equivale a eso y que, al final de cuenta, no teniendo ese Dios nada que pedir a adoradores que pueden limitar indefinidamente su celo, nada tiene que hacer en adelante de su Ser o de su Substancia y debe necesariamente desvanecerse. ¿Qué importa, en efecto, que se tenga una noción de Dios, sea lo que fuere? Dios *no pide tanto:* he ahí el punto esencial.

Cuando exhorto a la señora Alaric, mi planchadora, a que no prostituya a su hija menor, como prostituyó a las cuatro mayores, o cuando tímidamente le propongo a mi casero, el señor Dubaiser, el ejemplo de algunos santos que no creyeron indispensable para el equilibrio social la condena a muerte de las criaturas, y esas dignas personas me contestan: "Somos tan religiosos como usted, pero Dios no pide tanto", no me queda sino reconocer que son muy amable al no agregar: "al contrario", por mucho que éste sea, evidente y necesariamente, el fondo de su pensamiento.

Tienen razón, sin duda, pues la lógica de los lugares comunes

es implacable. Si Dios no pide tanto, está obligado, como una consecuencia incontrastable, a pedir cada vez menos, repito, y finalmente, *a rechazarlo todo*. Y suponiendo que le quede todavía un poco de vida, se verá entonces en la apremiante necesidad de dejar que se viva como los cerdos y de lanzar el resto de su rayo sobre los puros y sobre los mártires.

Los burgueses, por lo demás, son demasiados adorables para no convertirse ellos mismos en dioses. A quienes les corresponde pedir es a ellos, sólo a ellos. Todos los imperativos les pertenecen, y es seguro que el día que pidan *demasiado* será precisamente el día mismo en que ellos adviertan que no han pedido bastante...

—¡Pues yo pido vuestra piel, sucia canalla! — dirá entonces Alguien.

II

Nada es absoluto

Corolario del precedente. La mayor parte de los hombres de mi generación pasamos nuestra infancia oyendo eso. Cada vez que, ebrios de asco, buscábamos un trampolín para evadirnos dando arcadas, el burgués, armado de ese rayo, nos salía al paso. Nos veíamos entonces, necesariamente, en el trance de reintegrarnos al provechoso *relativo* y a la prudente inmundicia. Casi todos, afortunadamente, terminaban por habituarse, convirtiéndose, a su vez, en olímpicos.

¿Saben, sin embargo, esos bebedores de un sucio néctar, que no hay mayor audacia que dar contraorden a lo irrevocable y que esto implica la obligación de ser uno mismo algo semejante al Creador de una nueva tierra y de nuevos cielos?

Evidentemente, si se da palabra de honor de que "nada es absoluto", la aritmética se torna al punto exorable y la incertidumbre se cierne sobre los axiomas más incontrovertibles de la geometría rectilínea. De inmediato se pregunta uno si es preferible estrangular o no estrangular a su padre, tener veinticinco céntimos o setenta y cuatro millones, recibir puntapiés en el trasero o fundar una dinastía. Sucumben, en fin, todas las identidades. Deja de ser

absoluto que tal relojero, orgullo de su familia, que nació en 1859, tiene hoy sólo cuarenta y tres años y no es el abuelo de aquel decano de nuestros embaucadores que fué engendrado durante los Cien Días, y sería asimismo temerario sostener que una chinche es exclusivamente una chinche y que no debe aspirar al escudo nobiliario.

En tales circunstancias, hay que convenirlo, se impone el deber de crear el mundo.

III

Lo mejor es enemigo de lo bueno

Esta vez, lo confieso, el título de mi libro me abruma y estoy furiosamente tentado de bajar de la cátedra. *Exégesis* significa, ¡ay de mí!, explicación, y he aquí que un monstruo de lugar común se me aparece en el camino de Tebas. Acaso jamás le fué propuesto a un Edipo enigma más difícil.

Veamos, sin embargo.

Si lo mejor es enemigo de lo bueno, lo bueno tiene que ser, necesariamente, enemigo de lo mejor, pues las abstracciones filosóficas no conocen el perdón, y menos la humildad. Un hombre puede responder al odio con el amor; una idea, jamás, y cuanto más excelente es ella, más se muestra obstinada.

Se afirma, pues, implícitamente, que lo bueno tiene horror a lo mejor y que un odio feroz los separa. Están *eternamente* en trance de devorarse el uno al otro. Pero, entonces, ¿qué es lo bueno y qué es lo mejor y cual el origen de su conflicto? ¿Qué significa ese maniqueísmo gramatical? ¿Es *bueno,* por ejemplo, ser un tonto y *mejor* tener genio? Cuando se dice que Dios hizo todo lo mejor posible, ¿debe entenderse que no hizo nada bueno? ¿En qué caverna metafísica se han declarado la guerra ese comparativo y ese positivo? Es para volverse loco.

—¡Veamos! —me digo a mí mismo, oprimiéndome la cabeza entre las manos—. Un poco de calma, amigo mío, que acaso encontremos el hilo. Hemos dicho o hemos oído decir que lo mejor es enemigo de lo bueno, ¿no es así? Y bien: ¿qué enemigo tiene

lo bueno sino lo malo? *Ergo,* lo mejor y lo malo son idénticos. He aquí que la luz empieza a hacerse...

Sí, pero si lo mejor es verdaderamente lo malo, tenemos que reconocer forzosamente que lo bueno, a su vez, es también lo Malo, pues todos los hombres confiesan que es *mejor* que lo Malo, que es lo mejor, de donde se inferiere que es *mejor* que lo mejor, que resultaría entonces lo Peor...

¡Basta! Ariadna me abandona y oigo mugir al Minotauro.

IV

EL HOSPITAL NO SE HA HECHO PARA LOS PERROS

Este lugar común, no hay para qué decirlo, es una antífrasis. Al siempre suave y amable burgués le resulta grato emplear esta forma griega de la glosa confabulatoria. Tendremos oportunidad de señalarlo más de una vez.

Hay que leer, pues, categóricamente: *el hospital se ha hecho para los perros.* En este sentido, que es el verdadero, el burgués habla como un Dios. Los simples hombres no podrían decirlo tan bien.

Abro la *Sylva allegoriarum* del hermano Hieronymus Lauretus, sabio infolio impreso en Lyón, en 1622, por cuenta de Barthélemy Vincent, bajo el signo de la Victoria, y encuentro esto en la palabra *Canis*: "El perro es un animal al servicio del hombre para alegrarlo con su compañía y sus caricias. Ladra a los extraños. Es inmundo, muy rabioso y extremadamente lúbrico. Es guardián de los rebaños y persigue a los lobos. Es voraz y carnívoro".

La ciencia moderna, a la que el género humano le debe tantos útiles descubrimientos, presume, además, que el perro es cuadrúpedo y que carece de voz articulada. Pero no hay por qué detenerse en estas hipótesis. Por lo demás, hay perros y perros, según es sabido.

El perro para el cual se ha hecho el hospital es el carnívoro, el inmundo carnívoro agobiado por la vejez o la enfermedad, cuya compañía ha dejado de ser grata, que no es ya capaz de furia al-

guna, que ha perdido la fuerza para ladrar y al cual, amenazado por los dientes de los lobos, el rebaño está, a su vez, encargado de *guardar*.

¿A qué otro perro, pregunto yo, le estarían destinados esos admirables asilos donde se revienta, con tanto consuelo, en brazos de la asistencia pública? El verdadero, el único, el auténtico perro, sea cual fuere el número de sus patas o la fuerza de sus ladridos, es éste que ya no puede ser *útil*. Para él, exclusivamente, funciona la Administración de las tetas como garfios, que se amamanta ella misma con la sangre los agonizantes. El ecuánime burgués lo ha querido así. ¿No es él el amo? ¿No es él el Dios de los vivos y el Dios de los muertos? Desde que el código de Napoleón lo promovió en reemplazo de Jehová, nadie lo juzga y él hace exactamente lo que le place. Y he aquí que le place ser el Dios de los perros.

V

La pobreza no es un vicio

Otra antífrasis. ¿Quiere usted explicarme, mi estimado propietario, a qué se llama *vicio* o crimen, si la pobreza no lo es?

Creo haber dicho muchas veces que la pobreza es el único vicio, el único pecado, el sin par delito, la irremisible y singularísima prevaricación. ¿No es esa vuestra opinión, preciosas disolutas que juzgáis al mundo?

Proclámese, pues, una vez por todas que la infame pobreza es el más grave exceso del cinismo, el grito supremo de una conciencia desesperada de tener que confesarlo, y que no hay para ella castigo expiatorio.

El *deber* del hombre consiste de tal manera en ser rico, que la presencia de un solo pobre clama al cielo, como la abominación de Sodoma, y despoja a Dios mismo, obligándolo a encarnarse y a vagabundear escandalosamente sobre la tierra, sin más vestidos que los andrajos de sus Profecías.

La indigencia es una impiedad, una blasfemia atroz, cuyo horror no es posible expresar y que hace retroceder al mismo tiempo a las estrellas y al diccionario.

¡Ah, qué mal se interpreta el Evangelio! Cuando se lee que "antes pasará un camello por el ojo de una aguja que entrará un rico en el reino de los cielos", hay que ser ciego para no ver que esta sentencia sólo excluye al camello, puesto que todos los ricos, sin excepción, se hallan ya de hecho instalados en sillas de oro en el Paraíso, siéndoles, por lo mismo, absolutamente imposible, en efecto, entrar en un lugar donde ya están desde siempre. Corresponde, pues, a los camellos pasar ante la puerta por el ojo de la aguja y arreglarse como puedan. No hay razón para preocuparse con otra cosa.

Este lugar común certifica, mejor que otro alguno, el pudor sublime del burgués. Es un velo que extiende generosamente, con la divina sonrisa de los ayudantes de anfiteatro, sobre la más horrible úlcera de la humanidad.

VI

Nadie es perfecto

El viejo había recibido un número suficiente de puñaladas, y Esculapio Nupcial, una vez que comprobó que había exhalado eso que se ha dado en llamar el último suspiro, pensó que le convenía procurarse alguna diversión. Estimaba, como hombre juicioso, que la cuerda no debe estar siempre en tensión, que es prudente darse de tanto en tanto un respiro y que todo sacrificio merece su recompensa.

Había tenido la suerte de echar mano a una fuerte suma. Dichoso de vivir y con la conciencia delicadamente perfumada, marchaba al azar, respirando con delicia el oloroso aliento de la tarde.

Era la primavea, no la equívoca y reumática primavera del equinoccio, sino el florecimiento capitoso de comienzos de junio, cuando Cástor y Pólux retroceden ante Cáncer.

Esculapio, inundado de impresiones suaves y húmedos en llanto los ojos, se sentía evangélico. Deseaba la dicha del género humano, la fraternidad de las bestias feroces, la protección de los oprimidos, el consuelo de los que sufren.

Su corazón, lleno de indulgencia, se inclinaba hacia los indigentes. Derramaba en las manos tendidas la abundante moneda de cobre que colmaba sus bolsillos. Hasta entró en una iglesia y tomó parte en la plegaria que recitaba un rebaño de fieles. Adoró a Dios, diciéndole que amaba a su prójimo como a sí mismo. Rindió gracias por los bienes que había recibido, reconociéndose salido de la nada. Rogó que le fuesen disipadas las tinieblas que le ocultaban la fealdad y la malicia del pecado e hizo un escrupuloso examen de conciencia, descubriendo que había en él imperfecciones tenaces, persistentes defectillos: movimientos de vanidad, impaciencias, distracciones, omisiones, juicios temerarios y poco caritativos, etc., pero sobre todo pereza y negligencia en el cumplimiento de los *deberes de su estado*. Se prometió, finalmente, ser en adelante menos frágil, imploró el socorro del cielo para los agonizantes y para los viajeros, pidió, como conviene, ser protegido durante la noche, y penetrado de estos sentimientos, se dirigió al lupanar más próximo.

Porque prefería los placeres honestos. No era uno de esos hombres que se dejan arrastrar fácilmente a las disipaciones frívolas. Se inclinaba más vale hacia el rigor, salvándose apenas de caer en una gravedad ridícula.

Como no tenía oficio, mataba para vivir, que es lo que hace la mayor parte de la gente honrada; pero al contrario de tantos otros, no se vanagloriaba de tan lisonjera profesión. Prefería el silencio. Semejantes al convólvulo, las flores de su alma sólo se abrían en la penumbra.

Mataba a domicilio, amablemente, discretamente y con la mayor decencia del mundo. La suya era, si puede decirse, una faena primorosamente ejecutada. No prometía lo que no podía cumplir. Mejor dicho, no prometía nada. Pero sus clientes jamás se quejaban.

En cuanto a las lenguas venenosas, lo tenían sin cuidado. *Hacer el bien y dejar que hablen*: tal era su lema. El testimonio de su conciencia le bastaba.

Hombre de interior antes que nada, no concurría sino raramente a los cafés, y los mismos malévolos se veían obligados a reconocer que, fuera del lupanar, alternaba con muy poca gente.

En esa hospitalaria casa había puesto su dilección en una joven ligeramente vestida, que hacía prosperar el establecimiento y cu-

ya precocidad de virtuosa movía al entusiasmo. Apenas salida de la infancia, numerosos salones la habían ya admirado.

El dichoso Esculapio había tenido el arte de hacerse amar por ella, y el tiempo parecía "suspender su vuelo" cuando esos dos seres se inclinaban el uno hacia el otro, sobre el lago místico.

En cuanto aparecía su querido Cucú, la encantadora Lulú se desentendía de toda otra cosa, y con frecuencia se había visto obligado a hacerla volver él mismo, con mano firme, al sentimiento profesional de su arte, cuando los viejos caballeros se impacientaban. Ella le daba, a la vuelta, indicaciones preciosas...

Ambos ponían juiciosamente a buen recaudo bonitas sumas. Como el aire y la luz bastaban para su *toilette* cotidiana, que era muy sencilla y de perfecto gusto, Lulú no gastaba casi nada. Hasta entreveían ya la recompensa, el amable porvenir que les esperaba en el campo, en una rústica casita rodeada de lilas y rosas, que alguna vez comprarían, y la tranquila vejez con que la Providencia recompensa a aquellos que han luchado valientemente.

Sí, sin duda, pero, ¡ay!, ¿quién podría decir cuán vanas son las esperanzas de los hombres?

Lo que sigue es sumamente doloroso.

Aquella noche, Esculapio no apareció. En la casa se sufrió más de lo que podría decirse. La pobre Lulú, primero febril, después agitada y finalmente hosca, dejó de agradar. Un notario belga, que se había alzado con los fondos de sus clientes, recibió de ella, ante el asombro de los espectadores, un par de sonoras bofetadas.

El escándalo fué enorme y el descrédito pareció inminente. Pero ella no quería "oír nada ni a nadie". Exaltada por la inquietud hasta el delirio, llevó su menosprecio a las conveniencias al extremo de abrir una ventana que se hallaba clausurada desde el último 14 de julio, y en el gran silencio de la noche, con una voz terrible, llamó a su Cucú. Algunos pastores protestantes tomaron las de Villadiego, no sin haber expresado antes su indignación, y al día siguiente los diarios graves pronosticaron el fin del mundo.

Esculapio, me apena decirlo, andaba de juerga. Una serpiente se había cruzado en su camino.

Cuando entraba juiciosamente en el aprisco del amor, fué abordado por un camarada de la infancia a quien no veía desde hacía diez años y que consiguió hacerlo echar, por primera vez en la vida, una cana al aire. Ignoro de qué sofismas se valió ese

amigo funesto para desviarlo de la estrecha senda de la virtud, pero se embriagaron hasta el punto que, hacia la aurora, el descarriado amante de la gemebunda Lulú tomó un coche para volver a casa del interfecto en busca del *Combate espiritual,* que recordaba haber olvidado allí la víspera y cuya lectura consideraba indispensable para su progreso interior.

El fiel compañero de la noche lo condujo, como de la mano, hasta la alcoba del muerto, donde el comisario de policía lo esperaba amablemente.

He ahí cómo una sola flaqueza tronchó dos carreras.

Nadie es perfecto.

VII

Los deshonestos temen la luz

¿Y los honestos no, por ventura? ¿O es que alguien piensa que la luz los tranquiliza? ¡Ah! Si la luz no hubiera sido creada todavía, no sé lo que harían los bribones, pero sé muy bien lo que harían los honestos.

Ciertamente no se ve muy claro en nuestro planeta, donde los más clarividentes van a tientas. Con todo, se ve demasiado, puesto que todo el mundo se oculta. ¿Qué sucedería si la ciencia, tan admirada por Zola y tan digna de la admiración de semejante cerebro, llegase a lanzar un nuevo *rayo* que iluminara los corazones? ¿No es evidente que todo negocio se haría de inmediato impracticable, imposible? Se acabarían el comercio, la industria, las alianzas políticas, la medicina, la farmacia, la cocina, los procesos, los matrimonios, los entierros, los testamentos, las "buenas obras" de cualquier clase. Se acabaría, en fin, hasta el amor. *La gente honrada dejaría de nacer...* Los únicos que no dejarían de funcionar en el hervidero humano son los que "temen la luz", vale decir, los deshonestos. ¡Qué extraño desorden!

Pero la verdad es que pronto sucumbirían también éstos, pues se convertirían ellos mismos, por la fuerza de las cosas, en honestos, para suceder a los desaparecidos, y las dos especies que forman la totalidad del género se desvanecerían, sucesivamente

exterminadas por la luz, como esos colores frescos y brillantes que el sol devora, como suele decirse, en su desayuno.

Esperemos que estas desgracias no han de llegar y que los deshonestos lo mismo que los honestos, los que "temen" la luz no menos que los que se limitan a encontrarla indiscreta, continuarán *rechazándose* bajo el azul del cielo, sacando provecho los unos de los otros en el cuadro poético de los ujieres, los gendarmes y las hortalizas. La armonía universal lo exige.

VIII

Los niños no piden venir al mundo

Paul Bourget, eunuco por vocación y uno de los adeptos más ilustre del lugar común, se ha tomado el trabajo de recomendar éste. No les haré a mis lectores el ultraje de recordarles el título del vigoroso libro vertebrado con esta fórmula.

Parece cierto, efectivamente, que *los niños no piden tanto.* Es su manera de mantenerse en estado divino y a ello se debe, sin duda, la simpatía que suelen despertar a veces en el alma religiosa del burgués, que quiere, sobre todo, que no se le pida nada.

Confieso, por mi parte, que la sola idea de un niño que pidiera nacer resulta para mí desconcertante. Me es más fácil comprender al profeta Jeremías cuando lamenta que su madre no lo hubiera llevado eternamente en su seno, sin poder echarlo jamás al mundo. Sin embargo, si se trata del nacimiento de un burgués... o de un psicólogo, la impaciencia, en rigor, puede concebirse.

Este lugar común no me parece, pues, admisible como axioma y mucho me temo que Paul se haya dejado llevar más lejos de lo conveniente, siguiéndole la pista a algún receptor de contribuciones o a algún jefe de registro civil demasiado temerario. Hasta estaría por creer, con el fétido Schopenhauer, que todos los niños, sin excepción, *piden* venir al mundo, lo que explicaría los desatinados transportes del amor.

No hay para qué decir que me abstengo absolutamente de rozar en esta circunstancia toda idea religiosa que pueda referirse a la Presciencia divina o a la Predestinación, que la perspicacia del

burgués desdeña. Cuéntase que San Columbano oía la voz de las criaturas que lo llamaban desde el seno de sus madres. Mi peluquero jamás ha oído nada semejante.

Volviendo a la hipotética alegación del precitado pedante, creo conveniente conjeturar que si los niños, aun los de los burgueses, no piden precisamente nacer, por lo menos sugieren a sus padres su horror instintivo a una virginidad o a una continencia que se opondrían a su entrada en el mundo de los vivos.. No sé si me hago entender. En todo caso, eso bastaría para invalidar la fórmula.

Pero cuando un notario afirma, con gesticulación bilateral, que "los niños no piden venir al mundo", eso no puede significar, prácticamente, sino dos cosas: o que hay que renunciar a engendrarlos, o que hay que matarlos antes del nacimiento, en salvaguardia de la familia y de los bien entendidos intereses de los herederos. Jamás debe entenderse, por ejemplo, así se desplomen los cielos, que el bastardo salido del vientre de una infeliz tiene derecho alguno a la piedad de un procreador que hasta le está estrictamente vedado averiguar quién es. He ahí todo, absolutamente todo.

¡Y piénsese, después de esto, que este delicioso mundo fué rescatado, hace diecinueve siglos, por un *Niño* que desde toda la eternidad había pedido nacer!

IX

Hay que comer para vivir

—Yo no pido otra cosa que comer —dice un pobre diablo—. Aunque la vida no es agradable, necesito llevar algo a la boca. Los perros comen y viven. Los que no tienen la suerte de ser mantenidos por un amo, se alimentan lo mismo con excelentes desperdicios que bastan para su vida de perros. Yo no puedo. Tengo la desgracia de pertenecer a la raza humana y de estar favorecido con una frente sublime que debe alzarse constantemente a los astros. No tengo olfato de perro y la carroña me queda en el estómago...

He oído decir que en otros tiempos había un Alimento para los pobres y que los muertos de hambre tenían el recurso de co-

mer a Dios para vivir eternamente. Uno se arrastraba, llorando lágrimas del Paraíso, de una capilla de confesor a una cripta de mártir y de un santuario milagroso a una basílica llena de gloria, por caminos colmados de peregrinos que mendigaban el Cuerpo de Salvador. Este alimento único les *bastaba* a algunos bienaventurados, cuya languidez tenía el poder de curar todas las languideces y, a veces, de resucitar a los muertos. Todo eso está lejos, terriblemente lejos...

Hoy, el Burgués ha reemplazado a Jesús, ¡y hasta los cerdos retrocederían ante su cuerpo!

X

No es posible vivir sin dinero

In—con—tes—ta—ble—men—te. Y tanto, que cuando se carece de él hay que apoderarse forzosamente del ajeno. Lo cual, por otra parte, puede hacerse con mucha lealtad.

—Yo no obligo a nadie —hace observar amablemente un prestamista al ciento cincuenta por ciento—, pero es necesario que *el dinero trabaje,* y tengo mis riesgos.

Vivir sin dinero es tan inconcebible para este hombre justo como vivir sin Dios para un solitario de la Tebaida. Y los dos tienen razón, puesto que su objeto es idéntico, indeciblemente idéntico. Probado ya, según lo he hecho, que no hay posibilidad de vivir sin comer, es poco menos que ocioso tomarse el trabajo de demostrar la vital necesidad del dinero: *¡Comer el dinero!,* aullan en coro los padres de familia, y esta locución metonímica es realmente luminosa. ¿Qué podría comerse, en efecto, si no se comiera el dinero? ¿Existe en el mundo cosa alguna que sea más comible? ¿No está claro como la luz del día que el Dinero es, precisamente, ese mismo Dios que quiere que se lo devore y que hace vivir, el Pan viviente, el Pan que salva, el Trigo Candeal de los elegidos, el Alimento de los Angeles, al mismo tiempo que el Maná escondido que los pobres buscan en vano?

Por mucho que el burgués, que lo sabe casi todo, no penetre ese misterio, y por mucho que el sentido de la palabra "vivir" no le resulte claro, el dinero, sin el cual no es posible vivir, según sostiene, es para él *una cuestión de vida o muerte.*

Lo esencial es eso, y que él lo posee. Si no lo come él mismo ya lo comerán otros después, eso es seguro. Pero desafío a que se me demuestre que cuando el burgués profiere esas tremendas palabras no parece un verdadero profeta y no afirma a Dios con una fuerza infinita. *Trahitur sapientia de occultis.*

XI

Hacer trabajar el dinero

Este lugar común, según acaba de verse, sale del precedente, como la abeja sale de la flor. El zarandeado precepto de hacer trabajar al dinero, es, en el fondo, más *teológico* que económico, en virtud de una consecuencia necesaria de la identidad que acabo de traer a colación.

Trabajar, en el sentido de la voz latina *laborare,* significa sufrir. Se hace, pues, sufrir al Dinero, que es Dios. Y se lo hace sufrir, naturalmente, con la más abundante ignominia. Con excepción de los escupitajos — porque el burgués "no escupe al dinero"— ningún oprobio le es ahorrado. Hasta se lo hace *sudar.* Se lo hace sudar la sangre de los pobres en la agonía de trabajos de muerte.

Hay multitudes que revientan en las usinas y en negras catacumbas para que las vírgenes engendradas por exquisitos capitalistas puedan exhibir ufanas "la misteriosa sonrisa de la Gioconda". ¡Y a eso se llama *hacer trabajar al dinero!*

...Y el Rostro pálido de Cristo es más pálido en el fondo de los pozos y entre el fuego.

XII

Los negocios son los negocios

De todos los lugares comunes, generalmente tan respetables, tan severos, he aquí, a mi juicio, el más grave, el más augusto. Es el ombligo de los lugares comunes, el evangelio del siglo. Pero hay que entenderlo, y esto no es dado indistintamente a todos

los hombres. Los poetas, los artistas, por ejemplo, lo entienden mal. Los que arcaicamente son llamados héroes, y hasta los santos, no lo entienden en absoluto

El negocio de la salvación, los negocios espirituales, los negocios del estado, hasta los negocios civiles, son negocios que podrían ser otra cosa, pero no son *los* Negocios, que no son ni pueden ser otra cosa que los Negocios, sin atribución ni epíteto.

Dedicarse a los negocios es estar en lo absoluto. Un hombre exclusivamente de Negocios en un estilita que jamás desciende de su columna. No debe tener pensamientos, sentimientos, ojos, oídos, olfato, gusto, tacto ni estómago más que para los negocios. El hombre de negocios no conoce padre, ni madre, ni tío, ni tía, ni hijos, ni belleza, ni fealdad, ni inmundicia, ni calor, ni frío, ni Dios, ni demonio. Ignora completamente las cartas, las artes, las ciencias, las historias, las leyes. No debe conocer ni saber otra cosa que los Negocios.

—Ustedes tienen en París la Sainte Chapelle y el museo del Louvre, sí, desde luego; pero nosotros, en Chicago, matamos ochenta mil cerdos por día...

El que dice esto es verdaderamente un hombre de negocios. Pero hay otro que lo es más aún: el que vende esa carne de cerdo, y ese vendedor, a su vez, es sobrepasado por un comprador profundo, que emponzoña con ella todos los mercados europeos.

Sería imposible decir con precisión qué son los negocios, divinidad misteriosa, algo así como la Isis de los patanes, que suplanta a todas las demás divinidades. No basta, para desgarrar el velo, hablar, aquí o en otra parte, del dinero, del juego, de la ambición, etc. Los negocios son los negocios como Dios es Dios, vale decir, al margen de todo. Los negocios son lo Inexplicable, lo Indemostrable, lo Incircunscrito, hasta el punto que basta enunciar este lugar común, para acallar de inmediato los vituperios, las cóleras, las quejas, las súplicas, las indignaciones y las recriminaciones. Cuando se han dicho esas nueve sílabas, se ha dicho todo, se ha respondido a todo y no hay ya revelación alguna que esperar.

Los que buscan penetrar ese arcano, están, en fin, invitados a una especie de desinterés místico, y sin duda no está lejos la época en que los hombres olvidarán todas las vanidades del mundo y todos sus placeres y se ocultarán en las soledades para consagrarse enteramente, exclusivamente, a los *Negocios.*

XIII

La ley se hizo para mí

Era una familia cristiana a la manera de antes. El padre, excelente obrero y hombre honestísimo, aportaba religiosamente su salario a la casa, de cuyos quehaceres se ocupaba su animosa mujer. El hijo mayor, un hermoso muchacho de catorce años, acababa de iniciar su aprendizaje en un oficio y las dos niñas, la menor de las cuales se preparaba para la primera comunión, iban a una escuela de hermanas. Eran gentes humildes, de un extremado candor, que aspiraban a hacerse santos. Un alfiler arrojado sobre sus buenos intenciones, no hubiera caído en tierra.

Oraban en común, todas las mañanas y todas las noches. Iban juntos a los oficios los domingos y los días de fiesta, y siempre que les era posible, a una primera misa en la semana. Muchas veces leían historias de mártires o algún otro de esos raros libros que dan la vida. Algunas imágenes piadosas, detestables y enternecedoras, colgaban de las paredes: una *Virgen de la silla*, aplastada por mil quinientas piedras litográficas; un *Ecce Homo*, de Guido, puesto en colores por vidrieros bárbaros: un Gólgota aceptable y una *Santa Familia* adquirida en alguna feria.

Pero la reverenciada, la venerada, era una estampa equina y tutelar de León XIII. Esa caricatura atroz significaba para los pobres la presencia misma, sino del Hijo de Dios, de su vicario. Habían colocado a su lado un velador de color rosa, siempre encendido, y tenían el hábito de no pasar delante de ella sin decir una plegaria.

Jamás se vió gente más piadosa. Su devoción al Papa —a sus ojos Padre de los padres— era una cosa única, completamente simple, casi augusta. Hubieran dado su vida en este mundo y siglos de su reposo eterno, todo lo que puede ser dado, por ahorrar al Soberano Pontífice la menor zozobra, el más inocente ultraje.

La desgracia cayó sobre ellos y fueron abandonados como réprobos. El padre perdió la vida laminado por una máquina, en presencia del patrón, que no reclamó daños y perjuicios. El administrador del casero *desconocido* hizo desalojar a la familia, no

sin retener los muebles, inclusive la famosa imagen del sucesor de San Pedro. La madre, a su vez, murió de pena y agotamiento. En cuanto al hijo, se lo encontró cuatro años más tarde convertido en juez de su siglo y explotador de sus hermanas. Súpose entonces que el propietario que había consumado el naufragio de los suyos expulsándolos legalmente era un extranjero llamado Pecci y que ocupaba la Sede de Roma, para no hablar de la de Antioquía, que está en poder de los infieles y donde los discípulos de Jesús fueron llamados por primera vez cristianos.

Sí, Santísimo Padre, la *Ley*, está con vos, es vuestra.

Post scriptum. Como ninguna ley, ni siquiera teófoba, me obliga a escandalizar a los débiles, advierto, una vez por todas, que una de mis inclinaciones es expresarme por medio de *parábolas*, lo que manifiestamente ocurre en este caso. Cierto es que no podría dar la dirección de ninguna casa de renta que pertenezca a León XIII, pero podría nombrar *todas* las iglesias de Francia que un Inocencio III o un Gregorio IX hubieran, hace ya mucho, castigado con el gran Interdicto, por el hecho monstruoso y que compromete horriblemente al vicario del Dios de los pobres, de que los menesterosos son invariable e ignominiosamente expulsados de ellas.

XIV

No es posible tenerlo todo

Por supuesto, sobre todo cuando uno tiene ya la ley para sí, como acabamos de decir. Pedir el resto de añadidura, sería querer adueñarse del mundo. Y el burgués es como Dios, *no pide tanto.* Despreciador del infinito y de lo absoluto, sabe limitarse. ¿Quién mejor que él para eso? Su única preocupación, su empeño constante desde la infancia ¿no es, por ventura, poner límite a todo?

Y adviértase la moderación de este lugar común. No dice que *no debe,* sino que *no puede.* El burgués debería tenerlo todo, puesto que todo le pertenece, pero no puede tomar todo, apoderarse de todo, pues tiene brazos demasiado pequeños. "Miseria de gran señor, dijo Pascal, miseria de rey desposeído".

Cuando a un pedido imprevisto mi tendero, con una amable sonrisa, me responde que "no puede tenerlo todo", el digno hombre seguramente piensa que sólo ha exhalado un modesto eructo.

A mí, en cambio, me parece haber oído la lamentación enorme de Prometeo...

¡No tenerlo todo! ¡Qué infortunio! ¿Cómo es posible, me pregunto, que estas palabras , que parecen una recriminación sobrenatural proferida constantemente por millones de bocas sublimes dirigidas a los astros, no provoquen algún quebrantamiento en los cielos?

XV

Todo el mundo no puede ser rico

Menos absoluto en apariencia que el anterior, éste tiene la ventaja de una mayor precisión. En cuanto al fondo, identidad perfecta. Conviene, pues, acercarlos, ponerlos en contacto, haciendo notar que ambos despiertan los mismos sentimientos y los mismos pensamientos.

Porque ha llegado el momento de proclamarlo: el lenguaje de los lugares comunes, el más sorprendente de cuantos existen, se singulariza por la particularidad admirable de decir siempre la misma cosa, a la manera del de los profetas. Y como los burgueses, de quienes ese lenguaje es privilegio, no tienen a su servicio sino un pequeño número de ideas, según corresponde a sabios que han reducido al mínimo el funcionamiento del intelecto, encuentran necesariamente cada una de ellas en todos los cruces de sus treboli-l'os, en cada vuelta de su carrete. Compadezco a los que no comprenden la belleza que hay en esto. Cuando una burguesa dice, por ejemplo: "Yo no vivo en las nubes", téngase por seguro que quiere decirlo todo y que lo dice todo, absolutamente y para siempre.

Esas siete palabras: "Todo el mundo no puede ser rico", parecen nada, y en realidad nada son. Intentad reemplazarlas, sin embargo. Tratad de expresar de una manera nueva la vigorosa idea de que todo el mundo no puede tener en las faltriqueras una

gran cantidad de monedas de cinco francos, vale decir, pertenecer a la clase burguesa, que tiene, ya que no todo, por lo menos el dinero. Tratad de echar abajo ese lugar común con el hallazgo de una fórmula que no ha sido utilizada aún. ¡Y bien! Buscad, profundizad, registrad, revolved. Encontraréis tal vez la Ilíada, pero no eso. ¡Es para llorar de admiración!

XVI

Hay que morir rico

Este es más bien belga, pero ¡qué magnífico! Por lo demás, está destinado a convertirse en francés el venturoso día en que Francia sea finalmente anexada por ese pueblo espiritual.

¡Morir rico! ¡Voto heroico! ¡Desideratum prodigioso! ¿Qué son, junto a él, los mandamientos de Dios y los de la Iglesia, los Dolores del Redentor y la Compasión de María, la sangre de dieciocho millones de mártires y los éxtasis de los santos? La verdadera bienaventuranza es morir en el pellejo de un cerdo, y el mismo San Pablo, de haber conocido a los belgas, hubiera tenido que convenir en ello.

Ante este lugar común grandioso, que define tan claramente el alma de un pueblo, me siento casi avergonzado y temeroso de continuar mi Exégesis. Pobre como una rata y presumiblemente llamado a morir como tal, ¿quién soy yo para afrontar tan temibles arcanos y dónde conseguir la necesaria audacia para seguir tratando estos temas que dan siempre la impresión de estar a punto de fulminar con el rayo? Pareceríame que pongo en movimiento las más terribles máquinas explosivas. ¿Quiénes son, pues, estos tremendos burgueses que tienen la atribución exclusiva de proferir habitualmente, día y noche, semejantes palabras, sin morir de terror?

Post scriptum. El burgués tiene el invencible convencimiento de que los trapenses, *cuya regla es no hablar jamás,* no se encuentran una sola vez sin decirse: "Hermano, hay que morir". Es una de sus ideas más firmes. Esa y aquella referente a la famosa tumba que cada monje está obligado a cavar todos los días, para su uso personal, a razón de ocho horas de trabajo por

jornada, durante toda la duración de su vida religiosa, que es algunas veces de cincuenta años. El burgués es el Cinegiro de esas dos galeras. No las suelta.

Volviendo a la primera, quiero decir sólo que en Bélgica han puesto seguramente un agregado al texto francés. Los trapenses belgas deben murmurar al encontrarse: "Hermanos, hay que morir *rico*".

XVII

CUANDO SE ES DEL COMERCIO

Tenía paciencia por llegar aquí. Esta frase de uso frecuente es recomendable sobre todo por su extremada nobleza. Ser del comercio quiere decir, entre los burgueses, estar sentados en eminentes tronos para juzgar al mundo. Aristocracia junto a la cual todas las aristocracias son poco menos que boñiga. Si las cosas estuvieran en su lugar, las noblezas deberían honrarse en servirla muy humildemente. En cuanto a los artistas y a los últimos miserables que todavía hacen uso de la facultad de pensar, ¿quién puede decir qué ruines empleos habría que asignarles? Pero hay que tener paciencia.

¡Ser del comercio! He ahí lo que autoriza todo, he ahí lo que engloba todos los privilegios, todos los favores disponibles, todas las dispensas imaginables, todas las amnistías. Lo que a nadie y en ningún caso es permitido, se torna lícito, y hasta profesional, cuando se es del comercio. La famosa frase del gran rey de Esther: "La ley hecha para todos no es para ti", parece haber sido dicha en beneficio de aquellos que son, indistintamente, del comercio.

Poco importa lo que se vende. Lo mismo da que sea queso, vino, caballos, baratijas, quincalla, coronas de novias, carroña o roeduras de cualquier cosa. Basta que se venda algo, trátese de lo que se trate, y hasta que esté en venta sin ninguna probabilidad de que se venda, y que haya detrás libros de comercio, en un escritorio rodeado de una rejilla.

La mentira, el robo, el envenenamiento, la alcahuetería y la prostitución, la traición, el sacrilegio, la apostasía, son honorables,

cuando se es del comercio. "Boca abajo ante el cliente", decía cierta vez a uno de sus mozos, delante de mí, la dueña de un café: "siempre boca abajo cuando se es del comercio". Esta recomendación, ¿qué digo?, este precepto, que en otras circunstancias hubiera sido la expresión de la más abyecta ignominia, tenía en aquel momento algo de augural y parecía un vaticinio. Pocos gestos he visto tan majestuosos como el de aquella cajera que, oronda de entusiasmo y con la trompa al aire, señalaba imperiosamente el suelo con su índice extendido, en la actitud pictórica de una Isabel Túdor mostrando el cuello cercenado de María Estuardo. Ese día vi, como en un relámpago, la belleza misteriosa e irrevelable del comercio.

Seguidme con atención. Una cosa se vende o puede venderse, según haya o no haya comprador. Esa cosa es una ensalada, un medicamento, un cuchillo con virola, una prostituta de cuartel, poco importa. El vendedor es siempre un hombre prodigioso, un taumaturgo que tiene el poder de dar a Dios Padre lo que pertenece al Espíritu Santo, vale decir, de hacer entrar el Amor en la Fe y el Fuego en el Agua, lo que apenas puede ser comprendido.

Es bien sencillo, sin embargo. El Dinero, por el que se opera esta traslación, es el Redentor, o si se quiere, la imagen del Redentor. Pero he aquí que los comerciantes, herméticos por naturaleza, se ríen igualmente del Redentor, de la Redención, de las Tres Virtudes Teologales, de las Tres Personas divinas y, en general, de todo lo que puede ser concebido por el entendimiento humano.

¡Cuántas veces he recibido el consejo de "hacer comercio", vale decir, de escribir como un cerdo, para llegar —¡ay de mí!— a ser rico!

XVIII

No es posible rehacerse

Es una frase de fénix desalentado. Los jugadores la dicen algunas veces, pero sin convicción. Confieso mi embarazo.

¿Piensa verdaderamente el burgués que uno mismo no se rehace, que sólo rehace a los demás, o hay que creer en una ironía?

La ironía es poco probable. No se aviene con la gravedad de ese bonzo. Debe pensar seguramente que uno no se rehace, lo que parece duro. Pero ¿cómo lo entiende él? He ahí la cuestión. Con el burgués hay que estar siempre en expectativa de cualquier sorpresa, de cualquier revelación imprevista que lo voltea a uno, que lo aplasta, y de la cual es difícil recobrarse.

Desechemos de inmediato la hipótesis de la restauración negativa de las viejas osamentas de notarios o de sastres de medida. El burgués es demasiado ilustrado para desconocer los progresos de la ciencia, que tiene en él su natural Mecenas. Sabe que la ciencia no se detiene, que no se detendrá jamás y que acaso mañana volverá a poner al fuego, al fin encontrada, la marmita del viejo Esón. Seguramente no es eso lo que él tendría la audacia de negar.

¿Qué resta, entonces, y de la imposibilidad de qué renovación quiere hablar? ¡Ah! el burgués es impenetrable. He dedicado una parte de mi vida, seguramente la más hermosa, a buscar el sentido de este lugar común. No he podido sacar nada en limpio y creo que es preferible, a fe mía, declarar francamente que renuncio a ello.

XIX

La medicina es un sacerdocio

¡Ah, los sacerdocios! ¿Quién sería capaz de enumerarlos? Sacerdocio de la agricultura, de la magistratura, de la farmacia, del comercio, de la burocracia, de la política, de la enseñanza, de la espada, del periodismo, hasta, en fin, el muy antiguo de la prostitución, restituído en estos últimos tiempos a la condición de honroso. El único o casi único sacerdocio que ha dejado de ser tal es el sacerdocio religioso, formal y juiciosamente abolido por el burgués, que es experto en la materia, puesto que él mismo ha instituído todos los sacerdocios contemporáneos,

He tomado al azar la medicina, simplemente porque este sacerdocio es el primero que vino a mi memoria, y debemos confesar que es rudamente hermoso.

Un doctor que diariamente, antes del almuerzo, olfatea treinta o cuarenta orinales y palpa las carnes íntimas de otros tantos burgueses, tiene, lógicamente, procedimientos y modales distintos a los de un misionero que predica la Palabra de Dios a idólatras mal educados que probablemente lo comerán después de su discurso, tan distintos como lo son la redacción de una ordenanza y un mandamiento episcopal.

Cuando se oye decir que la medicina es un sacerdocio, hay que pensar con un piadoso temer que detrás de ese clero existe necesariamente un Dios inefable y todopoderoso y que uno debe arreglarse como puede para no confundirse con otros Dioses no menos inefables y todopoderosos situados, también ellos, detrás de otros tantos cleros. ¡Ah, los sacerdocios!

XX

Todas las opiniones son respetables

—Con tal que sean sinceras —aclara delicadamente el pescadero.

—Por supuesto —acepta con bonhomía la patrona del *Corne d'Or,* que acababa de comprar un poco de pescado fresco en putrefacción para sus pensionistas—. Por mi parte, soy partidaria de la libertad. Cada uno para sí y Dios para todos.

—Estoy con usted. ¡Eso es hablar! ¿No se lleva estos mejillones? Se los doy por nada, con tal de liquidarlos.

—No, gracias. Y me voy, que tengo apuro. He dejado la sopa al fuego.

Y la digna posadera, que parece, en efecto, impaciente por volver a su casa, se pone en circulación tan rápidamente como le permiten su mole de carne y una enorme red llena de provisiones.

Mme. Zola explotaba desde hacía veinte años un hotel amueblado de décimo orden, con el anexo de un temible restaurante. El *Corne d'Or,* situado en las cercanías del convento de Val-de-Grâce, tenía, en apariencia, una clientela de jóvenes pobres; pero el alquiler de las habitaciones por hora, y hasta a la carrera, era gratamente remunerador para la propietaria, que se hubiera mos-

trado indignada y estupefacta si alguien le hubiese dicho que su casa era una mancebía.

La buena señora, que en otros tiempos, en los tiempos de la juventud del finado Vallès, había sido una hermosa mujer, escapó, decíase, a los tiroteos arremangándose prodigiosamente ante la soldadesca deslumbrada. Decíase asimismo que en las dulces noches de mayo se la había visto arrojar a algunos balcones, no sin destreza, latas de petróleo y estopa encendida. He ahí, sin duda, por qué quería que todas las opiniones fueran respetadas. Tenía en ello absoluto interés.

—¿Dónde está ese canallita? —preguntó al llegar al hotel.

—Salió hace una hora en dirección a la iglesia y todavía no ha regresado— respondió Fernando, el mozo.

—¡Ah! Estaba segura. ¡Siempre la iglesia, siempre la misa, siempre el bendito Dios! ¡Cuándo terminará con eso! Tengo tentaciones de darle el portante.

El canallita era una largo sujeto de treinta y cinco años. Arruinado en hábiles especulaciones, vivía de un modesto empleo y, tentado por el precio módico, había creído conveniente tomar pensión en el *Corne d'Or*. Era un hombre bien educado, una especie de monstruo casi desconocido para las nuevas generaciones y que pronto no será posible encontrar sino entre algunos beluarios anglosajones. Hasta era devoto, cosa que escapaba a la comprensión de Mme. Zola y la ponía fuera de sí.

Se dirá que eso debía tenerla sin cuidado. Pero no, no podía ser. Tenía el corazón destrozado. Ese medio siglo había soñado terminar en los brazos de su pensionista. La heroína del 71 esperaba la salazón de ese último amor para su vieja carne. Viendo pobre, silencioso y triste al objeto de éste, y considerándose una consoladora de primera clase, había pensado que le sería seguramente fácil adueñarse del desdichado. Pero he aquí que la religión, la bendita religión, se oponía a ello, haciendo imposible toda ilusión. Mme. Zola jamás podría conciliarse con ella, y menos su comercio, y lo probable era que el muy jesuíta tomara las de Villadiego al verse amado por una hermosa mujer.

Esa mañana, precisamente, había resuelto ella dar un paso definitivo, análogo, tal vez, a aquel que años atrás desarmara a los descamisados de Mac-Mahon. Y he aquí que el miserable había salido a hacer sus devociones, sin percatarse de ello. ¡No había, pues, visto nada, no había comprendido nada! Ciertamente, no

se le había echado al cuello, no se había sentado en sus rodillas, lo que hubiera sido decisivo, por lo menos para las viejas sillas del *Corne d'Or,* pues Mme. Zola pesaba poco menos de trescientos kilos; pero ¿nada le habían dado a entender las pequeñas atenciones de que lo hacía objeto, los halagos, los arrumacos, los atrevimientos de cada minuto, apenas disimulados, las miradas, las sonrisas? Llena, ¡ay!, de estos pensamientos dolorosos, abrió maquinalmente una carta que acababa de llevarle un mozo de cordel.

"Muy estimada señora —decía el mensaje—: Sírvase entregar al portador la valija que ha quedado en mi habitación. La dejo a usted con una pena muy honda, felizmente endulzada por la esperanza de devolver la paz a su alma sustrayendo a sus ojos purísimos la excitante belleza de mi rostro. La respeto a usted, mi demasiado tierna y demasiado inflamable Mme. Zola, como una de esas opiniones, siempre viejas y siempre nuevas, que tan frecuentemente recomienda usted respetar. Adiós, pues, oh Emilia, cuya imagen se quedará indeleblemente grabada en mi corazón. *Alfonso Allais, ex farmacéutico de 1ª clase".*

—¡Inmundo chupacirios! —vociferó la dulce Mme. Zola, que no creyó sincera tan buena opinión. Y no hay ejemplo de que una burguesa se haya equivocado jamás.

XXI

Yo soy como Santo Tomás

¿Quién no ha conocido a ese sicambro de pacotilla que afirma así su independencia? El es como Santo Tomás. Para creer, necesita ver y tocar. Porque, ya se sabe, el apóstol Santo Tomás, apellidado el *Doble Abismo* por el Espíritu Santo, debe ser apreciado según el juicio contemporáneo y medido con la más estricta exactitud, de acuerdo con los irreprochables métodos de valuación psicológica instaurados por los Paul Bourget para tranquilidad indefectible de los burgueses.

Ningún hombre dotado de inteligencia vacilará en reconocer que Santo Tomás es el patriarca de los positivistas, vale decir, de los hombres sin fe y hasta, para decirlo sin ambages, de un

gran número de bribones que desgraciadamente se filtran en ese grupo luminoso, por muchas precauciones que se tomen.

Pero hay en ello algo muy hermoso que no se dice. Es que el discípulo ha superado al maestro y que el burgués es mucho más grande que Santo Tomás. Su admirable superioridad consiste, en efecto, en no creer, ni siquiera *después* de haber visto y haber tocado. ¡Más aún! Consiste en tornarse incapaz de ver ni de tocar a fuerza de no creer. En este punto, llega uno al umbral del infinito.

Una visionaria famosa ha dicho que el dedo de Santo Tomás, ese dedo que entró en las Llagas de las Manos, hace rodar al mundo. ¡Es horrendo pensar qué podría hacer rodar a un individuo que es más grande que Santo Tomás y que cree ser sólo su igual!

XXII

Yo me lavo las manos, como Pilatos

Otra reminiscencia evangélica, y no será la última. El burgués no es precisamente religioso, no; pero está lleno de vestigios que han ido acumulándose en él, más o menos claros, como el polvo en una estera o en un felpudo al cabo de largo servicio. Nada le parece más fácil que ser como Santo Tomás y, al mismo tiempo, lavarse las manos en esto o aquello, como Pilatos.

Tradicional e instintivamente éste es su héroe preferido. Ningún otro personaje habla como él a su corazón. Lo siente en sí mismo como su prototipo, aunque es probable que no sepa muy bien la historia de éste ni se haya enterado de la causa de ese célebre lavamiento. ¿Para qué, después de todo? Tiene otras cosas que hacer.

Sus antepasados, los burgueses de antes, restituídos hace mucho al polvo, podían saber que ese gesto era una alegación metafísica de inocencia. El, muy moderno, y en consecuencia más armado contra toda clase de nociones, le ha dilatado juiciosamente el sentido. "Yo me lavo las manos", dice a propósito de cualquier cosa, lo que significa simplemente: "Me importa un bledo, y en

consecuencia, me desentiendo". En cuanto al agregado: "como Pilatos", no es más que un hábito secular de la lengua, una especie de ruido sordo análogo al de un cuerpo pesado que cae en un precipicio.

A mayor abundamiento, agrego que este lugar común que pretendo, sin esperanza, dilucidar, equivaldría, rigurosamente y en lo *absoluto,* a la respuesta de Caín: "¿Soy yo, acaso, el guarda de mi hermano?" ¡Tanto es cierto que el burgués, así sea calvo, no puede decir una palabra sin sacudir todas las columnas, como un Sansón!

Pero he aquí que pierdo la cabeza. Acabo de citar lo absoluto, olvidando que nada lo es y que me he roto en pedazos para demostrarlo. En verdad, temo a ratos no poder dar término a este tremendo trabajo de exégesis, cuya materia me abruma y cuyo sujeto me desconcierta.

Post scriptum. He observado que este lugar común es invocado frecuentemente —e inexplicablemente— por individuos de manos sucias. Ocurre lo que con el misterioso ómnibus de Panthéon - Courcelles, que se detiene siempre frente al lupanar abyecto de la calle Quatre-Vents, sin que nadie suba ni baje y sin que jamás se haya sabido por qué.

XXIII

Predicar en el desierto, como San Juan

¡Otra vez el Evangelio! ¡Qué monografía podría escribirse con los residuos evangélicos acumulados en las entrañas del Burgués! Y he aquí que tampoco en este caso la dificultad es pequeña, y tengo que quejarme nuevamente.

Sé muy bien, Dios mío, lo que quieren decir ese profesor de matemáticas, ese vendedor de castañas, ese académico François Coppée, si se quiere, o ese Gabriel Hanotaux, cuando afirman que alguien predica en el desierto, como San Juan. Sé por cierto —un niño de tres años lo sabría— qué quieren decir. Pero ignoro lo que dicen en realidad. Lo ignoro casi tanto como ellos mismos.

¡Situación extraña! ¿Qué significa para tales jueces la palabra "predicar" y qué entienden por "desierto"? En cuanto a San Juan, vale más que no hablemos. Cuando leo en el Evangelio que el Bautista "predicaba en el desierto de Judea", me basta continuar el capítulo para saber inmediatamente que una enorme muchedumbre de oyentes de todas partes lo escuchaba en ese desierto, que muchos se hacían bautizar por él y se convertían en discípulos suyos, y que, en consecuencai, no predicaba en vano. Lo cual es exactamente lo contrario de lo que parecen haber entendido Coppée o el otro académico burgués precitado.

¿En qué quedamos, entonces? ¿Esta aparente confusión del dativo y el ablativo (no siendo posible suponer ni por un momento la pura y simple necedad) no ocultará algún secreto prodigioso? ¿Habrán recibido esos hombres alguna inaudita revelación que invalida el Texto sagrado?...

Semejante pensamiento me aterra, lo confieso, y desde el fondo de mi indignidad de escritor, de mi ignominia de artista pobre, bendigo a Dios por no haberme hecho nacer burgués para agobiarme con la gloria de tan pesado fardo.

XXIV

VIVIR EN LAS NUBES

Amar algo que no sea innoble, asqueante o tonto; tener ansia de Belleza, de Esplendor, de Beatitud; preferir una obra de arte a una inmundicia o el *Juicio Final, de* Miguel Angel, a un inventario de fin de año; atender antes al sustento del alma que a la plenitud de los intestinos; creer, en fin, en la Poesía, en el Heroísmo, en la Santidad: he ahí lo que el burgués llama "vivir en las nubes". De donde se infiere que las nubes son algo así como una patria-ómnibus para quienquiera que no esté situado en el último grado de la escala, caso puramente hipotético, por supuesto. porque hay una interminable jerarquía de nubes, y eso es, precisamente, lo que con todo empeño trata de ocultar el Enemigo de los hombres.

La demostración es tan fácil como importante. Un pobre diablo limpiador de cloacas que mientras hace su trabajo sueña con los manzanos y las acacias en flor, vive indiscutiblemente en las nubes. Un mísero empleado de comercio que interrumpe sus facturas para devorar un novelón de Richebourg, donde encuentra una palpitante sensación de literatura, también vive en las nubes, y a fe que no se lo mandan a decir. Un notario que, ebrio de amor, le hace el cuarto hijo a su notaria, sin tener presente que ha procreado ya un hidrocéfalo y dos abortos, vive a tal punto en las nubes, que para encontrar a alguien que lo haga de manera más inquietante sería necesaria la monstruosidad de un farmacéutico que escribiera versos. Pero, ¿a qué seguir? No terminaríamos nunca. En definitiva, para instalarse instantáneamente en las nubes, basta hacer, pensar, querer o soñar, aunque sólo sea medio segundo, cualquier cosa que sea digna o casi digna. Las famosas nubes, tan enérgicamente anatematizadas por el burgués, pueden, pues, ser encontradas por él a cada paso. Haga lo que haga, nunca está seguro de evitarlas, y de ahí que su suerte, tontamente envidiada, sea tan dolorosa. Uno se pregunta con frecuencia por qué el Burgués es tan cerdo, tan crapulosamente ruin, tan amigo de hundirse en la inmundicia. ¿Por qué? Pues, simplemente, a causa de las nubes.

Un usurero acababa de reventar. Su familia rogó a San Antonio de Padua que pronunciara la oración fúnebre. Aceptó él, y su sermón, completamente en las nubes, versó sobre este texto: "Allí donde está tu tesoro, está tu corazón". Terminado el sermón, volvióse a los deudos y les dijo:

—Id ahora y buscad en los cofres de este hombre que acaba de morir. Entre los montones de oro y plata encontraréis *su corazón.*

Así lo hicieron y, en efecto, entre las monedas encontraron un corazón humano, un corazón tibio y palpitante... He ahí un hombre que había escapado a las nubes.

¡Qué absurda debe parecerle al burgués la Ascensión y cómo debe sublevarlo Jesús subiendo a los cielos! ¡Un Dios en las nubes!...

Sin embargo, ¿quién podría ser mejor cristiano que el burgués? En las obras parroquiales figura siempre entre los primeros y lleva su astucia hasta transigir con la Transfiguración.

XXV

SER CORRECTO

Regla sin excepción: los hombres que no hacen falta, jamás son correctos. En consecuencia, hay que excluir, eliminar de inmediato y sin miramientos a toda la gente superior. Un hombre correcto debe ser, ante todo, un hombre como todo el mundo. Y tanto más correcto es cuanto más se parece a todo el mundo. La Multitud es sagrada.

"Vestir correctamente", "hablar correctamente", "comer correctamente", "proceder correctamente"... Toda mi vida he oído decir eso.

Recuérdese que al comienzo de esta Exégesis he aseverado que, sin saberlo, el burgués expresa continuamente, en forma de lugares comunes, afirmaciones temibles, cuyo alcance lo harían morir de miedo si lo sospechara. Así, el lugar común que en este momento nos ocupa, es una versión singularmente enérgica del mandamiento evangélico referente a la Unidad absoluta: *Sint unum sicut et nos.* Como la Palabra substancial hace fe en todos los sentidos, es fuerza admitir que el burgués, cuando exige que la humanidad sea un inmenso y uniforme rebaño de imbéciles, cuya inmolación expiatoria llegará un día, cumple a su manera una Voluntad que ignora.

XXVI

SER PRÁCTICO

Si sólo se consultara el diccionario, podría creerse que se trata tontamente de una cosa que está en oposición con otra que habría que llamar teórica y que no sería, por lo demás, menos estimable. Desde este punto de vista, el hombre práctico sería el

instrumento para la realización de una idea o la aplicación de una ley. El verdugo sería el hombre práctico por excelencia. Pero no se trata de eso.

En la lengua del burgués, lengua especialísima que no admiramos suficientemente, ser práctico significa un conjunto de cualidades, un estado de alma. Se dice de un hombre que es práctico como se diría, y hasta con un matiz de desdén, que es virtuoso.

En el fondo, el hombre práctico es el verdadero semidiós del burgués, el reemplazante moderno del santo de las leyendas. La mayor parte de las estatuas han sido erigidas a hombres prácticos por otros hombres prácticos muy precavidos y madrugadores.

Un propietario que hace echar a la calle, en pleno invierno, a enfermos y a hambrientos, es absolutamente un hombre práctico, sobre todo si es millonario, y cuanto más millonario, más práctico. Lo que enaltece a ese hombre, es que tiene corazón, y con frecuencia un corazón muy tierno, y que sabe contenerlo generosamente. Hay proveedores que suministran carroña a los hospitales y expendedores de leche que envenenan, un año con otro, alrededor de quince mil niños, ganando así mucho dinero. ¡Bien! Toda esa gente desborda amor. Pero el principio la esclaviza. Hay que ser práctico.

Regla sin excepción: un santo jamás es un hombre práctico.

XXVII

Cabalgar en los principios

Género de equitación *ad usum* del burgués. Es el más seguro que se conoce. Casi no hay caso de que el caballero haya sido desmontado. Pero, también, ¡qué principios admirablemente peripuestos! Cabalgadura tanto más agradable puesto que no cuesta nada y va ella misma en busca de su cosaco.

La bicicleta y el automóvil son superados por estos principios, que van más rápidamente aún y aplastan mejor, de una manera más satisfactoria, más irremediable. No sólo trituran los cuerpos

de los débiles y los inocentes privados de defensores. También, y sobre todo, trituran las almas.

Los principios que cabalga el Burgués son inigualables, insuperables corceles de la muerte, y él los aloja en la cuadra de su corazón.

XXVIII

Ser poeta a sus horas

Los desafío a ustedes a que me encuentren un burgués que no sea poeta a sus horas. Lo son todos, sin excepción. El burgués que no fuera poeta a sus horas no merecería pertenecer a la cofradía y debería ser ignominiosamente asimilado a los artistas, a esa especie de esclavos que son poetas a las horas de los demás.

Es un poco difícil comprender y explicar qué puede ser esa poesía *en las horas* del burgués. Suponer, por ejemplo, que tal ujier descansa de las fatigas de su ministerio fastidiando a la musa, escribiendo cantatas o elegías, sería, evidentemente, tomar en broma lo que merece respeto. Sería, si se me permite decirlo, una suposición indigna.

El burgués no es un imbécil, ni un granuja, y ya se sabe que así deben ser calificados los verdaderos poetas, aquellos que no son sino eso y que lo son a todas horas. El es poeta en la forma que conviene a un hombre serio, vale decir, cuando le place, como le place y sin darle importancia. Ni siquiera tiene necesidad de ocuparse de ello personalmente. Para eso tiene servidores. No le hace falta leer, ni haber leído, ni siquiera informarse de nada. Le basta expandirse. La inmensidad de su alma hace vacilar a los cielos.

Pero tiene horas para eso, horas que son suyas, la de la digestión, entre otras. Cuando suena la hora de los negocios, que es la hora grave, las tonterías son inmediatamente dejadas de lado.

—Ser poeta a sus horas, nada más que a sus horas: he ahí el secreto de la grandeza de los pueblos— me decía, allá en mi infancia, un burgués de los buenos tiempos.

XXIX

Hallarse en estado interesante

He aquí algo que reza exclusivamente con las damas. Un señor, así sea un burgués, jamás se hallará en estado interesante.

¿Cómo hay que interpretar esta frase? Si veo a una burguesa encinta, me es imposible no pensar en el nacimiento próximo de un burguesito, y confieso que esto me parece más vale inquietante. Ni siquiera alcanzo a comprender que pueda ello interesar a la familia, como no sea en el sentido más enfadoso. Porque, después de todo, el burgués no es un patriarca, ni tiene por qué serlo. Las virtudes patriarcales son, precisamente, lo contrario de las virtudes de las cuales él se vanagloria. No tiene por qué hacerse una posteridad innúmera, ni se ve a sí mismo adorando a Jehová en el desierto, al frente de una caravana. Hasta cuando engendra tiene el pensamiento en los negocios. Podría haber en eso, entonces, un *interés* del tanto por ciento, cuando más.

Pero estas reflexiones no nos traen ninguna luz. La fórmula decorosa: "hallarse en estado interesante" parece uno de aquellos lugares comunes que no se explican y que sólo hay que citar de pasada, como algo temible que no conviene profundizar.

XXX

Hay que ser de su siglo

El señor Culot había inventado algo, aunque no se sabía qué, pues jamás confió a nadie su secreto. Quería sólo que no se lo considerara como un idiota y que se supiera que, aparte de sus funciones, brillantemente cumplidas por cierto, de primer contador de la Administración del Azufre, era lo que se ha convenido llamar "alguien".

Nadie estaba mejor informado que él acerca de las etapas

de la ciencia. Abonado a todas las revistas y boletines técnicos, que devoraba o simulaba devorar, se lo consultaba como a un repertorio. "Hay que ser de su siglo", decía a cada instante, considerando que ese siglo, que era entonces el diecinueve, tenía en grado supremo todo aquello que podía hacerlo preferible a cualquier otro, hasta el punto de despertar en el viejo polvo de las tumbas ansias de volver a la vida. No admitía la más lejana sospecha de imperfección o menoscabo alguno, y los demás siglos, por comparación, le parecían irrespirables.

Se había hecho inventor para pertenecer más cabalmente al siglo de las invenciones. Pero de las suyas, repito, no se sabía qué pensar. Había en su casa una puerta misteriosa, siempre cerrada con triple vuelta de llave, sobre la cual se leía esta simple palabra: *Laboratorio,* y las conjeturas menudeaban. Ciertos sobreentendidos acompañados de vagas sonrisas hacían sospechar que había dominado el espacio y resuelto el problema de la navegación aérea. Algunos, buceando con profundidad, presumían que había descubierto la fórmula del fuego griego o de una nueva pólvora. Un taimado, que se acostaba con la señora Culot todos los sábados, cuchicheaba que había inventado una máquina de ladrar, destinada a reemplazar a los perros guardianes. En definitiva, nada se sabía ni debía saberse jamás. Pero el señor Culot gozaba de tan alta notoriedad, que era cuestión de llevarlo al Instituto, lo que seguramente hubiera ocurrido de no mediar ciertas intrigas.

He aquí ahora el singular desenlace de su destino, si es que puede llamarse a eso desenlace. Tenía una hija sin Dios ni belleza, pero irreprochablemente disoluta, la cual, aunque no daba ninguna importancia a los escarceos científicos de su padre, quería, no menos enérgicamente que él, ser también de su siglo. Estimulada por el emplo de su madre, que hubiera hecho hablar de ella en cualquier época del mundo, había obtenido desde muy temprana edad los resultados más lisonjeros.

La señorita Culot, todo lo contrario de su padre en este punto, al llegar a los dieciocho años no tenía secreto alguno para nadie. A los veinticinco se había desembarazado ya de varios niños, circunstancia divulgada que le valió, siendo entonces partera de primera clase, las felicitaciones del presidente de la República y la cruz de honor, el mismo día de la inauguración de la estatua del doctor Ricord.

Pero toda medalla tiene su reverso, como dice otro lugar común, que estudiaré desde el punto de vista numismático cuando llegue el momento, si me es posible. Cierto día dos hombres del siglo se encontraron por azar en la alcoba de la amable criatura, que en ese momento se hallaba en paños menores y completamente borracha. Hubo, ignoro por qué, tal batahola, que el señor Culot no pudo excusarse de intervenir, invitando a ambos caballeros a tener alguna moderación.

—*¡Cómo se ve que no es usted de su siglo!* — le respondió uno de ellos.

La enormidad de la admonición petrificó por unos instantes al viejo, que terminó balbuceando excusas, y hasta ofreciendo a los contricantes algún refresco. La calma renació finalmente. Pero el tiro había dado en el blanco. El señor Culot, acusado de no ser de su siglo, perdió poco a poco sus hermosos colores, enflaqueció y terminó por caer en cama. Sintiéndose perdido, pidió ser incinerado a costa del Estado y se extinguió dulcemente, tomando a los presentes por testigos de que moría como hombre de su siglo. El mundo de los sabios lamentó la desaparición de este Arquímedes.

Nolite conformari huic sæculo: no os conforméis con este siglo, decía San Pablo, cuyo triunfo era fácil, pero que seguramente no hubiera comprendido la impenetrable sabiduría del burgués.

XXXI

No hay que ser más católico que el Papa

A primera vista podría creerse que sería una suerte para el Papa que hubiera gente más católica que él, avisadores que le indicaran detenerse cuando va demasiado lejos, vale decir, siempre. Porque el Papa es el único hombre que se equivoca infaliblemente, y tal es el verdadero sentido de la doctrina de la infalibilidad pontifical. Por lo menos, así lo entiende el burgués.

¿Por qué, entonces, dice que no hay que ser más católico que el Papa? Porque este mismo lo es ya demasiado, seguramente. Sin embargo, esto no parece muy claro.

Si el Papa se equivoca siempre y en su condición de infalible es el *único* que se equivoca siempre, se deduce que es imposible no ser más católico que él. Pero el burgués no quiere esto. El burgués quiere que *no se sea más católico* que el Papa, lo que implica necesariamente que hay que serlo menos, imposibilidad que acaba de demostrarse.

En esta hipótesis absurda, el Papa recupera su nivel, como el mar de las "tumefacciones maravillosas", y heme aquí de nuevo en el plano de un catolicismo inferior al del soberano Pontífice, que no puede equivocarse y que, de hecho, vuelve a caer de inmediato, inevitablemente, en la más baja condición. Todo esto, repito, me resulta muy poco claro.

XXXII

Todos los gustos están en la naturaleza

En la naturaleza del burgués, por supuesto. ¿Puede nadie, acaso, imaginar tal universalidad de gustos en un poeta? Y adviértase que no es cuestión de gustos varia, de gustos múltiples, sino de *todos* los gustos, desde el de la ambrosía hasta el del estiércol.

El burgués es así: todo le agrada y todo lo traga. Por lo menos, eso quiere hacernos creer su astucia. Pero yo conozco sus inclinaciones y no lo creo muy propenso a gustar de las cosas limpias. He ahí su indiscutible y sempiterna superioridad, que en vano trata de ocultar.

XXXIII

No todas las verdades son buenas para dichas

Hay otras, en mayor número, que no son mejores para oídas. Es necesario, entonces, hacer una selección de unas y otras, lo que supone el discernimiento de los ángeles, ¡y de qué ángeles!

Una verdad que pusiera en riesgo de desgracia a su divul-

gador o a su testigo, no sería, evidentemente, buena para dicha. Ante todo el pellejo y cada uno a su oficio; el burgués no es un mártir. Pero tampoco es un confesor, ni un penitente ansioso de humillaciones, y considera preferible ignorar las verdades que le disgustan.

Eso está muy bien, pero he aquí algo curioso. Si se suprimieran de un golpe las verdades que es peligroso proclamar y las verdades que es desagradable oír, ¿qué quedaría? Porque, por mucho que busque, no veo un tercer grupo.

Declarémoslo sin ambages: *ninguna verdad es buena para dicha.* Tal es el verdadero sentido del texto. Hasta es probable que ni siquiera exista la Verdad. Pilatos, que la vió cara a cara, no estaba seguro de ello.

XXXIV

Buscar el mediodía a las catorce

He ahí lo que no se dejará de reprocharseme. Se dirá que busco al burgués donde no está, que le adjudico intenciones, sentimientos, ideas que no tiene. ¡Pues bien, se equivocan! Ni busco, ni supongo. Al burgués se lo encuentra a cualquier hora, como lo saben muy bien los relojeros, y que es capaz de todo lo han aprendido en carne propia los pobres. Sólo digo, por mi parte, y este trabajo no tiene otro objeto, que el burgués es un eco estúpido, pero fiel, que repercute la Palabra de Dios, cuando ella resuena en los lugares más bajos; un sombrío espejo lleno del reflejo del Rostro *invertido* de ese mismo Dios, cuando El se inclina sobre las aguas donde yace la muerte. Digo y he dicho que eso me parece terrible. He ahí todo.

En lo que respecta a este miserable lugar común, a esta fétida muletilla que colmó con su triste vulgaridad mi infancia consagrada a los tormentos, y que ni siquiera tiene la excusa demoníaca de simular la adulteración de un Texto sagrado, yo sé lo que

hay que pensar. Es como el *Nada es absoluto* de las primeras páginas de este libro. Cuando un pobre escolar encuentra o cree encontrar algo y palpita de alegría, invariablemente le es asestado el garrotazo del *mediodía a las catorce.*

He dicho ya, y hay que repetirlo: preferir lo noble a lo innoble y lo hermoso a lo feo; tratar de comprender o de conquistar algo, sea lo que fuere, saltando por sobre los límites y las clausuras; querer vivir, en fin: he ahí lo que cae bajo el anatema.

Trato de representarme a un procurador de los tribunales de primera instancia, reventando exactamente a mediodía, término de su vida abyecta, y a su inmundísima alma, que llega ligera, arrastrada por las lágrimas de los pobres a quienes aplastó, hasta la estación de las Catorce horas, última del Viacrucis, para presentarse ante el Tribunal sangriento de Jesucristo...

XXXV

Hay límites que no deben pasarse

Este es más categórico. Nos informa que a cierta distancia, no enorme, hay una frontera insalvable. Desgraciadamente, se necesitan buenos ojos para verla, porque es poco discernible. Además, tiene el inconveniente de ser inestable. Es una cuerda floja que no delimita con exactitud. A veces es el propio burgués el que pasa las demarcaciones, sin saberlo, y entonces sucumbe sin honor en la trampa que él mismo ha tendido a los poetas, suponiendo maliciosamente que son topos.

Tanto peor para él, después de todo. Por mi parte, desearía que estallara una revolución y que a la tiranía intolerable del burgués antiguo, enemigo de las aventuras, se opusieran las modernas efervescencias de un burgués temerario que no aceptara barrera alguna. Semejante cataclismo derramaría un poco de amenidad sobre nuestro planeta.

XXXVI

Todo exceso es un defecto

Todo puede ocurrir, hasta que se sea *demasiado* burgués, lo que parece paradójico. He aquí, para demostrarlo, una historia extremadamente simple, en la que tuve un papel poco honorable y que sucedió en mi juventud.

El señor Roberto, rentista retirado de la aceitería, no era feliz. Tenía motivos para serlo, sin embargo. Una justa suerte había remunerado en su persona, con una equitativa opulencia, el esfuerzo de toda una carrera de deslealtad comercial.

Una casa, desprovista, gracias al cielo, de todo perfil arquitectónico, atestaba, sobre la ancha calle, la importancia financiera de este hombre recompensado. La inexorable albura del blanqueo provocaba oftalmía y hacía morir la vegetación. La puerta cochera permitía ver un jardín reseco, calcinado, siniestro, donde la naturaleza, por voluntad del dueño, se hallaba ausente. Todo era allí rocalla y ornamentos de plomería. Un amor travieso, de símilbronce, lanzaba un chorro de agua, poco abundante, en medio de una fuente ejecutada por el mismo cíclope, donde míseros peces rojos parecían sudar. Geranios hidrófobos se agrupaban acá y allá, al pie de algunos tilos que habían renunciado a toda frescura. Se veían también espejos esféricos de diversos colores, un juego de toneles de un verde de espárrago oriniento, una pérgola de dulcamaras y glicinas completamente chamuscadas, cuya sombra sólo la imaginación de un abrasado viviente hubiera podido implorar, y, en fin, la casilla, pintada de azul, de un perro en último grado de alopecia sarnosa, encargado de la vigilancia del paisaje. Un muro de cárcel, almenado con culos de botellas, obstruía el horizonte. Esa encantadora morada era la gloria del señor Roberto.

Razones más altas lo invitaban a la alegría perfecta. Era miembro del ayuntamiento, y grandemente estimado por la abundancia y la fluidez de sus miras, estaba llamado por la voz pública, decíase, a los más augustos destinos. Para colmo de dicha, su mujer había muerto ya y lo esperaba en el cielo después de haberlo encornudado durante treinta años en la tierra.

Pero he aquí que un implacable gusano roía interiormente esta magnífica fruta. El señor Roberto tenía un vecino que emponzoñaba su vida y lo reducía a la desesperación. Era un grabador, hombre de desorden y de concupiscencia, a quien no podía encontrar sin estremecerse y cuya sola presencia lo enloquecía.

Este grabador, siempre despechugado, siempre llevando a guisa de sombrero una cesta de higos del Asia Menor, siempre aspirando humo a través de una ahuecada y pesadísima vara de cerezo, se entregaba, además de los del buril, a ejercicios de especie menos inocente, a juzgar por sus acólitos habituales: un grosero y rechoncho ayudante, al que ningún casero hubiera querido encontrar en medio de un bosque un día de cobro de alquileres, y un inquietante y sombrío operador, con ojos de nitrato y nudoso como una cepa, que parecía, bajo el velo negro de su aparato, un verdugo enmascarado.

—Todo esto — decía el señor Roberto —no es muy católico.

Mujeres, probablemente impúdicas, lo visitaban casi todos los días, sabe Dios para qué menesteres. Era imposible no verlas, pues el señor Roberto no vivía completamente encerrado entre cuatro paredes y su jardín y el del grabador estaban irrisoriamente separados por una simple claraboya que no ocultaba nada. ¡Cuántas veces su señorita hija, una joven cabra, puntiaguda y sentimental, pura como una violeta, había presenciado, de paso, escenas orgíacas cuyo recuerdo la turbaba! Había visto, me atrevo a decirlo, a esos odiosos vecinos, machos y hembras, vergonzosamente despechugados, so pretexto de arte, y bebiendo aperitivos entre gritos salvajes. Y todo esto era más intolerable por el aire de burla con que lo hacían y por las risotadas con que saludaban la aparición del padre o de la hija.

El abominable fotógrafo tuvo cierta vez la audacia de asestarles su objetivo, mandándoles al día siguiente los dos retratos juntamente con una perentoria demanda de enviar a la señorita Armandina para estudios de *conjunto*. Este incalificable mensaje, que por desgracia Armandina leyó, contenía hipótesis de una indecencia inaudita, y lo peor es que consultado a su hora el abogado del ex aceitero, se encogió de hombros y le aconsejó, riendo a carcajadas, no dar importancia a una broma de mal gusto.

Pero eso fué nada. El grabador de la cesta de higos había llevado su insolencia hasta el colmo de tutearlo —de tutearlo a él, al señor Roberto, que había hecho siempre honor a su firma, que

había pagado siempre puntualmente— y a darle, en plena calle, golpecitos sobre el vientre, llamándolo "mi viejo pícaro". El digno hombre había perdido ya el sueño y se ahogaba en el torrente de las tribulaciones.

El tal grabador, era, pues, su pesadilla y hubiera hecho cualquier cosa por librarse de él. No es exagerado decir que lo espiaba con atención, esperando sorprenderlo un día u otro en alguna maniobra criminal. Suponiendo que en su caverna ejecutara realmente grabados, como se jactaba, ese pretendido arte podía muy bien servir de pantalla para horribles combinaciones. Porque un hombre decente no podía creer jamás que hicieran falta tantas compañeras y compañeros, tantas idas y venidas, tantos subterfugios para raer un trozo de cobre. Debía haber otra cosa.

Un buen día ya no dudó. Al deslizarse hacia la puerta, ahogando los pasos, según su costumbre desde que vivía prevenido, la voz harto conocida del enigmático vecino se hizo oír a través del muro contra el cual se vió obligado a apoyarse en su angustia, y percibió claramente estas palabras cargadas de horror:

—*El cadáver empieza a blanquear...*

Otras palabras fueron pronunciadas, que no pudo entender; pero esas bastaban y sabía lo que debía hacer. Le vacilaban las piernas, sin embargo; se sentía frío, como si él mismo fuera el cadáver, y necesitó varios minutos para recobrarse. ¡Ah, no se había equivocado! El vecino era realmente un pájaro de cuenta, un peligroso malhechor del cual la justicia debía desembarazarlo. Bendiciendo por primera vez en su vida a la Providencia, se encaminó al puesto de policía.

Informado del crimen, el cabo de servicio acudió de inmediato con tres de sus hombres. Entraron sin ceremonias en la casa del grabador, ante los atónitos hojos de su ayudante, a quien en el acto le pusieron las esposas.

—¿Dónde está tu patrón? — le preguntó con dura voz el representante de la ley.

—¿Y dónde quiere que esté? En la cámara oscura. ¿Qué es lo que buscan aquí? ¿O nos han tomado por delicuentes?

—¡Basta de charla! Ya te explicará eso el juez de instrucción. Abre esa puerta.

—¿Yo? ¡Ni en sueños! No quiero líos con el patrón. Que abra él.

El gendarme, desenvainando, avanzó hacia el lugar terrible.

—¡Eh! —gritó el personaje invisible— ¿Quieren dejarme tranquilo? ¿Qué escándalo es ése? Les repito que esto va muy bien. El cadáver saldrá soberbio.

Era demasiado. El justo policíaco amenazó echar abajo la puerta. No hubo más remedio de franquearla, y el señor Roberto, confundido, vió salir de la sombra a su verdugo, con la pipa en la boca y teniendo con la punta de los dedos el clisé fotográfico de un cuadro famoso que representaba la muerte de César o de cualquier otro tirano.

XXXVII

Hay que aullar con los lobos

He aquí una preciosa máxima que ha debido sernos legada por algún viejo perro. *Aullar,* no hay para qué decirlo, es una lítote, un eufemismo. Se trata de hacer lo que hacen los lobos, vale decir, devorar a los corderos, comenzando por aquellos que se tiene el deber de cuidar.

El clero burgués reconoce unánimemente que se trata de una práctica más bien agradable, pues la carne de carnero es exquisita y provechosa para el estómago de toda clase de perros. Hay en Ezequiel un capítulo conminatorio que parece predecirles indigestiones; pero a Ezequiel lo lee poco el clero burgués, y en especial el de la diócesis de Meaux, donde sospecho que debe encontrárselo un poco *rococó.* Cito la diócesis de Meaux porque viví allí (harto mal, desde luego, pues no era pastor ni perro de pastor) y tuve ocasión de conocer a algunos curas que Bossuet no había sospechado y que no parecían *aguiluchos.*

Ya hablaré con cierto lujo de detalles de esos servidores de Dios. Les ofrezco, entretanto, el apólogo plenamente eclesiástico del perro guardián convertido en "perro mudo" a fuerza de aullar con los lobos y que todas las mañanas engullía en silencio la Carne y la Sangre del Cordero.

XXXVIII

Sólo la verdad ofende

Post scriptum al parágrafo XXXIII. Olvidaba esto. ¿No tenía yo razón? No solamente hay verdades que no son buenas para oirlas, sino que el profundo burgués nos afirma que sólo la Verdad lo ofende.

La mentira no lo ofende, no lo ofenderá jamás. Es una especie de tío a quien se espera siempre heredar y para el cual todos los mimos son pocos. Cuando la mentira se encarne, lo que tiene que suceder algún día, no habrá más que decir: "Dejad todo y seguidme", para arrastrar en seguida detrás de uno, no una docena de pobres, sino millones de burgueses y burguesas, que lo seguirán donde quiera que sea.

Hasta el presente, sólo la Verdad se ha encarnado. *Ego Veritas qui loquor tecum,* y ya se sabe cómo ha sido acogida. ¡Ah, no se equivocaron un minuto: *Crucifigatur!* Sólo LA VERDAD ofende.

Es turbador, a pesar de todo, oír que dice estas cosas tranquilamente, de la mañana a la noche.

XXXIX

Lo que pierde a los grandes hombres es la ambición

¿Qué entiende el burgués por grande hombre? No es fácil saberlo. Todo el mundo pensaría que el más grande hombre, a sus ojos, es el que tiene más dinero. Opinión plausible, sin duda, pero no completamente exacta.

Por sobre el hombre que tiene mucho dinero está el hombre temible que tiene el poder de apoderarse del dinero de los demás y darles, en cambio, puntapiés en el trasero. Este es, incon-

testablemente, un hombre más grande que el primero. Hay, sin embargo, un tercero, más grande todavía, un tercero que es, indiscutiblemente, me atrevo a decirlo, el más grande de los hombres. Me refiero al que venga al burgués de esa verdad agresiva que acabo de mencionar. Se sobreentiende que semejante triunfador no necesita ser rico ni sembrar el espanto. Ni siquiera necesita llamarse Renán o Voltaire. Aunque sólo se trate de un pedante mal nacido, de un mísero y harapiento apóstata, es el Escipión de esta Cartago de luz que hay que destruir. Eso basta. Su ambición, si tiene alguna, será compartir la gloria de aquel soldado inmortal, de férrea mano, que en la mañana del Viernes Santo abofeteó, ante el gran pontífice, a Cristo encadenado.

Pero ¿a qué funesta *ambición* quiere, entonces, aludir este lugar común? Si algo falta esencialmente al burgués, es grandeza, a la que aborrece. No puede, pues, perderse por ese lado. Lo que obliga a pensar que este embarazoso lugar común ha debido ser lanzado a la circulación por hombres insignificantes que aspiraban a imponerse.

XL

No se está en la tierra para divertirse

¿Y para qué se está, entonces, quieren ustedes decirme? ¿Será, por ventura, para sufrir?

Sí y no. Pero es necesario que nos pongamos de acuerdo. Las palabras del burgués tienen doble filo, como la espada de Aod, hijo de Gera, tercer Juez de Israel. El sufrimiento es para los demás; sólo él está en la tierra para divertirse. Tan pronto como se olvida esta ley, todo se torna oscuro.

Está escrito en el Evangelio que siempre habrá pobres. Naturalmente. ¿O acaso se pretende que el burgués se tome el trabajo de sufrir él mismo? De ningún modo. Y como no le basta tener criados, necesita esclavos, míseros esclavos, para extenuar sus cuerpos y mancillar sus almas. He ahí su diversión: degradar a las almas, deshonrarlas, desesperarlas... Y cuando el pobre gime de dolor y se le dice que no se viene al mundo para divertirse, cree estar entre demonios.

XLI

Yo no soy un santo

El burgués no osaría decir: "Yo no soy un hombre de genio". ¿Cómo, pues, osa decir: "Yo no soy un santo"? Las dos cosas deberían serle igualmente odiosas, puesto que ambas son de orden absoluto. Cierto es, sin embargo, que en la sospecha de santidad hay algo más punzante para el amor propio, algo más difícil de soportar. El hombre de genio, en efecto, tiene probabilidades de no ser indiscutible e irreparablemente un idiota; el santo, no. Esto es cosa sabida.

Pero hay que tener presente que la lengua del burgués, siendo incompatible con lo absoluto, debe abundar necesariamente en sorpresas, contracciones, incoherencias, despropósitos, en medio de los cuales él se desenvuelve cómodamente, al parecer, pero que desconciertan al extraño. Yo mismo, que me esfuerzo por poner un poco de luz en ese dédalo, confieso que frecuentemente me veo perdido y caigo, por efecto de esa búsqueda en una especie de coma que alarma a mis amigos.

¿Cómo conciliar, por ejemplo, el deseo tan evidente, tan burgués y tan razonable de no ser un santo, con la exigencia habitual de la santidad en los otros particularmente en los inferiores? Porque tal es el caso de este lugar común, tan análogo al precedente. La santidad es *para los otros,* como el sufrimiento.

Pero todo tiene arreglo. Como el burgués no quiere ni debe ser un santo, es necesario que los otros lo sean en su lugar, para que él tenga paz, para que pueda digerir y eructar en paz. Es la religión para el uso de los criados preconizada por Voltaire, la que consiste en cargar el propio fardo sobre la espalda de los demás.

Se advertirá que no hablo aquí sino del burgués rudimentario, del burgués monopétalo, por decirlo así, de aquel que no tiene "nada contra Dios" y que sólo piensa en sus tripas. El Burlador, que prejuzga hipócrita a todo hombre que cumple un acto religioso, y que se complace en apuñalarlo con esa sospecha, será objeto de una mención especial.

En su célebre *Viaje por la China,* el padre Évaristo Regis Huc explica la frecuencia del suicidio entre los naturales de ese país.

"En otros pueblos —dice—, cuando alguien quiere vengarse de un enemigo, trata de matarlo. En China sucede todo lo contrario: se mata él mismo. Está seguro de suscitarle así horribles preocupaciones. Inmediatamente cae en manos de la justicia, la que, por lo pronto, lo tortura y arruina completamente, si es que no le arranca la vida. La familia del suicida obtiene ordinariamente, en tal caso, compensaciones e indemnizaciones considerables. De ahí que no sea raro ver a infelices que, llevados por una atroz devoción a sus familias, van a darse estoicamente muerte en casa de gentes ricas".

Esta página curiosa me ha venido al recuerdo pensando en mi burgués. Desde el punto de vista estrictamente religioso, la repulsa o la ausencia del deseo de la santidad no difiere del suicidio, puesto que, fuera del estado de los santos, no existe, rigurosamente y al final de cuentas, sino el estado de los muertos, de los verdaderos muertos que han detestado a sus almas, de los muertos eternos. También éstos, en el deseo de perder a sus hermanos, se suicidan. El hombre que dice tranquilamente: "Yo no soy un santo", cumple espiritualmente el acto horrendo del chino desesperado. Pero como está en las tinieblas, cree salvar un peldaño y salta al abismo.

XLII

NO ME HAGO MEJOR DE LO QUE SOY

¡Basta de mentiras, burgués! Si no eres un santo, en lo que estoy de acuerdo, la humildad no te conviene. No se trata de que te hagas ni mejor ni peor, sino de ser lo que eres, simplemente. Eres muy bueno, sin mérito ni esfuerzo, por la sola excelencia de tu naturaleza. Un poco más, y serías demasiado bueno. Llegarías tal vez, ¡quién sabe!, a dar tu dinero a los poetas.

Pero dejemos esto. En general, cuando el burgués declara que no se hace mejor de lo que es, hay que tener la seguridad de

que no podría hacerse *peor*, por mucho que se empeñara en ello, y que se dispone a cometer acto continua una bellaquería.

—¡Eres un miserable! — gritó un condenado a muerte, dirigiéndose al verdugo, que se disponía a cortarle los cabellos.

—*No me hago mejor de lo que soy* — respondió dulcemente el verdugo.

XLIII

La palabra es plata; el silencio, oro

He aquí algo que jamás podrá ser comprendido. El colmo del ridículo sería esperar que alguien tuviera un oyente, siquiera uno, si dijera, por ejemplo, que en lo más profundo del Texto Sagrado la Palabra y el Dinero son sinónimos y que el Silencio, todo oro, es una imagen de la vida eterna.

Sería digno del chaleco de fuerza quien pretendiera advertir que es peligroso tocar las Formas, acaso tan irritables y despdiadadas como el genio de la fábula alemana, que acude con su terrible poder al llamamiento de un evocador temerario, que no sabe ya cómo desembarazarse de él.

No lo intentaré, pues, limitándome a decir, sin esperanza de ser escuchado, que ese adorado dinero, para el cual exclusivamente vive el burgués, significa—¿cómo expresarlo?—una Voluntad misteriosa cuya energía de expansión es incalculable y que, sin embargo, no es sino la *moneda* de lo Indecible, designado por ese Silencio de oro, eternamente deseable, al cual tan vanamnte son invitados todos los burgueses.

Cuando el Señor dormido del Profeta Rey se incorpore en su lecho de siglos, habrá un cambio sobrenatural análogo al del comienzo de la era cristiana. No se verá casi a Jesús, la Palabra parecerá apagarse, la predicación, en otros tiempos apostólica, cesará, y en el fondo del cielo aparecerá entonces la prodigiosa Faz de oro de Aquel que se llama a sí mismo, inescrutablemente, el Silencio...

He ahí lo que dice, sin saberlo, el perceptor de rentas de mi lugar, cuando ordena en sus inexpugnables cajones las sonantes modernas que ha saqueado.

XLIV

He ganado el descanso

El señor Répandú es propietario, y él lo sabe. Sabe asimismo que la ley es suya, que ha sido hecha para él. Pero le interesa ignorar a sus locatarios, pues el médico le ha prohibido las emociones, que son el efecto ordinario de las protestas de éstos. Según parece, sufre del gran simpático.

Para escapar a las quejas y reclamaciones, tiene un gerente de cabeza firme, ex alguacil o pasante de notario, que conoce todas las triquiñuelas de la ley y a quien remunera con un tanto por ciento para que las cosas marchen sobre ruedas.

Esa gerencia, por lo demás, no es una sinecura, pues el señor Répandú tiene muchos inmuebles, casi todos habitados por obreros, a los cuales, todos los sábados es necesario birlarles el dinero al vuelo, por decirlo así. También viven en esos caserones buen número de muchachas amables, que tienen entradas inciertas y amistades tornadizas. La colecta del alquiler entre estas personas es menos consoladora que peligrosa.

—Yo me lavo las manos, quiero estar tranquilo —decía el señor Répandú cierto día, después de la verificación de las sumas, a su gerente, que había llegado a su casa con cuatro dientes menos y la cara convertida en una especie de paisaje forestal de fines de octubre —. *He ganado el descanso*.

¡Admirables palabras! Al señor Répandú no se lo había visto sino descansar desde que la venturosa muerte de sus padres, alrededor de treinta años atrás, lo puso en posesión de la fortuna de éstos, adquirida, decía el rumor, en la encrucijadas de los bosques, Alguna temprana calaverada había asqueado al muchacho, que entregó, desde muy jocen, su casto amor al dinero.

Convertido en hombre práctico, sólo ve en las pasiones, juveniles o seniles, el provecho que el filósofo puede sacar de ellas. Hasta ha levantado sobre sus propias ruinas, puede decirse, y restaurado gloriosamente un histórico lupanar del tiempo de los últimos Capetos, cuyo rendimiento bastaría para enriquecer a un hijo de Francia. Este esfuerzo no lo agobió, sin embargo, y como ha-

bla sin cesar de su reposo bien ganado, uno se ve obligado a conjeturar sabe Dios qué fatigas *anteriores* que desafían la memoria de los hombres.

—Su Répandú —me decía alguien días pasados— es simplemente un fantasma. Lo que llama reposo, es la muerte. ¿Acaso no sabe usted que hay gentes que parecen vivir y que en realidad no son sino muertos? Es el caso de casi todos esos vampiros a quienes llama usted burgueses. Los creemos en pie y gesticulando, pero están acostados e inmóviles. Creemos que hablan, o si se quiere, que profieren sonidos, y la verdad estricta es que están por debajo del silencio mismo, hundidos en el limo más espeso del mal silencio. Para que se manifieste su segura putrefacción, su hediondez horrenda, bastaría una palabra *simple* dicha por un viviente. Cuando un individuo habla de "descanso bien ganado", créame usted, hay que olfatear con la mayor atención.

Mi interlocutor tenía razón. No hace muchos días tuve algo que hacer con uno de esos muertos, tan temeroso de despertarse a sí mismo, que ni siquiera hablaba de descansar. Desde la primera palabra tuve ante mí y contra mí un volcán de podredumbre, un Orinoco de sanies, y creí morir.

XLV

El dinero no hace la felicidad, pero...

Lugar común de primer orden y que necesita del confidente de la tragedia antigua. Hace falta alguien que agregue inmediatamente: "pero contribuye a ella". Con eso queda completo.

Esta humilde contribución, que viene a atemperar felizmente la rudeza melancólica de una confesión que podría tomarse por una blasfemia, tiene una eficacia singular. Es como si se pusiera azúcar en la conciencia o un bálsamo en el corazón.

—Sí, es verdad —piensa profundamente el burgués—, el dinero no hace la felicidad, sobre todo cuando está ausente. Casi la hace, sin duda, pero no completa. Falta algo, hay que convenirlo, y causa infinita pena comprobar esta impotencia del di-

nero, que debería asegurar la dicha de aquellos que lo adoran, puesto que es realmente un Dios.

Más de una vez he hecho notar que la plata, ese metal tan significativamente *despreciado* en nuestro tiempo, está en el Libro santo identificado con el Verbo doliente, el Redentor, que es la Segunda Persona de la Trinidad divina. Decir, pues, que ella no hace la felicidad es para un cristiano una afirmación audaz, rayana en la impiedad, y he aquí que se trata, precisamente, de un lugar común de procedencia cristiana. Encuentro la prueba de ello en esa atenuación de tan magnífico estilo que hace a Dios *contribuyente* del júbilo de los imbéciles.

Un pagano diría categóricamente: "El dinero hace la felicidad", y tendría espantosamente razón. Pero tú, sórdido burgués que presumes de cristiano y en quien mueren todos los símbolos de la Vida divina, como las perlas al contacto con un leproso, tú que seguramente piensas que la moneda de cinco francos es beatífica, ¿por qué has de mentir? ¿Qué puedes temer? Tu comprensión de las Asimilaciones proféticas es insondable, y no eres tú quien ha de azorarse al ver aparecer, a fuerza de evocar al dinero, el sangrante Rostro...

XLVI

Volver a entrar en su dinero

Después de lo que acaba de decirse, éste tiene algo de desconcertante. ¿Qué significa, en efecto, *rentrer* sino entrar de nuevo en alguna cosa o en algún lugar de donde se ha salido? Uno vuelve a entrar en su casa o en su caparazón; vuelve a entrar en el cuartel, no sin fastidio, después de una escapada, o en el excusado, un día de purga, casi inmediatamente de haber salido, si la necesidad se hace sentir otra vez. Se vuelve a entrar, en fin, en todo lo imaginable, a condición, por supuesto, de que se observen las necesarias y recíprocas consideraciones que entre contenido y continente deben guardarse. Metafóricamente, se concibe también que uno vuelva a entrar en el orden, en el tema, en su naturaleza, etc., puesto que todo éxodo posible supone la posibilidad de la reinte-

gración. Extremando el rigor, hasta admitiría, por mi parte, que se vuelva a entrar en la nada, lo que parece duro.

Pero que uno "vuelva a entrar en su dinero", es cosa que escapa a mi comprensión. Habría que imaginar locamente algo semejante a un río o a un mar del precioso metal, donde uno podría tomar baños en determinada época o temporada del año. Se hablaría, así, de la temporada del dinero, como se habla ahora de la temporada de Trouville o de Evian. En ese caso, uno podría entrar en el dinero de los demás como en el propio. Pero parece que eso no se hace, o se hace y no se dice. ¿Por qué?

XLVII

Todo el mundo debe vivir

Sería pueril preguntar qué entiende el burgués por vivir. Los autores de novelas naturalistas y psicológicas a quienes honra con su confianza le han demostrado suficientemente que vivir consiste en cumplir las funciones digestivas, dormitivas y generativas atribuídas a las diferentes especies de animales, pero más que nada, en ganar mucho dinero, lo que caracteriza esencialmente a la naturaleza humana, diferenciándola de la de los irracionales. Desde hace tiempo, con mucha anterioridad a esos doctos novelistas, se admitía ya que un hombre que hace habitualmente copiosas comidas es un buen gozador de la vida.

Sin embargo, decir que *todo el mundo debe vivir*, es exagerado. ¿No basta que viva el burgués, sólo el burgués?

En el lenguaje religioso, muy distinto del suyo, la palabra *vivir* tiene otro sentido, él lo sabe muy bien. Pero, ¿qué importa esta anomalía? Si algunos locos o histéricos se empeñan en morir de hambre con tal de dar alegría a eso que llaman sus almas, allá ellos; pero que nos consideren a los burgueses carroñas en último grado de putrefacción, es cosa que mueve a risa. Sepan una vez por todas esos comicastros y sacristanes que somos más religiosos que ellos, y la mejor prueba es que nos tienen sin cuidado el reino de los cielos y la vida eterna.

XLVIII

Todos los caminos llevan a Roma

Argumento irrebatible en favor de la redondez de nuestro planeta. Si hubiera un camino que no llevara a Roma, creo que ése tendría la preferencia, ya que, en definitiva, Roma es el papa. Pero no lo hay. Todos los caminos imaginables se dirigen a Roma. Es imposible eludir ese punto terminal.

Por suerte, no siempre se está obligado a ir hasta la meta. Queda el recurso de detenerse en un empalme y tomar otro camino, el cual también, infaliblemente, llevará a Roma, pero pasando por Taití o el Cabo Norte, lo que alejará el peligro. Se puede, inclusive, viajar así toda la vida, zigzagueando sin inconveniente alrededor del Papa inmóvil.

Ofrezco este consejo a los industriales y a los comerciantes que en la época muerta para los negocios quieran hacer con sus esposas un poco de agradable turismo.

XLIX

París no fué hecho en un día

Es posible. No sé cuántos días se necesitaron para edificar una ciudad tan grande, pero considero muy probable que hayan sido muchísimos. Por lo demás, eso no tiene ninguna importancia.

Lo que importa para el estudio moral y filosófico del burgués, es el deseo de éste, continuamente expresado en esa forma, de que París no haya sido hecho en un día. Podría creerse que nada lo tiene tan sin cuidado, pero no es así. Hay en eso algo que lo roe. Si París hubiera sido hecho en un día, el burgués llegaría al colmo de la desesepración. Vería en ello un atentado poco menos que inexplicable al *paso a paso,* al *poco a poco,* a la soserío: una especie de milagro, en una palabra.

La verdad debe ser dicha, sin embargo. París, tal como es hoy, con su millón de casas, no pudo ser hecho en veinticuatro horas, evidentemente, sobre todo si se tiene en cuenta la estatua de Gambetta y el puente de Alejandro III, obras maestras que no se improvisan.

Pero este enorme París ha tenido un comienzo. Hubo un momento en que nada existía en este lugar, sobre las riberas del Sena, y hubo otro momento, consecutivo al primero, en que algo existió: un techo de junco, una cabaña cualquiera construída con carácter estable. Puede decirse, y debe decirse, que en ese preciso momento París quedó virtualmente, potencialmente y, en consecuencia, completamente edificado. Y yo podría agregar que era más hermoso, incomparable, infinitamente más hermoso. Pero, ¿cómo hacerme entender?

L

La lluvia y el buen tiempo

La ciencia meteorológica nació seguramente en una tienda de comestibles. No hay palabras para expresar la exactitud escrupulosa con que estos estimables comerciantes comunican cada día a sus clientes sus observaciones acerca del estado y de los cambios seguros o simplemente probables de la atmósfera. Nada, ni una nube, ni un rayo de sol, ni una ráfaga de cierzo, ni siquiera un soplo de céfiro, escapa a su información, que todo el mundo aprovecha.

Lo que más me subyuga es la infatigable diligencia de estos benévolos informantes. ¡Informarían a mil clientes, informarían al mismo diablo!

—¿Qué otra cosa puedo ofrecerle? — le preguntan a uno desde el fondo de una sonrisa.

Por mucho que se les diga que nada más se necesita, es inútil. Hay que repetírselo a gritos, con gestos furiosos.

—¡Bien! Será otra vez... — suspiran ellos, amables a pesar de todo. Y lo acompañan a uno hasta la puerta, favoreciéndolo allí con un último y, en lo posible, favorable pronóstico.

La lluvia y el buen tiempo son el recurso universal, que nunca se agota.

"Nuestra *conversación* es en el cielo", ha dicho San Pablo. Palabras sorprendentemente proféticas cuya verificación puede hacerse treinta millones de veces por día, desde hace diecinueve siglos, en las tiendas de comestibles y en la casa de todo burgués.

Hay algunos que llegan a edad muy avanzada y que mueren rodeados de respeto, en plena chochez, sin haber hablado jamás de otra cosa que de lo que pasa en el cielo.

LI

La flor y nata de la decencia

Eduardo tenía setenta y cinco años y Rosalía diez menos. Pero sus conciencias eran tan puras que se los creía más jóvenes. "No debían nada a nadie", "no habían hecho nunca daño a nadie", y por consiguiente "no tenían nada que reprocharse". Se decía de ellos que eran *la flor y nata de la decencia,* nada menos, lo que simplemente agota la alabanza humana.

Eduardo ocultaba su origen, como el Nilo. Lo único que confesaba era haber sido criado y luego dueño de una casa amueblada, en tiempos y barrios ignorados. Sólo le quedaba de ese pasado una bonhomía sofocada, una cordialidad asmática y esa especie de mísera tristeza del hombre de bien que se palpa el espinazo gimiendo, como si no pudiera ya ser útil a la gente o inmolarse por ella.

El pestañeo habitual con que subrayaba algunos comentarios de tono subido cuya delicadeza quería que se apreciara, era acompañado de un inexplicable movimiento de rana, de abajo arriba, en la epidermis de la parte lateral de su viejo rostro, y el carraspeo acatarrado que se sumaba a todo eso completaba y daba carácter a la fisonomía de este hombre honrado, al que le era grato oírse llamar *señor Eduardo.*

Rosalía, o la señora de Eduardo, había sido por espacio de una generación doncella de una marquesa —sí, querida mía, de una auténtica marquesa, muerta ya, desgraciadamente, como todo lo

que es bueno—la que le había dejado vestidos a la última moda del segundo imperio, amén, creo, de algunos escudos, todo lo cual, sumado a la *sisa* concienzuda de un cuarto de siglo, la había convertido, a partir de los cuarenta y cinco años, en un partido aceptable. Porque fué a esa edad cuando el dichoso Eduardo se casó con ella, cuyo corazón supo conmover con su figura de rumiante astuto.

Extremadamente oracular y pletórica hasta no poder más de la sabiduría del pueblo, parecía una amante de Enrique IV que hubiera sobrevivido a la monarquía. Había recibido también de la marquesa sorprendentes aires de soberbia que no permitían confundirla con el vulgo, y la escalinata de cuatro gradas por la cual se entraba en la casa de los esposos había sido visiblemente dispuesta para la ostentación de las magníficas maneras de éstos.

No he podido saber si el antiguo rufián señor Eduardo había sido mantenido por esta gran dama o si eso fué un episodio anterior a su matrimonio. Pero en caso afirmativo, es seguro que su presencia debió ser un extraordinario incentivo en los negocios y adornar con un lirismo de aristocracia el monótono vaivén de las palanganas y las ensaladeras.

Amantes ambos de la naturaleza, se habían retirado finalmente un poco más allá de las fortificaciones, sobre la carretera requemada y mediocremente apia de uno de nuestros cementerios suburbanos. Fraccionando en cuatro una casa minúscula, ya de suyo y estrechándose ellos mismos, aplastándose como chinches, habían podido ostentar inquilinos y realizar así su más hermoso sueño.

Pero, ¡ay!, a nadie le es dado subir más allá del ápice de la pirámide. Llegado a ese punto, no se puede sino descender. Eduardo y Rosalía habían caído sobre un mal locatario...

Todo el mundo sabe que un mal locatario es el que no paga puntualmente *uno* de los términos de la locación, aunque haya pagado anteriormente varios centenares, aunque haya salvado a la patria treinta o cuarenta veces. ¿No insinúa acaso la gramática latina que Arístides fué un mal inquilino, puesto que murió pobre?

En resumen, el señor Eduardo había alquilado, desde hacía ya varios años, la parte más importante de su casa a un poeta. ¿Habéis leído bien? A un *poeta*. Pero se había equivocado de una manera odiosa. El tal poeta se había dicho *escritor* y, naturalmente, el tío Eduardo, penetrado, húmedo de respeto, se había creído en presencia de un señor que hacía escrituras, de un ama-

nuense de alguna oficina. A tal punto lo había creído, que ni el ver libros signados con el nombre de ese pretendido calígrafo, ni la lectura de varios artículos periodísticos en los que se lo trataba de sombrío bribón y de fangoso imbécil —lo que es, sin embargo, el sello del genio— habían podido abrirle los ojos. Se necesitó nada menos que la miseria bruscamente evidenciada y la imposibilidad probable de pagar un próximo vencimiento del alquiler para hacerle caer el velo. Esto fué para él un rudo gólpe. El digno hombre se puso a vociferar con tanta más violencia cuanto que la mujer de su locatario se hallaba gravemente enferma y necesitaba una paz inmensa. No se le debía nada todavía, por supuesto, ¡no faltaba más!, pero por mucho que fuera el más servicial de los hombres, no era de aquellos que se engaña así no etc. No es posible dejar de poner en evidencia a esta flor de burguesía, a quien el solo temor de no ser pagado lo convertía en una especie de poseído y que gruñía como un cerdo en trance de ser degollado.

Y bien, he aquí, exactamente, lo que ocurrió en mi presencia. La enferma, angustida con esa esecena, cayó en un delirio horrible, del que se creyó que no reaccionaría. Durante días y noches vió a ese viejo y a esa vieja asesinando a seres humanos y vendiendo su carne a los fondistas y a los salchicheros. Fué una obsesión continua, encarnizada, de una precisión, una intensidad y una insistencia inaudita. Se vió salpicada, hasta la náusea, hasta el horror físico, con la sangre que vertían *espiritualmente* esos propietarios.

Más tarde comprendí que la enferma, más lúcida que los videntes, había *visto* realmente el pasado de esos servidores del demonio, en el clisé fotográfico en que está envuelto el universo. Sólo que, por efecto de una transposición que soy incapaz de explicar o calificar, pero cuya certidumbre es alumbradora, había visto realizarse objetivamente, *en su verdadera forma,* pensamientos y sentimientos espantosos.

¡Había visto el agua de las lágrimas convertida en sangre!

Afortunadamente, Eduardo y Rosalía lograron desembarazarse de su poeta. No perdieron un céntimo, y hasta se dieron maña para rapiñar en la mudanza algunos objetos. ¿Cómo puede no quererlos el cielo? Están en buenos términos con el párroco, que los pone como ejemplo, y no deben nada a nadie, ¡ni siquiera a las Tres Personas que hay en Dios!

LII

El honor de las familias

Antiguamente, cuando no se había promulgado la abolición del sentido de las palabras, el honor de una familia consistía en dar santos o héroes, o por lo menos servidores útiles a la cosa pública. Nada importaba, a ese efecto, que se fuera rico o pobre, que se tuviera o no se tuviera antepasados ilustres. En este último caso se llegaba simple y fácilmente, por la naturaleza de las cosas, a la aristocracia.

Hoy, el honor de las familias consiste únicamente, exclusivamente, en escapar a los gendarmes.

Los burgueses esclarecidos conceden alguna vez, luego de madura reflexión, que la pobreza, en ciertos casos, poquísimos, que se guardan muy bien de especificar, puede no ser deshonrosa, pero que nada borraría la vergüenza de una condena judicial, sobre todo en provincias.

Por mucho que los mártires tengan sus osamentas en los altares desde hace siglos, por mucho que la Iglesia eche a vuelo sus campanas en sus fiestas y los inunde de gloria, el burgués, lleno de desconfianza, no ve en ellos sino torpes que se dejaron atrapar y que tuvieron antecedentes judiciales. Una sobrina de San Lorenzo no encontraría hoy con quién casarse y un primo remoto del Buen Ladrón jamás conseguiría un empleo administrativo de mil doscientos francos,

La repugnnancia que el cristianismo inspira al burgués, nunca se repetirá demasiado, se debe en gran parte a los sentimientos de honor de éste. No puede venirse con una ,religión cuyo "fundador", después de haber sufrido una pena infamante, resucitó al tercer día para agravar eternamente el deshonor de su familia.

LIII

Los deberes del mundo

"Ego non sum de hoc mundo". Yo no soy de este mundo. *Jesucristo no era* HOMBRE DEL MUNDO. El mismo lo declaró. Hay, entonces, deberes ajenos a él y, en consecuencia, opuestos a él, que se llaman deberes del mundo.

Es preciso saberlo para comprender lo que hay de longanimidad misericordiosa en la sonrisa del burgués cuando escucha, por ejemplo, un sermón sobre el desprecio de los bienes terrenales o sobre la pureza cristiana.

—Prefiero oír ésto antes que ser sordo— parece decir bonachonamente, pensando en sus verdaderos deberes, que no son otros que escupir al Rostro del Salvador y crucificarlo todos los días, después de una Flagelación indecible.

LIV

El hábito es una segunda naturaleza

...¡Sufro la peste! Acaso la peste sea la consecuencia del error y del mal; tú lo dices y yo no lo niego. Estoy, sin duda, en la ruta de la muerte, y es posible que todo provenga del error. Lo cierto es que me hastío, que mis sensaciones se embotan con la edad y que llegará la muerte. Este pensamiento es desagradable.

Sin embargo, si Dios me propusiera abandonar por un instante estas cosas fastidiosas, monótonas, falsas, moribundas y mortales, que me llevan a la desesperación presente y a la desesperación eterna, y cambiarlas por la Vida, el Gozo y la Beatitud, me negaría a ello, ni siquiera lo escucharía. Iría a jugar un juego que me aburra y le diría: "¡Vete! ¡Vete, señor del éxtasis y dueño de la alegría! ¡Vete, sol que te levantas sobre olas de púrpura y oro! ¡Vete, majestad! ¡Vete, esplendor! ¡Vete, tú que sudaste

sangre en el Jardín de los Olivos! ¡Vete, tú que te transfiguraste en el Tabor! ¡Vete, vete! Yo prefiero ir al café, donde me aburro".

"¿Y por qué vas?"

"Porque tengo ese hábito".

(Ernesto Helló, *El hombre*).

LV

DONDE HAY FASTIDIO NO HAY PLACER

Forain, el caricaturista admirado por los patanes, recibió cierta noche una magnífica zurra administrada diestramente por dos lacayos al servicio de una princesa ofendida de la calle Pigalle. Según propia confesión, el vapuleo no le causó ninguna gracia, y es probable que le emponzoñara la vida, pues dicen que desde entonces no puede ver un palo, así sea en un árbol, sin experimentar un vivo sentimiento de fastidio.

Me hubiera sido difícil, al traer a colación este lugar común, no pensar en el mencionado personaje y en su aventura, que ha podido renovarse muchas veces, por lo demás, en el transcurso de los diez años que han pasado.

El ejemplo ha sido ineficaz, sin duda, pues no se ha implantado la práctica de zurrar invariablemente a los burgueses y sigue habiendo tinterillos y viajantes de comercio para quienes Forain es un gran artista. Pero basta para mi exégesis señalar que el *fastidio,* así se trate de malestar físico como de penuria financiera, es incompatible con el placer.

De ahí, por ejemplo, que la santa ley del divorcio, obtenida por un cornudo previo, que luce una joroba de camello de Tartaria, haya venido tan oportunamente a librar al venturoso pueblo francés del fastidio de las uniones indisolubles. Cierto es que su efecto se limita a eso y que los divorciados no reciben dinero para andar de juerga, pero hay que confiar en que algún legislador decrépito salvará un día de estos esa fastidiosa omisión.

Es inútil, creo, hablar de las clausuras demasiado estrechas, ni de los corsés de ballenas penetrantes, ni de los clavos en el tra-

sero, ni de otras peripecias que se oponen al jolgorio. En todos los casos imaginables, lo primero es buscar el placer, el placer a cualquier precio, y eludir el fastidio y la molestia, según los dictados del Príncipe de este mundo, padre del burgués y enemigo de la Redención por el sacrificio.

LVI

No hay placer sin pena

Sin pena para los otros, por supuesto. Sería un poco fuerte que el burgués se viera obligado a pagar un placer cualquiera con un desagrado personal. Lugar común idéntico al precedente, si bien se mira. "No hay rosas sin espinas", suelen decir también los jóvenes que se complacen en expresarse de una manera poética y original, lo que de ningún modo significa que se resignen a los pinchazos que pueden recibir de la reina de las flores cuando sus manos se posan inocentemente en élla.

Para comprender al burgués, macho o hembra, es necesario penetrarse de la idea de que, dada su condición de amo del mundo, los sufrimientos que a él le corresponden deben ser asumidos por sus esclavos, vale decir, por los que no son burgueses. Y entre estos esclavos, cuyo número es incalculable, los hay voluntarios. Tal, por ejemplo, el caso de los carmelitas y benedictinos y de jóvenes damas, a veces de la más alta aristocracia, que optan libremente por una vida de duro sacrificio para que el burgués no tenga que sufrir *en la tierra,* para que ese horrendo aborto de la preciosa Sangre, que no tiene nada que esperar ni quiere esperar nada de otra vida, pueda, por lo menos en ésta, gozar de la paz de los brutos.

El ignora todo esto, no hay para qué decirlo, y no llegaría a comprenderlo aunque un ángel se lo explicara durante un siglo. Lo adivina, sin embargo, en cierto sentido y hasta cierto punto. Una especie de olfato, semejante al instinto de los animales, le advierte que se trabaja para él, que se sufre por él, cumpliéndose así una determinada *justicia* que lo hará, un día, aullar de terror...

Cuando dice que no hay placer sin pena, esto parece la ironía necia y ligeramente insensata, de un mal soldado que comprende que sus camaradas no se harán matar eternamente por él.

LVII

No es posible hacer una tortilla sin cascar los huevos

Con estos términos el colosal burgués Abdul Hamid explicó, seguramente, a su buen amigo y leal servidor Gabriel Hanotaux el asesinato de doscientos mil o trescientos mil cristianos de Armenia. Pero, desde luego, no lo invitó a comer la tortilla.

Gabriel, despedido con una magra propina, se consoló como pudo, rebañando algunas piltrafas, me atrevo a pensar, en la cacerola del ministerio, donde sus antecesores, a partir de Richelieu, honraron tanto a Francia.

Como he conocido mucho a este hombre de estado, considero infinitamente probable que su admiración por el sultán no haya hecho sino aumentar. Sus entrañas de hijo de pequeños burgueses de Saint-Quentin han debido sentirse conmovidas por ese padishah que posee, se asegura, muchas veintenas de millones de renta y que inmola a su antojo la población de cincuenta ciudades.

Cuando un burgués habla de cascar huevos para hacer una tortilla, debe pensarse que infaliblemente alguien, —uno o muchos—, pagará terriblemente las consecuencias y que siempre habrá un Hanotaux para aplaudir.

LVIII

No tengo suelto

Tal es la respuesta de un rozagante individuo a un desdichado que después de haberle pedido inútilmente veinte francos, le implora cinco. Ni siquiera se trata de una limosna. El solicitante es conocido y le promete su trabajo. Más aún: se lo ha dado ya,

pero no puede esperar que llegue el día fijado por el reglamento para percibir su salario.

Por desgracia, el solicitado es un hombre de "principios rígidos" y no hace jamás anticipos de dinero. Es inútil. Se puede operar un milagro, pero no convencer a un burgués de esta especie. La rigidez de un cadáver resiste menos que la rigidez de sus principios.

Esta vez, sin embargo, como insiste tan extremadamente el pedigüeño, que parece desesperado, y como están en un lugar casi desierto, el solicitado renuncia momentáneamente a hablar de sus principios y se limita a contestar que no tiene suelto.

—¿Quiere que yo se lo consiga? —pregunta el otro.

¡Proposición horrenda! El burgués cree oír la voz de un delincuente que lo amenaza de muerte. Pero he aquí que le viene una idea salvadora, y declara su propósito de ir él mismo hasta la esquina llena de luz que ve en el fondo de la avenida. Llegado allí con su acompañante, lo entrega a éste a dos agentes de policía, haciéndolo detener.

El desgraciado dormirá en la comisaría, no cabe duda, y el hambre hará rechinar los dientes de las pobres criaturas que esperan su cena. Porque esto, por horrendo que parezca, es cosa que sucede. Los que no han oído *rechinar los dientes* de los niños, no conocen el fondo del dolor humano.

Aquel hombre justo, liberado ya y satisfecho de sí mismo, toma un coche y se dirige a un restaurante nocturno a buscar dinero suelto. Todo, pues, va muy bien. Pero ocurre algo inesperado. Esa misma noche, mientras él está de juerga, sus inmensos astilleros son pasto de las llamas y los diarios de mañana estimarán las pérdidas en medio millón de francos.

¿Qué pensar de ésto? ¿Es que habrá palabras que incendian *por sí solas,* sin intervención de una mano visible? El hombre desesperado está bajo llave y sus criaturas se retuercen en las tinieblas, llorando de hambre. No es, pues, por ese lado por donde habrá que buscar al culpable. Bien hará, sin embargo, el hombre de los principios rígidos en tener en el futuro dinero suelto. ¡Quién sabe! Dios emplea disfraces y el Fuego asume cualquier forma. Es un vagabundo que hace lo que quiere, sin que se sepa de dónde viene ni adónde va. Algunas veces, como sucedió en Sodoma, cae del cielo, perpendicularmente.

LIX

Yo podría ser su padre

He aquí, acaso, el más extraordinario de todos los lugares comunes. Para entrever lo que hay en él de enorme, imaginemos a un viejo judío prevaricador y lleno de inmundicia, que le dice a Jesús: "Yo podría ser vuestro padre".

—*Yo era antes de Abrahán...* —responde Aquel que lo hizo todo.

Estas palabras del Evangelio en boca de un Hombre de treinta años, que resucitaba a los muertos mientras esperaba su propia resurrección, impresiona poco a las almas ciclistas del siglo veinte. Pero para la gente de entonces, que se empinaba para ver al Maestro y que caminaba sobre sus pies, debieron ser inauditas.

Es que en aquel momento la idea de *paternidad,* transferida del Hombre a Dios y del Tiempo a la Eternidad, aparecía de pronto casi inaccesible. Por mucho que Abrahán mantuviera en secreto su nombre, no se sabía ya quién era el padre, aquel que había engendrado o aquel que había sido engendrado. Y esta incertidumbre trastornó a tal punto a la humanidad, que el cristianismo se hizo posible. *Pater noster.*

Hoy, que somos cristianos a través de tantas generaciones —¡y qué horrendos crisianos!— es turbador oír que un ser que presume de razonable y que ha sido bautizado en nombre de las Tres Personas, le dice a un niño, por muy cargado de siglos que él mismo esté: "Yo podría ser vuestro padre", con la necia pretensión de expresar una diferencia de edad, como si se supiera jamás a quién se habla ni quién es uno mismo y como si ese sorprendente *condicional pudiera* tener significación alguna que no sea ésta:

—Yo que os hablo, yo mismo soy el buen Dios, y no lo sospechabais.

LX

No se muere más que una vez

Equivale a decir que no se vive más que una vez, y ya es demasiado si se trata de un imbécil o un malhechor, lo que jamás puede ser —no hay para qué repetirlo— el caso del burgués.

Sería interesante, sin embargo, saber qué entiende éste por *morir,* una vez o muchas veces. Quise ya saber qué significa para él la palabra *vivir,* y la respuesta ha sido tan poco satisfactoria que me he sentido desanimado. El burgués es un astuto que no dice sino lo que quiere decir. Sólo una cosa —¡oh, una cosa sin importancia!— me parece clara. Y es su absoluto desacuerdo con el Apocalipsis, el que habla de una "segunda muerte". Pero todo el mundo sabe lo que hay que pensar del Apocalipsis. Estamos ya hartos de todas esas historias de lagos de fuego, de lluvias de azufre, de langostas y escorpiones, del pozo del abismo y de la bestia de diez cuernos. Voltaire, a quien no se lo lee hoy tanto como sería de desear, dilucidó victoriosamente todo eso y muchas otras cosas en su inmortal *Diccionario filosófico.* Con una inconcebible nobleza de lenguaje explica allí que el genio y, en general, todas las manifestaciones del alma humana, que antes se creían efecto de un soplo inspirador, no son sino la consecuencia de una extremada sequedad de vientre. Un eficaz purgante, y Napoleón se convierte inmediatamente en un imbécil. Sumérjase el lector en las diarreas de Voltaire, que por cierto no era un estreñido, y verá si eso no es para morir dos veces.

Post scriptum. No hay para qué recordar que Voltaire no era un escatólogo.

LXI

Es feliz, ya no sufre

La Sagrada Congregación de los Ritos, una de las úlceras más negras del Papado, exige generalmente cuantiosos honorarios. Un proceso de beatificación cuesta alrededor de doscientos mil francos.

El burgués es beatificado gratuitamente. Apenas empieza a apestar, sus parientes y sus amigos lo declaran bienaventurado, y he ahí todo. Cierto es que no se lo coloca en los altares, pero eso no importa. Lo esencial es que sea un bienaventurado, vale decir, que no sufra más en su carne, pues, en lo que respecta al alma, no experimentó jamás sensación alguna.

Y con eso, el proceso está terminado. Nada de encuestas acerca de las virtudes del difunto, y menos sobre sus milagros. No hacen falta donativos, ni regalos costosos, ni bulas papales. Cualquier vecino reemplaza con ventaja al promotor, a los jueces, a los cardenales y al soberano Pontífice. Cuando ha dado su dictamen, todo queda resuelto y el extinto no tiene ya nada que temer.

El progreso de la ciencia ha venido, por otra parte, en ayuda de los muertos, librándolos de los horrores de una inhumación prematura. El horno crematorio, más tranquilizador que el *Requiem*, es expeditivo de otra manera. En otros tiempos se temía despertar en presencia del Juez Terrible; hoy se tiembla ante la perspectiva de despertar entre las cuatro tablas de un ataúd. Con el antiguo temor, se oraba interminablemente; con el terror moderno, las cosas se arreglan de inmediato. Los empleados meten las cenizas, mezcladas, supongo, con carbonilla y escorias, en una urna inconsolablemente rotulada y en cuya inscripción a veces se habla de *volver a verse*.

Hecho eso, no se necesita más; ya no se sufre, se es "bienaventurado".

LXII

Murió sin darse cuenta

¡Y bien! Al burgués no le basta no sufrir después de la muerte: desea no sufrir *mientras* muere. Si le fuera permitido tener un estilo, haría de buen grado como aquella dama del siglo XVIII, que se emborrachó para morir. Ignoro hasta qué punto esa embriaguez fué consoladora y cómo podría conciliarse con los aterradores llamados de ultratumba. Pero el expediente puede ser propuesto.

¿De qué se trata, en suma, en todo lo que hace o quiere el

burgués, sino de desmentir la Palabra de Dios o de su Iglesia? "De la muerte súbita e imprevista líbranos, Señor", dice ésta en sus grandes letanías. En consecuencia, lo contrario es deseable y debe ser siempre esperado, sino pedido. Porque tal es el gran arcano del burgués, el secreto de su fuerza, esa especie de reacción orgánica de la cual emana su perfume.

Quiere a toda costa reventar sin sufrir, y es muy natural. ¿Por qué salir con dolor de una vida que, en resumen, ha sido hecha para que se goce de ella hasta el último suspiro inclusive y que debería ser "un amable paseo", como decía Renán, el tripudo filósofo que tuvo tan digno fin, puesto que le fué dado evacuar inopinadamente su alma?

LXIII

Se diría que duerme

No hay ejemplo de un pobre cuerpo yacente, trátese de un burgués o de un héroe, que haya escapado a este lugar común. No basta morir, hay que aguantar también eso. ¡Cuántas veces y con qué impaciencia lo he oído!

Pero, ¡qué sueño, santo Dios! He visto cadáveres grasientos, terrosos, sombríos, ya en proceso de descomposición, que eran horrendos y lamentables como la Tontería muerta. He visto otros, probablemente "bienaventurados", a quienes el trabajo de la agonía había restituído el carácter de bestias, más o menos disimulado durante toda la vida por los múltiples movimientos de sus almas. Algunos parecían caballos, otros, lobos, cerdos, cocodrilos, simios o qué sé yo qué animales de pesadilla. Uno de ellos, apenas me atrevo a escribirlo, se asemejaba mostruosamente a una chinche.

Vi también el cadáver de un gran poeta que murió llorando y en cuyo rostro las lágrimas habían dejado un doble surco. Y el de una criatura que parecía un capitán de ángeles a quien se le hubiera permitido morir y que, cerrados los puños y apretada la boca, daba la impresión de esperar resueltamente que se lo llamara.

Guardo, en fin, el recuerdo horrendo de un soldado alemán muerto en un rincón de uno de los tantos campos de batalla, en

1870. Se mantenía de pie porque un formidable bayonetazo lo había clavado a la puerta de un establo. El arma, profundamente embutida en la madera después de atravesar el pecho del hombre, no había podido ser arrancada por el matador, que se limitó a destrabar el cañón de su fusil, dejando que la víctima agonizara como un mochuelo. No olvidaré jamás la expresión de horror, espanto y desesperación de aquel rostro.

Cierto día un joven burgués me mostró a su suegro, que yacía desde hacía varias horas rodeado de todo el aparato fúnebre. Se habían enviado ya las participaciones y estaban tomadas todas las medidas para el entierro, que debía realizarse al día siguiente. Se trataba de un viejo oficial de la buena época, ya retirado, tan digno como ingenuo, a quien yo estimaba por su simpleza casi tanto como por su rectitud.

—Mírelo usted —me dijo el yerno—. Parece dormir.

Estuve en un tris de abofetear al imbécil, pero luego de observarlo con atención comprendí que me hallaba en presencia de una especie de demonio. Su júbilo de heredero de algunos céntimos era evidente. "Cuando uno revienta, es para largo tiempo", pensaba, sin duda.

Pero he aquí que cuando, luego de recitar interiormente un *De profundis,* me disponía a huir de este vivo, el muerto se llevó la mano a la frente y abrió los ojos...

Con una sangre fría de la que todavía me sorprendo cuando pienso en ello, me precipité, y apagué los cirios y los hice desaparecer en un segundo. Luego, volviéndome al yerno, que acababa de lanzar un grito y cuyo hocico desencajado lo hacía parecer un ciudadano del infierno, le dije:

—¡Llámela a su mujer! ¿No ve usted que este hombre ha dejado de dormir?

LXIV

Murió como una santa

"En la mañana del 25 de octubre, el Peregrino la encontró aterrada, fuera de sí.

—Anoche —dijo ella— tuve una horrenda visión, que todavía no puedo apartar de mi espíritu. Hallábame rezando por los ago-

nizantes, al atardecer, cuando de pronto me vi llevada junto al lecho de una mujer muy rica, que estaba muriéndose en pecado. Al verla en peligro de condenarse, sentí una honda aflicción. Luché contra Satán, pero no tuve éxito; era demasiado tarde. No tengo palabras para decir mi pena cuando lo vi adueñarse de esa alma y dejar allí ese cuerpo encorvado, que me repugnaba como una carroña. No podía acercarme a él, lo veía a la distancia, desde lo alto. Y había también ángeles que lo miraban. Esa mujer tenía marido y niños. Se la creía buena, pero había llevado una vida mundana, en comercio ilícito con un sacerdote, pecado que se hizo costumbre y que jamás confesó. Había recibido todos los sacramentos, mostrando mucha presencia de ánimo, y parecía preparada para el tránsito. Estaba angustiada, sin embargo, a causa del pecado que había mantenido secreto. El diablo hizo intervenir entonces a una vieja miserable, amiga suya, a quien ella le confió sus inquietudes. Pero la vieja la exhortó a desechar esos pensamientos y a no hacer escándalo. Le dijo que olvidara las cosas pasadas, que no tenía por qué atormentarse, puesto que había recibido los sacramentos y edificado a todo el mundo, y que lo único que correspondía era no provocar sospechas y marcharse en la paz de Dios. Después de esto, ordenó que se dejara sola y tranquila a la desdichada. Pero ésta, cerca de la muerte, seguía aún con la imaginación llena de deseos y su pensamiento no se apartaba del sacerdote cómplice de su pecado. Y cuando yo me acerqué a ella, vi que Satán se había encarnado en ese sacerdote que rezaba junto a su lecho. Ella, que agonizaba llena de malos pensamientos, no rezaba. El Maldito le leía los salmos; le citaba, entre otras, estas palabras: *Que Israel confíe en el Señor, porque en El están la misericordia y la redención supremas.* Se enfureció contra mí. Le dije que hiciera la señal de la cruz sobre la boca de la moribunda, pero no pudo. Todos mis esfuerzos fueron inútiles; era demasiado tarde. La desdichada murió. Fué un momento terrible cuando Satán se adueñó de su alma. Yo lloré, clamando por ella. La miserable vieja, que había vuelto, consoló a los parientes y habló de la hermosa muerte de su amiga. Me marché, y al pasar un puente que había en la ciudad, me crucé con algunas personas que se dirigían a casa de la finada. *¡Ah!* —pensé—. *¡Si hubieseis visto lo que yo vi, huiríais de ella!* Tanto me enfermó esa visión, que todavía tiemblo".

Esta página ha sido tomada del tercer volumen de la incom-

parable *Vida de Ana Catalina Emmerich,* la vidente estigmatizada de Dulmen, escrita por el padre Schmoeger, de la congregación de los redentoristas.

LXV

Se debe respetar a los muertos

A los vivos no hay por qué respetarlos, a menos que sean más fuertes que uno. En este caso, la experiencia aconseja más bien lamerles las botas, por mucho que sean inmundas. Pero los muertos deben ser siempre respetados.

Excepción hecha de los artistas y los poetas, para quienes la muerte puede ser una excusa, los más atroces criminales tienen derecho a todos los miramientos, y hasta a cierta veneración, una vez que han dejado de vivir. ¿Por qué? ¿Acaso por que se han convertido en "bienaventurados"? Respuesta demasiado fácil. Profundicemos un poco.

He dicho al comienzo de esta Exégesis que el burgués profiere constantemente y sin darse cuenta palabras absolutamente excesivas, capaces de hacer vacilar al mundo. Lejos de él esa intención, Dios lo sabe, pero es así, y la esperanza de demostrarlo me ha llevado a emprender este trabajo. ¿Por qué, pues, insisto una vez más, el burgués afirma con tanta obstinación que hay que respetar a los muertos? ¿No será, tal vez, porque, no pudiendo discernir muy bien la muerte de la vida, como he dicho antes, un oscuro presentimiento lo mueve a reivindicar ese respeto para sí mismo y para sus semejantes, que son los verdaderos muertos, los muertos entre los muertos, a pesar de sus alardes de vivir?

LXVI

Los muertos no pueden defenderse

¡Qué estupidez o qué hipocresía! ¡Cómo!... ¿no se defienden precisamente con el respeto que se les debe y que los hace intocables? ¿Puede imaginarse mejor defensa? Y tanto más segura,

cuanto que una constante incertidumbre se cierne sobre ellos. ¡Tienen con tanta frecuencia, no me canso de repetirlo, el aire de vivir, y se los entierra de una manera tan extraña!... Tratad, por ejemplo, de orinar contra la estatua de Gambetta y de inmediato veréis espesarse, coagularse, condensarse y finalmente aparecer, bajo la forma de la represión más exaltada, todas las sucias sombras interesadas en el prestigio de esa abominable carroña. Yo llamo a eso defenderse.

Los muertos se defienden tan bien, que ya no es posible vivir. Con el pretexto de hacer efectivo el respeto a que pretenden tener derecho, llenan las ciudades, y hasta los pueblos, con sus efigies. Pronto invadirán, seguramente, los domicilios de los ciudadanos y yo mismo me veré obligado, bajo las más graves penas, a colgar en las paredes del mío los nefastos mascarones de Eduardo Drumont, del doctor Mauricio Peignecul o de Emilio Zola, llamado el *Cretino de los Pirineos.*

LXVII

YO NO SOY UN CRIADO O CUANDO SE AMAMANTA

Estaba impaciente por llegar aquí. Todos los filamentos, todas las hebras de pensamientos y sentimientos que constituyen el alma del burgués pobre, vienen a parar en este lugar común. Es el signo que permite reconocer al monstruo. Porque existe el burgués pobre, salido también del limo, monstruo llamado a devorar al burgués rico tan pronto como termine el séptimo año de abundancia.

Su deformidad es del género de la de Barrés, a quien se parece, con adición de mugre. Buena educación belga y grosería aguda. Además, pretensiones de pensamiento y una especie de omnisciencia. Uno se informa de inmediato que tiene el suficiente dominio del griego para poner, si es necesario, el código civil o la tabla de logaritmos en versos asclepiadeos o espondaicos. Sabe no menos el hebreo, y el sirio apenas tiene secretos para él. En cuanto al

sánscrito, es casi su lengua. No hace, sin embargo, ningún uso de estos preciosos conocimientos, lo que sorprende. Pero él no aspira a deslumbrar. Le basta que se sepa que los posee.

Las uñas, extraordinariamente largas, cortadas a la manera de garras de albatros, contrastan extrañamente con el labio siempre colgante, la faz lívida y los ojos apagados. Un amigo me había aconsejado desconfiar de los individuos que tienen la boca podrida y las patas sucias, y éste es un caso de esos. Cometí, sin embargo, el error de echar en saco roto la profética advertencia, por mucho que el solo nombre —Edgar— debía ponerme sobre aviso.

Creía deberle algo y llevé mi imprudencia, ingenuo de mí, hasta ofrecerle hospitalidad en mi casa, creyéndolo seriamente amenazado. Cuando quiso hacerme saber que él no era un esclavo, cosa que no tardó mucho, comprendí la enormidad de mi bobería. Pero era ya demasiado tarde. ¿Qué más puedo decir? Tenía una simulada religiosidad... Ese hombre libre, imitador y transcriptor infatigable de un escritor harto conocido, estaba lleno de textos y de vehemencias. Como, en fin, jamás lo había *visto,* no podía sospechar los desalentadores efectos de su ostentación. Que esto, sobre todo, me sirva de excusa.

Tenía, ¡ay!, una compañera, que respondía al nombre de Rafaela, y una criatura, desgraciadamente destinada, mucho me temo, a una educación homicida. Esta madre, una insípida y rubicunda flamenca de carnes fláccidas y blancas bajo una piel sucia, de ojos de color de polvo y mirada fugitiva, de boca hermética de avara impresionada por la sonrisa ambigua de la Gioconda, era, creo, más odiosa que su marido.

Este, por lo menos, no *amamantaba.* Se daba por satisfecho con ser nutrido él mismo y tener una pluma, pues se jacta de tener una pluma, una mísera pluma vieja tomada de los restos de mi plumero y que espera utilizar contra mí.

¡Pero ella, justos cielos!... Ella era una de esas mujeres a quienes el hecho de dar de mamar les confiere un alto grado en la admiración de los hombres. Despechugada, lánguida, con el alma en pantuflas, se arrastraba suavemente, desde la mañana hasta la noche, teniendo apenas fuerza para reclamar, con una voz extenuada por el prodigio de su insuperable dignidad, las atenciones y reverencias que le eran debidas. El colmo de la injuria hubiera sido proponerle hacer cualquier tarea. "¿Se olvida usted que estoy

criando? ¿Me toma usted por una sirvienta?", habría exclamado esa camarera inmóvil enjaezada con un esposo sabio. La sola idea le hubiera parecido monstruosa.

No intentaré pintar los éxtasis de Edgar. Le parecía mentira tener una mujer que amamantara. Contemplaba aquello todo el día, con el labio colgante, indignándose con lirismo al no ver afluir para ella, y sobre todo para él, los raros y suculentos manjares que había esperado encontrar en mi mesa. Porque ese helenista engulle como un héroe homérico.

Durante tres meses di asilo y pan a esta graciosa pareja. Al cabo de la primera semana, sin embargo, estaba harto. Pero nos hallábamos en invierno. Mi mujer, que debía recibir en pago las horribles calumnias de que se la hizo víctima más tarde, me suplicó tener paciencia y nos sentimos apiadados de la criatura. Finalmente, Dios se acordó de nosotros y se cumplió un doble milagro. Los gusanos, creyendo que se encontrarían mejor, nos dejaron libres y un subsidio nos cayó del cielo para pagar la enorme erogación.

El mes pasado, Edgar, a quien creía en las profundidades del nadir, reapareció para sablearme —*¡por la Santísima Virgen!*— una fuerte suma. Todo el mundo sabe que soy un mendigo, y se abusa de mí. Mi sorpresa y la confesión de mi impotencia me valieron una grosera carta, que guardo como un precioso documento para la historia del burgués pobre en los comienzos del siglo veinte.

Menospreciar el pan con que uno se ha hartado en la mesa de los indigentes y pagarles a éstos con una oleada de inmundicias entre las que el nombre de Dios es invocado piadosamente a cada paso, estar apareado con una idiota que realiza el acto sublime de amamantar, y con todo eso llevar el heroísmo hasta no ser un criado, cuando se está santamente organizado para vaciar las bacinetas y enjuagarlas cuidadosamente: tales son los grandes rasgos de ese devorador que amenaza a tu especie, ¡oh burgués rico!, y que viene de Brabante para engullirte.

LXVIII

Yo no necesito de nadie

Soy, pues, Dios. Conviene señalar, y más de una vez lo he hecho, que ésta es la conclusión *necesaria* de casi todas las sentencias burguesas. Los lugares comunes entran así los unos en los otros, como los tubos de un telescopio o los vagones de un tren rápido topetado por un tren de carga. Esto es divertido para el espectador, pero a la larga resulta fastidioso.

Esta machaquería es el escollo poco menos que inevitable de un libro de este género. Espero, sin embargo, que no me faltará la fuerza para darle término. Como no tengo el honor de ser burgués, nada me costará confesar que necesito de todo el mundo, comenzando precisamente por el propio burgués, que me suministra la materia y que, miembro al fin de nuestra ondulante especie, ofrece alguna variedad al observador atento.

LXIX

Los grandes dolores son mudos

Esto quiere decir que el silencio del señor Ignibus, célebre sombrerero que acaba de enterrar a su mujer en un cementerio del suburbio, después de haberla envenenado con raspaduras de fieltro, expresa un dolor más grande que las *Lamentaciones* de Jeremías con sus ciento cincuenta y pico de versículos, altos como esos montes bíblicos en la cima de cada uno de los cuales ruge un león.

Sobre eso no cabe la menor duda. El burgués, que es versado en dolor, puesto que nadie mejor que él sabe infligirlo a los demás, no es partidario de las lágrimas excesivas y turbadoras, y los alaridos de las Hécubas no le agradan. Es un hombre sin complicaciones.

Puede ocurrirle a él tanto como a cualquiera —pues todo cabe

esperar de la fragilidad humana— ser un imbécil o un canalla. No importa. Su dolor tiene que ser, por fuerza, grande y mudo. Eso es fatal. ¿Sería alguien capaz de concebir, por ejemplo, a un fabricante de cánulas de caucho o de resortes de acero para colchones de elásticos, a un inspector de caminos o a un sobrestante de obras arquitectónicas, lanzando gemidos horrendos y desenfrenando el lirismo de un Sófocles para lamentar la muerte de un miembro de su familia?

LXX

"Quo vadis?"

Démonos prisa en intercalar aquí este lugar común literario, llamado a tener vida efímera, pero que nos estraga con furia desde hace tantos meses. Lejos de mí el propósito de hablar de ese libro idiota, tan duramente condenado por su propio éxito y que admiran, con unanimidad, católicos y protestantes, lo cual, intelectualmente, es la vergüenza de las vergüenzas. ¡Curas hay que lo han citado en el púlpito! Quiero, simplemente, contar una anécdota. Hela aquí:

Días pasados, en la estación de Lagny, se cruzaron delante de mí, apuradísimos, dos eclesiásticos que pertenecían, quiero creerlo, a la inteligente diócesis de Meaux. Uno de ellos, que parecía tener más apremio, se precipitó a los excusados.

—*Quo vadis?*— le preguntó su cofrade.

No oí la respuesta, que me era, por lo demás, indiferente.

LXXI

La más hermosa muchacha del mundo no puede dar sino lo que tiene

Ocurrió esto en los alrededores de Sully-sur-Loire. Acosado por los prusianos, el ejército francés, pocos días antes victorioso, se desbandaba por todos los caminos. Desastre inmenso. El frío era terrible, desesperante.

Cuatro muchachos de no sé qué regimiento llegaron una triste noche, como lobos, a una casa solitaria, cerca de los bosques. Ignoraban el paradero de su columna, y la verdad es que, agotados por la fatiga, el frío y el hambre, no les interesaba ya saberlo. Comer cualquier cosa y dormir en un rincón tibio era, por el momento, su única ambición, su deseo supremo.

Desgraciadamente, la casa donde habían entrado no era el lugar soñado. Les parecía que hacía allí más frío que afuera, y por mucho que buscaron no pudieron hallar un trozo de pan o de carne, ni una patata, ni una botella de vino, ni nada que fuera potable o comestible. Se trataba, evidentemente, de una casa abandonada desde hacía semanas.

Esta búsqueda se hizo, por supuesto, penosamente, a la luz de algunos fósforos y de un cabo de vela. No había esperanza de conseguir fuego, pues, tanto como provisiones de boca, era imposible hallar carbón o leña, y no tenían herramientas para destrozar el maderamen de las habitaciones. Por un momento pensaron prender fuego a la casa misma, pero pronto comprendieron que nada calienta peor que un incendio y que, después de todo, más les valía el abrigo de aquel techo que el espectáculo de las constelaciones. Además, era prudente no llamar demasiado la atención, pues no sabían quienes podían andar en la vecindad. Muertos de cansancio y más hambrientos que nunca, terminaron por acostarse sobre los duros colchones de heno, tratando de dormir.

Pero este mediocre reposo no duró mucho. La puerta, que no habían tenido la precaución de cerrar, se abrió de pronto con violencia y dió paso a tres francotiradores, perseguidos a cierta distancia por una patrulla bávara, mandada por un oficial de fisonomía abominable, que asestaba sobre ellos el rayo amarillo de su linterna. Una descarga de fusilería saludó la desaparición de los tres francotiradores en la oscuridad del recinto. Los durmientes se habían incorporado de un salto y la puerta quedó, en un segundo, cerrada, trancada y atrincherada.

Hasta el amanecer, largo en llegar, se dejó tranquilos a los siete hombres, que tuvieron tiempo para conocerse y compartir su hambre. Con las primeras luces del alba, comenzó el asedio.

Los pobres muchachos intentaron defenderse, pero ¿qué podían hacer contra una multitud? Uno de los francotiradores tuvo la suerte providencial de ser destripado y de caer arma en mano.

Los otros, arrinconados y exánimes, se entregaron prisioneros. La cuenta les fué arreglada a tambor batiente. Los prusianos tenían pocas contemplaciones con los guerrilleros, y los fusilamientos eran cosa harto frecuente.

He aquí, en pocas palabras, lo que sucedió. A último momento el más joven de los desdichados pidió como única gracia el favor de *comer un pedazo de pan* antes de morir. El oficial prusiano, personaje de una atroz fealdad, según he dicho, queriendo probar que tenía por lo menos *esprit,* y hasta *esprit* francés, señaló con el ademán los fusiles del pelotón encargado del fusilamiento y dijo, articuladas grotescamente, estas palabras, seguidas inmediatamente de la orden de fuego:

—La más hermosa muchacha del mundo no puede dar sino lo que tiene...

Cuando un burgués me habla de la más hermosa muchacha del mundo, pienso que no sabe lo que es la muerte y que acaso aquel pobre muchacho, después de treinta años, siga teniendo hambre...

LXXII

NADIE ESTÁ OBLIGADO A HACER LO IMPOSIBLE

Napoleón, el más grande divulgador de lugares comunes que haya existido jamás, declaró que la palabra *imposible* no era francesa. La generación actual, mucho menos épica, tiene un diccionario más extenso. Al contrario de lo que ocurría en 1805 ó en 1809, muchas cosas se han hecho hoy imposibles. Pero ¿hay una sola que pueda serlo tanto como dar, por quienquiera que sea, dinero a alguien? Hasta las concupiscencias desencadenadas retroceden ante la idea de hacer pasar a otras manos lo que se ha recibido por la venta del Salvador.

Espero que me será disculpada esta anécdota.

Hace veinte o veinticinco años, la Sagrada Congregación de los Ritos, honra de la Iglesia romana y nada simoníaca, según se verá, exigió la insignificante gratificación de ciento setenta y cinco mil francos para interesarse en la causa de la beatificación de

Cristóbal Colón. Todos los otros obstáculos habían sido salvados. Seiscientos obispos habían firmado el *postulatum* y el mundo eclesiástico sabía que ese acto de inmensa justicia, poco antes tan ardientemente deseado por Pío IX, que fué, hace dos generaciones, su verdadero promotor, había estado a punto de ser votado por aclamación en el Concilio del Vaticano. El postulador, muerto ya, hubiera podido pagar la suma exigida. Era un hombre extremadamente anciano, que parecía hallarse todos los días en trance de morir; pero las aguas de la Estigia burguesa lo habían hecho invulnerable a todo espíritu de renunciamiento.

—¿Por qué no paga usted? —le decía una vez en el 92, en la época de la famosa celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América—. Hace cuarenta años que trabaja usted por esta causa, que es el único objeto de su vida. Viejo ya y sin hijos, por mucho que le cueste satisfacer a esos infames jueces, siempre le quedará lo necesario para subsistir *honorablemente* hasta el fin de sus días. No prive de este consuelo a su última hora.

—Mi querido amigo —me contestó con su voz lejana de insecto cautivo—, *nadie está obligado a hacer lo imposible.* Precisamente porque soy viejo no puedo hacer eso. Cuando era joven, todavía; pero ahora, ¡imagínese!...

Poco tiempo después de esta negativa, que sin duda Alguien esperaba, *ciento setenta y cinco mil francos* le fueron birlados, golpe tras golpe, en una serie de especulaciones desastrosas.

LXXIII

Hombre prevenido vale por dos

—Le prevengo, pues, estimado señor, que en tal fecha recibirá usted doce docenas de bofetadas y un número igual de puntapiés, sin hablar de pequeños accesorios que decorarán la danza. Para aguantar eso necesitará nada menos que la resignación y la fortaleza de alma de *dos* hombres. Queda usted prevenido.

Bien considerado, habría en esto un medio para aumentar considerablmente nuestros efectivos en tiempo de guerra, o por lo menos de *doblar* el tesón y hasta la agilidad de nuestros soldados, en caso de descalabro. Conviene estudiar este asunto.

LXXIV

¡QUÉ QUIERE USTED, EL HOMBRE ES EL HOMBRE!

¡Qué buen muchacho y qué digno de estimación resulta Pilatos cuando se lo compara con la multitud considerable de gente que se lava las manos! Este lugar común archisobado desde hace veinte siglos, me fué servido días pasados por un amable burgués para justificar a un feroz congénere, a quien había tenido la puerilidad de referirme con la más dura indignación. No se atrevió a agregar como en San Juan: *Ecce rex vester:* "Este es vuestro rey", porque el burgués jamás muestra fuera de sí lo que en él mismo está; pero ¿cómo hubiera podido hacer para no pensar íntimamente en ello?

El hombre a quien en lo indefinido se había referido, vestía la púrpura de sangre de los débiles y lágrimas de sangre manaban de su horrenda corona. Porque sólo un hombre es verdaderamente el Hombre, y es terrible evocarlo así, pues se corre el riesgo de confundir a Aquel que asume con aquel que es asumido, a Aquel que salva con aquel que mata. ¡Qué espantosa situación la de un desolador de almas que ha descendido tan bajo que sólo puede parecer un *hombre* si viste, por una mascarada sin nombre, los harapos inefablemente santos del Gabbatha!

LXXV

HAY COMPONENDAS CON EL CIELO

Con el cielo, puede ser, pero no con el burgués, cuando se trata de Molière.

Esta ley es tanto más digna de ser señalada porque el burgués no conoce absolutamente a Molière. Sabe, poco más o menos, que este célebre hombre habla mucho de los cornudos, lo que lo lisonjea, y que es autor de una comedia titulada *Tartufo,* donde

se divulga la infamia de la devoción. Está firmemente convencido de que Luis XIV, subyugado por tanto genio, lo sentó un día a su mesa, lo que llenó de admiración a toda la corte. Creo, inclusive, que es el único hecho del reinado de Luis XIV que conoce, y siente gratitud imperecedera por esa comida, a la cual tiene el íntimo convencimiento de que fué invitado por la persona de Molière.

En tiempos de mi lozana juventud, no hacen más de treinta y cinco años, Jules Vallès inició una especie de plebiscito contra Molière. *La Rue,* periódico hebdomadario que dirigía el futuro agitador, abrió al efecto un registro donde todo el mundo podía asentar su enérgica protesta contra *El Misántropo.* Recuerdo que esto provocó un pequeño clamor en los periódicos graves, pero las firmas fueron muy pocas. El burgués no impecaba entonces más que ahora, cosa imposible, pero era un poco menos inculto y parecía leer algo de cuando en cuando. Yo no sé si la empresa de Vallèe tendría hoy más éxito, pero creo que nuestra época es mucho más hermosa que aquella, pues es un tiempo de fe. Se lo adora a Molière como los atenienses adoraban al Dios desconocido.

LXXVI

En el cielo se reconocen todos

Ya que estamos en ello, expidamos este otro lugar común sobre el cielo. No hay para qué decir que es de sacristía.

"En el cielo se reconocen todos": vale decir, cuando uno se instala en la mansión de la Bienaventuranza, lo que necesariamente debe ocurrirles a los burgueses y a sus burguesas, no está expuesto al fastidio de tener que probar su identidad ante una infinidad de gente. Reconoce a los demás y es reconocido par ellos de inmediato. Eso ya es parte de la dicha interminable, pues le evita a uno el riesgo de estar en contacto con los advenedizos y los intrigantes de toda especie que, no habiendo sido burgueses en la tierra, pretendieran insolentemente meterse por sorpresa en el cielo. Las cosas están ordenadas de tal suerte, que todo se arregla sobre la marcha, a tambor batiente.

LXXVII

Los curas son hombres como los demás

"Como los demás" va a título de cortesía, por supuesto. Ya se sabe que un hombre que practica la continencia y dice misa todos los días es muy inferior a los demás. Si el burgués no fuera tan generoso, diría con más exactitud y firmeza que los curas *no son* hombres como los otros. Justamente lo contrario.

Por lo demás, no todos los curas son iguales. Hay todavía, a Dios gracias, muchos que no viven en las nubes, que están por lo serio, por lo sólido, por lo confortable. Estos hacen tolerables a los otros. Se los puede recibir, se los puede invitar a comer, se los puede utilizar, en fin, encomendándoles comisiones o confiándoles paquetes, lo que compensa un poco de tener que aguantar a esos escrupulosos que no hacen sino hablar de la dignidad sacerdotal. Hasta hay no pocos que tienen una brillante situación, que ganan mucho dinero. Inclinémonos humildemente ante ellos.

Pero, en principio, no hay que tomar muy a pecho esto de los curas. La vida es corta. Y tampoco olvidemos que el lugar común que nos ocupa es una antífrasis cargada de misterio y que puede ocultar la muerte.

LXXVIII

Cada cual para sí y Dios para todos

La señora Plutarco, dueña de la antigua casa "Plutarco y tío, papelería y objetos de piedad", hace su meditación cotidiana en su iglesia parroquial, en presencia del Santísimo Sacramento. Es una mujer muy piadosa.

—¡Amable Hijo del Todopoderoso!— dice, ayudándose con uno de esos libros de la casa Mame o de la casa Poussielgue, cuyo elogio no hay para qué hacer—. ¡Oh mi dulcísimo Señor venido

a este mundo para expulsar al pecado, ten piedad de los que viven en esta abyección y gimen a la sombra de la muerte! También te pediría que nos envíes un poco más de gente con motivo del jubileo. No tendremos otra oportunidad como ésta para dar salida a nuestros escapularios de algodón, que comienzan a apolillarse, y sabes cuántos nos quedan... —Cordero inmaculado que te ofreces por los pecadores con tanto amor, ten piedad de su aflicción y líbralos de la esclavitud del demonio por la gracia de tu sacrificio... Temo haber encargado demasiadas pilas de agua bendita de porcelana. Hay clientes que se quejan de que son demasiado caras. Sin embargo, es un artículo excelente y no podría abaratarlo sin correr el riesgo de tener que cerrar la casa. Afortunadamente son muy frágiles y siempre se necesitan. Uno se resarce en la cantidad... —Nuestros pecados, ¡oh divino Salvador!, han armado a tus verdugos con los instrumentos de tu suplicio... Es cierto que los negocios son los negocios y que no habrá medio de seguir adelante si se regalara la mercadería. Además, en los tiempos malos no se vende un catecismo, ni un frasco de tinta, ni una resma de papel. Si se coloca de vez en cuando, aquí o allá, una novelita un poco verde, una bagatela picaresca, un jueguito de naipes más o menos transparentes, ¡Dios mío!, eso va por cuenta de los compradores. Además, tú bien sabes que yo no hago esos negocios más que con señores bien puestos y de cierta edad. ¿Dónde está el mal? ¡Ah, Jesús, no te dediques jamás al comercio!... —Este misterio nos enseña la mortificación corporal. Los santos, para imitar al Salvador flagelado, se someten a disciplinas sangrantes... —¡Oh, tampoco marcha bien el comercio de las disciplinas! Apenas vendemos algunos malos cordones de San Francisco. En cuanto a la crin, ya no hace falta, y me lo explico. Nos quedaban algunos viejos cilicios, que hicimos creer que habían pertenecido al cura de Ars, cosa permitida en nuestra profesión. Nos costó tanto deshacernos de ellos, que hemos renunciado a tener ese artículo... —Reconozco, ¡oh, Jesús!, que tu martirio ha matado en mí al pecado. Tu resurrección me ha sacado de la tumba de los vicios, donde tanto tiempo dormí el sueño de la muerte... En efecto, nuestra casa va a ensancharse, a pesar de todo. El fabricante de supositorios ha cerrado la suya, y sería cosa del diablo si no nos la arrienda a mitad del precio. Por lo demás, es un dreyfusista y lo ayudamos en todo lo posible para llevarlo a la quiebra, lo que sería una bendición. En cuanto

a su hija, enferma de tisis, haces bien en llevártela. Hemos tratado de favorecerla y nos han pagado con maldades. El padre nos ha acusado de haberla matado teniéndola todo el día de pie en la tienda, como si fuéramos responsables de las enfermedades del prójimo. Cada cual para sí y Dios para todos. Cuando ya no era capaz de trabajar, la echamos a la calle, como es justo. ¿No hubieras hecho tú otro tanto, Redentor mío? Pero no importa que me calumnien. Yo sabré llevar mi cruz hasta el fin, con la ayuda de tu gracia. El amor de mi Dios debe bastarme en este valle de lágrimas y en la bienaventurada eternidad. Así sea.

LXXIX

Seguir tranquilamente su camino

"Alejandro el Grande sometió, después de siete meses de obstinado asedio, a la inexpugnable ciudad de Tiro. Para castigar esta resistencia, hizo crucificar a dos mil habitantes escapados al furor de la lucha. Después de lo cual siguió tranquilamente su camino en dirección a Egipto".

Así hablaba en el liceo de Perigueux, hace unos cuarenta años, un digno profesor de historia a quien solíamos hacer, casi todos los días, víctima de terribles farsas, de las cuales apenas se percataba.

Eso de "seguir tranquilamente su camino" ha quedado en mi memoria juntamente con el nombre de Alejandro y la figura de aquel sabio. Nunca logré ya separar esos tres recuerdos, y desde entonces, por el fenómeno de la asociación y la filiación de las ideas, no puedo oír este lugar común sin ver de inmediato a los más heroicos personajes desfilar tranquilamente después de haber realizado algún acto de grandiosa perversidad. A Napoleón, por ejemplo, después de Beresina, o, si se prefiere, al amable Nerón, que no era, estoy de acuerdo, sino un imbécil, pero un imbécil dueño del mundo y que siguió, también él, tranquilamente su camino sembrado de cristianos convertidos en teas, como cuenta Tácito, *ut cum defecisset dies, in usum nocturni luminis urerentur*,

El burgués, por su parte, heredero y sucesor de esos personajes horrendos, sigue tranquilamente, hacia la muerte, su camino sembrado de excrementos.

LXXX

No valer un diablo

¿Cuál es el hombre honrado que podría vanagloriarse de valer un diablo? Pensemos que un diablo, por mucho que lo sea, es nada menos que un ángel y el jefe de muchos ángeles. Si ese ingeniero de puentes y caminos o aquel cabo de gendarmería entienden que esas palabras significan que el aludido no vale gran cosa o absolutamente nada, se equivocan de una manera que sorprende. Afirmar que un individuo es menos rico que un millonario, no implica que sea un menesteroso. Se puede no valer precisamente un diablo y, no obstante, capitalizar sin esfuerzo el valor moral e intelectual de una infinidad de burgueses. ¿Qué pensar de alguien que valiera tanto como el diablo?

Conviene poner atención en lo que se dice. Al diablo no le agrada que se lo compare, aunque sea para declarar que no se vale tanto como él, y hay palabras que lo invocan. "Cuando no hablamos a Dios o para Dios —ha dicho un escritor poco conocido—, es al diablo a quien hablamos, y él nos escucha en un formidable silencio..."

LXXXI

Lamentar que la desposada sea demasiado hermosa

Por mucho que uno trate de hacerles comprender a los burgueses que, en efecto, puede haber en eso un motivo de queja y que la excesiva belleza de una desposada puede significar un inconveniente, será en vano. ¡Qué lejos están ellos de ese temor y de ese la-

mento! Necesitan, por el contrario, desposadas de una belleza perfecta. Me basta echar una mirada a mi alrededor para darme cuenta de eso. ¡Es increíble, es asombroso, es deslumbrador! Yo no sé dónde van a buscar a sus mujeres esos cerdos.

Connaturalizados hasta ese punto con la belleza, es natural, entonces, que no vean sino la belleza, que no piensen sino en la belleza. Un negocio cualquiera se convierte para ellos en una desposada que debe ser hermosa, que no puede serlo demasiado, y les parecería monstruoso que otros se quejaran, sobre todo si estos otros están en trance de ser completamente despojados.

Pero un día llegará una Desposada cuya presencia hará temblar las puertas del cielo, una Desposada tan hermosa que no será posible distinguirla del rayo. Es Aquella de quien está escrito que "reirá el último día". Se presentará como el Juicio de Dios, y nadie tendrá tiempo de quejarse. Pero, ¿cómo imaginar a un burgués capaz de presentirla?

LXXXII

Matar el tiempo

En la retórica del burgués, matar el tiempo, no hay para qué decirlo, significa simplemente divertirse. Cuando el burgués se aburre, el tiempo *vive* o resucita. Entiéndalo usted o no lo entienda, es así. Cuando el burgués se divierte, se entra en la eternidad. Los entretenimientos del burgués son como la muerte.

LXXXIII

Tener gracia

Entre la gente habitualmente graciosa suele citarse a los empleados de pompas fúnebres, a los cómitres, a los oficiales de justicia, a los cirujanos, a los verdugos. Parece que sus honorables oficios exigen eso.

LXXXIV

Asegurar el porvenir de los hijos

Villiers de l'Isle-Adam, cuya preferencia por los lugares sospechosos lo hacía concurrente habitual a las ejecuciones capitales, y a quien los señores de la guillotina consideraban un aficionado ilustre, afirmaba haber oído cierta vez que el ejecutor le decía a uno de sus clientes, palmeándolo graciosamente, diez minutos antes de aplicarle la cuchilla: "No dirá usted que no lo mimamos, amigo mío..."

Lo favorecía así al mísero con una de esas pequeñas amabilidades cuyo secreto tienen los verdugos. Villiers había guardado en el oído el runrún de esa voz de cercenador, que era, decía, *irresistible,* désele el sentido que se quiera a este adjetivo calificativo.

Es curioso que después de tanto tiempo como hace que los padres se ocupan del porvenir de sus hijos, los hijos no hayan pensado aún en ocuparse del porvenir de sus padres. ¿No habrá alguien que llame la atención acerca de esto? Y si así ocurriera, ¿qué *porvenir* tendría en vista ese anónimo?

Al burgués lo sorprenden las cuestiones así planteadas. Nada más simple, sin embargo. Habría que prever el caso de un padre que fuera engendrado por su propio hijo.

> Es en vano que la sangre me haga descender de ellos;
> si yo escribo su historia, descenderán de mí.

Versos cornelianos, hoy casi olvidados, cuyo esplendor consolaba a Alfredo de Vigny de la desgracia de no haber nacido en una tienda, para legar, a su vez, una clientela a sus afortunados y cretinos hijos.

El burgués, más venturoso, se felicita en otro lenguaje. Con respecto a sus antepasados, no podría descender ni ascender. Toda su ralea guarda, desde hace siglos, una horizontalidad absoluta en la chatura geométrica del plano más bajo, y esa posición está *asegurada* en el porvenir, salvo un milagro, para todos aquellos que puedan ser procreados por él.

Salvo milagro, porque eso se ha visto algunas veces. Un ser de excepción puede surgir, a pesar de todo, de ese aluvión de deyecciones. Pero, ¿con qué porvenir podrían favorecer a sus padres

semejantes genitores? Entrego la tremenda ridiculez del problema a aquellos de mis lectores que hayan sido engendrados en jocundas colinas.

LXXXV

HACER HONOR A SUS NEGOCIOS

La palabra "negocios" me turba siempre. Desde el comienzo de esta Exégesis he tratado de desentrañar su sentido, sin conseguir otra cosa que poner de manifiesto mi impotencia. Lo que me resulta más particularmente odioso en esta perra palabra, es su misterio. "Hacer honor a sus negocios" es una de las frases más dichas y seguramente de las menos entendidas.

¿Qué tiene que hacer en esto el *honor?* Que me lo expliquen los sabios. Hacer honor a alguien es una locución inteligible. ¿Un ejemplo? Uno se rompe en cuatro para probarle a un pirata armado hasta los dientes que lo aprecia y lo considera digno de una profunda consideración. Honrar a los bribones que tienen dinero o poder es el grito de la conciencia burguesa. Pero "hacer honor a sus negocios" es un texto difícil.

Sé tanto como cualquiera que eso, en una lengua ininteligible para los espíritus puros, quiere decir pagar una letra de cambio, un documento firmado o cualquier otra inmundicia del mismo género. Tampoco ignoro que un dueño de lupanar, un envenenador de pobres, un usurero al ciento cincuenta o al doscientos por ciento hacen honor a sus negocios cuando cumplen exactamente sus compromisos. Y bien, ¿qué he de hacerle?, esta manera de expresar en relieve una vulgaridad, me desconcierta.

LXXXVI

HACERLE UN AGUJERO A LA LUNA. HACER SU AGUJERO

Ambos son idénticos en lo absoluto, idénticos en el infinito. Jamás se dice: Hacerle un agujero al sol, ni a la tierra, ni a Marte, ni siquiera a Venus. Sólo se le hace agujeros a la luna, sólo se

hacen agujeros en la luna, la que, en definitiva, no es sino un vasto sistema de agujeros y profundas cavernas. Tal, por lo menos, es el testimonio de un novelista inglés contemporáneo que ha tenido la envidiable suerte de aprovechar, no hace mucho tiempo, la oportunidad verdaderamente única de visitar a la luna. Hasta trajo de allá enormes barras de oro virgen, que todo Londres ha podido admirar. Parece que en ese satélite el precioso metal está a flor de luna y tan al alcance de la mano como las piedras en este planeta *.

Queda así comprobada, después de tantas generaciones de cajeros, la exactitud de la metáfora burguesa referente a un viaje feliz a través de la luna, cuando se roba y se desaparece con el dinero ajeno. Queda también comprobada, con una precisión que me permito calificar de astronómica, la inherencia de la idea de agujero y la idea de prosperidad humana. El burgués ha adivinado cabalmente, como siempre, pero esta vez nos precipita a los cielos.

LXXXVII

Encender la candela por los dos cabos

El señor Besoin comprendió, tanto más cuanto que una sonora bofetada había subrayado la peroración. Jamás el lugar común que habla de "hacer ver las estrellas" se vió más completamente justificado, pues los músculos del remitente valían tanto como su dialéctica.

El señor Besoin es uno de esos *pensadores* cuya *libertad* sorprende a los animales domésticos. Su rasgo más original es haber abandonado a Dios, como todo el mundo, en la época iluminativa de la pubertad. A partir de entonces, pocas cosas le fueron ocultadas. Como había vivido lejos del mundo sacerdotal, conocía a los curas, no hay para qué decirlo, y sabía perfectamente lo que hay que pensar de sus intrigas. El señor Besoin succiona glotonamente el siglo dieciocho y pasa, en su cabeza de cantón, por una inteligencia de primer orden. Habla sin empacho de la Inquisición, de la noche de San Bartolomé, de la revocación del Edicto de Nantes, etc., con

* H. G. Wells, Los primeros hombres en la luna.

frases archisobadas ya hace un siglo, y se expresa vigorosamente contra el fanatismo de dos o tres pobres viejas devotas que concurren asiduamente a la iglesia parroquial.

No se espera sino una oportunidad para hacer de este orador un diputado. Es él, más que nadie, el llamado a terminar con la religión, cuando intervenga en los negocios públicos.

—No, no está mal, sin duda, haber expulsado a un buen número de religiosos y religiosas... —decía aquella noche el presunto hombre de estado, y su estómago se dilataba al pensar que los penitentes del Carmelo y las hospitalarias de los indigentes andaban tal vez errantes y sin pan—. No, no está mal, pero ¡qué suavidad en la ejecución, qué timidez, qué falta de decisión, que impotencia, cuando se trataba de echarlo todo a rodar en un abrir y cerrar de ojos!...

Estaba en ese punto de su discurso, en pleno *Café del Comercio,* cuando el sacristán, hombre fogoso, que había ido a tomar un refresco, le preguntó bruscamente si no pensaba "cerrar la boca". El orador, sofocado, no respondió.

—¡Pues bien! —continuó el otro—. Voy a hablar por usted. Le diré, ante todo, que es usted un imbécil y que enciende su candela por los dos cabos. Aquí vocifera de la mañana a la noche, y con frecuencia hasta medianoche, contra los curas, contra la iglesia, contra las ceremonias, contra las campanas, cuyo sonido lo exaspera como si fuese usted un demonio, y, en fin, contra los religiosos y las religiosas. Al mismo tiempo, tiene usted en París dos hijas internadas en una escuela de hermanas. Allá empleará usted, supongo, otro lenguaje. Todo eso me importa un comino, ¿sabe usted?, ¡un comino! Pero encuentro indecente contradecirse con pocos minutos de intervalo, justamente el tiempo necesario para ir a París y volver. Es asqueante mentir continuamente a unos y a otros, como lo hace usted, con la intención de reirse en su fuero interno de todo el mundo. Felizmente, se enciende usted por los dos cabos a la vez, repito, y es un perfecto idiota. Se lo digo yo, Carlomagno Dasconaguerre, ex sargento mayor de coraceros, convertido en *frailón,* para servir a usted...

Como estaba mal colocado en ese café sin perspectiva, no puede ver de qué manera la bofetada siguió a la arenga, ¡y qué bofetada! ¿El señor Besoin había mostrado desdén o arriesgó el comienzo de un gesto? Lo cierto es que quedó desquijarado.

LXXXVIII

Vender la piel del oso

No, ya lo sé, no hay que venderla. Ese es el consejo. Vended la pies que os venga en gana, si encontráis comprador, se entiende; pero absteneos de vender la del oso y, sobre todo, la de la Osa Mayor. Se trata, según parece, de una operación comercial peligrosa. Es, por lo demás, la única ocasión en que el burgués aconseja no vender. Excepción digna de ser señalada.

Hay aquí, sin embargo, algo que no resulta claro. Si esa piel no es para vender, creo que tampoco, con mayor razón, es para dar, puesto que dar es la acción más contraria al genio burgués. Habrá, pues, que conservarla, lo cual significa un verdadero problema. Pero resulta evidente que este embarazoso lugar común es condicional. La autoridad tiene establecido, en efecto, que quienquiera que sea podrá vender lícitamente la piel de todo oso que él mismo haya matado, lo cual parece una broma de mal gusto. El burgués siente tentaciones de reir.

LXXXIX

Perder las ilusiones

He aquí el primer artículo del programa. Pero involucra a tal punto a todos los demás, que debería ser el único. Un burgués que no hubiera perdido las ilusiones, parecería un hipopótamo que tuviera alas. Las ilusiones son, en el fondo, lo único que no puede ser digerido. Los ganaderos no se equivocan en eso. Para engordar a los cerdos, jamás una ilusión llegará a valer tanto como un saco de patatas. En eso no cabe duda. Hay, sin embargo, una dificultad.

¿Qué debe entenderse por ilusión? ¿Hay ilusiones que afectan particularmente a los burgueses y otras que sólo pueden afec-

tar a los héroes o a los poetas? Un gran artista que creyera, por ejemplo, que hay que *elegir una carrera,* como dice el indispensable Gabriel Hanotaux, o que el azúcar de remolacha, a peso igual, no vale menos que el Moisés de Miguel Angel, ¿estaría, si o no, afectado por ilusiones que hay que perder?

Un empleado del montepío a quien le planteé esta cuestión, me preguntó si "quería tomarle el pelo". Tenía razón. La respuesta no deja de ser arriesgada.

XC

Sufrir el martirio

Sufre el martirio, sufre como un mártir... Cada vez que el burgués expía, antes de reventar, las abyecciones de su vida, se convierte en un mártir. Es infalible. Se deshonra así una palabra y una idea admirables. En otros tiempos, mártir significaba *testigo,* y los mártires sufrían, por opción y propia voluntad, horribles tormentos, deseosos de rendir testimonio a la Verdad crucificada. Todo esto ha cambiado considerablemente.

El martirio del empresario, muy diferente del de las Vírgenes, consiste en sufrir, muy a pesar suyo, vociferando y blasfemando hasta el momento de su asqueante muerte, que será un magnífico alivio para su familia y después de la cual no dejará de convertirse en un "bienaventurado". Me parece difícil aplicarle el *Semen christianorum* del terrible Padre Africano. Lejos de eso, las sanies y las serosidades de este enfermo serían capaces de engendrar la peste.

Hay, sin embargo, palabras que no conocen más reposo que el perdón, palabras más que humanas que rondan como lobos alrededor de aquellos que abusan de ellas. Son palabras que tienen la necesidad invencible de expresar, no importa cómo y a cualquier precio, una realidad incuestionable. Si ese hombre no es el testigo voluntario de *Aquel que es,* tiene que ser inevitablemente el involuntario y fantasmagórico asistente de *Aquel que no es* y que necesita, también él, sus mártires.

XCI

Sepultarse en un claustro

Este lugar común pertenece al pequeño número de tropas que nos legó la educación más o menos cristiana que se daba hasta hace una cuarentena de años. Generalmente uno "se sepultaba en un claustro" después de "haber bebido el cáliz hasta la hez", "haber llevado una pesada cruz", "haber subido su calvario". He conocido hombres rozagantes que eran "crucificados" con toda regularidad. Pero lo de sepultarse en un claustro es el último golpe. Uno se determina a hacer esto especialmente cuando tiene que expiar crímenes. Es proverbial.

La idea de que alguien se precipita a la vida religiosa como a un abismo de gozo es tan insólita en el esposo de la burguesa como los cálculos a la vejiga en una momia que tiene tres mil años. Los crímenes horrendos de los benedictinos y los remordimientos desgarradores de los capuchinos constituyen, por lo demás, un gratísimo contraste con la integridad de conciencia de ciertos diputados y de tal o cual miembro de la magistratura, lo que hace inexplicable —dicho sea de paso— la idiota furia actual de abolir dichas congregaciones.

Pero, me pregunto, ¿no habrá, análogo al precedente, una especie de claustro insospechado para el encierro de los hombres que no tienen nada que reprocharse? ¿Lo desconocido, así como exige mártires, no reclamará monjes? Signos hay de ellos, y el burgués debería temblar. Por mi parte, y nada me apartará de esta idea, creo que es indispensable optar por uno de los dos monasterios, el de los canallas, que es naturalmente atribuído a los trapistas y a los cartujos, y el de la gente honrada, la llave del cual arrojará el Demonio al Abismo cuando llegue el último Día.

XCII

Buscar pelos en la leche

No importa que se trate de un cuadro célebre de Murillo. Para el burgués no hay obra de arte que valga, a menos que se trate de un puente metálico, de un túnel o de cualquier otro horrible trabajo del mismo género, que los burgueses supereminentes, vale decir, los ingenieros de puentes y caminos, no tienen empacho en llamar obras de arte.

Se alude a otra cosa. Buscar pelos en la leche es una metáfora, una de esas míseras metáforas burguesas que todavía se usan en la marina mercante o entre los comisionistas de frutos y los viajantes de comercio. Un comerciante que busca un error de cuenta en perjuicio de uno de sus clientes, es un hombre que busca pelos en la leche, un hombre perdido. Algo así como si alguien saliera a cazar tigres armado de la tabla de multiplicar y un paraguas.

XCIII

Tender la mano

Viene a mi recuerdo, a propósito de este lugar común, el clero de la diócesis de Meaux. Cierto día, a título de experiencia, hice un pedido de limosna al abate Pucelle, cura de una parroquia dependiente del deanato de Lagny. Me la negó, no hay para qué decirlo, con palabras de aceite y de miel, dulces y frías como la luna. Este eclesiástico, joven aún, tiene la cara y parece tener las costumbres de una vieja rata. Hinchado como un odre y reluciente como una morcilla, con su nariz permanentemente inquisidora y sus ojillos negros y brillantes, es el prototipo del cura burgués. Tiene el flaco de la arqueología, y dice a quien quiere oirlo que él también

ha hecho "gemir a las prensas". Se adueña del dinero que se le confía para los pobres y utiliza en calidad de criados a sus viejos padres. Agrego este rasgo prodigioso y verdaderamente inaudito: a fin de congraciarse con los tenderos de la parroquia, exige a los necesitados, como condición previa para darles la absolución, que exhiban las facturas de sus compras pagadas.

No hace falta decir que, teniendo a la mano semejante sujeto, no perdí la oportunidad de hacerle saber que yo era el autor de una autobiografía titulada *El mendigo ingrato,* que vivía exclusivamente de la caridad y que, inclusive, no concebía, para un cristiano, otra manera de vivir. Lo dejé llevándome la satisfacción de haberle hecho tragar esa píldora.

Tiempo después tuve ocasión de hablarle con más energía. El delicioso cura, de quien yo era casi un feligrés, se había tomado la libertad de abusar gravemente de algunas palabras mías, en el ejercicio de su profesión. Enterado de ello, le escribí que, considerándome ofendido, exigía que me presentara sus excusas *en mi casa,* pues, de lo contrario me dirigiría a sus superiores inmediatos, en primer término, y luego a los diarios. El ultimátun surtió efecto. El pillastre vino inmediatamente, no para presentarme sus excusas, sino para probar que nada me debía. Atrincherado en sus lugares comunes de seminario y en un inexpugnable menosprecio de la Santidad, de la Perfección evangélica, de la Palabra de Dios, de la Plegaria, de todo lo que no sea el glorioso metal amonedado, me pareció invencible y me descorazonó de inmediato. ¡Imposible hacerle comprender nada! No recuerdo haber visto jamás un hombre tan necio, ni haber tenido mejor oportunidad para completar mis observaciones sobre la mediocridad sacerdotal. Interrogado acerca de la plegaria impetratoria, el muy zote me contestó:

—Dios sólo hace milagros en favor de los santos.

Le opuse inmediatamente los diez leprosos del Evangelio y las curaciones de Lourdes, lo que lo dejó silencioso y con la boca abierta, como un pescado frito.

Conocía desde mucho tiempo atrás el horrible envilecimiento del clero contemporáneo; de no haber sido así, la sonrisa *profesional* del sotana cada vez que le citaba un Texto, me hubiera iluminado. Es espantoso, pero si se considera que tales deben ser los pródromos del Trastorno, resulta consolador.

En el curso de esa conversación más que ridícula, me acon-

sejó benévolamente que cambiara mi oficio de escritor por otro que me "suministre el sustento". Me abstuve de devolverle el consejo, lo que hubiera sido gracioso. Pero lo que me pareció por sobre todo significativo fué la repetición continua, casi automática, de la horrenda expresión: *Tender la mano.* Como le había dicho mi inmensa confianza en Dios, ¡cuántas veces, empeñado en que yo fuese un mendigo de profesión, me repitió con íntimo y profundo espanto esas tres palabras, precisando así, para asombrarse más, la actitud habitual que me suponía! Evidentemente semejante acto, sin el cual es poco menos que imposible imaginar a un amigo del Salvador de los pobres, era, a sus ojos, el colmo de la ignominia y de la infamia.

La visita terminó sin gloria. Le conferí al miserable el certificado de mal sacerdote que parecía haber venido a pedirme, y ahí terminaron nuestras relaciones.

Este sucio recuerdo iba desvaneciéndose ya y sólo mi furiosa búsqueda de lugares comunes ha podido reavivarlo. ¿No le parece al lector que ese horror a la mano tendida, esa vergüenza renegada y sacrílega inspirada por un gesto que fué el de diez mil santos, caracterizaba admirable y horrendamente a ese eunuco del altar, en cuya persona se resume todo un mundo?

XCIV

Respetar las conveniencias

Este lugar común surge del precedente· ¿Hay nada más irrespetuoso para las conveniencias que una mano tendida? Un perfecto grosero puede permitirse las peores incongruencias y olvidarse o —como se quiera— acordarse de sí mismo hasta el punto de hacer delante de señoras inmundicias que mi harto conocida discreción me impide precisar. Si tiene dinero se le dirá que no ande con cumplidos. Por mucho que lo quiera, un rico no herirá jamás las conveniencias. Le es tan imposible eso como entrar en el reino de los cielos.

XCV

Ser de buena fe

—Soy un hombre de buena fe. He matado a mi padre de buena fe. Creí hacerle un favor, y lo creo aún. Estaba desde hacía mucho tiempo aburrido de vivir, y todos los vecinos pueden certificar que era un viejo muy difícil. Pónganse en mi lugar los señores del jurado: ¿qué podía hacer yo? ¿Tenía otro medio de probarle mi cariño? Hombre de otro siglo, me recriminaba que anduviera de juerga, sin comprender que no estamos hechos de madera y que hay que vivir la juventud. ¿Cómo entendernos, entonces? Además, yo necesitaba dinero, y para él y para mí era preferible que termináramos de una vez. Pero, eso sí, no sufrió. ¡Oh, no! Como no soy de aquellos que se complacen en hacer sufrir, lo abatí de un solo golpe, con la mayor humanidad. Si todos hicieran como yo, la gente se aburriría menos y las vacas estarían mejor guardadas.

XCVI

No ser el primero que llega o no ser un cualquiera

Cuando un padre de familia, vale decir, el jefe de una importante casa de comercio, dice eso de un señor Trouillot, por ejemplo, no hay nada que hacer. Su hija será para el señor Trouillot.

El más alto título a los ojos del burgués es no ser un cualquiera, no ser el primero que llega. Os abrumaría con su desprecio si le dijerais que Napoleón era el primer llegado. El septuagésimo octavo, si queréis, pero jamás el primero. Y tampoco el último. El Evangelio dice que los últimos serán los primeros, y el burgués lo tiene muy presente.

Lo que por sobre todo lo molesta es que se sea el primero o el último, no importa dónde, ni cómo, ni cuándo. Hay que ser del montón, resueltamente y para siempre.

XCVII

HACER CALAVERADAS, O HAY QUE VIVIR LA JUVENTUD, O NO SOMOS DE MADERA

Un hijo pródigo, que no guardó cerdos y que él mismo hubiera necesitado que se lo guardara como tal, regresa a casa de sus padres después de haber estudiado tres años en París. Hay motivo para pensar que tales estudios debieron llevarlo muy lejos, pues vuelve con una hermosa corona alrededor de la frente, un labio de menos, dos ojos que parecen crisantemos y cuatro lamparones azules en la cara. No se ha dicho si los padres mandaron sacrificar un becerro cebado para festejar la vuelta del joven pródigo, pero sí se comenta públicamente que éste "ha hecho calaveradas".

Y he aquí que el periódico del pueblo anunciaba ayer el pomposo casamiento de este rico heredero con la hija mayor del veterinario. Fácilmente se imagina uno la envidia que la tímida y pura desposada debe despertar entre las vírgenes.

XCVIII

HACER UN BUEN CASAMIENTO

En principio y de una manera general, lo que se llama "hacer un buen casamiento" consiste en contraer matrimonio *con quienquiera que sea.*

Casarse con una persona conocida, con alguien que sea esa

persona y no otra, supone necesariamente una elección fundada en un particular afecto. Pues bien: eso, en la jurisprudencia del burgués —¿necesito decirlo?— significa un desorden que no puede ser tolerado.

La primera e indispensable condición para la práctica de un buen casamiento, es tomar en cuenta el dinero por sobre toda otra consideración, teniendo muy presente que toda otra consideración es ociosa y, por consiguiente, llena de riesgo.

La aritmética es el seguro preliminar, el preludio indispensable, el único estribillo para las gentes serias que han decidido compartir su lecho. La bendición del sacerdote, si la clientela exige esta formalidad sin importancia, y el visto bueno, más decisivo, del empleado municipal, deben aparear a unidades humanas que se ignoran tanto como animales en celo, y hasta mucho más. Es así y no de otro modo como se disponen los buenos matrimonios y se prepara el nacimiento de los niños de oro.

XCIX

Llegar a un fin o sentar la cabeza

Vale decir, casarse, bien o mal. Pero el pensamiento del burgués resulta aquí un poco intrincado, pues me parece que el matrimonio, míreselo como se lo mire, es más un comienzo que un fin.

La acepción puramente filosófica del matrimonio considerado como el fin del burgués, no es admisible. El fin del burgués es él mismo, más de lo que se piensa, *infinitamente* más, sin duda, de lo que es Dios mismo para la mayor parte de los cristianos. Jamás ídolo mexicano o papú fué adorado ni exigió sacrificios humanos tan horrendos como el burgués.

La guerra del Transvaal es un holocausto a la burguesía inglesa, cuyo tipo, en la hora actual, es el horrible manufacturero de Birmingham. ¿Puede decirse que Inglaterra está en trance de llegar a un fin? Lo admito de buen grado, pero no se trata, en este caso, de ningún matrimonio, y el lugar común sigue oscuro. ¡Al diablo, pues, con él!

C

HACERSE UNA RAZÓN O ENTRAR EN RAZÓN

El verbo "hacer" es uno de los más difíciles de la lengua francesa, sobre todo si es pronominal o *reflexivo,* como dicen los buenos gramáticos. Para tener una idea del abismo que puede haber entre una y otra de sus innúmeras acepciones, basta pensar que un hombre ocupado en hacerse la barba puede, al mismo tiempo, "hacerse una razón". Me apresuro a aclarar que esto va a simple título de ejemplo, pues cualquier hombre puede hacerse la barba, pero ya se sabe que hacerse una razón es privilegio exclusivo del burgués.

Este caso, nada fácil, nos ofrece una prueba más de la poca luz que puede esperarse, en general, de la confrontación del texto de los lugares comunes con su acepción corriente. Esta acepción, siempre rebasada, se arrastra pedestremente a distancia incalculable del verdadero sentido, que parece remontarse a los cielos. Hagamos un intento, sin embargo.

Ernesto Mijotón, tinterillo de abogado, llevaba cierta noche un plantón de horas esperando a su amante. Era un tiempo de perros, como suelen decir los expertos en lugares comunes. Esperar a una mujer, por deliciosa que sea, con los pies en el barro y la nariz helada, es cosa que descorazona a cualquiera. Por mucho que nuestro hombre buscaba alivio en el recuerdo de los memoriales y alegatos cuya redacción había encantado sus horas del día, el expediente no surtía efecto. El largo chapaleo lo deprimía profundamente.

Sus asuntos sentimentales andaban mal. Era evidente que Eleonora se burlaba de él sin ningún miramiento. La antevíspera lo había hecho esperar dos horas y media, para llegar finalmente, darle un apretón de manos y tomar en seguida el portante, con aire misterioso. La semana anterior, al verse atrapada en una cínica mentira, se había defendido rompiéndole su propio paraguas en la cabeza, en pleno café, luego de colmarlo de injurias, lo que hizo que ambos fueran echados ignominiosamente a la calle. En una palabra, veinte veces había tenido motivos para cortar con

ella, pero por mucha que fuera su indignación, nunca podía ir más allá de algunas vagas protestas de independencia. Bastaba entonces que la encantadora criatura lo tratara de "gran tonto", para que se sintiera de nuevo inexorable e instántaneamente atado. Prueba de buen carácter, por lo demás.

Esa noche la esperó en vano por espacio de casi cuatro horas y sólo se marchó, con un tremendo resfrío, después de oír el último toque de medianoche, pensando, según su invariable costumbre desde hacía una veintena de años, que era necesario hacerse una razón, vale decir, cortar por lo sano.

Como esta historia está a punto de tornarse fastidiosa, voy a rematarla en pocas palabras. Meses después, a consecuencia de semejante problema sentimental, fué necesario encerrar al demasiado fiel Mijotón en un hospicio de alienados. ¿Había conseguido finalmente *hacerse una razón?* Misterio. Pero era un imbécil de porvenir, y fué llorado.

CI

Montar un negocio

El más hermoso negocio sería el fraccionamiento y la venta en lotes, por sorteo, del Paraíso terrenal. Podría ganarse mucho dinero, si el desarrollo embrionario de nuestros conocimientos geográficos no fuera un inconveniente insalvable. Por suerte, la ubicación de ese lugar de delicias continúa siendo un secreto bien guardado. Todo hace presumir que dentro de diez mil años no habrá nacido todavía el primer burgués que tenga permiso para entrar allí.

Imaginad que os vierais en presencia de este horror: el fraccionamiento y la explotación del Paraíso terrenal y la irrupción de escribanos, agrimensores, empresarios y tranvías eléctricos, entre las frondosidades de seis mil años que fueron testigos de la inocencia del hombre...

Por naturaleza, el burgués es execrador y destructor de todo paraíso. Frente a una hermosa heredad, su sueño es talar los

grandes árboles, agotar las fuentes, trazar calles, instalar comercios y meaderos. Llama a eso "montar un negocio". Me aseguran que en el Gólgota existe una próspera empresa de recreaciones.

CII

Protéger a las bellas artes

Cuando el burgués retirado de los negocios ha casado a su última hija, se dedica a proteger a las bellas artes. A esto y a coleccionar sellos de correos. Esta preciosa protección consiste en pagar muy caras las chapucerías frangolladas por los artistas condecorados. Entre Hans Memling todavía desconocido y un pintor de brocha gorda del Luxemburgo, no vacilará un segundo. Si se le ofrece una tela de un muchacho de genio no inscripto en los dípticos del arte oficial, contestará que él no estimula el "libertinaje". Tiene un olfato extraordinario para distinguir a las nulidades, a los cretinos de chistera, a los envilecedores. Estos últimos, sobre todo, merecen su aprecio, pues le proporcionan lo que necesita. Su sed íntima, su deseo profundo, su apostolado es mancillar la Belleza, revolcarla entre la inmundicia, y los cerdos artistas no sirven para esa tarea.

CIII

De la discusión nace la luz

Entre la gente del pueblo nacen sobre todo las bofetadas, y la luz, en este caso, no puede ser sino una alusión un poco pesada a las treinta y seis candelas que hemos mencionado antes. Tratándose del burgués, es muy distinto. Entremos en un café de parroquianos habituales, en uno de esos viejos cafés concurridos

por empleados y tenderos, donde todo el mundo se conoce, donde el dueño estrecha amablemente la mano a todos sus clientes, donde la aparición de un extraño da lugar a reflexiones archimanidas sobre la alianza francorusa. No pasarán seguramente veinte minutos sin que asistamos a una discusión a propósito de una jugada de malilla, de una carambola dudosa o de cualquier otro tema de interés palpitante. Veremos entonces que se produce dulcemente la luz, *lumen rectis,* como dice el Profeta Rey. No será acaso la luz sobre el punto en litigio, rigurosamente, pero sí, por lo menos, una plena o una semiplena luz acerca de los contendientes mismos. Sabremos de tal suerte que el dueño de la casa amueblada quebró durante la presidencia de Mac-Mahón, que el proveedor de granos y forrajes fué en otros tiempos proveedor oficial del canasto de la guillotina, que el panadero pasó entre rejas "los mejores años de su vida", que el encargado del empadronamiento, hombre profundamente corrompido y que sabe a qué atenerse en cuanto a la conducta de su suegra, pasa por ser, al mismo tiempo, algo así como el tío y el sobrino de su propia mujer, etc., etc. Todo nos será aclarado, excepción hecha de un solo punto. Nos parecerá incomprensible que, lejos de romperse la crisma, esos hombres, terminada la discusión, retomen tranquilamente sus cartas o sus tacos. Lo que ocurre es que, conseguida así la luz, sería ilógico insistir en las vociferaciones y en los agravios, que ya no tienen objeto.

CIV

El que sólo oye una campana, no oye más que un son

Parecería pueril inferir de esto que si el mismo individuo oyera, por ejemplo, una decena de campanas, oiría una decena de sones diferentes e inarmónicos los unos con los otros. Sin embargo, esto es, exactamente, lo que el burgués quiere decir.

Lo que necesita, en el fondo, son campanas desacordes, que se quejen de sonar juntas, campanas sordas que no se entiendan

entre sí. La armonía sobrenatural de los carillones de nuestras iglesias lo exaspera y lo idiotiza. Observadlo un día de gran fiesta, en el momento en que las campanas tocan a vuelo, y sentiréis, veréis en él la presencia de una bestia que se revuelve y se estremece. ¿Sabe alguien qué misteriosas ansias de anarquía despiertan en las entrañas mismas de este hombre las campanas *benditas?* Porque tal es el secreto del burgués. En lo hondo, misteriosamente, es anarquista.

Esto explica su aversión a las campanas, que sólo pueden ser consagradas por un obispo, anunciador y demarcador de la Unidad divina. Una sola campana, un son único, tendría demasiada apariencia de venir del cielo, y eso es lo que lo asusta.

CV

El sol brilla para todos

Más o menos, por supuesto. Porque no brilla igualmente para los habitantes de Groenlandia como para los de la Malasia. Es asimismo incontestable que la luz de este astro es más brillante para los videntes que para los ciegos.

Este lugar común, lamento tener que decirlo, no es rigurosamente exacto. Carece de la prestancia, de la gallardía de tantos otros ya mencionados. Me parece, y perdóneseme la irreverencia, de baja extracción, como los famosos *derechos del hombre,* que tiene la pretensión de alegorizar. Cuando uno lo oye, puede estar seguro de hallarse en la vecindad de un honorable ciudadano que se propone desplazarlo para ubicarse en su lugar. Equivale a la fórmula de la expropiación: "Sal de ahí para que entre yo". Lo que no se sabe es qué tiene que hacer en esto el sol.

¡Misterio de los lugares comunes! Confieso que desde hace alrededor de diez años no puedo oír éste sin experimentar una especie de terror. De inmediato me parece volver a un espantoso usurero. Era ciego como Homero, pero sus inmundas manos valían por diez ojos y despojaba a la gente a tientas, con una rapidez, una sutileza, una seguridad y una competencia inigualables. Encariñado no sé por qué con este lugar común, lo repetía a

troche y moche, suponiéndole, creo, un poder fascinador, y causaba pánico contemplar el rostro de ese camarada de las tinieblas que hablaba del glorioso sol y parecía clavar en uno sus dos ojos blancos.

CVI

El señor "Todo el mundo" tiene más ingenio que el señor Voltaire

¿Cuándo se establecerá un premio de doscientos mil francos para el astuto que acierte a explicar qué quiere decir "todo el mundo"? No lo ganaría yo, desde luego, pues soy de aquellos que piensan que Voltaire, visto desde no muy alto, parece haber sido tan majadero como todo el mundo, lo que no pone mucha luz en la locución enigmática.

El burgués, en su calidad de sufragante universal, debe creer que Voltaire es favorecido por este lugar común, pues supone que se necesita nada menos que toda la masa humana, es decir, la totalidad de los hombres y mujeres, para reunir más ingenio del que tuvo ese patriarca de los imbéciles malvados.

Pero el sofisma es demasiado manifiesto. Lo que quiere el burgués, es un nivel, nada más. "Todo el mundo" es él mismo, indefinidamente, a ras de la inmundicia, y tiene razón al imaginar que Voltaire está más bajo. Voltaire es su orificio anal.

CVII

El que quiere probar demasiado, no prueba nada

Atención: quiero probar, valiéndome de medios honestos, un teorema de geometría, un hecho histórico, una aserción de teología moral, lo que a ustedes les parezca. ¿En qué momento, en qué punto preciso deberá detenerse mi prueba?

Hasta hoy había creído que se probaba o no se probaba, simplemente. Me entero de pronto que se puede probar *demasiado*. Esto trastorna todas mis ideas. Se puede comer demasiado, beber demasiado, lo que se comprende. Se puede ser demasiado torpe o demasiado cerdo, lo que suele verse. Hasta parece que se puede ser demasiado honesto, caso en el que raramente se encuentra el burgués, hombre justo y equilibrado por temperamento. Pero que se pueda probar demasiado y por lo mismo no probar nada, es un prodigio que escapa a mi comprensión.

Pero demos la espalda al tablero y pasemos la cabeza entre las piernas para ver el problema a la inversa. Hecho esto, voy a tratar, esta vez, de no probar mucho, de detenerme a un pelo del punto en que la prueba sería completa. ¡Victoria! Sin probar demasiado, he probado algo. Pero, ¡ay de mí!, en el instante mismo esta prueba me condena. En consecuencia, el pelo ha sido sobrepasado. A pesar de mis precauciones, he probado, pues, demasiado, y por lo tanto, no he probado nada. Imposible salir de este círculo donde se estrellan las matemáticas, las filosofías y todas las ciencias.

CVIII

NUNCA ES DEMASIADO TARDE PARA HACER EL BIEN

Hostilidad del adverbio "demasiado". Henos aquí otra vez a oscuras. ¿Podría ocurrir, realmente, que jamás fuera demasiado tarde? ¿Debemos pensar que hay una hora en que es muy tarde, sin serlo demasiado, y otra en que es *demasiado temprano* y que sería la indicada para hacer el mal? ¿Dónde comienza y dónde termina esta última hora tan importante? ¿Debo yo huír de los brazos del vicio a las cinco y media de la mañana, para precipitarme a las seis menos cuarto en los de la virtud? ¿Es demasiado temprano, o un poco tarde, o acaso muy tarde, sin serlo demasiado? ¿Sería mejor que esperara hasta las siete de la tarde o hasta medianoche?

Pero dejemos eso. ¿De qué se trata, en substancia, y qué son los lugares comunes, sino la lengua del burgués? ¡La lengua del

burgués! ¿Puede haber nada más simple? ¿Y qué significa *hacer el bien*, sino hacer lo que el burgués quiere, lo que a él le place, lo que lo beneficia, lo que ordena en sus mandamientos, y no otra cosa?

Cierto es, por ejemplo, que si usted quiere hacerse romper la cara por él y darle todo lo que tiene, el burgués pensará que cumple usted con su deber, un poco tarde, tal vez, pero no demasiado tarde. Inversamente, si él encuentra el medio de apoderarse del dinero de usted, de su casa, de su mujer o hasta de su misma piel, y eso le parece útil o agradable, usted no tiene nada que decir. Lo que él hace está siempre bien hecho, absolutamente bien, y justamente a la hora que conviene, pues es la hora amable de su agrado, que nunca llega demasiado tarde.

CIX

Poco a poco el pájaro hace su nido

—¡Miserable búlgaro! — exclamó la condesa de Sainte-Périne.

Tenía razón. Seguramente no sería posible encontrar un grosero más odioso que ese redactor jefe. Es el grosero sin epíteto, el grosero absoluto. Fué él —no podía ser otro— el que, visitado por un gran poeta, muerto ya hoy, que había ido para ofrecerle una obra en verso cuya publicación hubiera honrado extraordinariamente a su mísera gaceta, con afectación, sin siquiera volverse, le dió esta respuesta, que se hizo famosa:

—Tenga la amabilidad, mi estimado señor, de echar usted mismo su manuscrito al canasto.

¡Buena idea la de su marido al mandarla a ver a ese rufián! Este la había recibido con tal insolencia, que por mucho que por su primitiva profesión de comadrona estuviera hecha a todos los desplantes de la grosería, se había sentido sofocada. Lejos de vencer la resistencia de ese bestia, como lisonjeramente imaginara, ni siquiera había podido colocar una palabra. No valía la pena *comprometerse*. Hinchada de rabia, volvió a su casa.

El doctor Mauricio de Sainte-Périne, marido de su mujer y conde por efecto de una selección misteriosa, era el sorprendente ambicioso, hoy conocido y hasta consultado, que en menos de diez años hizo correr un río de inmundicias. En la época de este relato estaba en sus comienzos y acababa de unirse audazmente con una comadrona de provincias que era el orgullo de una ciudad de trescientas mil almas. Así como el sol lleva un poco de alegría luminosa a la casa del indigente, esta crespa y melada persona había llevado un poco de obstetricia a la casa de ese aprendiz de curandero. Y como la esposa era todavía un poco incitante y al esposo le quedaba un resto de olfato, se comprendieron y se completaron.

Este último había concebido el propósito, que la idiotez contemporánea le ha permitido realizar en parte, de crear una especie de clínica literaria para comedor o tren expreso, por medio de publicaciones de Epidauro, periódicas o intermitentes. En términos más claros, se trataba de deslizar en los periódicos leídos, como un pérfido enfermero desliza las cánulas en los traseros, articulejos emolientes y, por supuesto, para nadie ofensivos. Crónicas médicas incoloras, fluidas y neutras, comparables a lavativas ineficaces que podrían utilizarse a manera de caldo. Algo fastidioso y tibio, pero de algún efecto, a pesar de todo, para el buche de ciertos ilustres, felices, a pesar de todo, por la gratuidad del láudano.

A fuerza de vulgaridades y de indecencias, el inamilanable Mauricio ha conseguido hacerse pasar por una casi autoridad, por un observador sagaz, por la más fina entre las chinches de la información esepcial, introduciéndose así en las hendeduras sociales, en las grietas y fisuras de la vieja tienda de la gente de mundo. Hasta ha conquistado una clientela, me dicen, y su mujer, cuya pasta grosera ha tenido tiempo de fermentar en la artesa de su miseria, puede darse el lujo de disponer de un *salón*...

Pero en el momento de este relato, repito, todas estas grandezas estaban aún en camino. El doctor Mauricio, no emancipado todavía de los expedientes de la más baja domesticidad, utilizaba a su compañera para la colocación de sus originales. Contaba con los buenos oficios de esta Lucina para el feliz alumbramiento de las buenas voluntades obstruídas o de gestación lenta. No vaya a creerse, sin embargo, que insinúo ignominias. La comadrona no recompensaba a nadie, limitándose a ser punzante y obstinada. Ca-

da cual era dueño de desesperarse o de soñar, y allá él; pero jamás se oyó hablar de suicidio alguno.

—¿Sabes lo que me ha dicho? —le espetó ella al conde Mauricio Flagornant de la Lécherie de Val des Aménités de Sainte-Périne, cuando llegó a su casa—. Pues esto, textualmente: "La imbecilidad que cultiva su marido es un género que no nos conviene. Sería competir con lo que hace otro indecente, ya conocido y estimado por nuestro público. Por lo demás, ni su facha ni la de su marido me agradan. Conque, sírvase tomar el portante".

El doctor conde tiene una vasta nariz que le permite resollar con fuerza. Así lo hizo, y revigorado el concilio de sus pensamientos con un generoso resoplido, se aproximó, maliciosos los ojos, a su comadrona, que se había dejado caer en una silla, y besándola piadosamente en la frente, le dijo con lentitud y en el tono inspirado de un bardo antiguo:

—Consuélate, pobre amiga mía. ¿No tenemos, acaso, el testimonio de nuestra conciencia? Hay que ser razonable. Nada es absoluto y no es posible tenerlo todo. No olvides que hay que ser práctico y marchar con el siglo. Y además, uno no está en la tierra para divertirse. ¡Paciencia! París no se hizo en un día, es verdad, pero el sol sale para todo el mundo y poco a poco el pájaro hace su nido...

Aquel día —dijo el poeta— *ya no leyeron más.*

CX

Muchos pocos hacen un mucho

Así habla mi tendero, embolsando los centavos de los miserables. Así habla tal financiero, saqueando los ahorros de los humildes. Así habla Chamberlain, mirando correr la sangre de las criaturas de los boers. Y los tres dicen exactamente la misma cosa.

CXI

No se puede ser y haber sido

Se equivoca usted, mi querido empleado de pompas fúnebres, y la prueba es que se puede haber sido un imbécil y serlo todavía. Lo que no sucede es lo contrario, precisamente. De manera que puede usted, en lo absoluto, ser y haber sido no importa qué, lo mismo que su esposa, dicho sea sin intención de ofender.

Pero, me pregunto —y Dios nos preserve de hacer juicios temerarios— ¿esta máxima burguesa no significará, simplemente, que no se puede ser siempre joven, por lo menos en el sentido de la reproducción de la especie? ¡Oh, François Coppée, amable amigo, qué rayo de luz!

CXII

Si la juventud supiera, si la vejez pudiera...

¿Qué sucedería? El prudente burgués se guarda muy bien de decirlo. Pero es bueno que se sepa, una vez por todas: si la juventud supiera, haría cochinadas de las cuales la misma vejez no tiene la menor idea. Y si la vejez pudiera, la vejez del burgués, desde luego, ¿qué sucedería? Le apuesto a usted que no lo adivina.

Y bien: *practicaría la virtud,* lo que haría cambiar la faz del mundo.

He ahí el tremendo secreto que he estado muchísimo tiempo sin atreverme a divulgar.

CXIII

¡Si uno lo supiera todo!

Sería Dios, situación infinitamente desagradable, porque estaría obligado a negar su propia existencia, so pena de pasar por un imbécil, de malquistarse con el venerable de su logia y de ser mal visto en el barrio. No tendría crédito en ninguna parte y nadie lo saludaría. Se le echaría en cara que hace milagros y que tiene en su familia un crucificado. El omnisciente burgués inculpado de divinidad sería, en fin, calificado de *clerizonte* por el vil populacho carente de filosofía y que confunde la Substancia con el Accidente.

Lo más seguro, créaseme, es no saber nada, y sobre todo, no sacar nada de la nada, comenzando por uno mismo. Por lo demás, ¿no es ésa la tradición? ¿En qué época, pregunto, los antepasados de nuestros burgueses creyeron provechoso crear la luna o las estrellas? ¡Hay tantas cosas que es conveniente ignorar y tantas que es preferible no hacer! ¿El fin de la vida no es, por ventura, ganar mucho dinero y comprar con éste la muerte eterna?

CXIV

No se puede pensar en todo

Seamos razonables. Estoy obligado a pensar, antes que nada, en mis negocios; después, en los negocios de los demás, a fin de aprovecharme de ellos, si es posible; finalmente, en mis placeres. Me habláis de Dios, lo cual es una amabilidad de vuestra parte; pero, en serio, ¿qué queréis que haga yo con vuestro Dios? Jamás pienso ni he pensado en él, y podéis creerme que tampoco pensaré cuando esté en trance de reventar. ¿No dicen los mismos

curas que somos polvo y al polvo hemos de volver? ¿Por qué preocuparse con esas pamplinas, entonces?

Es gracioso que os preocupéis por mi alma, cuando la vuestra me tiene a mí tan sin cuidado. ¡Bah! Bien se ve que no sois del comercio. Si lo fuerais, sabríais que, lejos de poder pensar en todo, mucho es ya de suyo, y a veces hasta demasiado, pensar en el libro de caja. ¿Qué queréis que os diga? Lo que yo pido y necesito es un Dios que esté en los negocios. Entonces podríamos entendernos. Tampoco él tendría tiempo de pensar en todo. *Abriría el domingo,* seguramente, y nos dejaría en paz, tenedlo por cierto...

He ahí las palabras del que ha reemplazado al Genio feroz que apostrofaba en otros tiempos a los navegantes temerarios, en el Cabo de Buena Esperanza.

CXV

"CHERCHEZ LA FEMME"

Tal es la exclamación del empleado cuando lee en su diario la noticia de un crimen. Adviértase que hablo del empleado perito en números, del empleado intelectual, de ese empleado que asume gestos de fantarrón de encrucijada para decirle a uno, por ejemplo, que esa mañana, visto lo templado del tiempo, resolvió sacarse su chaleco de franela. Ese hombre, habituado a juzgar desde lo alto, a verme más lejos que el vulgo, jamás pierde la oportunidad de dar tal consejo. A su juicio —idea profunda y nueva de la que muy pocos pensadores se han percatado— lo primero que hay que hacer en toda aventura trágica, es buscar a la mujer.

Recuerdo haber conocido a un arrogante marido cuya mujer buscaba al hombre tan ardientemente como la comadreja al conejo. Buscaba al hombre, y lo encontraba con una rapidez y una frecuencia increíbles.

CXVI

Cada cosa a su tiempo

"Todas las cosas tienen su tiempo y todo lo que hay debajo del cielo pasa en el término que le ha sido prescrito", dice el Eclesiastés.

Hay tiempo para nacer en Belén y tiempo para morir en el Gólgota;

Tiempo para clavar la Cruz y tiempo para arrancarla;

Tiempo para matar a las almas y tiempo para curarlas;

Tiempo para destruir la Morada de oro y tiempo para edificar la casa de plata;

Tiempo para llorar al paso de Cristo sangrante, como lloraban las hijas de Jerusalén, y tiempo para reír como reirá la terrible Mujer el último día;

Tiempo para desolarse con la Virgen de los siete puñales en el corazón y tiempo para danzar con la hija prostituída de la incestuosa que pide la cabeza de San Juan;

Tiempo para dispersar las piedras vivientes y tiempo para volver a unirlas;

Tiempo para abrazar a la Bien Amada que viene retozando por las colinas y tiempo para rehuir los abrazos espantosos de los que nadie se libra;

Tiempo para adquirirlo todo y tiempo para perderlo todo;

Tiempo para observar la Ley del Señor y tiempo para arrojarla como una vestidura inútil;

Tiempo para desgarrar en dos el Velo del templo y tiempo para tejer el Sudario del Redentor;

Tiempo para callar ante los ultrajes y tiempo para hablar entre los resplandores del rayo;

Tiempo para el Amor fuerte como la muerte y tiempo para el odio delicioso como la Eucaristía.

Tiempo para la guerra contra los santos y tiempo para la paz irrevelable de los bienaventurados muertos.

—¿Qué otra cosa —pregunta Salomón— puede esperar el hombre de su trabajo?

—Yo espero del mío la semejanza con los demonios y mi alojamiento preparado es sus habitáculos de desesperación —contestará el burgués cuanto llegue para él el *tiempo* de responder con discernimiento perfecto.

CXVII

El tiempo es oro

Hasta la respuesta absolutamente segura, infalible y luminosa que acaba de leerse, el burgués no dejará de observar que todos esos *tiempos* mencionados en el Eclesiastés y que son la suma de los tiempos, no representan sino el *Dinero,* en la expresión de vocablos inútilmente multiplicados. A sus ojos, inclusive el tiempo de morir —sobre todo éste— es oro.

Tiene, pues, que haber en ello una verdad profunda, tiene que estar la Verdad misma, porque no es posible equivocarse así. A la manera de los valores y de los pesos iguales, el tiempo y el dinero se balancean y se equilibran en el Infinito. Cuando el Señor de los mundos se dejó dejó vender por treinta dineros, se hallaba precisamente en medio de los Tiempos y los concentraba en él de la manera más expresiva, más fulmínea, más inimaginable...

Es a eso a lo que tienden continuamente, sin que él lo quiera ni lo sospeche, las palabras del pobre burgués, más terribles que los huracanes.

CXVIII

El dinero no tiene olor

No deja de ser divertido pensar que los Flavianos cubiertos de gloria no eran menos insaciables ni más delicados que nuestros burgueses. Vespasiano, que podía engullir, como Vitelio, por valor de dos mil sestercios en cada comida, no desdeñaba obtener bene-

ficio de los retretes públicos, sobre los que impuso un tributo, ni convertir en dinero todo aquello que podía salir de los amos del mundo.

El ejemplo no ha sido inútil y a los especuladores del siglo veinte les agrada prevalecerse de él. Sólo que esa familia de emperadores abatió a Jerusalén y mató a un millón cien mil judíos, mientras que los burgueses se asocian con Israel para el aprovechamiento de los retretes. Hay alguna diferencia.

—Atráeme tú mismo en pos de ti —dice la Esposa del Cántico— y correremos todas al olor de tus perfumes.

CXIX

Cuanto más loco es uno, más ríe

—¡Tengo sed! —clamó la pobre mujer, con una voz que apenas era poco más que un soplo.

Nadie contestó. Creyendo llegada su última hora, trató de hacer acto de contrición. Más tarde, al ver que pasaba otra guardiana, reuniendo todas sus fuerzas alcanzó a pronunciar distintamente estas palabras, que creyó irresistibles:

—¡Por el amor de Dios, señora!.... ¡un vaso de agua!

Pero el amor de Dios tiene poco crédito en la Asistencia Pública. La empleada, mirándola apenas, se encogió de hombros y siguió su camino. La infortunada se sintió entonces llamada por la desesperación.

Se la había llevado allí porque su mal, muy peligroso, necesitaba cuidados que su marido, enfermo él mismo y sin recursos, no podía darle en la casa. En el coche había visto a su lado, como una imagen de la impotencia del genio, a ese gran artista desolado. Tan desolado, que ella sólo atinó a comprender que había allí un abismo, y en su propia angustia, que era horrenda, no se atrevió a pensar en esa angustia.

¡Y los niños! Los había visto, ya al marcharse, asomados a la ventana. ¡Pobrecitos! Su recuerdo era como una garra aferrada a su corazón.

Cuando llegó allí, la habían abandonado en esa silla, en medio de aquel vestíbulo, sin ningún auxilio, sin poder reposar la dolorosa cabeza. Había creído encontrar a alguien que la recibiera, un lecho donde extenderse, y su presencia ni siquiera parecía advertida. Hubiera dado la mitad de los días de vida que podían restarle por un vaso de agua y la otra mitad por apoyar su cabeza en un muro.

Al cabo de una hora, probablemente cuando terminó de torturar a las enfermas de otra sala, la celadora se dignó ocuparse al fin de ella. Hasta tanto le preparaban una cama, la hizo sentar a una larga mesa, donde se hallaban ya instaladas, frente a sendos tazones, algunas pobres enfermas de aspecto idiotizado. Trató de beber un sorbo del caldo de cocodrilo de la Asistencia, pero no pudo hacerlo, asqueada por un olor circulante y tibio. Vió entonces, con espanto, que sus compañeras estaban amarradas a sillas en forma de baúl, que servían al mismo tiempo de excusados. Pero esto no era más que el comienzo. Hasta allí había podido creer que pertenecía todavía a la triste multitud de los desdichados que por lo menos son dueños de su cuerpo. Le faltaba ver desaparecer sus ropas de esposa y de madre, las que no le serían devueltas sino a la salida, si su destino era salir de allí. En adelante, sólo vestiría el uniforme de las condenadas al dolor sin medida ni consuelo: traje azul —¡y de qué horrible azul!—, delantal de cocina —¡y de qué cocina!— y pañoleta y cofia blancas...

La pobre mujer, la mujer del gran artista, creía saber lo que es sufrir. ¿Cómo hubiera podido prever, sin embargo, los terrores nocturnos, en aquel asilo, y la circunstancia horrenda de las puertas cerradas con llave sobre treinta o cuarenta enfermas, entre ellas veinte alienadas? Porque esa convivencia homicida es tolerada monstruosamente por los médicos, como si hubiera la consigna de aliviar de sus pensionistas a la administración, exterminándolas por el terror. El detalle no tiene nombre y haría parecer el infierno de los poetas una caverna de esperanza. Al grito de agonía que lanzara una infortunada al ver a un fantasma, errante de una cama a otra, acercarse a ella en la penumbra, acaso sólo responderían, desde el fondo de los pozos de la angustia, otros gemidos más dolorosos todavía. Las guardianas, demasiado borrachas para oír o demasiado ocupadas en sus indecencias, no se molestarían en acudir. Y si un clamor extraordinario las obligara a

hacerlo, aparecerían furiosas, con la blasfemia, la injuria, la amenaza y a veces con los golpes. Ya la primera noche, Genoveva, en el colmo del terror por haber visto a una loca que se inclinaba sobre ella mirándola con ojos terribles, oyó que se le prometía la diabólica celda donde se extinguen infaliblemente todas las resistencias y a veces las vidas. Al día siguiente, a la hora de la visita, se quejó de ello al médico jefe.

—Son exageraciones suyas, mi estimada señora — le contestó sonriente el viejo idiota y cobarde, que no quería malquistarse con la administración y que se alejó con evasivos gestos de piedad. La abandonada comprendió que no habría allí justicia alguna para ella, que no debía esperar socorro alguno de los hombres.

Supo el mismo día que su marido había sufrido un ataque de parálisis y sus dos criaturas entregadas al cuidado de un monstruo.

Como tantas otras, vivió desde entonces sin que pudiera decirse cómo ni por qué. Con la entereza sobrenatural de los náufragos, se entregó y se aferró a la idea cristiana de pagar generosamente lo que debía pagar por sí misma y para socorrer con sus tormentos a los seres queridos a quienes su ausencia ponía en peligro. A partir de ese instante, una fuerza inmensa le fué dada. Su pobre alma, exaltada en el dolor, consideró sin desesperación las perspectivas y las abreviaturas del infierno. Pudo afrontar la torturadora, la terrible queja de las desdichadas llamando a sus padres, a sus maridos, a sus hijos, a sus muertos. Conoció al dragón de los *llantos sin lágrimas* de la locura, semejantes a los interminables aullidos de los perros lamentadores. Lo más duro para ella fué la necedad burguesa, empenachada y oracular de los practicantes y de los médicos, comenzando por el viejo bribón ya mencionando, que desenrollaba junto a los lechos, cada mañana, su palabra filamentosa. Habituada a la superior comprensión de su marido, de quien había aprendido el menosprecio sin límites por la medicina y por los saltimbanquis homicidas que se prevalen de ella, se sentía más herida por las estupideces importantes que se peroraban sobre su cuerpo lleno de sufrimiento, que por todo el resto. El día en que aquel torpe onagro, al descubrir su rosario, profirió el lugar común de hospital: "Es una mística; no hay nada que hacer", se sintió avergonzada de pertenecer al llamado género humano de semejante idiota y más pro-

fanada por ese cretinismo olímpico que por las miradas infames y la concomitante brutalidad de los practicantes.

Hay en Méjico, particularmente en Veracruz, una especie de buitre, cuyo nombre no recuerdo, el que tiene la misión de sanear la ciudad devorando todas las carroñas. Posados por millares en los techos y en los muros más altos, observan con ojo infalible todo lo que cae. Una inmundicia tiene apenas tiempo de tocar el suelo. Ese buitre es objeto de una consideración respetuosa. Puede decirse que, sin él, no se dan fiestas, y está prohibido matarlo, bajo las penas más severas. Tal es la prerrogativa de los enfermos *asistidos* en los hospitales y asilos de París. Se cuenta con ellos para engullir la carne y otros alimentos en putrefacción, no aptos para los cerdos y que no sería delicado ofrecer a los leales perros.

Este expediente tiene múltiples ventajas, entre otras, las de disminuir las oportunidades de peste bubónica en los diversos barrios de París, remediar el derroche de desperdicios, atenuar en los enfermizos el horror a la muerte y sobre todo, en fin, hacer afluir a los bolsillos laicos y filantrópicos de los interesados abundante dinero sin olor. Sólo hay una diferencia con las aves de presa, y es que los enfermos gozan de mucha menos consideración y que es lícito hacerlos reventar con rapidez.

Con el pensamiento puesto en Dios, Genoveva pudo tragar aquella inmundicia, que el visto bueno de los médicos consagraba cada día. Pese a su extrema debilidad y a que llegara casi moribunda, pudo subsistir varias semanas, sobreviviendo a lo que hubiera aniquilado a un gigante. Tiempo después confesaba no comprender todavía cómo una vieja guardiana, casi loca ella misma y que desde el primer momento le cobrara odio, no había conseguido matarla. Porque la vida de las míseras enfermas está completamente a merced de esas perras, lo que, autorizado y estimulado por los mismos médicos. que se lavan las manos, escapa al rigor de las leyes penales y se hace cosa perfectamente normal.

Una religiosa —¿de qué orden?— vegetaba a pocos pasos de allí, como una extraña y horrenda muestra de decadencia. Genoveva se preguntó qué podía pensarse de una comunidad que enviaba allí a una esposa de Jesucristo. Esta se echaba a veces sobre sus vecinas o sobre las guardianas, lanzando alaridos capaces de hacer resucitar a los inocentes exterminados veinte siglos atrás

por Herodes. En esos momentos, el Nombre de Dios salía de ella como el agua regolfada con fuerza de un profundo pozo, y había que oír las bromas canallescas de los practicantes.

Otra, de cabellos cortos, no religiosa pero más horrenda aún, que se creía hombre y como tal vestía, en lo posible, le hacía el amor a la celadora, indeclinable troncho que pasaba por haber sido, en la época del sitio de Sebastopol, una hermosa muchacha.

Ambas miserables, la aulladora religiosa y la andrógica, podían estar seguras en sus andanzas. Entre las horribles fealdades de aquel cantón del infierno, donde todo, hasta la muerte, es mediocre, ¿qué más trágico?

La última visión que llevó de allí Genoveva, para no olvidarla jamás, fué la de un grupo de alienadas que cosían vestidos que esperaban lucir el día de Santa Catalina, ya próximo. Una de ellas, una especie de joven con aire de vieja, corría sobre altos tacones, de sala en sala, buscando cintas que nunca encontraba. Llegado el día de Santa Catalina, las siniestras vestiduras se desplegaron sobre esas muertas sin reposo, que iban y venían ufanas, sin poder encontrar sus sepulcros.

En la memoria de Genoveva ha quedado grabada para siempre, como un recuerdo extraño y cruel que flota obstinadamente sobre un cráter de dolores, una especie de canción, triste como una melopea del purgatorio, formada con palabras incoherentes dictadas por la demencia, pero cuyo estribillo tiene un sentido preciso: "perder la razón, *que hace sufrir tanto,* es una dicha...".

Cuanto más loco es uno, más ríe.

CXX

No todo lo que brilla es oro

La noción de brillante no difiere, para el burgués, de la noción colateral de reluciente. Estética de lustrabotas. En literatura, por ejemplo, Paul Bourget es un brillante escritor, siempre joven, y también lo es el poco menos que resplandeciente autor de *Quo Vadis?* En ambas opiniones ya implícita la idea de que nos halla-

mos en la cima de la intelectualidad burguesa. En planos nuevos elevados, una simple morcilla puede parecer tan deslumbradora como la *Ilíada*. Pero no se trata de eso.

Se trata del oro, no del oro de los corazones, ni de aquel con el cual está edificada la Jerusalén de los cielos, sino del oro que sirve para acuñar las monedas de veinte francos y que sólo es precioso porque vale mucho dinero. En el fondo, este lugar común no es, como tantos otros, sino una manera de expresar la divinidad misteriosa del Dinero. Porque, después de todo, el oro puede ser mate, en cuyo caso su brillo no iguala al de un par de botas militares en un día de revista. El mismo dinero, el sagrado dinero, no tiene necesidad de brillar, y la prueba de ello es que hay papeluchos de un color azul pálido que no valen menos de mil francos.

CXXI

No hay que jugar con fuego

Cuéntase en el Libro de los Jueces que Sansón atrapó cierto día trescientas raposas, a las cuales, apareadas cola con cola y sujeta en el nudo de cada pareja una tea encendida, soltó luego en los sembrados de los filisteos. Jugaba así con fuego el terrible nazareno. A veces pienso en un Sansón moderno que metiera teas encendidas en el trasero de trescientos burgueses y los soltara entre sus congéneres...

Me pregunto, sin embargo, si este juego resultaría tan entretenido como parece. ¿Quién sabe si iluminado, aunque sea en esa forma, no asumiría el burgués una significación *profética?* Porque el fuego, al mismo tiempo que una palabra vulgar, es una realidad de las más misteriosas, y cuando se lo anuncia, sea en voz baja o con el clamor desesperado de las campanas tocadas a rebato, se diría que el que *juega con el hombre* es él: ¡tanto enloquece de presentimiento divino a los más lamentables imbéciles!

CXXII

El buen Dios

Para decir *el buen Dios,* se necesita tener la conciencia en mal estado. Sin eso, no es posible. Por mucho que me esfuerce, no concibo a un mártir aplicando la regla de los adjetivos en un ejemplo como éste. El mismo Zola, cuando apacienta a sus vacas, exclama a veces: "¡Gran Dios!", si alguna cojea o se hincha. Pero en boca de semejante justo ésa es una exclamación piadosa, un arranque del alma, en tanto que el *buen Dios* del común de la gente no implica un átomo de devoción.

El buen Dios del burgués es una especie de comisionista de quien no está muy seguro y al cual se cuida muy bien de honrar con su confianza. Le paga mal y se muestra siempre dispuesto a despedirlo, sin perjuicio de volver a tomarlo el mismo día, si lo necesita. Porque el buen Dios es un elemento altamente decorativo en las casas de comercio. Esto lo sabe todo aquel que actúa en éste o anda metido en trapacerías que, sin ser precisamente comerciales, exigen las aptitudes filibusteras de que se ufana la burguesía. Por mi parte, no me sorprendería si un portero o un oficinista de extramuros me exigieran un buen día la presentación de un documento de identidad extendido a mi nombre por el buen Dios.

La verdad es que éste, tan poco y tan a duras penas tolerado por el burgués, sigue siendo, a pesar de todo, muy invocado por la clientela, y esto vale que se sacrifiquen algunas repugnancias. Dondequiera que uno vaya, en efecto, no ove hablar sino del buen Dios: "El buen Dios lo ayudará"..., "El buen Dios lo tiene presente"..., "El buen Dios piensa en todos"..., "El buen Dios sabe lo que hace"..., "No hay nadie mejor que el buen Dios"... Se lo prodiga generosamente. Tanto ha caído en la miseria el buen Dios, que se da por satisfecho con una corteza de pan y un vaso de agua y se resigna a los más bajos menesteres, sin que se le conceda siquiera el descanso del séptimo día. Y a pesar de eso, ¡cuántas veces está obligado a oír que los más íntimos amigos del demonio le reprochan no valer un diablo!

Si éste es el buen Dios que debe juzgar a todo el mundo, creo que el burgués tiene razón en despreciarlo y ultrajarlo. El muy maligno se prepara así hermosas sorpresas y una emoción eterna.

CXXIII

La naturaleza

Menciono éste porque me atrae el recuerdo de mi juventud. Hoy está muy venido a menos y casi no se lo emplea. La gente se ha hecho demasiado sabia. En mis tiempos, la naturaleza todavía significaba una infinidad de cosas. "Hay que dejar hacer a la naturaleza", "que obre la naturaleza", se decía a cada momento. Hoy sólo se habla de microbios y la naturaleza es reemplazada por una jeringa. Idolo por ídolo, prefiero el de antaño. La naturaleza era más agradable y mucho menos estólida y peligrosa. Fué adorada sobre todo en el siglo XVIII, época en que existía aún en Francia un vivo sentimiento del ridículo. Nuestro burgués no lo tiene ya. No dice, como en los tiempos de Juan Jacobo Rousseau, que el ideal consistiría en el retorno a la naturaleza. Alguien, no sé quién, le advirtió que sería una imprudencia mostrarse *in naturalibus* en el café, aparecer bruscamente en cueros en la vecindad de los gendarmes, y se abstiene de hacerlo, pero tolera, y hasta solicita, entre muchas otras cosas, las sucias y fabulosas aventuras de la medicina contemporánea.

La naturaleza concebida por el burgués moderno, cuando esta repugnante bestia ha recibido un simulacro de educación, es un prodigio de necedad y pedantería que la brevedad de la vida no permite explicar. Todo lo que se puede hacer es fantasear en torno de ese otro prodigio consubstancial que es la naturaleza del burgués mismo. Por ese lado, puede decirse que hay grandiosidad. Acaso bastaría recordar el espejo *invertido* de que hablé en otra oportunidad, en el cual el rostro de este último amo del mundo es reflejado por el tremendo Rostro de Dios.

Es sabido que los filósofos *aprioristas*, vale decir, los que no recogen el estiércol, han dicho unánimemente, a partir del Cal-

vario, que la naturaleza humana era en el origen un estado de inocencia y perfección, del cual cayó, de suerte que la Virtud y la Belleza serían un retorno hacia el Paraíso, justamente lo contrario de lo que se enseña en los establos. ¿Qué pensar de la *naturaleza* de una horrible *legión* que pide cínicamente, con millones de voces perversas y confusas, su repatriación entre los cerdos?

CXXIV

La ciencia

He aquí el *labarum* de los imbéciles. ¡La ciencia! Antes del siglo XX, la medicina, por no hablar sino de esta pordiosera, no tenía ninguna necesidad de la ciencia y apenas se dignaba confiarse a ella. Desde hacía mucho tiempo se encharcaba en las deyecciones de sus enfermos. Hoy se pavonea entre su propia inmundicia.

La putrefacción se quejaba de no tener su profeta. Y he aquí que llega Pasteur, el del nombre dulce y bucólico, y el Microbio, retrasado sesenta siglos con respecto a la creación, sale por fin de la nada. ¡Qué revolución! A partir de Pasteur, todo cambia. La búsqueda del animálculo reemplaza al antiguo espíritu de las Cruzadas. Sólo se tiene trato con la ciencia. No se quiere saber cosa alguna que no sea ciencia, y cada payaso reivindica su animálculo. Todos los sueros, todas las pestes líquidas, todas las emanaciones de los muertos, todo lo que antiguamente desaparecería en el fondo de los sepulcros, es hoy restituído a la luz, preconizado, movilizado, inyectado, tragado. La rabia, la tuberculosis y el cólera, son algo así como aperitivos o como esas copitas de licor que se toman de sobremesa. Hasta un suero contra la vejez acaba de descubrir el mujic de la pandilla. Empeñados en beneficiarlos con cuarenta fermentos, los padres convierten los cuerpos de sus hijos, desde la cuna, en vasos de purulencias. Hay en el Instituto Pasteur toda una cuadrilla de ciudadanos dedicados exclusivamente a la pesca de medios para pudrir.

—Sí, señor —me decía alguien hace apenas dos semanas—;

se los aloja allí para eso, y el mismo Jenner, el ilustre envenenador que convirtió a Europa en una vaquería, no encontraría sitio en esa casa...

La divina *Ciencia,* que fuera en otros tiempos la quinta entre las Siete lenguas de fuego de la corona imperial del Vagabundo, se ha convertido en algo tan bajo, que el burgués la cree a su alcance. Es necesario que ese Valor se haya depreciado para que un imbécil como Zola, por ejemplo, tenga la audacia de zarandearla ante los ojos de un pueblo tan venido a menos que nadie ha pensado escupir a la cara del afrentador.

¡Ah, qué bien representa éste al burgués contemporáneo, a esa piltrafa de la especie humana, a ese desecho de los siglos, y cuán hondamente debe llevarlo en su corazón, cuando en las páginas ininteligibles y sucias de sus asqueantes novelas invoca a cada paso a eso que tiene la osadía de llamar *ciencia!* ¡La ciencia para ir de prisa, la ciencia para solazarse, la ciencia para matar! ¡La ciencia que se envilece convertida en parto espiritual de los propietarios, en limpiadora de las pocilgas de las bestias feroces que son terror del Pobre!

CXXV

La razón

"La razón —ha dicho Malebranche— es la sabiduría misma de Dios", definición que no parece convenir a lo que los comerciantes llaman *razón social.* ¿Quién sabe, sin embargo?...

Se ha dicho de la razón todo lo que se ha querido decir, pero la opinión más difundida es que ella *se opone a la Fe.* Prueba de ello es el horror universal que siente por el número *trece* la gente razonable y su unánime repugnancia a comenzar sus porquerías el día viernes. He conocido a un fogoso enemigo del cristianismo que la noche de Navidad ponía sus zapatos, disimuladamente, junto a la chimenea. El venerable de su logia, informado de esta manía, le aconsejó ponerlos, simple y *razonablemente,* detrás de la puerta del excusado, lo que está, no cabe duda, mucho más de acuerdo con la tradición del libre pensamiento.

CXXVI

El azar

Un feliz azar, un azar "providencial", el azar ha querido, el azar lo permitió, hay que dejar algo al azar, etc. He aquí, pues, que el azar es Dios. Todo lo prueba. Es —tengamos esto muy presente— el único, el último Dios que sigue mereciendo la adoración de los imbéciles, lo que supone una tremenda potestad. Pero hay que confesar, con todo, que se trata de un Dios harto extraño, cuya potencia es absolutamente positiva, sin un solo átomo de potencia *negativa.* Esto no es muy claro, ya lo sé. Tengo a la mano, felizmente, una carta de un alienado, cuyo inteligible extracto dice así:

"He dado, estimado señor, mi vida entera al azar, como corresponde hacerlo cuando uno sabe que ha sido creado y puesto en el mundo por el azar y que sólo subsiste por voluntad del azar. *El elefante* —ha dicho Chatêaubriand— *lo saluda al salir el sol...* Desde mi más tierna juventud consagré mi virginidad al azar, lo que era, convendrá usted conmigo, una manera tan edificante como ingeniosa de perderla. He vivido pensando, obrando, amando constantemente al azar.

"Como la fortuna era un obstáculo, me apresuré a dilapidarla en juegos de azar. Liberado de ella, conocí entonces la dicha de comer y de dormir al azar. Al contrario de tantos otros cuyo sentido religioso se halla obliterado y que dicen que no hay que abandonarlo todo al azar, no he guardado nada para mí. Está demás agregar que tengo una mujer elegida al azar y que mis hijos son, como suele decirse, frutos del azar.

"¡Y bien! Debo confesar que, a pesar de todo, no estoy satisfecho. El Dios que adoro carece de Decálogo y de Sinaí. El azar no tiene Mandamientos. Lo quiere todo, lo puede todo y lo hace todo, pero a nada se opone, nada *prohibe.* No se dice, ni a nadie se le ocurriría decir: *El azar no lo quiso, el azar no lo ha permitido, el azar se ofendió, el azar castigó.* No, con el azar no

hay transgresión, no hay pecado posible. Mientras uno está de juerga, eso resulta divertido, no digo que no; pero a la larga termina por ser exasperante..."

Interrumpo aquí la carta, que de pronto, sin que sea posible decir por qué, se torna de una impudicia sorprendente. Retengo sólo esta prosopopeya final, que parece aplicarse a los burgueses, pero cuyo alcance me cuesta trabajo precisar: "¡Oh, los cerdos, los cerdos, los cerdos!"

CXXVII

La noche de la edad media

En otros tiempos, hace apenas cincuenta años, la noche, o si se quiere, las tinieblas de la edad media, se exigían rigurosamente en los exámenes. A un joven burgués que hubiera dudado de la opacidad de esas tinieblas, le habría sido imposible casarse.

Hoy, gracias al arte industrial propagado por los cafés cantantes, la sociedad burguesa, tan agradable ya de suyo, se ha hecho medioeval. Tiene *vitraux* de pacotilla, sillas de coro, huchas, tapices, credencias, lozas, hierro forjado. Un dueño de bazar que no sea bestia, debe poder improvisar en veinticuatro horas una colección Du Sommerard. En esta especialidad, la lamparería y la confección están capacitados para competir en lo sucesivo con los artistas. La conocen en todos sus detalles.

Con todo, hay que reconocer que, alumbrada por este único pico de gas, la famosa noche continúa. Admitamos lo del arte, lo de este arte, se entiende, puesto que eso interesa y hace prosperar al comercio. Pero, descartado el arte, ¿cómo rehusar las tinieblas a una época en que todo el mundo creía en Dios?

CXXVIII

La inquisición

Este no ha cambiado. Es exactamente lo que era hace cien años. El auto de fe, el sambenito, el borceguí, el potro, el cabrestante, la tenaza, el garrote, la sierra, la lima, el látigo, el clavo, la parrilla y el cric siguen existiendo. El instrumento de tortura es un artículo corriente y de primera necesidad. El alma del gasista y del laminador necesita ser persuadida de que la historia de la Iglesia es una larga fritada. El burgués, sea su oficio el que fuere, puede dudar de una adición, pero *sabe* que ha habido una o varias órdenes religiosas instituídas con el único fin de quemar a fuego lento o desollar de cabo a rabo a los pensadores.

¡Ah, cómo colmaron, abarrotaron, obstruyeron, saturaron, emborracharon mi infancia esos *pensadores!* Llegué a tal punto, que no podía imaginarme a un sacerdote sino entre llamas y patíbulos, rodeado de pensadores sacrificados. Y lo más atroz es que cuando más virtuosos y más pensadores eran, menos escapaban a esas fieras. ¡Cuántas lágrimas, cuántos gritos, cuántos aullidos de desesperación! Y de mi parte, ¡cuántas epifonemas juveniles, cuántas imprecaciones! Y como todo eso venía a mezclarse con los eufónicos relinchos de la pubertad, empecé a convertirme yo mismo en un pensador...

La decoración y la *mise en scene* de los suplicios tienen algo de encantador, hasta el punto que hombres a quienes hubiera podido considerarse situados a cierta distancia de las trastiendas y que no estaban necesariamente secuestrados en una ignorancia inexpugnable, poetas como Víctor Hugo y Villiers de l'Isle Adam, por ejemplo, han navegado con felicidad en los viejos veleros de la inquisición de España. Cada uno de ellos creó su Torquemada. Villiers, que se creía católico, descubrió a un Pedro de Arbués, primer inquisidor de Aragón, asesinado por los judíos en 1485, al pie del altar, y canonizado por Pío IX. Este santo, y hasta mártir, es exhibido por el autor de las *Historias insólitas* como un tozudo hipócrita que exhortaba al amor divino haciendo crujir los huesos...

¡Qué queréis! Después de esto, uno siente deseos de echarse a llorar en brazos de los burgueses y de los aspirantes a burgueses que pululan al pie de sus montañas y que se cretinizan acaso inocentemente.

CXXIX

La de San Bartolomé

¡Otro más! Empieza a asquearme la serie. Me he avenido hasta aquí a comentar algunas necedades consideradas por mí mismo singulares y prototípicas, pero basta ya. Nada extraño sería, a este paso, que me viera obligado a ocuparme del Edicto de Nantes, que fué el acto más honorable del reinado de Luis XIV y que desde hace doscientos años hace rebuznar a la mitad de Europa. Y acaso luego tendría que decir algo acerca de la Bastilla, de la libertad de conciencia, de los derechos del hombre, del sufragio universal, de las artes decorativas y hasta de la sonrisa misteriosa de la Gioconda. ¡Basta, pues!

En cuanto a la matanza de la noche de San Bartolomé, que pudo haber sido uno de los momentos más agradables de la historia de Francia, confieso haber experimentado una penosa confusión cada vez que en Dinamarca, en Suecia o en cualquier otro país protestante se me habló de ella. En efecto, suele afirmarse en esos arrabales que esa fiesta hizo correr, nada más que en París, la sangre de varios *centenares de miles* de calvinistas de corazón puro.

—¡Pluguiera a Dios! —me decía a mí mismo, dolorosamente, cada vez que eso oía.

¿Se imagina el lector la humillación que hubiera significado rectificar, con la exactitud de harto humildes cifras, esas cifras grandiosas? Mi situación era semejante a la de un desgraciado a quien la gente supone rico y que se ve obligado a confesar su inopia. Esa humillación sigue subsistiendo, aunque atenuada un poco, lo reconozco, por la consoladora circunstancia de que los calvinistas de nuestro tiempo han dado en exterminarse entre ellos con la mayor amabilidad del mundo.

A pesar de todo, es duro para un católico ver que la ironía sigue, tener que tolerar, en Francia tanto como en el extranjero, al cabo de más de tres siglos, la irrisoria vituperación de los imbéciles por la atrocidad, desgraciadamente imaginaria, de un gesto del viejo París, que hubiera podido ser un gran acto, pero que, en razón de un concurso inaudito de circunstancias adversas, resultó apenas una especie de efusión sentimental.

CXXX

En todas las religiones hay algo bueno

"Mi querido amigo: lo necesito a usted esta noche, acaso toda la noche. Y acaso será necesario aporrear a alguien. Se trata de algo muy serio y profundamente original: nada menos que de capturar a mi señor casero, violentamente sospechado de saquear en persona la casa de este su locatario. Comprenderá usted que para sacar en esta oportunidad todo el provecho posible, necesito un *testigo*. Venga, pues, pero no muy tarde. Conviene que el delincuente no advierta que he recibido refuerzo".

Cuando escribí esta carta, hace algunos años, vivía en un pabellón aislado, cerca de las fortificaciones, y tenía, en efecto, la certidumbre de que mi querido vecino y casero se introducía de noche en mi despensa para trasegar mi vino y rapiñar mi carbón. Ese casero era el mismo señor Eduardo que traté de pintar antes, cuando me ocupé de la flor y nata de la decencia. El hecho es que su rostro trasuntaba todas las villanías y todos los fraudes.

Mi plan tenía una divina simplicidad. Me había hecho llevar muy ostensiblemente algunas provisiones tentadoras y, como una invitación, había dejado la llave en la puerta de la despensa, que daba al jardín. Todo estaba maquinado de tal suerte que le sería imposible no caer con estrépito apenas traspusiera el umbral. Listo yo, me precipitaría entonces para atraparlo. Teniéndolo así a mi merced, y bajo la amenaza de la policía y de la correccional, me sería muy fácil sonsacarle, no sólo una seria indemnización, sino también el recibo en regla de varios meses de alquiler. El concur-

so de mi amigo, muchacho robusto y peregrino muy sutil, aseguraba indiscutiblemente el éxito de la maniobra.

Me apresuro a decir que no fué así. El viejo pícaro llegó muy tarde, cuando, desalentados ya, nos habíamos adormecido. Su caída nos despertó, pero, burlados por su increíble agilidad, tuvimos la mortificación de verlo escapar sin que nos dejara la sombra de una prueba, pues sólo recibió un garrotazo en el riñón, que uno de nosotros le lanzó a tientas a último momento.

—Y bien, señor Eduardo —le preguntó mi amigo horas después—, ¿cómo van esas raterías?

El señor Eduardo, que tenía el talento de ser sordo cuando le convenía, lo aprovechó para dar esta respuesta extraordinaria:

—¡Oh, estimado señor! *En todas las religiones hay algo bueno...*

Algún tiempo antes, el gran rabino Zadoch Kahn me había servido, a propósito de uno de mis libros, este admirable lugar común, que parece ser el comienzo del Evangelio para los imbéciles y los malhechores, según San Juan.

CXXXI

TENER ESPÍRITU FALSO. EXAGERAR

¿Qué es un espíritu falso? Un espíritu que exagera. ¿Qué es un espíritu que exagera? Un espíritu que dice: *sí* o *no*. (Evangelio según San Mateo, V, 37).

¡Cuántas veces he tenido oportunidad de observar que no hay *una* palabra de la Sabiduría eterna que la sabiduría burguesa no rectifique cada día con el más perfecto desmentido!

CXXXII

No hay que ver las cosas demasiado negras

Un poco, pasablemente y hasta muy negras, si les parece a ustedes, pero no *demasiado*. En fin, negras en la justa medida. Una amable prudencia aconsejaría, más bien, verlas blancas o de color de rosa. Tal es, por lo menos, la opinión del *Primer Hombre*, que no quiere que a los agonizantes se les haga saber la proximidad de la muerte "aunque la deseen". No lo quiere absolutamente. El coma le parece preferible a la acción de prepararse a morir y la "atroz costumbre" de la extremaunción lo subleva singularmente.

Leo estas cosas en una crónica del *Journal*, donde están, por lo demás, muy en su lugar, tratándose de un diario que tiene un público felizmente liberado de las "crueles exigencias de la fe". El *Primer Hombre* habla mucho de la piedad en la referida crónica. He aquí un fragmento de ella, el párrafo final, que creo digno de ser traído a colación, pues me ha evocado, proféticamente, la asistencia de cocodrilos y monos feroces que la conciencia definitivamente liberada del siglo veinte prepara para los agonizantes:

"Adoctrinémonos en la piedad, la dulzura y la compasión, inclusive cuando se trata de velar los signos de la muerte que llega a la cabecera del enfermo. *Habituémonos menos al sacrificio que a la cortesía benéfica*, que aparta de uno las penas inútiles y las aflicciones superfluas".

Es evidente que, habiendo dejado de ser esencial la salvación del alma, el colmo de esa cortesía consistiría en despachar a los enfermos sin más trámite, con lo que se les ahorraría seguramente angustias y dolores. Siglos antes de la era cristiana los antiguos habían encontrado ya eso.

Sin hablar sino de ese grado de cortesía que consiste en hacer creer a los moribundos que pueden curarse, ¿sabe el *Primer Hombre* que su práctica es asidua y adivina por qué? Si tiene la suerte de conocer al cura de una parroquia cualquiera, ese ministro superfluo podría informarle que la mayoría de los burgueses mueren sin confesión porque *sería necesario restituir*. La familia, temerosa de ese desenlace de una existencia de bribonerías y latro-

cinios, hace la más severa guardia alrededor del moribundo, para que éste "no vea las cosas demasiado negras". El sacerdote, por mucho que haya sido llamado con tiempo, no es introducido sino cuando su ministerio ya no resulta útil, a cuyo efecto las más sacrílegas mentiras se consideran lícitas.

Me interesaría saber quién debe ser, en tal caso, el beneficiario de la compasión del *Primer Hombre,* porque, en definitiva, intervienen tres personas morales, igualmente dignas de interés: el moribundo, los herederos del moribundo y los extraños robados por el moribundo. Es indispensable elegir. Si se le oculta al ladrón que está a punto de morir, no pensará mucho en restituir. Si le hace saber, es probable que ocurra lo mismo, aun después de las exhortaciones del sacerdote, pero cabe la posibilidad de que ocurriera lo contrario. Una situación endemoniada, de todos modos. Insisto, pues: ¿sobre quién caerá la misericordiosa piedad del *Primer Hombre?*

He hablado poco antes del desmentido que a los Textos sagrados inflige constantemente el burgués. Y bien: en su lecho de muerte me hace pensar —tan sugestivo es— en el adolescente del Evangelio, que, habiendo preguntado a Jesús qué hay que hacer para ganar la vida eterna, recibió la respuesta de que es necesario darlo todo a los pobres, y se marchó lleno de tristeza. *Abiit tristis.*

Post scriptum. El Evangelio no dice *demasiado triste,* "nimis tristis", sino triste, simplemente, sin exceso. Al burgués puede tenerlo sin cuidado la vida eterna. Es lo que lo distingue de los brutos.

CXXXIII

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Si el mal es ajeno, por supuesto. Y eso mismo, el ser de otros, ya es un bien. Harto difícil es que a alguien, a un vecino de campo, por ejemplo, le ocurra algo venturoso y que uno tenga en ello participación. Lo cual prueba que la dicha de unos no hace la dicha de otros, como dice exactamente otro lugar común casi idéntico.

Supongamos que nuestro mejor amigo heredara inopinadamente unos cuantos millones de francos. ¡Y bien! Lo probable es que

no nos toque un céntimo de ello. Más aún: acaso nuestro amigo, que se nos parece como un hermano, intente despojarnos de lo nuestro.

Lo incontestablemente bueno, es ver sufrir al prójimo, saber que sufre. Es bueno en sí mismo y bueno por sus consecuencias, pues un hombre abatido es un hombre a quien se puede devorar. Y ya se sabe que no hay carne, ni siquiera la de cerdo, tan sabrosa como la del prójimo.

CXXXIV

Todo llega para el que sabe esperar

Una familia cristiana. El mejor bocado le es ofrecido al padre. Sin tocarlo, el padre se lo ofrece a la madre, quien lo ofrece a los niños. Los niños se lo dan a un pobre, y éste lo arroja a los perros.

Los perros saben esperar el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

CXXXV

La salud ante todo

—¡Cómo! ¿Antes que el dinero mismo?

—Sí, hijo mío, antes que todo, absolutamente. Cuida tu carne, que es lo más precioso que tienes, lo que no se reemplaza. Hazla durar lo más posible. La vida es corta y hay que gozarla. Por más que los curas hablen de la vida eterna, cree en mi vieja experiencia: tener vale más que buscar y es más agradable pagar a la cocinera que al farmacéutico. En cuanto al dinero, no es perdido, sino al contrario, puesto que uno se cuida. Y hay momentos en que conviene dejarlo dormir. Ya vendrá, y mejor, el desquite con la clientela. Napoleón decía que la salud le es indispensable a un general. ¡Y bien! ¿Qué es el comercio, quieres tú decirme, sino guerra? Toda persona que pone el pie en nuestra

tienda, es un enemigo. "El cliente, he ahí el enemigo", dijo Gambetta, no lo olvides jamás, hijo mío. El verdadero comercio, el comercio bien entendido, el que lleva a la fortuna y a los honores, consiste en vender por veinte francos lo que ha costado cincuenta céntimos, como hacen todos los días los boticarios más respetables. La verdad es que esto les resulta fácil, pues sus mercancías escapan a la fiscalización del vulgo. Pero, sea como fuere, es el desiderátum. En lo que respecta a la alimentación, por ejemplo, tú sabes tan bien como yo que la primera cosa que hay que aprender, el abecé del oficio, es no vender sino inmundicias, teniendo cuidado, está demás decirlo, de pesar siempre en el rincón más oscuro y con la mayor rapidez posible, de suerte que jamás se lleve el cliente, ni en cantidad ni en calidad, lo que ha pretendido comprar. En otros tiempos yo trabajé con el célebre Gibier, de la casa "Caverne y Gibier", considerado generalmente el Massena o el Cambronne de la especiería. Toda mi vida recordaré el gesto verdaderamente heroico y la austera sencillez con que el gran viejo solía decirnos: "¡Aprended de mí, amigos míos! Yo jamás vendí otra cosa que porquerías, y siempre robando en el peso, sobre todo a los pobres, que no tienen balanzas en sus casas. En cuanto al dinero, me jacto de haber hecho pasar siempre cuanta moneda falsa cayó en mis manos, y hasta, en los momentos de apremio, botones de calzoncillos. Pero para llegar a lo que yo he llegado, para atrapar cincuenta millones, se necesita tener salud, una salud de hierro, porque hay que estar constantemente en la brecha, sin tomarse un día de descanso, y no despreciar ni las más ínfimas ganancias". Medita estas hermosas palabras, mi querido muchacho, y cuida, te lo repito, tu osamenta. ¡La salud ante todo!

CXXXVI

Dios ya no hace milagros

Es una manera conciliadora, benévola, casi piadosa, de decir que jamás los hizo. Es el lugar común preferido por el abate Pucelle y muchos otros devotos, laicos o eclesiásticos.

Un día, hace alrededor de diez años, fuí presentado a un señor,

quien al oír mi nombre me declaró de sopetón, imaginando desconcertarme, que consideraba pueril esperar el advenimiento de grandes cosas, y hasta simplemente de cosas extraordinarias.

—En lo que a mí respecta —agregó—, afirmo que jamás me ocurrió nada semejante.

La enormidad de la bobería me paralizó un instante, pero luego, amablemente, le presenté esta objeción:

—Tiene que ser usted muy poco atento o muy ingrato, señor, puesto que elige para decirme eso el momento en que le sucede, precisamente, algo inaudito que jamás hubiera podido prever ni esperar.

—¿Qué es ello? — me preguntó sorprendido.

—Ha tenido usted el honor de encontrarme — respondí con toda naturalidad, dando la espalda al imbécil.

CXXXVII

Yo no soy más tonto que los demás

De lo que se infiere que poseo una inteligencia por lo menos igual a la de cualquiera. Esta consecuencia no parece, quizás, rigurosa, pero está dentro de la lógica de los burgueses, como ciertas leyes gramaticales determinadas por el uso. Si el viejo vendedor de paraguas dijera al joven telegrafista: "Yo no soy más tonto que los demás, y la *prueba* de ello es que te he visto nacer", seguramente el papelero y el fabricante de zuecos no dejarían de pregonar la evidencia.

La fuerza de un hombre que puede afirmar, en conciencia, que no es más tonto que otro, es incalculable. Hay tal misterio en este diabólico lugar común, que uno casi siente tentaciones de pensar que acaso haya tenido algo que ver en la creación del mundo.

Haced leer a vuestro médico, a vuestro dentista, a vuestro empresario de pompas fúnebres, a vuestro notario, una frase magnífica de Barbey d'Aurevilly o de Villiers de l'Isle-Adam, un pensamiento ingenioso de Ernesto Hello, una viviente estrofa de Paul Verlaine. ¿Qué responderán esos hombres? Simplemente es-

to: "No entendemos un comino. Sin embargo, no somos más tontos que otros". Y al instante, sin que un ángel mismo pueda decir por qué, Verlaine, Hello, Villiers, Barbey y hasta Napoleón y cuantos grandes personajes han existido, desfilarán a sus pies...

No conozco nada más aplastador que la universal superioridad del hombre que no es más tonto que los demás.

CXXXVIII

EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS O NO HAY ECONOMÍA PEQUEÑA

No recuerdo ya por qué razón los esposos Chien tenían interés en la muerte de su hijo. Acaso nunca lo supe. ¡Ha pasado tanto tiempo! Tenía yo entonces, todo lo más, veinte años, y nunca, por otra parte, pude comprender un ápice de las combinaciones y las intrigas de los notarios. Sé, sólo, que al morir el pequeño Chien sus padres debían entrar en posesión de una bonita suma. Justo es reconocerles que desde el momento en que ese interés tomó lugar en sus vidas, no pensaron sino en eliminar al pobre niño. Sería temerario, sin embargo, sacar en conclusión que los Chien fueran un par de bribones. Eran burgueses, nada más que burgueses, y pasaban a justo título por gente muy honrada. El deseo de sentirse cómodos les hacía tener horror a las complicaciones, he ahí todo.

El marido tenía un buen destino en la municipalidad y la mujer era encargada de un gabinete de lectura o de un tocador, no recuerdo muy exactamente. Ambos pertenecían, desde luego, a la categoría de la gente de sanos principios. Patrocinaban las buenas obras parroquiales y hubieran tenido escrúpulo en faltar a misa los domingos. Se decía de ellos con respeto: "Tienen esto y aquello, sin contar las *esperanzas*". Las esperanzas era la muerte del pequeño Chien, y al par que se los compadecía, se los envidiaba.

—¡Pobres Chien! —era la voz general—. ¡Qué contrariedad para ellos tener ese chico que estaría mejor con Dios!

Contaban con un decidido partidario en la persona del gordo quincallero Minet, que era el oráculo del barrio.

—¡Ah, si yo estuviera en el lugar de ellos!... —decía de tiempo en tiempo. No terminaba la frase, pero el ademán de su mano, plegada en escuadra en dirección al sol y cortando el aire de izquierda a derecha, por delante de su pecho, subrayaba claramente una guiñada que decía mucho.

El mismo cura, almibarado autor de un libro titulado *La pureza de intención,* los consolaba con amor, exhortándolos a llevar su cruz hasta que Dios quisiera desembarazarlos de ella. En resumen, gozaban de la simpatía universal, y cuando se supo la muerte del pequeño Chien, el barrio entero se sintió aliviado de un peso.

¡Oh, no! Sus padres no lo habían matado. Lo habían hecho *vivir de prisa,* nada más. No era culpa de ellos, después de todo, si los niños no tienen la resistencia de los camellos de Tartaria. El suyo contaba apenas cinco años y lo obligaban a caminar hasta diez horas por día, para vigorizarlo. La alimentación, siempre suculenta, estaba a tono con ese saludable ejercicio. Jamás criatura alguna fué mejor nutrida. En cuanto al sueño, se arreglaban para que el niño no abusara, y como estaba destinado a la carrera de las armas, lo preparaban por anticipado, multiplicándole los alertas nocturnos, etc., etc.

El futuro soldado fué expedido en algunos meses. Alguien que ve a través de los muros me ha dicho que cuando aquellos dos monstruos estaban a solas con su víctima, se sacaban la máscara, lo que era espantoso. ¡Pobre ser indefenso! Los detalles no pueden escribirse... Ya se sabe que las lágrimas de los débiles son, para los burgueses, como el vino de la Viña de Dios...

Asesinada a fuerza de fatigas, de indigestiones, de insomnios, de terror, la mísera criatura se hundió en la muerte sin más ruido que el que haría un pequeño ser de plomo que descendiera al fondo de un lago.

Traigo a colación esta horrenda historia porque es exacta, *universal* y profundamente típica. Hubo en el entierro un pequeño hecho revelador de una tacañería demasiado infernal para que me atreva a contarlo, pero que maravilló a la concurrencia.

—No hay economía pequeña — respondió modestamente la bienaventurada madre a un viejo que intentaba expresarle su admiración.

CXXXIX

A MALA SUERTE, CORAZÓN FIRME

¿Queréis saber mi opinión? Es muy simple. Lo que en el comercio llamamos *mala suerte,* es vernos en el caso de no poder cumplir nuestros compromisos, y lo que llamamos *corazón firme,* es tomar las de Villadiego si no encontramos otro expediente.

Estas expresiones prueban que, a pesar de todo, todavía queda un resto de poesía. Pero si la que salva la situación es la mujer del comerciante, pagando con su persona, cosa que siempre hay que prever en los negocios, es seguro que el *corazón* nada tiene que ver en ello. Creo que se me entenderá.

CXL

TENER CORAZÓN, TENER BUEN CORAZÓN

Una virgen que se entrega a las juergas para mantener a sus viejos padres, tiene sin duda corazón. Otra que lo hace para entretener a un noble joven, tiene, indiscutiblemente, un buen corazón. Una tercera que no se entrega en absoluto a las juergas y que aspira a casarse con un pobre, está desprovista radicalmente de corazón. Ver *Les demoiselles de Bienfilâtre.*

CXLI

TENER AMOR PROPIO

La mujer del jefe de oficina tiene amor propio y la portera tiene "su" amor propio. Pero es siempre la misma joya.

"Salgo de mí para no volver a entrar", dijo un día Santa Catalina de Génova, y es una de las cosas más grandes que jamás se hayan dicho.

El amor propio consiste en estar siempre *dentro de sí*. Y se ha notado que la gente honrada sale más raramente que los asesinos. Esa es la única diferencia considerable entre las dos especies.

CXLII

Tener el trabajo fácil

Es el grado más alto, el escalón supremo en la jerarquía intelectual de los burgueses. Los notarios y los colchoneros piensan que un gran hombre debe "tener" el trabajo fácil. Un escritor de genio que se mortifica mortalmente durante varios años en la elaboración de trescientas o cuatrocientas páginas, encarna para ellos la más vergonzosa impotencia.

Entre mis quince y mis veinte años oía hablar locamente de Alejandro Dumas, padre, que era todavía en esa época la interminable lluvia de tibio *mucus* que dos generaciones de grabadores en madera habían considerado el desbordamiento o el estallido de las cataratas de la luz.

—¡He ahí uno que tiene el trabajo fácil! — decíanse, contando y recontando los doscientos o trescientos volúmenes del mulato.

Hoy existen otros, presuntos fáciles, a quienes les cuesta un esfuerzo inaudito dar curso a sus flemas y sus catarros. Es consternador pensar que un polígrafo como Paul Bourget, cuyos escritos se asemejan a una diarrea de cola de pescado, es, sin embargo, uno de nuestros plumistas más obstinadamente constipados.

Pero no multipliquemos este ejemplo. Reventar realizando un trabajo fácil es el caso más que singular de una multitud literaria. ¿Hay que sacar en conclusión que eso ocurre en las demás pandillas contemporáneas y que mi tendero, por ejemplo, grandísimo imbécil dominado por la más pérfida de las mujeres, tiene necesidad de romperse en cuatro y sudar sangre y agua para saquearme?

CXLIII

TENER SUERTE

Se dice comúnmente que un ciudadano francés tiene suerte, cuando su padre nació antes que él. Se supone, no hay para qué aclararlo, que ese padre tiene dinero. Si así no ocurriera, sería mala suerte. Pero el colmo de la buena es eso.

En general, tener suerte es pagar lo menos posible las consecuencias de lo que se hace, vale decir, pertenecer a esa minoría que escapa a los bastonazos y a los puntapiés en el trasero que todo el mundo parece merecer. En este orden de ideas, es seguro que a los ojos del burgués, que explora la historia del mundo ya se sabe desde qué cimas, el patriarca Noé debió ser un hombre *de suerte*. El lenguaje, en este caso, está a la altura del pensamiento.

Es indiferente, por lo demás, que la palabra "suerte" sea ininteligible, absoluta y definitivamente. Basta que aplace o descarte toda noción de Justicia. No se le pide otra cosa.

CXLIV

TENER PAN EN EL HORNO

Esto se dice corrientemente de los individuos que tienen el riñón bien cubierto y que gozan de lo que suele llamarse un "decoroso bienestar", desde los quince francos de renta anual de este servidor hasta los millones poseídos por otros y amasados en su tiempo por un santo abuelo calvinista o luterano con la sangre de los católicos despanzurrados. Porque ese es el origen de las grandes fortunas de los protestantes.

Pero ese *pan* suele ser casi siempre de poco o ningún provecho, sobre todo para los pobres. Cuando se trata de algunas migajas, todavía puede comerse. Cuando se tiene mucho, ya no, en absoluto. Se convierte en piedras, y es con ese pan de los burgueses de Jerusalén que fué lapidado el Protomártir.

CXLV

Mantener bailarinas

¿Cómo he podido olvidarlo hasta este momento? Tantas veces lo he oído, que ha terminado por no existir para mí. Es como el eterno "Buenos días, señor" de cualquiera que llega, que a la larga uno ya no escucha. Pensad que desde hace cien años, por lo menos, no ha habido un poeta, un artista notable que no haya mantenido bailarinas durante su adolescencia y tanto tiempo como duraron sus harto fáciles estudios.

Todo el mundo de trastienda, sobre todo en provincias, sabe que los estudios de un pintor, por ejemplo, no son otra cosa que una constante diversión. En cuanto a los comienzos literarios de un poeta, es otra cosa, y conviene no hacer alusión a ello en presencia de las niñas.

¡Oh, las farsas de mi juventud! ¡Oh, las bailarinas a quienes mantuve en el esplendor de mis veinte años! Pero ¡qué! ¿No sabe todo el mundo, en las tiendas al menudeo y en los sillones metódicamente mullidos de las reparticiones públicas, que *continúo* esa vida? Como siempre, el burgués ve claro.

Sin embargo, hay un punto oscuro. ¿Dónde diablos van a buscar a sus bailarinas esos alegres artistas? Una tan constante y sin igual orgía supone un número infinito de ellas. Por desgracia, la explicación demasiado sencilla no puede sino agravar el triste caso de los poetas.

Las bailarinas no son más que *una,* siempre la misma desde hace generaciones. Tiene ojos semejantes a lámparas suspendidas en cavernas, tez plomiza, cara de muerte, dedos que se crispan sobre sus senos marchitos, y si queréis saberlo, baila la danza del *vientre* ante el *buffet* de los cementerios...

CXLVI

Los ausentes nunca tienen razón

Esto significa, creo que nadie lo ignora, que los ausentes deben ser invariablemente difamados, estafados, pirateados, engañados, desvalijados, explotados, traicionados, despojados y vendidos de todas las maneras imaginables. Sobre eso todo el mundo está de acuerdo. Hasta puede decirse que es una de las disposiciones esenciales de la Ley burguesa.

Tiene ella, como todo lo que viene de los imbéciles o de los bribones, un sentido profundo. El que quiera saber a quién van dirigidos todos los ultrajes, todas las iniquidades, todos los horrores de la Crucifixión, pregúntese *Quién* es el más ausente de este mundo abominable.

CXLVII

El dinero se esconde

—Voy a revelar el más extraordinario secreto que he conocido —dijo un ilustre filósofo que se mató a fuerza de pensar.

Y agregó, no sin tomar antes algunas cautelas para prevenir un súbito cataclismo:

—¡Y bien, mis amigos: *el dinero se esconde!*

CXLVIII

Quiero dormir tranquila

Tales fueron las últimas palabras de la casera. El tiempo de las luchas había pasado para ella. A su edad, tenía necesidad de dormir tranquila. Necesitaba locatarios seguros, buenas garantías.

—Tiene usted razón, señora —respondió el visitante, que había tenido tiempo de examinar a las gentes—. Si sólo de mi depende, dormirá usted tranquila.

Y se marchó.

La señora Mouton era una horrible vieja que cuando hacía frío se calentaba con su dinero. Se la tenía por muy rica, y su avaricia era un prodigio en aquel horrible arrabal de pequeños burgueses.

El finado Mouton había ganado lo que quiso en la explotación de la leche fecundada, invento suyo y producto sin rival para la destrucción de los niños pequeños. Arrebatado tempranamente a la ternura de su esposa, había ido a esperarla en un mausoleo de una extraordinaria fealdad. Fué allí, en lo alto de una extravagante entrada, donde leí, no sin terror, estas palabras increíblemente tomadas del Evangelio: *Llamad y os abrirán...*

Esta inscripción hubiera estado fuera de lugar en la puerta de la casa de la viuda. Después de repicar repetidas veces, se veía abrirse lentamente un estrecho postigo, y en ese cuadro aparecía una cosa fantástica: el rostro horrendo de la vieja junto al feroz hocico de una enorme perro danés empinado sobre dos patas y apoyado en los hombros de su ama. Ella hablaba entonces al visitante con una voz en la que había tanta animosidad como miedo. Si se trataba de un pobre, el postigo volvía a cerrarse violentamente, con una blasfemia. Sólo a título de futuro locatario y provisto de seguras referencias era posible franquear el umbral. En ese caso, se atravesaba un patio y un trozo de jardín para llegar a un siniestro pabellón en compañía de la señora Mouton y de su moloso.

Ese pabellón era el tormento de la propietaria. No podía utilizarlo para nada, y este no aprovechamiento la desesperaba. Tampoco podía, por otra parte, resolverse a tomar un inquilino, pese a las garantías que ofreciera. Esto era para ella tan grave como la elección de un amante para una mujer honesta. Jamás había llegado a decidirse.

La verdad es que temía horriblemente instalar tan cerca de ella a un extraño. Era la avara clásica, la verdadera, la que adora el metal, que lo besa con transporte, que sufre por no poder comerlo como un cristiano come a su Dios en el sacramento de la Eucaristía. Por la noche se la oía durante un cuarto de hora

echar cerrojo y poner cadenas a todas las puertas, y no se acostaba, decíase, sin recorrer y revisar todos los rincones acompañada de su perro. Semejantes precauciones son una invocación tal a las catástrofes, que cuando se supo que habían encontrado a la señora Mouton apuñalada y casi decapitada, nadie se sorprendió. Como el vecindario se hallaba habituado a los más extraños caprichos de la muerta y a ningún ser humano se le permitía la entrada, no se descubrió el crimen hasta mucho más tarde, cuando el olor de la carroña trascendió. Se la encontró en una oscura habitación, caída junto al moloso y ambos ya en estado de putrefacción.

El dinero había sido íntegramente trasladado y el asesino, que evidentemente era un artista, había dejado sobre la mesa una hermosa hoja de papel de oficio en la que se leía, escritas con mano firme, estas palabras de un estribillo célebre:

Duerme, hermosa, duerme,
Duérmete para siempre.

CXLIX

No quiero morir como un perro

Es lícito preguntarse, e inclusive preguntar a los demás, por qué un hombre que ha vivido como un cerdo tiene el deseo de no morir como un perro.

En primer término: ¿qué es morir como un perro? Según las autoridades, eso consiste en dejar sin sacramentos este agradable mundo e irse directamente al cementerio, sin ninguna ceremonia religiosa. El burgués que no quiere morir como un perro, debe, pues, llamar a un sacerdote, al cura de la parroquia, si es posible, y hablarle del impuesto a la renta, de las ventajas del cultivo intensivo de la aguaturma, de los inconvenientes de la masilla en las quijadas del hipopótamo o de la urgencia de una violenta reforma en la enseñanza obligatoria de la lengua kanchatka; manifestación de fe cristiana que da, después de la muerte, el derecho de hacer llevar su osamenta a la iglesia y ser acompañado con sobrepelliz hasta el cementerio, si la familia no retrocede ante el gasto.

Todo esto, creo inútil decirlo, es *pour la galerie*. Morir *pour* la *galerie* es la manera de no morir como un perro. Compréndase o no, eso es todo.

—La religión me tiene sin cuidado, pero no quiero morir como un perro —dice un comerciante en granos.

De eso depende la clientela de la casa, si es una clientela bien pensada. Si no lo es, el interés de la casa exige, por el contrario, que el dueño reviente como un perro; pero este caso es raro en los lugares de diversión.

CL

Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos

El caballero d'Enhaut había salvado la vida a un abogadillo en el parlamento de Normandía. Cuando vino el Terror, este abogado, lleno de gratitud a su benefactor, lo recomendó a un carpintero, quien lo recomendó a un zapatero remendón, quien lo recomendó a un limpiador de cloacas, quien lo recomendó a un benedictino desanfrailado, quien lo recomendó a Catalina Théot, la profetisa, quien lo recomnedó a Robespierre, quien lo hizo guillotinar. Una buena acción nunca es perdida.

CLI

Le hablo como amigo

Cuando un empleado del fisco ha decidido no hacer nada, es así como habla a sus allegados más íntimos, si corren algún riesgo.

El hombre a quien su casero habla "como amigo", es el más protegido, el más enjuiciado y el más ejecutado de los hombres.

CLII

Un libro de cabecera

Se trata aquí de la "élite". La mayor parte de los burgueses no leen absolutamente nada y, en consecuencia, no necesitan libro de cabecera. El único libro capaz de interesar a un vendedor de novedades o de vinos al por mayor, es el libro de caja, enorme infolio con cantoneras de bronce, que no es posible imaginar sobre un facistol.

Los obreros leen más. Leen, por supuesto, lo que pueden; pero leen. Ellos no pertenecen al comercio. No están directamente bajo los ojos del Idolo. Pueden dar asueto, media hora por día, a sus almas, a sus pobres almas, y algunos lo aprovechan.

Confesemos, sin embargo, que entre los burgueses hay una "élite", una sagrada "élite" que hace presumir, por lo menos, un libro de cabecera por cada treinta y dos semibrigadas. ¿Cuál puede ser ese libro? Imposible averiguarlo. He oído decir que algunos matemáticos duermen con la tabla de logaritmos, pero han debido burlarse, pues eso es demasiado literario. Creería, más vale, que hay todavía viejas damas que se adormecen un poco en brazos de Paul Bourget o de Maupassant o señoritas pertenecientes a varias generaciones que apechugan directamente con *La filosofía en el tocador,* del marqués de Sade, o con cualquier otro libro del mismo género. No tengo indicación precisa y confieso que no sé qué pensar de ese famoso libro de cabecera, que debe existir, sin embargo, puesto que tanto se habla de él.

En otros tiempos había una *Imitación* —infinitamente leída— *de Cristo.* Mucho más tarde, hacia fines del siglo pasado, hubo una *Imitación de Nuestra Señora la Luna,* cuyo autor estuvo a punto de morir de hambre y que nadie, comenzando por mí mismo, leerá jamás. Alguna vez pensé en una *Imitación de Hanotaux,* pero este libro de cabecera exigiría tal ausencia de estilo y una tan metódica depresión del pensamiento, que no es posible proponer la empresa ni siquiera a un académico.

CLIII

El corazón en la mano o Lágrimas de cocodrilo

Parece que se puede tener, al mismo tiempo, el corazón en la mano y el corazón en los labios, lo que es ya un misterio. Se puede, asimismo, tener la comida sobre el corazón y derramar lágrimas de cocodrilo. Esta fisiología sorprendente pertenece al burgués, que no podría ya vivir si se la quitaran.

Recuerdo que cuando era niño ese corazón en la mano solía maravillarme y que instintivamente miraba las de las gentes. Cuando supe que eso era el índice de una veracidad irreprochable, de una pureza y una limpidez heroicas, atribuí a la ausencia de esa víscera entre las menudencias la universal disimulación del mundo que me rodea. La misma contingencia para el corazón en los labios.

Más tarde tuve nociones más exactas. Supe con precisión lo que había que pensar del corazón burgués y el uso que podía hacerse de él. Para decirlo francamente, me jacto de haber inferido, mejor que el mismo Gargantúa, que el tal órgano es útil en función de servilleta higiénica. Se trata, por supuesto, no del corazón en la mano, en un sentido general, sino del corazón burgués *en la mano* del burgués.

En cuanto a las lágrimas de cocodrilo, he aquí lo que me dijo cierta vez un célebre abogado de Bruselas, viajero ilustre y uno de los conquistadores del Congo Belga:

—El cocodrilo es una patraña. No existe, por así decir, como animal y, en consecuencia, no puede derramar lágrimas de ninguna clase. Es un símbolo mitológico del Pobre, por quien el infortunado Rico, víctima de sus execrables lágrimas, es asiduamente devorado...

"Que todo mi pueblo sepa esto", decía hace cincuenta y seis años Nuestra Señora de las Lágrimas en lo alto de la terrible Montaña.

CLIV

Ser hijo de sus obras

Es el peor consejo que puede dar ese hombre taimado que se llama burgués. ¿Qué pensar, por ejemplo, de un pocero que saliera de su tonel o de un folletinista que fuera engendrado por sus folletines? ¿Es posible conjeturar siquiera lo estupendo de la carcajada que provocarían?

Imaginemos ahora a Zola puesto en el mundo por *Naná* o por cualquier otra marrana de sus novelas y preguntémonos qué habría que pensar de un pueblo donde hay comadronas o parteros para semejantes engendros.

CLV

No se puede hacer dos cosas a la vez

Traducción en lengua burguesa del *Nemo potest duobus dominis servire:* nadie puede servir a dos amos. Una especie de pudor le impide al burgués citar valientemente el Texto, y la palabra *cosa* nos lo advierte. Es como si uno dijera que se siente incómodo, que le duele su *cosa* o que no se atreve a mostrarla. Porque el burgués tiene el pudor de lo hermoso o lo noble, como otros tienen el pudor de lo sucio o lo feo. Matiz en que se manifiesta su genio.

Sin embargo, el Texto santo no lo ata, ni siquiera traducido así, porque este poseso de Aquel que se llama *Legión* — locatario, sin saberlo, de los sepulcros del desierto, y al cual, cuando llegue el momento, apenas podrán desalojar dos mil cerdos — escapa constantemente a sus dominadores.

El burgués no sería digno de sí mismo si estuviera de acuerdo con el Espíritu del Señor. Admite, desde luego, que no es posible hacer dos cosas contradictorias, pero sólo en el caso de que se intentara llevarlas a cabo simultáneamente. No siendo así, todo

va bien. Honrar al propio padre, por ejemplo, y arrojarle a la cara un puñado de inmundicias, son para él dos actos conciliables, a condición de que uno cuide no llevarlos a cabo en el mismo cuarto de hora. He ahí en qué consiste no hacer dos cosas *a la vez*. ¡Admirable expediente de una doctrina demasiado rigurosa! Basta considerar las consecuencias, las aplicaciones innúmeras...

¿Cuándo vendrá el zapatero que fije definitivamente el sentido del Evangelio?

CLVI

La mujer honrada

Balzac quiso cierto día levantar el muro de Adriano entre la *femme honnête* y la *honnête femme*. Demarcación romántica, hoy inexacta. Las dos han venido a ser una y la misma. Es la eterna burguesa de Belén, que niega la hospitalidad al Niño Salvador y que arroja la Rosa mística al viento del norte.

La *honnête femme* es la que ha tenido el primer premio de aritmética a la edad de catorce años y que ha asustado a los diez mil ángeles que la visionaria de Agreda veía alrededor de la Inmaculada Concepción. Es la ardiente y sombría esposa del gran Cornudo desencadenado...

¡Oh Prostitutas sin engaño, por quienes sufrió Jesús, lamentables y santas Prostitutas que no os avengonzáis de los pobres y que testimoniaréis el Ultimo día!: ¿qué pensáis de esta mendiga?

CLVII

El valor civil

Si aquel poeta hubiera tenido que vérselas con imbéciles sin bondad, probablemente lo habrían absuelto. Pero el jurado había sido elegido, como por un demonio, entre el hato de los comerciantes más honorables. La esperanza, muerta por el hábito de la mercadería, reposaba en un cementerio lejano.

Es indudable que la acusación no tenía ni la sombra de una prueba, pero en el curso del debate se habían acumulado tantas presunciones, por la concurrencia sobrenatural de coincidencias, de incidentes, de peripecias homicidas, que al inocente no le era ya posible defenderse. Sobre todo, desde el primer día se había advertido en el jurado un odio feroz, evidente, casi declarado, contra él. Se trataba de tenderos, y había que juzgar a un poeta. ¡Ah, se tenía uno, al fin! No había nada que decir, y Dios mismo hubiera testimoniado vanamente en su favor.

La institución democrática del jurado, en virtud de la cual un hombre superior es puesto a merced de doce patanes creados para servirlo, es tan perfecta, que el desdichado no puede recusar a sus jueces. Por mucho que presienta y sepa que cada uno de ellos lo ha condenado de antemano, si no puede demostrar que su condena les significará un provecho palpable, está obligado, para defender su vida, a tomarlos aparentemente en serio, y hasta a implorarles, sin esperanza y con asco.

El poeta asumió su propia defensa, al ver que su abogado, un idiota sin convicción ni valentía, vacilaba de entrada. El crimen era tan enorme, que su vida estaba en juego. Si a pesar de todo no podía salvarse de la guillotina, quería, al menos, que fueran dichas palabras generosas y que, fuera cual fuese la abyección de los inmundos burgueses que lo mandaran a ella, guardaran éstos, pese a todo, un recuerdo inquietante de su execrable justicia.

Habló cerca de una hora, con una fuerza inaudita. Contó su vida intrépida y dolorosa, su soledad, su pobreza, la regularidad casi monástica de sus días. Iba a ser ahora condenado a muerte, víctima de un inexplicable error, sólo porque le era imposible recordar y probar el empleo de su tiempo cierta noche, tres años atrás. Con gestos de león desesperado sacudió sobre sus hombros esa fatalidad espantosa. Como cristales de piedad que una vibración demasiado violenta hubiera quebrado, los corazones estallaron, y se oyeron, acá y allá, sollozos que pedían gracia.

El veredicto de culpabilidad se hizo, con esto, más seguro. El personaje influyente del jurado, un implacable empleadillo de contribuciones indirectas, no tuvo que esforzarse mucho para hacer comprender a sus colegas que era peligroso dejarse ganar por un enternecimiento ridículo, incompatible con su deber; que no debía perderse esa ocasión, pues acaso no llegaría otra, de dar una prue-

ba de valor civil, tan superior, según se sabe, al heroísmo que se muestra en los campos de batalla y que consiste en sablear con indomable firmeza a pobres y a indefensos.

Un farmacéutico que tenía dientes de caballo agregó que era, por otra parte, tiempo de terminar con ese perturbador que parecía mirarlos como a inmundicias y que convenía no desperdiciar la oportunidad de inculcar un poco de respeto en los bohemios y los descamisados.

Un fabricante de agua de seltz, hombre de acción que pasaba por ser un consumado jugador de billar, afirmó, por último, categóricamente, que le importaban un comino las pruebas; que para él, con semejante cara, se era capaz de todos los crímenes, y que si el acusado no había cometido ése, era probablemente culpable de muchos otros que no se sabía, y que, aun suponiendo que jamás hubiera matado a nadie, el interés general exigía tomar medidas radicales para impedir que pudiera hacerlo. La energía de este ciudadano se adueñó de todas las voluntades.

El poeta, declarado culpable por unanimidad y sin circunstancias atenuantes, fué condenado a muerte. Se puso de pie, muy pálido, y con serena voz dijo a los jurados, más pálidos que él, estas simples palabras:

—Mandan ustedes al patíbulo a un inocente, señores. No lo olviden.

Fué entonces cuando mi tendero —entiéndase bien: *mi tendero*— que era uno de los doce, obedeciendo a un impulso misterioso, o creyéndose simplemente en su mostrador —lo que en el infinito es acaso la misma cosa— respondió con esta fórmula comercial, prodigiosa en la circunstancia:

—*¡Nadie nos ha hecho jamás reproches, señor!*

CLVIII

No todo es color de rosa

¿Deseará realmente el burgués que todo fuese de color de rosa en eso que llama vida o este lugar común es sólo la inofensiva y trivial constatación de un fabricante de colores?

Prefiero la primera hipótesis, que seguramente es la verda-

dera. El burgués necesita el rosa, es su color. Sus hijas se visten de rosa, y también su mujer, hasta los sesenta años. El mismo, cuando marchan bien sus negocios, es sonrosado y jocundo como un joven cerdo. Le agrada verlo todo rosado y quiere que todo sea de ese color. Aspira a dormir constantemente en un lecho de rosas. Sólo él, después de tantos poetas, habla todavía un poco, de vez en cuando, de "la aurora de los dedos de rosas" y hay que reconocer, en justicia, que sin él nadie haría, desde hace mucho, la siempre fresca y siempre encantadora advertencia de que "no hay rosa sin espinas".

Un burgués que prefiriera el azul de cobalto o el amarillo indio, sería un burgués advenedizo, un *parvenú*. El verdadero, el auténtico, el que está completamente dentro de los cánones, a la manera de los hidalgos, el burgués *bien nacido*, no tolera sino gimiendo lo negro de la muerte. ¡Cuántos envenenadores de niños y hambreadores de ancianos desearían ser metidos, una vez muertos, en un ataúd rosado, en medio de una iglesia tapizada de satén rosado y colmada de gentes vestidas de color rosado, mientras un hilarante órgano ejecuta el valse de las rosas!

En uno de los grandes cementerios de París puede verse la tumba de un rico comisionista que tenía contratos con la Asistencia Pública para la provisión de toda la carroña que se consume en los hospitales de la ciudad y cuyas ganancias no bajaban del trescientos por ciento. Era un hombre de una imaginación deliciosa. Sobre las tripas en putrefacción tiene una *corbeille*, cuidadosamente sostenida, de magníficas rosas y sobre la losa estas cuatro palabras: "¡Las amaba tanto él!"

CLIX

Los hermosos sueños de la infancia

¡Oh, François Coppée!...

CLX

Los buenos tiempos de antes

Sostienen algunos que los tiempos de antes, *los siglos de la ignorancia,* como se los llama invariablemente por contraposición con *el siglo de la luz,* que es el nuestro, no pueden haber sido buenos y tanto menos, por obvia razón, cuanto más remotos. Otros opinan, a mi juicio sin pruebas suficientes, que la *bondad* de los tiempos no es incompatible con las tinieblas y la vejez. Un tercer grupo, en el que me incluyo, afirma audazmente que este lugar común debe ser puesto en cuarentena, porque eso que se ha dado en llamar *tiempo viejo* —el siglo XIII, pongo por caso— fué precisamente, y por excelencia, el *tiempo joven,* el tiempo de la fuerza, el amor, la luz y la belleza, en tanto que este siglo XX es, cada vez más, un tiempo de decrepitud, una odiosa y horrenda imagen de la más caduca vejez. ¿Qué diría un procurador de primera instancia si se le propusiera, por ejemplo recomenzar la Cuarta Cruzada?

CLXI

Los borrachos tienen un dios aparte

Los burgueses se atienen mucho a éste. Es uno de los que certifican su ansia siempre renovada de escupir al Santo Rostro, de mancillar hasta donde es posible la Palabra. "Dios ordenó a sus ángeles — dice el Tentador— llevarte de la mano, por temor de que tu pie tropiece con las piedras".

Sí, comprendo. Se me dirá que el burgués no sabe eso, que tiene cosas más importantes que hacer que perder el tiempo leyendo a San Lucas o San Mateo. En efecto, ¿qué podría enseñarle el Evangelio? *Su blasfemia es infusa.* La abyección salida de sus padres llega a él naturalmente y sin estudio, como pasan de un albañal a otro las inmundicias. Algunos la reciben con tal abun-

dancia, que se emborrachan y necesitan ser sostenidos por los ángeles, ¡y qué ángeles!

El objeto de este libro no permite el desarrollo de semejante idea, pero confío que no siempre me será negado ese consuelo. "Se verá entonces —escribí cierta vez a un desconocido— que no hay *una sola* palabra del Salvador o de sus amigos que haya escapado al desmentido y a los ultrajes de los propios cristianos, y nuestras devotas se sentirán felices de saber que hablan constantemente como los demonios.

CLXII

El apetito viene comiendo

Buena respuesta a un hombre que muere de hambre:

—Desgraciado, no sabes lo que pides. Si comieras, querrías seguir comiendo y serías, cada vez más, una carga para la gente honrada, que se arruinaría sin conseguir saciarte. Cuando uno no se siente capaz de aguantar su apetito, aguanta su hambre y no pide limosna a las diez de la noche. Me consideraría un criminal si te diera un céntimo.

Decoración de nieve. El que habla es un hombre rozagante, congestionado por una deliciosa cena. Acaba de salir del restaurante y espera su coche, que describe una curva financiera para llegar hasta él.

El hambriento representa un dolor cualquiera, un tormento de todos los siglos. El hambreador no representa otra cosa que la desesperación, la desesperación roja, tumefacta y crepitante.

CLXIII

No se presta sino a los ricos

¿Por qué? "Porque el agua va siempre al río", responderá el escribano. A partir del Pactolo, ha habido siempre concomitancia entre los ricos y los ríos. Algunas veces esa agua viene de

las fuentes puras de la montaña. Otras, las más frecuentes, ha servido para lavar la vajilla o los orinales.

Los ricos lo reciben todo, como los ríos, pero la palabra *prestar* es un sarcasmo, pues no hay ejemplo de que ni los unos ni los otros hayan devuelto jamás nada. Convertidos en caudalosas corrientes, arrastran al abismo, indistintamente y cada cual a su manera, el jugo de los sumideros y las lágrimas de los pobres.

CLXIV

No hay oficio tonto

¡Perdón! Hay uno: ser sastre y pretender vestir a un monje. El hábito no hace al monje, como todo el mundo sabe, y en consecuencia, no es posible imaginar cosa más tonta que un oficio que consiste en hacer hábitos para un cliente que no existe, que necesita él mismo ser *hecho*. Esto, lo reconozco, no parece muy inteligible.

Pensemos, sin embargo. ¿Qué es un monje, sino un hombre o un supuesto hombre que practica el oficio de ser obediente, casto y pobre, vale decir, exactamente lo contrario de eso que el burgués llama vida? ¿No será éste, por ventura, un oficio más tonto aun que el otro, puesto que el que lo ejerce es completamente ajeno a la existencia burguesa y no puede, de ningún modo, sacar provecho de un hábito que no le sirve para darle la menor apariencia de ella? El encuentro de un monje y un sastre es, probablemente, lo más extraordinario, lo más ridículo, lo más fantástico que puede imaginarse.

CLXV

La noche se hizo para dormir

Vivo en la orilla izquierda del Marne, en un lugar que fué muy especialmente saqueado, expoliado, destrozado, maltratado en toda forma por los alemanes durante la guerra del setenta, y donde

es imposible encontrar a nadie que lo recuerde. Esto es un poco desalentador para un ciudadano francés que tendría algunas historias de guerra que contar. Precisamente, tengo una que podría no estar exenta de interés, pero sería forzoso traer a colación a seres que ya no existen.

Con esta especie de sentimentalismo internacional que quisiera que se olvidara el horrible ultraje y que todo el mundo se abrazara en un perdón cosmopolita y una jarana universal, ¿dónde encontrar un oyente capaz de tolerar la anécdota de los tres prusianos enviados *ad patres,* en medio de una noche hecha seguramente para dormir, por un francotirador vandeano, a quien conducían prisionero y que debía ser fusilado al día siguiente?

Ese cautivo de mano pronta y pies ligeros, que conocía tanto como yo mismo los lugares comunes, no sólo no ignoraba que la noche se ha hecho para dormir, sino también que "es buena consejera" y que en ella todos los francotiradores son pardos. No me atrevo, francamente, a decir con qué presteza y qué audacia supo sacar provecho de esos conocimientos. Excitaría demasiado los pobres nervios de los bastardos hijos de mujeres violadas, que comercian junto a los muros donde Prusia fusiló a los que hubieran podido ser sus padres. Demasiado se me ha acusado de *exagerar* y de encarecer el horror.

Mi hombre era un sanguinario incomparable, capaz de desollar a un león sin darle tiempo de mostrar las garras. Que esta información te baste, mi querido lector.

CLXVI

La ocasión hace al ladrón

Sol cognovit occasum suum...

—¿Sois vos, Señor? ¿Sois vos, por fin? — pregunta el Ladrón en la cruz.

—En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso — responde la Luz del mundo crucificada.

Esto sucede en el día de las tinieblas, en la hora sexta; y el burgués se ahorcó cuando no había anochecido aún.

Postscriptum. Hubiera querido encontrar la *ocasión* para un insulto infinito, en el que dijese que el burgués sólo tiene el dinero para devolverlo, y que si no lo devuelve es un ladrón sin cruz ni paraíso. Judas, menos miserable, *devolvió* el suyo antes de morir. ¡Pero tratad de hacer comprender estas cosas!

CLXVII

No hay humo si no hay fuego

No, burgués, ni en el mismo Apocalipsis, que es un libro donde se habla mucho de ti.

"Y el humo de sus tormentos estará subiendo por los siglos de los siglos, sin que tengan descanso alguno ni de día ni de noche los que adoraron a la Bestia y a su imagen, como tampoco quienquiera que hubiera recibido el signo de su nombre".

Te recomiendo ese pasaje.

CLXVIII

Entre dos males hay que elegir el menor

Respecto a esto, no hay duda. Hasta las personas más caritativas reconocen que el mal del prójimo es siempre *el menor* y que hay que optar por él. Desde hace muchísimo los moralistas han comprobado que siempre se tiene suficiente entereza para soportar los males ajenos.

CLXIX

UNO NO ES UNA MONEDA DE ORO O LO QUE CONVIENE A LAS MUCHACHAS

Ni una moneda de oro, ni siquiera un billete de cinco francos. Hice la experiencia dolorosa en Dinamarca, donde no tenía curso. Tampoco lo tengo muy fácilmente en Francia, ¡pero allá!

Vivía, por decreto especial de una implacable fortuna, en una pequeña ciudad de Jutlandia, donde creí que dejaría mis huesos. Daba lecciones de francés y llegué a tener hasta tres alumnos. Sólo hablaré ahora del número dos. El número uno me obligaría a extenderme demasiado, y en cuanto al número tres, no interesa.

El señor Kanaris-Petersen era profesor de lengua francesa en una escuela de la ciudad y gozaba de la más alta consideración. Supe por él mismo, desde el primer momento, que ese nombre, Kanaris, tan poco danés a pesar del artificio de la K inicial, le venía, por transmisión directa o indirecta, del célebre héroe griego de la guerra de la independencia. No intenté ninguna verificación de este parentesco, pero habiéndolo interrogado sin malicia, me enteré con estupor que ignoraba en absoluto los versos famosos que ese admirable corsario inspiró a Víctor Hugo.

Creo que no encontraré en otra parte una vanidad tan preciosa, una imbecilidad tan suculenta, tan completa. El Canaris de las *Orientales* "enarbola el incendio"; el Kanaris de Jutlandia enarbola la lluvia y el ridículo. ¡Y qué ridículo! Hay que conocer Dinamarca, haber vivido en ese país de mediocridad ideal, para apreciar debidamente la enternecedora idiotez de un pasante de colegio que imagina ser descendiente de un pirata.

Un origen tan raro exigía, naturalmente, las más aristocráticas maneras. El señor Kanaris-Petersen era algo así como el Brummel de su lugar. Los jóvenes daneses, apartándose a su paso, observaban los gestos y las palabras de ese *arbiter elegantiarum*.

"No es bueno que el hombre esté solo —dice el Señor—. Voy a hacerle una ayuda semejante a él". No asombraré a nadie agregando a lo que precede que una señora Kanaris-Petersen existe y

que es digna de su esposo. No se sabe que guerrero alguno, ni palikario ni moldovalaco, decore el árbol genealógico de esta dama, en cuya ascendencia predomina la quincallería al por mayor; pero se dice que aportó dinero y que fué en sus tiempos una mujer encantadora. Yo la encontraba más bien grosera y áspera, lo que parece ser motivo de ufanía en aquel rincón de provincia.

Un hecho incontestable es que uno se divierte mucho en casa de los Kanaris. La señora Kanaris, que goza fama de deliciosa cómica, organiza representaciones teatrales y bailes de disfraz durante ocho o diez meses del año, y sus mascaradas son consideradas en ese *faubourg* Saint- Germain de la Beocia danesa como la última expresión de la elegancia y el aticismo.

En medio de ese barro crecen dos niñas, a quienes la infanticida frivolidad de la madre viste y desviste diez veces por día. ¿Qué será de ellas? Fácil es preverlo. El mundo luterano es el imperio de satán. Hasta el crimen y la inmundicia son mediocres allí. Para liberar a una de esas miserables almas, sería necesario que Dios desplazara todos los escombros de su creación trastornada.

—Nuestras hijas serán amigas de la danza, como el papá y la mamá —me decía cierta vez el triste cretino, que aspira permanentemente a la alegría y el bullicio. ¡Qué descendiente espiral entrevi al oirlo!

—He ahí, pues, lo que conviene a las niñas —me dije—: danzar como papá y mamá, con todas las consecuencias que semejante coreografía hace presumir. Y lo que no les conviene en absoluto sería, por ejemplo, ir a misa ni hacer cosa alguna conveniente o generosa.

Un año después de haber dejado esa innoble tierra supe que mi Kanaris, cuyos apretones de mano había aguantado con constancia creyéndolo un animal inofensivo, se había ocupado en perjudicarme hasta el cansancio. Me han traído esta notable frase suya, que cito para avivar el fuego de mis probables admiradoras:

—La casa de León Bloy no es para señoritas.

CLXX

La crítica es fácil, el arte difícil

No creo que el burgués se haga cortar en pedazos por sostener que el arte es difícil, pero sí que tiene empeño en que la crítica sea fácil, la cosa más fácil del mundo, si es posible. Eso sí le interesa. Hay que entenderse, sin embargo. El burgués no es un asno. La crítica puede muy bien ser difícil, si se trata de gran arte, del verdadero arte, que es el de Bouguereau, en pintura, o el de Paul Bourget, en literatura. ¿Dónde iríamos a parar si al primero que llega le estuviera permitido meterse con esos camellos?

¡Qué fácil, por el contrario, es juzgar a Verlaine, a Villiers de l'Isle-Adam, a Barbey d'Aurevilly, a Ernesto Hello! Y si alguna vez crítico alguno se encontró cómodo, ¿no es, por ventura, cuando la Providencia le permitió depositar su estiércol sobre el autor de estas humildes páginas?

CLXXI

Soy un filósofo o El año cuarenta

No os toméis el trabajo de preguntarle a ese curtidor si pertenece a la escuela jonia, fundada por Tales y renovada por Anaxágoras. No averigüéis si es pitagórico, metafísico, platónico o peripatético, si es discípulo de Euclides o de Antístenes, de Pirrón o de Epicuro, de Zenón o de Carnéades. No cometáis la locura de suponerlo ecléctico, místico, estoico, escéptico, sincrético o empírico. Y sobre todo, en fin, no le atribuyáis una forma cualquiera de cristianismo. ¿Para qué? Cuando él os ha dicho que es un filósofo, eso significa que tiene el vientre lleno, la digestión fácil y el portamonedas convenientemente repleto y que, en consecuencia, todo lo demás le importa tanto "como el año cuarenta".

Muchas veces he querido saber qué hecho o qué circunstancia pudo haber singularizado a ese *año cuarenta* tan famoso y tan menospreciado por los filósofos. Imposible sacar nada en limpio. Ni las efemérides ni los cuadros sinópticos arrojan luz al respecto. Es indudable, sin embargo, que algo fuera de lo común debió acontecer en su transcurso. Lo único evidente es que el *año cuarenta,* como fórmula de desprecio, es un punto extremo de referencia en las comparaciones. Sentado esto, acaso fuera necesario averiguar qué es lo que el burgués desprecia más en el mundo. Pero ¿quién osaría descender a ese abismo? *Cum in profundum venerit, contemnit.*

CLXXII

Una vez no es costumbre

Fórmula de absolución *ad usum* burgués. Todo está bien, si no se convierte en costumbre. Lo esencial es que uno no mate a su propio padre más que una sola vez.

—Tengo tres mil botellas de vino en mi bodega y mi salud no me permite aspirar a convertirme en un santo — me decía en cierta ocasión un cura.

Acaso no veais qué vínculo puede existir entre una y otra cosa, y tampoco lo veo yo. Pero existe, no cabe duda.

CLXXIII

¡Yo no necesitaba esto!

Así habla el burgués cuando un accidente imprevisto lo abate o lo desconcierta. Es una manera de tomar posición frente a Dios y de interpelar a la Providencia con superioridad. Son muy pocos los adolescentes que no se han sentido impresionados, algunas ve-

ces hasta el deslumbramiento, por esa especie de conocimiento infuso que el burgués parece tener acerca de lo que le conviene y de lo que le hace falta. No existe animal alguno, ni siquiera entre los solípedos, favorecido con un instinto tan seguro como el del burgués. Pero cuando se manifiesta prodigiosamente su olfato es si se trata de las cosas de las cuales no tiene necesidad y que, en consecuencia, podrían serle molestas. He aquí un ejemplo interesante:

Cierta vez, hace veinte o veinticinco años, estaba yo, a las diez de la noche, en un café cercano a la antigua estación Saint-Lazare, en compañía de dos simpáticos camaradas, uno de los cuales está hoy en la Academia y el otro en la cárcel. Habíamos bebido discretamente y considerábamos ya la manera de terminar la velada en algún otro establecimiento, cuando de pronto la puerta se abrió con estrépito y vimos entrar, furioso y mugiente, al marmolista nacional del Petit—Montrouge, el célebre Jeséphin Dodécaton, inventor de las tumbas inusables...

El gran hombre había perdido los estribos y parecía en el colmo de la rabia.

—¡Que me ocurra esto a mí! ¡A mí! — vociferaba sin cesar, gruñendo como un paquidermo —. ¿Qué necesidad tenía? ¡Sólo a mí pueden pasarme estas cosas! ¡Es para creer que no hay un Dios!

Se hizo servir un vaso de cerveza, sin embargo, y terminó por explicarse. Había perdido el tren de las nueve y cincuenta y cinco y se veía obligado a renunciar a un asunto de dinero. Harto *emocionados* ya antes de la llegada del desventurado, lo dejamos gemir y salimos a la calle.

Pero he aquí que cuando apenas habíamos asomado a ella, un clamor extrañamente lúgubre y enloquecido nos hizo enterar de un horrendo accidente que acababa de sufrir el rápido tan enfadosamente perdido por Dodécaton. El tren había descarrilado a pocos metros de la estación, quedando aplastados o mutilados la mayor parte de los pasajeros.

Ante el estupor de la gente reunida en la calle, que nos creyó atacados de locura, no pudimos menos que echarnos a reir, pensando en nuestro empresario de sepulturas, que seguramente seguiría lamentándose en el café, y uno de nosotros, que ni siquiera ha llegado a académico, hizo notar, una vez más, el discernimiento infalible de los que "no tienen necesidad de eso".

—Si a ese hombre le hubiera tocado esto y todavía pudiera hablar, su queja sería idéntica, absolutamente idéntica. Los burgueses tienen siempre razón.

CLXXIV

Los hijos son como uno los hace

¡Qué consoladora máxima y qué perspectivas nos ofrece! La intención de la naturaleza, no cabe duda, es que los hijos de los burgueses sean burgueses. Algunas veces, sin embargo, eso falla; ocurre, por ejemplo, que el desdichado tendero sufre el oprobio de tener un hijo poeta. Por fortuna, el caso es demasiado raro para ser tomado en consideración. La regla general es que la naturaleza sea obedecida. Lo cual significa que siempre habrá burgueses.

¿Pero se los hace hoy como se los hacía hace treinta años? Todo depende de lo que se responda a esto. ¡Y bien! Me atrevo a decir que el burgués se desmerece. No ha olvidado sus grandes principios, sin duda, y hasta puede afirmarse que adora el dinero más que antes y que aparta a Dios con mano más firme. En ese sentido es acreedor a la alabanza y aun a la apoteosis. Pero la burguesía, como todo lo grande, debe amamantarse en la tradición, y me parece advertir que desde un tiempo a esta parte se descarrila hacia las novedades.

La bicicleta y el automóvil son, en definitiva, artistas, furiosamente artistas, y nadie sabe dónde irá a parar todo eso. La corriente es tan impetuosa, que cabe temer que a este paso, al cabo de un par de generaciones, todo hijo de burgués sea un Alberto Durero, un Shakespeare o un Beethoven y que la burguesía termine por extinguirse ahogada por el arte. Señalo patrióticamente el peligro.

CLXXV

Hay que hacerse un nombre

Es menos fácil y menos propio que hacer hijos, pero las maneras sobran. Por lo demás, hay nombres y nombres: Napoleón y Félix Potín, verbigracia. Estos dos ejemplos me dispensan de citar otros. Sería pueril explicar la diferencia entre ambos nombres y la enorme superioridad de un individuo que sólo ha vivido para ganar dinero sobre un miserable emperador que murió en el destierro. Lo único grande es lo que se mantiene inconmovible: la Estupidez, la Avaricia, la Abyección.

Cuando Víctor Hugo habla de esas "Famas que vuelan, pecho al viento, pies desnudos, clarín en mano, delante del señor de los ejércitos", estas hermosas imágenes mueven a piedad si uno piensa en lo que los nombres de Ménier y Géraudel deben a la luminosa y nada sangrienta Publicidad. Las carteleras murales, los cercados de los depósitos y de los terrenos baldíos, las portezuelas de los ómnibus, las paredes interiores de los meaderos, en todos los países del mundo: he ahí el Libro de Vida de los indecentes que han sabido *hacerse un nombre*.

CLXXVI

Se hace lo que se puede

Cuando uno ha hecho hijos y ha conseguido hacerse un nombre, ha hecho lo que podía, y creo que Dios mismo no tiene por qué pedir cosa alguna de añadidura. Los famosos Mandamientos del Sinaí son un mero ornato facultativo. Lo sólido y seguro es lo que acaba de ser precisado.

"Estaba yo una vez —dice la bienaventurada Angela de Foligno— sumida en una meditación sobre la muerte del Hijo de Dios. De pronto, estas palabras fueron dichas en mi alma: *No te*

he amado para reír. Sentí una conmoción tan honda, que creí morir. Otras palabras vinieron a aumentar mi sufrimiento: *No te he amado para reír, no me he hecho tu servidor por fingimiento, no te he movido a compasión desde lejos...*"

Ante esto último, el burgués, el verdadero, el eterno burgués, aquel que fué homicida desde el comienzo, da un respingo y protesta:

—¡Tú me has movido a compasión! ¡Osas decir que tú me has movido a compasión con tus Manos y tus Pies horadados, con tu Rostro sangrante, con tu Sudor de angustia, con los aullidos de la multitud judía, con la exudación sobrenatural de tu larga Flagelación! ¡Ah, pobre Hombre Dios, pobre Dios de otros tiempos! ¿Cómo pretendes llegar a mi corazón si ni siquiera vales una moneda de cinco francos? Tú no querías reír con tu bienaventurada y tampoco tu bienaventurada quería reir. ¡Y bien: a mí me pasa todo lo contrario! Yo soy un hombre divertido, un alegre bribón, y tus Lágrimas y tu Sangre me tienen sin cuidado. Nací para los negocios y la juerga y no entiendo de penitencias ni de éxtasis. Se hace lo que se puede. No somos bestias de carga.

Post scriptum. "Tuve hambre —dirá el Juez— y no me disteis de beber..." — Todo eso es muy lindo, pero la cuaresma nos perjudica terriblemente — responderán mil salchicheros.

CLXXVII

Se...

¿Qué significado y alcance tiene para el burgués, en resumidas cuentas, el abstracto "se", invocado constantemente por él? ¿No será el Dios desconocido? "No *se* sabe quién es ese hombre", "No *sé* lo quiere", "Jamás *se* lo vió", "*Se* lo ha visto demasiado..." ¿Conoce alguien fórmulas de reprobación más seguras, más efices? Es "se" quien dispone del rayo y es "se" quien da la vida. "*Se* confía en usted", "*Se* sabe quién es usted", "*Se* le da a usted crédito"...

Cada vez que el burgués habla, ese misterioso *se* suena como una bolsa repleta de oro que cae pesadamente en tierra en una habitación contigua, donde alguien hubiera sido asesinado.

CLXXVIII

Todos los hombres son hermanos

Ver el número CL, donde creo haber agotado la materia.

CLXXIX

Todo o nada

Todo, si se trata de rehusar; nada, si se trata de dar. Tal es la gran ley primordial. En la práctica, sin embargo, esto se atenúa según las circunstancias, que son infinitas. Hasta hay veces en que es necesario darlo todo. Tal sucedió, por ejemplo, en 1870, cuando el burgués tenía las bayonetas prusianas en el trasero. Pero el principio se mantiene firme.

CLXXX

Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere

Si tu mujer quiere que seas cornudo, amigo oficinista, Dios lo quiere. Y es muy probable que ella lo quiera con frecuencia. Pero allá tú.

Creo, sin embargo, que se carga demasiado sobre la pobre criatura. Porque, en definitiva, ¿no se convierte ella en eje del mundo si por no querer esto o aquello tampoco Dios lo quiere? ¿No

se rescinde, en caso negativo, esa especie de pacto entre la voluntad de Dios y la suya? ¡Y cuántas otras dificultades! Pero no me corresponde a mí resolverlas. Harto enigmática es ya de suyo la vida, para que uno intente desenredar el caos metafísico en el cerebro de los tenedores de libros.

Lo que me sorprende, a pesar de mi experiencia acerca de la fluctuación de éstos, es esa especie de respeto a la Voluntad divina manifestada en sus corazones impuros por la voluntad de la mujer.

—Hágase conforme tú lo deseas —dijo Jesús a la Cananea—. Mi voluntad es tu voluntad.

¡Si el pobre burgués supiera, sin embargo, que su lugar común encierra un misterio que hace estremecer a los cielos, que expresa de una manera que ni siquiera es disimulada la realidad más impaciente, más explosiva, y que es imposible proferirlo sin invocar al rayo!

CLXXXI

El que paga sus deudas, se enriquece

Confieso el fracaso de mi experiencia. He pagado con harta frecuencia mis deudas, y algunas veces también las ajenas, y no advierto que mi riqueza haya aumentado en medida considerable. Acaso se deba ello a que he pagado siempre sin alegría. Tuve una vez un casero que quería a toda costa que compartiera su júbilo. Como era un poco letrado, cierto día en que vencía el alquiler, viéndome alicaído, tuvo la inconcebible audacia de sacar a colación el *datorem hilarem* de San Pablo a los Corintios, texto que la Iglesia había reservado hasta entonces para el oficio de San Lorenzo en la parrilla y que a partir de ese momento sería utilizado para notificar a cuantos locatarios existen que tienen el deber de vaciar sus bolsillos alegremente. He escrito más de una vez —y los ángeles saben con qué moderación— que el dinero que se llevan los propietarios significa con harta frecuencia la muerte para los enfermos y para las criaturas, y espero que se crea que soy doctor en la materia. Mi casero y yo estábamos solos, nadie me había visto

llegar y el lugar era solitario. Le partí la cabeza a ese hombre alegre, lo descuarticé en varios pedazos, que fueron expedidos por encomienda postal a mis proveedores, entre ellos un sacerdote. Este recuerdo es como un rayo de luna en mi vida. Es indudable que ese día pagué una famosa deuda. Sin embargo, no me hice más rico...

En la parte trasera de la casa del burgués hay un balcón que da sobre un abismo. Acaso sea conveniente mirar desde allí.

CLXXXII

Cuando el diablo llega a viejo, se hace ermitaño

La vejez del diablo es una de las admirables invenciones del burgués. Alfredo de Vigny, que a pesar de todo, en su calidad de poeta gentilhombre y de romántico, acariciaba a veces ideas burguesas, imaginaba al Enemigo del hombre, por el contrario, adolescente y hermoso. Este florecimiento de veinte siglos de paganismo tuvo lugar hacia 1830. Las vírgenes y las matronas, arrullando los versos de Eloa, suspiraban voluptuosamente:

Yo te amo y desciendo: mas, ¿qué dirán los cielos?...

Dijeran lo que dijeran los cielos, la fantasía no podía durar. Hoy, como antes, preferimos imaginar al diablo viejo y ermitaño. Se trata, en definitiva, de poner en berlina a la Iglesia, vale decir, de deshonrar simultáneamente al diablo, a la vejez y a las ermitas.

¿Quién no ha observado la inefable satisfacción que experimentan los burgueses cuando pueden ridiculizar una conversión religiosa? Hablo, desde luego, de una conversión que llega tardíamente. Tal, por ejemplo, el caso de un pobre hombre que, harto hasta la inapetencia, harto hasta la náusea, de las torpezas y la corrupción de la impiedad, descubre por fin los sacramentos, así sea el último minuto de su última hora. ¡Y bien! De inmediato los concilios provinciales y ecuménicos del modernismo lo declaran en estado de chochez y se convierte en una especie de macho cabrío jubilado: es el diablo que llega a viejo y se hace ermitaño.

Pero ¿por qué ermitaño, vale decir, anacoreta? ¿Por qué no, más vale, la vida cenobítica, la vida en común? Puesto que se quiere absolutamente que ese pobre diablo sea el *Diablo,* justo es que por lo menos se le permita ser *legión,* si eso le place. Tendríamos así algunos monasterios, algunas cartujas donde los viejos demonios, los decrépitos de la administración, del comercio y de la propiedad inmobiliaria podrían refugiarse, seguros de que los poderosos de las logias no irían allí a perseguirlos.

CLXXXIII

¿Qué hacía usted en 1870?

Esta pregunta, tan frecuente todavía hoy, no tendrá ya sentido para la próxima generación. Resuelto a terminar con estos lugares comunes, que comienzan a asquearme, y obligado a omitir muchísimos, me ha parecido que el que me ocupa los englobaba a todos expresivamente. En el fondo, el lugar común es una tangente para huir en el momento de peligro, y jamás los burgueses huyeron tanto como en 1870.

La fuga de entonces fué tumultuosa, aullante, despavorida, fué el inmenso pánico que vació las casas y las ciudades, como los poceros vacían los lugares inmundos. Fué el infame, ingenuo y clásico terror del rentista, que aplasta a los débiles en la desbandada sin freno. Hoy, es el desfile en la gran ruta del silencio.

¿Qué hacía usted en 1870? Porque fué el momento en que había que hacer algo, el momento en que usted, miserable, debió hacer algo, aunque no fuera otra cosa, como Huysmans, que aguas en el hospital. Cuando éramos un centenar de miles en los campos, privados de fuego bajo un cielo de escarcha, privados de pan en el corazón de la Francia convertida en primogénita de Gambetta, privados hasta del enemigo, frente al cual jamás se nos formaba, teníamos el derecho de informarnos y hasta de preguntar a los bien vestidos y bien comidos qué hacían en sus calzones. La respuesta era algunas veces graciosa y se perdía en borborigmos, como el día en que enviamos a Mayenne al hijo

único de un notario de Château-Gontier. Hoy, repito, es el desfile en la gran ruta del silencio. ¡Vaya uno a preguntarles a nuestros grandes hombres que han pasado los cincuenta años de edad, qué hacían en 1870!

Esta fecha se ha convertido en una especie de esquema aplicable a todas las posturas de la ignominia contemporánea. Expresa todas las cobardías, todas las vergüenzas habidas y por haber. La más perfecta, es el silencio, la universal fuga silenciosa que se realiza o se prepara. Las bicicletas y los automóviles son precauciones en previsión de una derrota infinita, junto a la cual el desastre de hace treinta años sería apenas una modesta prefiguración, un tímido pronóstico de ojos bajos. ¿Derrota de los cuerpos o de las almas? Nadie sabe. Probablemente de ambos. ¿Pero cómo imaginar ese mundo en fuga, ese diluvio de desertores y de azorados?

En el momento en que escribo esto, un pobre hombre agoniza a dos pasos de aquí. Yo he tratado de salvarlo, de llevarle un sacerdote. Como él ya no puede hacerse oír, la familia me ha hablado de sus opiniones, que son incontrastables, según parece, y he aquí que de pronto me he acordado de un lugar común inexplicablemente olvidado por mí hasta ahora. ¡Las *opiniones* de este moribundo, oh piadoso Salvador crucificado!...

No hace muchos días se conmemoró el centenario de Víctor Hugo. Fué algo magnífico: discurso de Hanotaux, y esparcimiento popular, sin un ápice de hipocresía. ¡He ahí a un grande hombre admirablemente consolado en su morada eterna! ¡Ah! También éste tenía opiniones, y sorprende pensar lo útil que ha debido serle la adulonería de Gabriel. Habría que creer realmente que todos estos dolorosos imbéciles, todos estos idiotas eternamente lamentables saben dónde quieren ir.

En cuanto a mi moribundo, volviendo a él, es una unidad en la multitud, nada más, y no sé aboslutamente dónde estaba ese hombre y qué hacía en 1870. Hasta ignoro si era un hombre en ese tiempo o si lo fué alguna vez. Me basta saber que es en la hora presente —probablemente la última para él— uno de los treinta millones de renegados que arroja el censo de la llamada república y cuyo cántico es ultrajar a Dios.

Al comenzar esta exégesis deseaba —con toda mi alma, Dios lo sabe— el silencio del burgués, considerando que sus lugares co-

munes son una sucia y horrible manera de dar la muerte. A punto de terminar mi trabajo, considero, a propósito de 1870 y de la eterna pregunta sin respuesta, que su silencio no es menos homicida y que hay mil medios de producirlo.

Un amigo en peligro le implora: silencio; el Redentor agonizante le pide de beber: silencio; la Madre de los Siete Puñales le suplica tener piedad de sí mismo: silencio, silencio siempre. Y he aquí que ahora es Francia, Francia misma, vencedora del mundo en otros tiempos, la que clama al burgués, sangrante y llorosa:

—¿Qué hacías en 1870?

—*Tenía ganas de c...gar* — responde al fin Emilio Zola en *La Tierra,* bajo el seudónimo espantable de Jesucristo.

Epílogo

—¿Qué hará usted cuando lo crucifiquen? — pregunta alguien.

—Yo — contesta mi pequeña Magdalena, de cinco años de edad — soñaré cosas hermosas.

SERIE SEGUNDA

PRELUDIO

HAY QUE PONERSE AL ALCANCE DE TODO EL MUNDO

He ahí lo que se me pide. Se me encuentra demasiado extraordinario, demasiado inaccesible. Soy igualmente incomprendido por el notario, por la devota y por el fabricante de supositorios. Las afirmaciones más rudimentarias, los más incontestables axiomas y hasta las perogrulladas más elementales asumen conmigo un carácter de misterio que ultraja al sentido común. He decidido, pues, ponerme al alcance de todo el mundo.

Pero he aquí que ignoro cómo. Lo ignoro a tal punto, que ni siquiera sé qué quieren decir esas palabras. ¿Debo entender que uno se halla al alcance de todo el mundo cuando se coloca en condiciones de recibir bofetadas y puntapiés de todos lados? Confieso que esa situación se aviene muy poco con mis hábitos y mis instintos. ¡Cuántas veces, por el contrario, y con qué ansia, he deseado que todo el mundo, en ese mismo sentido, estuviera a mi alcance!

Deseo absurdo, sin duda, puesto que *todo el mundo* es una expresión ininteligible para designar una cosa que no es posible precisar. Cuando se me habla de la gente de mundo, de los hombres o las mujeres de mundo, mi pensamiento va instantáneamente a ese populacho elegante y estúpido marcado con el sello del Príncipe de los demonios y por el cual dijo Jesús que no rogaría. Comprendo de inmediato, y hasta me siento tentado de correr hasta el cementerio más próximo para contemplar allí, una vez más, la espantosa miseria de esos túmulos orgullosos que la santa de Dülmen veía cubiertos de tinieblas y que se hunden algunas veces, lo he notado, *por debajo del nivel del sol*, poco tiempo después de la inhumación. Pero existe también la multitud infinita de los otros, de todos aquellos que no pueden ser llamados "gen-

te de mundo" y a quienes, sin embargo, menciona uno implícitamente cada vez que dice: "Todo el mundo". En esa multitud están, sobre todo, los pobres. Aquí mi razón desfallece y no alcanzo a comprender cómo podría ponerme, al mismo tiempo, al alcance de los sepulcros tétricos y de las vivientes hostias luminosas...

¡Ponerme al alcance de todo el mundo!... ¡Oh, pobre alma mía! ¿Es posible eso? Dímelo tú, pues mi inteligencia calla. Tú has estado esta mañana, en la iglesia, tratando de unirte, de identificarte con Jesús, que se dió a todos los hombres. Has orado con toda la fuerza de tu fe por los vivientes y por los difuntos. Con riesgo de asquearme, te has acordado misericordiosamente hasta de aquellos que no son vivos ni muertos, de aquellos que subsisten, no se sabe por qué, entre las inmundicias y que se llaman burgueses. ¿Es eso, por ventura, ponerse al alcance de todo el mundo? Pienso, por el contrario, que en aquel momento el mundo ya no era tangible para ti y que tú te habías hecho absolutamente intangible para él... Pero tampoco tú me dices nada, y sigo en la tortura de mi problema.

Heme aquí, pues, incapaz de hacer lo que se me pide. Lo intentaré, sin embargo, habituado como estoy a las tareas imposibles. ¡Quién sabe! Acaso el mundo no es tan vasto como uno lo imagina. Cuando una pobre ama de casa pasa por el tamiz las cenizas del hogar, se sorprende de la poca cantidad de combustible que le queda para preparar la comida y caldear el ambiente. Pudiera suceder que después de haber guisado mi precedente *Exégesis* encuentre todavía algo para meter en mi horno y que "todo el mundo" se reduzca a algunas unidades aprovechables. Este pensamiento me reanima.

I

A LA FORTUNA DE LA OLLA
O DONDE HAY PARA DOS HAY PARA TRES

La segunda fórmula sería sorprendente si partiera de un teólogo. Pero es demasiado variable para que uno se detenga en ella. Es lo mismo que decir que donde hay para siete hay para nueve, y hasta para veinticuatro. Todo es cuestión de extenderse hasta donde sea necesario. En el fondo de ese corredor está el infinito y la llave en la puerta... Pero el burgués no es partidario del infinito. Cuando llega un comensal imprevisto, puede estarse seguro que a él le tocará la grasa del *gigot* o los restos de la sopa, y que sólo habrá para él. Tal es, en la práctica, la aplicación de esta máxima fraternal.

En cuanto a la fortuna de la olla, es otra cosa. La Fortuna, dice Homero, es hija del Océano, lo que da ya una vasta idea del caldo que puede ofrecer la benevolencia del burgués. Otros poetas la representan calva, ciega y alada, con un pie apoyado en un globo que gira con rapidez y el otro en el aire. Los aqueos la pintaban o la esculpían teniendo en la mano el cuerno de la abundancia y el Amor a sus pies. La antigüedad le erigió muchos templos, donde era adorada bajo diversos nombres, entre ellos los de *Virilis, Virgen* y hasta *Ecuestre.* Pero entre los burgueses sólo se reverencia a la fortuna de la olla, vasija ésta que parece haber reemplazado al cuerno de la abundancia. En cuanto a la invocación de *ecuestre,* caída desgraciadamente en desuso, podría significar en el caso, cuando mucho, que uno anda a caballo sobre las conveniencias, y ser, al mismo tiempo, una oportuna incitación a la hopofagia cuando se tiene gente a comer.

Harto he dicho que los lugares comunes son verdaderos trípodes para aquellos que los usan y que al hacerlo profieren, sin saber, temibles oráculos. Cuando se me invita a comer "a la fortuna de la olla", mi imaginación, saturada de reminiscencias

mitológicas, evoca de inmediato a Medea y su horrendo caldero. y sin poder imaginar al amor al pie de esta divinidad contemporánea, opto por la fonda.

II

La elección de carrera

Este el título de un libro de nuestro gran Hanotaux. Ignoro si ha agotado el tema, pues no he tenido ánimo para ir más allá de las primeras páginas. Ocupado como estoy en las pompas fúnebres de los lugares comunes, me falta tiempo para leer libros escritos con tanto arte y tan desconcertante originalidad. Sé, por otra parte, que éste cosquillea amablemente al burgués, según el deliberado próposito del autor, que no es uno de los tantos bromboller os que se complacen en contradecirlo o asombrarlo.

Leí una vez que, antes de la invención del calzado, cuando no existía aún la carrera de zapatero y tampoco, desde luego, la de fabricante de medias de lana, los reyes bárbaros, en los festines, calentaban sus pies desnudos en el seno de un esclavo acostado debajo de la mesa. El generoso Hanotaux es hoy, al servicio del rey moderno, el titular de este empleo, en el que se desempeña con gran celo. No será ciertamente culpa suya si la apetecible grosería y el saludable cretinismo no aumenta en proporción infinita.

Hanotaux, tan digno de servir de calientapies al señor Prudhomme, cree firmemente que se puede elegir una carrera como se elige un ministro o un diputado. La anticuada y polvorienta idea de una *vocación* irresistible no tiene cabida bajo la cúpula aplastada de su cráneo, donde sólo pueden ser admitidos pensamientos rastreros y similitudinarios.

El primer deber del ciudadano, después del de votar por los acéfalos, es elegir su carrera o, mejor aún, aceptar con el más vivo reconocimiento la carrera elegida para él por sus padres o por Gabriel Hanotaux. Todo lo demás es fantasía y grave peligro para la sociedad.

Conozco un poeta a quien su padre le había elegido, desde mucho antes de nacer, la carrera de empresario de demoliciones. Una providencia irónica quiso que se convirtiera, en efecto, en demoledor, pero del burgués, y su padre, sobrepasado así en su esperanza, murió de desesperación. He ahí un ejemplo del desorden previsto por nuestro infalible Gabriel, a quien no se consulta suficientemente.

III

Un vagabundo

¿Donde estás, mi querido vagabundo, hermano mío? ¡Hace tanto tiempo que te busco por todas partes! Acaso tú podrías explicarme muchas cosas que no comprendo. Con frecuencia se me ha acusado de ser yo mismo un vagabundo, un hombre "sin confesión", como suele decirse, porque parecía una especie de mendigo privado de la consideración pública, y ésa es la razón para que te llame mi hermano, lo que acaso no significa para ti un gran honor.

Pero ciertamente se equivocan, en cuanto a lo primero, porque soy un sedentario, poco menos que un burócrata, por mucho que haya andado de casa en casa en el transcurso de mi triste vida. Además, es extraño que se diga que soy un hombre sin confesión, cuando es notorio que algunas veces me confieso y que con frecuencia tengo el cinismo de proclamar cosas que molestan. Mis libros están llenos de confesiones muy desagradables para la mayor parte de mis contemporáneos ilustres. Esto es incontestable. No puedo, entonces, ser considerado como un hombre vagabundo o sin confesión, ni en plural ni en singular, ni en el sentido gramatical ni en el sentido filosófico de esta curiosa expresión. En cuanto a la estimación pública, años hace que me he instalado confortablemente sobre ella, y también de esa manera soy sedentario.

Quisiera, pues, saber quién eres tú, hermano mío desconocido, y cómo es posible estar sin confesión *en lo absoluto,* porque de

eso se trata, ya que para hablar en lo absoluto le ha sido dada al hombre la lengua. Sépalo o ignórelo él, sea cretino o tenga genio, el hombre está obligado a hablar y, por consiguiente, a actuar en lo absoluto. Es lo que hicieron los burgueses y las burguesas de Belén cuando negaron hospitalidad a San José y a María llena de gracia, y viendo en ellos a dos vagabundos, los obligaron a refugiarse en un establo...

He aquí, pues, que tú, hermano mío desconocido, me asustas. Como el príncipe de los sacerdotes en tiempos de la Pasión Dolorosa, *te conjuro por el Dios viviente* que me digas quién eres. Sé que un día se verá aparecer a un Desconocido prodigioso, a un Vagabundo omnipotente, semejante al viento que sopla donde quiere, que se oye sin saber de dónde viene ni adónde va, y tiemblo al pensar que tú, vagabundo que acaso mendigas bajo la inmensa vía láctea del firmamento, podrías ser Aquel.

IV

Un hombre de peso

Este es mucho menos misterioso. La primera condición para tener derecho a tan honorable título, es ser *alguien* y, sobre todo, ser *algo*. En este último caso no es indispensable lo otro.

Un alcalde de pueblo, un sargento de gendarmería, un guarda campestre, un maestro de escuela, son hombres de peso. Un cura, en cambio, a partir de la separación, pocas veces se encuentra en ese caso, pues, no siendo funcionario, podrá ser *alguien*, pero, por mucho que tenga innúmeros feligreses, no puede decirse que sea algo.

Cuanto más se es algo, más se pesa, esto es elemental, y pasado cierto límite, saltan todas las básculas. Cuéntase que los astrónomos, que son gente de poderosa fe, han pesado el planeta Júpiter, y hasta el mismo sol; pero ¿quién intentaría la empresa de pesar, no digo ya al presidente de la República, sino a un notario? Hay también, y yo mismo he podido comprobarlo, mujeres de peso, pero este tema me llevaría demasiado lejos y correría el

riesgo de pasar por psicólogo, lo que a ningún precio quisiera. Basta saber que existen hombres de un peso tan aplastador, que es difícil desembarazarse de ellos. Algunos son como losas tumularias y sus nombres parecen epitafios.

V

Prometer más manteca que pan

La manteca, según la Glosa, significa o puede significar el Consuelo divino, el Paráclito, y el pan es el Cuerpo de Cristo. Es indudable que el especulador que promete a los imbéciles más manteca que pan está infinitamente lejos de saber lo que dice. Pero aquel que lo hace hablar lo sabe por él, y hasta debe temblar de saberlo, como pueden temblar los demonios. Es prometer el hartazgo a los hambrientos, es prometer la Beatitud a aquellos que no han tenido parte alguna en la Redención, y eso lo oigo a cada instante.

Cuando el burgués habla, me parece que ya no podría oír el trueno. El sol se oscurece, la luna deja de reflejar la luz y las estrellas se precipitan...

VI

Comer primero su pan blanco

Un viajero, recorriendo un campo pobrísimo, encontró a un niño que devoraba un trozo de pan más negro que el asfalto. Compadecido, le dió un panecillo blanco. Vió entonces, para no olvidarlo nunca, que el joven salvaje, luego de cortar con respeto el panecillo blanco en delgadísimas rebanadas, extendía éstas sobre su pan negro, a la manera de una rara golosina, y comía *juntos*, voluptuosamente, ambos panes. El viajero comprendió que para

ese pobre niño, que ni siquiera le dió las gracias, el pan negro era el esencial y el pan blanco un deleite fortuito, estimable, sin duda, pero que no valía ni una expresión de reconocimiento, y que no hubiera sido razonable comerlos separadamente.

El burgués, que jamás come pan negro, reservándolo exclusivamente para sus esclavos, sin la adición de un solo bocado de pan blanco, hace ostentación de una insigne mala fe al darnos a entender con este lugar común que el pan negro no lo asusta y que lo comerá más adelante, en la semana de los cuatro jueves, cuando no tenga ya pan blanco. Pero al mismo tiempo y sin saberlo, habla, según lo hace siempre, como profeta. El pan blanco significa para él las alegres fiestas, las delicias de ese mundo, a las cuales tiene derecho exclusivo, en tanto que el otro pan debe ser la parte de los imbéciles hambrientos de vida superior, y los dos, evidentemente, no pueden ser devorados a la vez.

Mirándose en sí mismo como en un espejo, el burgués se ve todo blanco, de arriba abajo, blanco como el pan que quiere comer siempre, blanco como la nieve, blanco como la luna, sin advertir detrás de él su sombra, su negra sombra de necedad, de ignorancia compacta, de fealdad infame, de perversidad infinita, en la cual quedará eternizado cuando el Rostro del Dios de los pobres ocupe el lugar de ese espejo.

VII

Con la mejor intención

Es verdad, señora, la amo a usted apasionadamente, y usted lo sabe. Pero como tengo el alma bien situada, la amo a usted con la mejor intención. Aunque se arrastre usted a mis pies, llorando de ansias, no conseguirá hacerme olvidar un solo instante que debo adorarla respetuosamente. Recuerde usted la moderación de mis transportes la última vez que nos acostamos juntos y la profunda contrición que sobrevino en seguida. ¡Qué quiere usted! He sido educado así y ya no podré cambiar. Ante todo y siempre, la pureza de intención: he ahí la norma de mi vida.

Es así como hizo su fortuna mi padre. Llegó a rico practicando caritativamente la usura en los barrios pobres, industria que en vano quieren desacreditar los envidiosos, que ignoran el heroísmo interior que es necesario para limitar las operaciones y la delicadeza de alma indispensable para mantener constantemente en equilibrio la propia conciencia y la de los demás. No le hablaré a usted de mi venerable madre, de cuya virtud, por harto sabida, no hay para qué hacer el elogio...

Rectitud y pureza de intención: he ahí, le repito, nuestra ley suprema. Proceder bien y dejar que hablen. No forzar jamás a nadie. Los actos más reprensibles en apariencia, pueden ser justificados si se realizan con buena intención, con la intención oculta, pero frecuentemente eficaz, de socorrer a los infortunados que no saben a quién recurrir.

¿No es éste su caso, mi encantadora amiga? No siendo ya muy joven, y hasta habiendo pasado ya la edad en que una mujer es todavía un poco apetitosa, no ha podido resistir usted a la violencia de sus deseos por un adolescente que tenía deudas y que no le parecía reemplazable por ningún otro. Como tengo corazón, me dejé conmover, y los dos hemos hecho un negocio ventajoso, con la mejor intención. No me pida usted más.

VIII

PAGAD Y SERÉIS CONSIDERADOS

Es lo que acaba de decirme el perceptor de rentas, embolsando los doscientos cincuenta mil francos que le entrego cada año. Me marché meditabundo, impresionado por tan trascendentales palabras.

¿Qué quiso darme a entender ese hombre pletórico de cifras y de pensamientos? Sé muy bien que los impuestos tienen un destino conocido e indudablemente patriótico. Sirven para pagarnos un presidente de la República y la cambiante decoración de los ministerios, para costear la pitanza de los innúmeros diputados, sin hablar de sus mujeres, cuya multitud es instable, como la superficie de los mares, y para muchas cosas más. Todo eso nos

da prestigio, y el ciudadano que lo paga a costa de su despensa y de los calzones de sus hijos, merece indiscutible consideración.

Sin embargo, hay otros pagos, otras maneras de pagar. Pienso en Judas, por ejemplo, que fué pagado para traicionar a su Señor, aunque ciertamente no muy caro, y no parece que los judíos que le pagaron hayan ganado mucha consideración. Acaso eso se deba a que Judas devolvió el dinero, lo que mi perceptor jamás hace. ¿Y qué pensar de los que pagan sus deudas a la sociedad bajo el filo de la guillotina o en una cárcel? ¿Queréis decirme con qué clase de consideración son retribuídos? Cuando uno paga los platos rotos se pone en ridículo, y pagar por todo el mundo parece idiota. No veo, pues, cómo aclarar la oscuridad de este oráculo de mi perceptor.

Después de todo, acaso este funcionario, que es manifiestamente un hombre de peso, sea también un hombre de alta piedad y al hablarme así recordara que San Pablo dijo que hemos sido "comprados a gran precio". Si así fuera, todo se aclararía con sólo tomarse el trabajo de observar la extraordinaria consideración que merece a nuestros contemporáneos Aquel que pagó por nosotros y el respeto infinito que se le tiene en las administraciones del Estado.

IX

El primer paso es el que cuesta

Los que guerrearon en Francia hace cuarenta años y los que guerrean actualmente en Tracia o en Macedonia saben que los otros pasos no cuestan menos que el primero, y que hasta suelen costar mucho más. Aunque no son guerreros, también lo saben los carteros rurales, según puede comprobarlo la gente del campo cuando los ve tambalearse antes de terminar sus andanzas, rendidos por la fatiga y la borrachera, lo cual no deja de ser un motivo de inquietud para los destinatarios lejanos. Pero dejemos de lado las argucias y aceptemos lealmente este lugar común en su sentido alegórico, tal como nos lo ofrecen los hombres sabios, que saben perfectamente lo que quieren decir. Es evidente que el primer

paso en cuestión se refiere al que se da en el camino de la virtud o en el del vicio.

Lo que no comprendo es por qué se quiere que sólo sea el primero el que cuesta. Se me dirá acaso que tengo sentimientos anormales, pero creo que cada paso en el estrecho sendero de la virtud debe costar mucho más que el anterior y que, por el contrario, el primer paso en la ancha carretera del vicio, y acaso tampoco el segundo, no cuestan absolutamente nada. Sospecho que ésta es la opinión universal.

Convendría, pues, ponerse de acuerdo acerca de la palabra *paso,* que debe significar aquí otra cosa que la acción corriente de poner un pie delante del otro. "Si alguien quiere obligarte a dar mil pasos, da con él dos mil", dice el Evangelio. Evidentemente este texto es alegórico, pues si uno se atuviera al sentido literal correría el riesgo de pasar el límite previsto e ir a dar inútilmente más allá de Fontainebleau o de Carcasona. Es necesario, entonces, interpretar esta locución con simplicidad, en el sentido del precepto formal de dar el doble de lo que a uno le piden, precepto monstruoso para el burgués, que sólo puede concebir la usura a la manera del prestamista. Dar un céntimo sería para él el primer paso hacia el abismo, y eso le cuesta tanto, que jamás se resuelve.

X

Poner el arado delante de los bueyes

Algo así como decir que uno se casa antes de tener una *posición* o que comete alguna otra locura del mismo género. El burgués no concibe al arado marchando solo y a los bueyes siguiéndolo con su paso tranquilo. Eso sería un milagro, y él no admite los milagros.

Alimentar en el desierto a cinco mil personas son cólo cinco panes y dos peces, como hizo Jesús, le parece un cuento para entretener a los niños, sin darse cuenta, desdichado de él, que los grandes hombres de su preferencia, la canalla filosófica del siglo XVIII, por ejemplo, y los modernos desechos de ella, realizan

desde hace doscientos años, con él y sus innúmeros congéneres, el prodigio no menor de nutrirlos y cebarlos con bobería, por medio de ese alimento heroico cuyo nombre exacto está formado por *seis* letras y *dos* sílabas.

En lo que respecta al arado, en el que jamás pone las manos, ¿qué podría hacer y cómo se las arreglaría para uncir, delante o detrás de ese instrumento agrícola cantado por Virgilio, a las nobles bestias de sacrificio que no representan para él otra cosa que el puchero?

XI

Las buenas cuentas hacen los buenos amigos

Una buena cuenta es, necesariamente, la que beneficia al contador. De otra manera, sería una mala cuenta. Y los buenos amigos son aquellos a quienes se puede utilizar, despojándolos y hasta devorándolos. Definiciones axiomáticas.

Queda por averiguar cómo un buen amigo puede ser el producto seguro de una buena cuenta. Veamos.

Es usted, supongamos, cajero, vale decir, lleva la cuenta del dinero de otros, teniendo cuidado, se sobrentiende, de crearse cierto prestigio fundado en referencias convenientemente administradas. Aparece un amigo, no menos canalla que usted, que le aporta el refuerzo de su experiencia personal y de su raspador. Si usted hace uso de su razón, debe ver en él el dedo de la Providencia y servirse de ese auxiliar con tanta astucia, que el día que los amos resuelvan realizar una verificación el único sospechoso sea su amigo. En caso de necesidad, usted mismo lo denunciará con implacable indignación, invocando el santo nombre de Dios, según se practica en las curias episcopales. En fin, usted conoce los trucos y maniobras mucho mejor que yo y no tengo necesidad de enseñarle su oficio.

¿Qué sucederá? Pues, sencillamente, que su amigo irá a la cárcel, inundado de ignominia, y usted recibirá tal vez una copiosa gratificación. Y aunque esto último no ocurra, habrá ganado la

fuerte suma defraudada y un amigo seguro que lo bendecirá desde lejos.

Por lo demás, si las buenas cuentas no hacen los buenos amigos, es evidente, por lo menos, que los buenos amigos hacen las buenas cuentas, lo que era conveniente demostrar.

XII

Traer suerte. Traer desgracia

Es una tremenda dificultad, un problema enorme, saber qué o quién trae suerte o desgracia. Antiguamente, hace cuatrocientos o quinientos años, antes de emprender algo, sea lo que fuere, se iba a orar ante la estatua colosal de San Cristóbal, que era seguro encontrar en las catedrales. Al pie del Auxiliador famoso leíanse estas palabras: *Christophorum videas, postea tutus eas:* "Mira a Cristóbal y después vete tranquilo". Era creencia general, en la edad media, que uno no podía morir repentinamente ni por accidente, en el curso del día, si había *visto* una imagen de San Cristóbal.

Pero en aquella época lejana y olvidada no se decía "traer suerte". Se invocaba con fe a San Cristóbal porque, si había llevado a Cristo, bien podía llevar a todos sus miembros. Eso les bastaba a aquellas almas simples y eso les daba resultado.

Hoy, la gente se ha hecho sabia e invoca a los fetiches. Se ha visto a aviadores, a escaladores de nubes, llevando con ellos gatos, monitos, polichinelas de cuatro céntimos y hasta, se me dice, pequeños sacos de excrementos. Sin embargo, como muchos de esos "conquistadores del aire" han perecido miserablemente, se ha pensado que algunas de esas *mascotas* pueden ser, por el contrario, portadoras de desgracia, lo que ha traído cismas en la religión de los fetiches.

Pero debo hacer observar que en el caso sólo se trata de los héroes, de los semidioses del deporte, de los mártires de la pecunia, que arriesgan sus huesos con la esperanza de ganar los premios exorbitantes con que los remunera la bobería dos veces milenaria de los admiradores de Simón el Mago. El modesto burgués, que

no solicita ningún heroísmo ni ambiciona subir a los cielos, se siente suficientemente preservado de las contingencias de la desgracia si tiene en el bolsillo su portamonedas o el portamonedas de otro. Todo lo más que hará es deslizar en él un trocito de cuerda de ahorcado o una moneda agujereada, porque conviene acordar algo a lo desconocido. Pero es su concesión extrema. Siendo sobre todo razonable, planea a ras de tierra, por encima de las supersticiones, sabiendo perfectamente que no hay que emprender nada el viernes, que es el día consagrado a Venus, y que es imprudente ser trece a la mesa, lo que trae infaliblemente desgracia, a menos que el comensal número trece sea un negocio magnífico, vale decir, uno de esos excelentes imbéciles a quienes es ridículo desdeñar.

XIII

Tapar un agujero

Hace diez años, en la primera serie de esta *Exégesis de lugares comunes*, me ocupé de los agujeros que se pueden hacer, sobre todo en la luna, tratando de demostrar la inherencia de la idea de agujero con la idea de prosperidad, en el espíritu de mucha gente respetable.

Pero no está dicho todo. Cuando uno ha hecho su agujero, debe taparlo, para que no entren en él los vagabundos. Es lo que les enseña el instinto a las hormigas y a ciertos coprófagos. Muy bien. Pero ¿con qué taparlo eficazmente, sino con lo más hediondo, más asqueante y más impenetrable que hay? El mejor tapaagujeros es la conciencia de la gente honrada.

XIV

Tener un mal asunto entre manos o entre brazos

El peor asunto es verse en la necesidad absoluta de realizar un acto heroico, una restitución, por ejemplo. Una ley que obligara, supongamos, a los hijos a reconocer a sus padres y a colmar de

dulzura su vejez, sería un asunto execrable. Y como éste hay miles.

Imaginemos la situación de nuestro justo Hanotaux, asediado, hasta en su sillón de académico, por una pobre mujer que sucumbió hace ya tiempo a la irresistible tentación de su mirada y a quien abandonara en la miseria, como era lógico, cuando debió renunciar a los placeres subalternos para consagrarse a ocupaciones sublimes. ¡Qué agobiador y desagradable asunto para los brazos de este Atlas, demasiado cargados ya con el peso de un mundo!

El ateniense Arístides murió pobre, la historia nos lo dice, y es verdaderamente demasiado injusto que un amante infiel se vea amenazado con el ostracismo porque una mujer de baja condición que tiene la osadía de pretender que le entregue para su mantenimiento por lo menos una pequeña parte de sus dietas de académico, cuando hay tantos mendrugos en los cajones de desperdicios de las casas burguesas. ¡Los brazos de Hanotaux y semejante asunto entre tales brazos!

Lo conocí mucho, hace veinticinco o treinta años, cuando este hijo de notario no era más que tinterillo en los archivos del ministerio del Exterior, desde donde debía saltar de golpe al brillo del gran teatro de la política. Tuve cierto día ocasión de hablarle de otra abandonada y recuerdo la generosa indignación, el amargo desprecio con que abrumó al culpable. Tenía razón, sin duda, pues éste no era académico.

XV

Estar sobre ascuas

He aquí otro mal asunto, aunque en lugar de estar entre manos está debajo de los pies o del trasero, con perdón sea dicho. No todo el mundo tiene el buen humor de San Lorenzo en la parrilla, donde no hay lugar, felizmente, para ningún burgués.

Uno está sobre ascuas cuando espera al cartero; cuando se ve en trance de ser abofeteado y no ha traído su máscara de hierro; cuando se sabe impacientemente esperado por la bien amada y le ha tocado el número seiscientos cincuenta para tomar el ómnibus; cuando tiene una furiosa necesidad de tomar el tren de media-

noche y no son más que las veintidós; cuando no atina a ponerse los pantalones o no encuentra su sombrero, para escapar, no sabe cómo, al oír que un marido temible sube la escalera; cuando ejerce una profesión honrada y se ve obligado a pasar diariamente varias veces frente a la policía, etc., etc.

Hay personas que viven constantemente sobre ascuas, sin tener jamás el menor motivo para reír. Hay otras que se complacen en atizar las brasas debajo de los pies de sus semejantes y caminan ellas mismas sobre trozos de botellas, sin hallar a lo largo de la vida otra cosa que tribulación y miseria.

"Si tu enemigo tiene hambre —dice el santo Libro—, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Haciendo esto, amontonarás brasas sobre su cabeza". Es lo que no hace el burgués. Guarda para él mismo todo su fuego y deja morir de hambre y de sed a sus más queridos amigos.

XVI

Tener cargas

Uno tiene cargas cuanto tiene parientes a cuyo mantenimiento debe proveer: la mujer, los hijos, la suegra, los viejos padres que se eternizan y de quienes no podría desembarazarse sin caer en menoscabo ante la opinión pública. Se dirá que las instituciones de beneficencia existen precisamente para eso y no para proteger a los perros; pero, ¿cómo recurrir a ellas si al mismo tiempo que esas cargas se tiene, por ejemplo, el cargo de juez o se es notario o agente de cambio? En tal situación, uno es un mártir y lo proclama cotidianamente ante la tierra y el cielo.

La misma riqueza de nada vale para el caso. Se necesitaría no tener ninguna experiencia de la vida para ignorar que cuanto más rico se es más pesadas resultan las cargas, pues se tienen menos pretextos para quejarse; y se necesitaría ser sordo o insensible para no oír, a este respecto, los desgarradores gemidos de los ricos.

Pero, felizmente, no hay mal que por bien no venga, y en este caso, como en otros, la lanza de Aquiles cura las heridas que

ella misma hace. Cuando uno posee millones y tiene cargas agobiadoras, tales como pagar a su madre una pensión de dos francos diarios para alimentos, encuentra en esto mismo un excelente pretexto para desembarazarse de los pedigüeños. "Lo siento —les dice—, pero tengo cargas". Realiza así economías genovesas, las más apreciadas de todas, y al mismo tiempo perfuma su conciencia.

XVII

Hacer su camino o Llegar a algo

Esto de "hacer su camino" no tiene nada que ver con el acto piadoso que consiste en hacer el viacrucis. Tanto no, que hasta es indispensable no hacer el viacrucis con demasiada frecuencia sino uno quiere "hacer su camino" con rapidez. Hay que reconocer que el viacrucis significa un verdadero obstáculo para ello, pues su práctica resulta incompatible con la elasticidad que necesita el hombre que ha resuelto hacer su camino, vale decir, llegar a algo.

Sin embargo, hay caminos y caminos, por mucho que todos lleven a Roma, según se dice. Hay caminos suaves como la seda y caminos pedregosos. Los hay cuesta arriba y los hay cuesta abajo. Unos son anchos y otros son estrechos. Hay también caminos transversales, que suelen ser los más cortos y los que generalmente eligen los viajeros que no quieren ser aplastados. Se ha observado, sin embargo, que son éstos los que sigue con frecuencia la rueda de la Fortuna. Conviene, pues, andar con prudencia para no caer en las profundas y peligrosas huellas cavadas por ese órgano circular, que no es precisamente liviano.

Conviene también, y es no menos importante, atropellar con energía a los enfermos y a los pobres a quienes se encuentra en el camino, como asimismo no permitir que nadie, quienquiera que sea, lo deje a uno rezagado. Los que han hecho su camino están de acuerdo en que hay circunstancias en que no debe temerse suprimir, de una manera o de otra, a la gente demasiado apresurada. Lo más seguro es pasar por encima del competidor después de haberlo asesinado.

Pero hay un camino que conviene no tomar nunca: el del Paraíso, que pasa por el Calvario, donde sólo se ve a los enamorados y a los mártires.

XVIII

Hacer ceremonias

Es lo que no hay que hacer, precisamente, y el burgués nos lo advierte a cada instante. "Yo no ando con ceremonias", dice; "conmigo no hacen falta ceremonias"; "lo invito a comer sin ceremonia", etc. Uno tiene de inmediato la impresión de hallarse en presencia de un individuo prudente y bonachón, que no quiere importunar ni ser importunado y que trata de apartar todo aquello que podría entibiar o retrasar la efusión de los corazones. Las ceremonias de la Iglesia, por ejemplo, juzgadas vanas formalidades por su razón pura y su razón empírica, tienen el efecto de paralizar su alma y de ser obstáculo a sus probables arrebatos de piedad. Con más razón ocurre lo mismo con las ceremonias del mundo, que tienen, no hay para qué decirlo, una importancia harto mayor.

Es un hombre simple, de una pieza, completamente redondo, si lo preferís, y no tiene la vanidad de aspirar a mayores alcances.

Uno sabe de inmediato lo que quiere hacer y lo que quiere decir. Así, cuando os invita a comer "sin ceremonia", todo queda inmediatamente aclarado: estaréis a merced de la suerte que os depare la olla. Os da con eso, por otra parte, el ejemplo de la más deliciosa chabacanería, acordándose a sí mismo la facultad de eructar o crepitar en la mesa, si siente necesidad de hacerlo. ¿Por qué andar con cumplidos con los amigos? Puesto que uno no es diplomático ni tiene nada que reprocharse, lo natural, en términos generales, es que se muestre tal cual es.

Hay, indudablemente, gente maliciosa que al amparo de esa amable cordialidad pretende sonsacar préstamos. Pero eso no lo toma desprevenido ni lo desconcierta. Se muestra entonces, más que nunca, tal como es. Con profundo pesar y ojos húmedos de ternura objetará que sus compromisos, sus agobiadores compro-

misos, no le permiten hacer lo que quisiera, y muy afectuosamente lo llevará al amigo hasta la escalera, sin ninguna ceremonia.

XIX

HACER BIEN LAS COSAS

Carta de un condenado a muerte, la víspera de su ejecución:

"Querido amigo:

Mañana, al amanecer, seré guillotinado. En el fondo, como mi salud no deja nada que desear, preferiría que esta operación no se llevara a cabo; pero parece que mi caso no tiene perdón.

He pasado mi vida *haciendo las cosas bien,* esa es la verdad. Y mañana las haré mejor todavía, puesto que se me rebanará la cabeza por todos aquellos que las hacen mal, encenagándose, a causa de ello, en la cloaca de sus conciencias. Acaso tú creas, como esos señores del jurado, que yo hubiera podido darme por satisfecho asesinando a algunos burgueses, en lugar de liquidar a toda una multitud; pero mi naturaleza expansiva no me permite limitarme, y he querido hacer bien las cosas.

Cuando un tendero o un fabricante de embutidos casa a su hija, podría darse por satisfecho con una comida de bodas para la cual se utilizan económicamente los desechos del propio o de otros comercios. Podría asimismo maniobrar de tal suerte que la factura, aumentada en beneficio suyo, fuera presentada al joven esposo a la hora exacta en que su júbilo y su euforia lo incapacitan para hacer una verificación. Pero, no; él quiere *hacer bien las cosas;* quiere, sobre todo, que se diga que las hace bien, y que se lo honre por ello. En realidad, se equivoca, pues todos los invitados pensarían, por el contrario, que es un idiota. El que haría bien las cosas es aquel que, generosamente, degollara a todos los concurrentes, desinteresándose de las recompensas terrenas.

Yo he querido ser ese hombre. Se ha creído ver en mí a un anarquista afiliado a no sé qué secta, cuando soy un solitario y dulce soñador enemigo de los parásitos y armado siempre para combatirlos. No se comprende que esa plaga es el burgués, que

no pertenece a la humanidad y a quien los seres formados a imagen y semejanza de Dios tienen el deber y el derecho de exterminar por todos los medios posibles. Se comprenderá eso más tarde, cuando, en la gran noche de los cataclismos anunciados, se vea caer a las águilas, asfixiadas por la horrenda miseria de los propietarios y los comerciantes.

Es imposible ser un artista, vale decir, un testigo de la vida superior, sin exterminar cada día a un montón de burgueses, por lo menos en lo íntimo del pensamiento, con el vivo y pujante deseo del Esplendor que ellos oscurecen. Y cuanto más enamorado es el artista, más vehemente es este deseo. Poetas como Verlaine, Villiers de l'Isle-Adam, Baudelaire, han degollado de ese modo, ante el trono de Dios, a millones de burgueses, y he aquí que por haber sido el brazo visible, es a mí al único a quien se guillotina.

Me resigno, obligado por la fuerza, con el amargo desconsuelo de haber tenido tan poco tiempo para limpiar de insectos el árbol de la vida. Cuando se me corte la cabeza se derramará de mí una hermosa sábana purpúrea, que podrá servir de tapiz a los pies de Aquel que debe venir en el fin de los fines y que hará verdaderamente bien las cosas, puesto que es el único juez para la exacta distribución de las aureolas y de los castigos".

XX

Mandarle a decir a alguien muchas cosas

Dígale usted de mi parte muchas cosas...

Para cumplir exactamente esta misión de confianza, no es óbice, sino al contrario, ser mudo, y aun sordomudo. Si no se tiene esta ventaja, queda por lo menos el recurso de tartajear cualquier cosa. De esta manera, como la intención protocolar del mandante no va más allá del vasto abismo de la nada, donde se localizan los sentimientos afectuosos de nuestros amigos y de nuestros innúmeros hermanos, el mensaje será fielmente transmitido.

XXI

HACER EL BIEN ALREDEDOR DE UNO

Cuestión de perímetro. Cuanto menos extenso es éste, mayor es el bien que se hace uno a sí mismo. Creo que esto no necesita demostración.

Pero ¿a qué clase de bien se alude aquí? Si se trata, prosaicamente, de ir en ayuda de los pobres, lo que está en desacuerdo con los rudimentos de la economía burguesa, ¿a qué distancia tendré que arrojar a mi alrededor las costras y desperdicios, para que tengan tiempo de recogerlos antes que lleguen los cerdos y los perros vagabundos? Porque no creo que sea cuestión de favorecerlos con dinero contante y sonante, lo que sería una largueza absurda que los incitaría a la holganza, ni tampoco con pan o carne de buena calidad, lo que implicaría el riesgo de exponerlos a la indigestión y al insomnio. Por lo demás, no hay por qué humillar a nadie, pero conviene guardar siempre muy cuidadosamente las distancias. Si yo doy un viejo pantalón o un par de zapatos fuera de uso desde hace años, ¿es necesario que lo haga en propia y de propia mano? Si así fuera, me vería obligado a salir, a poner los pies en la calle, con riesgo de llenarme de parásitos y de ver surgir a mi alrededor a otros harapientos que solicitarían el mismo beneficio. Además, ¿cumpliendo ese acto caritativo no faltaría yo a un precepto fundamental? Porque mi mano izquierda se enteraría necesariamente de lo que hiciera mi mano derecha, y viceversa. Todo esto me resulta extremadamente embarazoso.

Por otra parte, si se trata de hacer el bien a las almas, como se dice, es indudable que yo puedo ofrecer a éstas mi propio ejemplo, a fin de edificarlas y exaltarlas; pero he aquí que *a mi alrededor no veo almas,* ni una sola alma. Ninguno de mis semejantes me ha hecho ver que tuviera alma, y mi razón no puede concebir lo que no es visible. La palabra alma no tiene sentido para mí. Cuando la deletreo, no sabría explicar lo que pasa, pero de inmediato me veo solo y me siento vacío, absoluta, espantosamente solo y vacío.

XXII

Hacer lo que se puede

Felizmente, hay un recurso: hacer lo que se puede. Es el refugio, el desahogo y el paraguas de la conciencia. Cuando uno no puede hacer absolutamente nada, hace lo que puede, eso es indiscutible. Por mucho que los que se complacen en contradecir pretendan que en este caso, como en otros, lo mejor es enemigo de lo bueno, no es menos cierto que la conciencia del hombre honrado se halla más seguramente abrigada en el silencio y la inacción que en el ruido y los combates.

Puede decirse que hace lo que puede aquel que, considerando con prudencia la inutilidad de exponerse a lo que fuere sin tener la evidencia de un provecho personal perfectamente palpable, se esquiva por la tangente y deja a los otros arreglarse como puedan, y hasta si se une discretamente al enemigo para conseguir una más decisiva y ventajosa conclusión de la contienda. Proceder de otro modo implica correr voluntariamente el riesgo de recibir un mal golpe, lo que es absurdo.

El hombre honrado jamás debe comprometerse. Se ha denigrado muy injustamente a Pilatos, que es el prototipo del hombre honrado que hace lo que puede y se lava las manos, como el sacerdote antes del sacrificio de la misa. *Lavabo intern innocentes manus meas*: lavaré mis manos en compañía de los inocentes.

Pilatos fué el gran burgués romano cuando los romanos eran los amos del mundo. El académico Anatole France, tan caro al burgués moderno, sería el indicado para la rehabilitación de ese incomprendido. Sin duda opinaría, con su desconcertante autoridad, y previa consulta a su experiencia personal, que si tuviéramos la admirable concisión romana, no diríamos, en el caso de este lugar común, "hacer lo que se puede", sino "hacer", simplemente. Lo cual, enérgico de otra manera, sería mucho más explícito.

XXIII

HACER VIDA

Los pintores ambiciosos, y aun los que no lo son, suelen decir con frecuencia: "Hacer vida", y uno sabe poco más o menos qué quieren significar con ello. El burgués dice categóricamente: "Vivir la vida", lo cual es muy distinto. Sabe, acaso, lo que quiere decir, pero seguramente no sabe lo que dice. Cuando profiere esas tres palabras, se encuentra, sin darse cuenta, en la extraña situación que muchas veces he señalado. Se instala sobre su trípode y pronuncia una sentencia cuyo alcance le es desconocido. Es como un viajero extraviado en una caverna llena de ruidos subterráneos y de humo profético. Rebuzna en lo infinito y en lo incognoscible.

Rembrandt o Donatello "hacen vida"; el estudiante de medicina o de derecho que se regodea con las prostitutas del barrio latino, "vive la vida". Eso mismo, entiéndalo uno o no. El padre burgués que así lo dice, debe tener razón, tres veces razón, como siempre, puesto que habla desde *abajo,* puesto que su lengua es abyecta y sobre todo, por último, porque no *habla de sí mismo.*

Si dijera que su hijo, el simpático juerguista adolescente, *hace vida,* eso no tendría ningún sentido, ni siquiera para los otros gozadores que están en la escuela de Bellas Artes. Pero dice: "Mi hijo *vive la vida;* el gallardo muchacho salido de mis entrañas, que se emborracha todas las noches entre fornicaciones y blasfemias, es, de esta manera, como lo fuí yo mismo cuando tenía su edad, un productor de vida". Lo único que comprende el pobre viejo imbécil, seguramente, es que eso le cuesta mucho dinero y que todas esas mujeres de la calle le son "más amargas que la muerte", como está escrito en el Eclesiastés; pero se ufana, a pesar de todo, de tener un hijo que es como Dios, puesto que crea la vida, sea cual fuere el alcance de esta palabra.

La blasfemia, de la que se nutre el burgués, es un pan hecho con letras más duras que el mármol rojo del infierno y que sólo él puede digerir. *Ego sum Vita,* dice el Redentor de los vivientes. "El que hace la vida soy yo, y no te conozco", responde el burgués en la agonía, cerrando sobre sí la puerta colosal de la Muerte.

XXIV

Hacer fortuna

Se hace fortuna poco más o menos como se vive la vida, vale decir, poniendo cuidadoso empeño en no llevar a cabo nada que sea conveniente o útil a los demás o que pueda dar motivo a una sospecha de desinterés. Con eso, el dinero le llega a uno como los insectos y las babosas a una fruta caída.

Uno se pudre y se llena de bicharracos horribles, pero hace fortuna y goza de una más devota consideración. Es fétido, pero tiene pies que exhalan el fresco perfume de las acacias y los almendros en flor. Es horriblemente feo, pero los mismos ángeles no parecen más hermosos. Cuando muere el millonario Chauchard, su carroña despide un olor tan suave, que el piadoso cura de su parroquia no vacila en honrarlo con los funerales de un santo. Y si no hay panegírico, se debe a que la materia del elogio es demasiado copiosa.

Cuando, por el contrario, uno no tiene fortuna, cuando ha sentido piedad por los que sufren y ha buscado, llorando de amor, lo Bello y lo Grande, está en las nubes o en las estrellas, vale decir, muy por debajo de los animales más inmundos. Desafío a cualquier imbécil regular o secular a que desmienta esta afirmación. Abrid a un burgués y la veréis inscripta alrededor de su corazón.

XXV

Hacer la lluvia y el buen tiempo

Hacer a voluntad la lluvia y el buen tiempo, vale decir, ser como Júpiter, sólo es posible cuando se ha hecho fortuna. Unicamente un hombre que ha hecho fortuna puede enriquecer o arruinar a su capricho a los vendedores de paraguas y a los lustrabotas. Pero como desde que el excremento sobreabunda son tantos los hombres que han hecho fortuna, y cómo la voluntad de esos hom-

bres es variable, nunca puede saberse qué tiempo hará. Ya lluvias constantes, ya sequía, por momentos un sol desvaído o súbitos chaparrones.

A eso se suma la influencia misteriosa y meteorológica de las mujeres. Cuando hay entre los hombres un número excesivo de cornudos, la inundación es probable, y aquellos, cuyo número es variable, que creen en la fidelidad de sus esposas y que desearían buen tiempo, son sumergidos, vencidos, y cesan de inmediato de haber hecho fortuna. En fin, un desorden infinito, que arruina a los almanaques y desalienta por completo a los aficionados a los paseos campestres.

Aquí, en mi encantador retiro de Bourg-la-Reine, donde el fango hace estragos durante todas las estaciones, he tenido que renunciar a seguir cultivando la estadística. Como si se propusiera desbaratar todos mis cálculos, la municipalidad inunda las calles cuando no llueve y decreta pantanos desaguándolas en seguida que llueve, de manera que ignoro completamente las costumbres de este país, donde me encuentro imposibilitado para realizar un estudio comparativo entre el número conocido y harto pequeño de hogares ricos y la cantidad de infortunios que esta perpetua ilusión de tiempo abominable hace suponer. ¿Qué pasa en otras partes?

XXVI

HACER CARIDAD

Date eleemosynam: "dad limosna".

Traducción al uso del burgués piadoso: *Haz caridad.* Alguien, dueño de trescientos mil francos de renta, da a la salida de la iglesia algunos céntimos y luego, raudamente, se aleja en su auto para entregarse a ignominias y boberías. Eso se llama: "hacer caridad". ¡Ah, loado sea Dios, que ha hecho la lengua del hombre, si alguna vez venga terriblemente ese ultraje!

"Sean sus ojos, fijados en mí —dice Judith cuando se dispone a ir en busca de Holofernes para cortarle la cabeza—, el lazo en que quede preso, y hiérele tú, oh Señor, con las palabras de mi caridad". "Mi bien amado introdújome en el lugar donde tiene el

vino más exquisito y ordenó en mí la caridad... ¡Ea! confortadme con flores aromáticas, fortalecedme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor... Las grandes aguas no han podido extinguirlo, ni los ríos podrán ahogarlo. Aunque un hombre en recompensa de este amor o *caridad* dé todo el caudal de su casa, lo reputará por nada". Así canta el Alma dolorosa del Hijo de Dios torturado en el *Cantar de los Cantares*. "Te he amado con caridad perpetua —dice el Señor por boca de Jeremías— y te he atraído por piedad, virgen de Israel".

¡Cuántas palabras más, antes de llegar al Evangelio, donde Jesús habla del "enfriamiento de la caridad de muchos por la inundación de los vicios" y maldice a los que la infringen; antes, sobre todo, de llegar al formidable capítulo de San Pablo que canta la Iglesia el Domingo de quincuagésima, en el momento de recordar a sus fieles que el Hijo del Hombre va a ser traicionado, escarnecido, ultrajado, escupido, flagelado, crucificado, capítulo tan horrendo que podría ser el bramido de las estrellas, y donde la Caridad es pintada como una *Persona* que no puede morir, sentada ante una puerta desconocida... Se ve que ella puede sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo. Se sabe que sin ella todo es inútil, que sin ella de nada serviría dar todo lo que se posee, y hasta el propio cuerpo para ser quemado. Cuando uno es hijo de santos, descendiente de santos, lee eso llorando, gimiendo entre sollozos, que nada vale, sin ella, hablar todas las lenguas, que nada vale ser profeta, conocer todos los misterios, poseer toda la Ciencia; que la Caridad es paciente y benigna, sin envidia ni malicia, sin énfasis ni ambición, que no busca ni siquiera lo que le pertenece, que es igualmente ajena a toda irritación y a todo pensamiento concerniente al mal, que la Caridad, en fin, es Dios mismo...

Pero he aquí que de pronto uno se entera que la comadrona, el comisionista de vinos al por mayor, el afinador de pianos, la esposa del fotógrafo, la auxiliar del jefe de la estación, hacen caridad. Y entonces, estupefacto y atontado, no sabe ya si está en Patmos o en Lesbos, si es apto para el servicio militar o para el servicio antropométrico, si es lúcido o demente, si está sentado a la mesa de algún jubiloso festín o yace vivo en el fondo de un sepulcro, en un ataúd cuidadosamente cerrado por enterradores concienzudos.

Uno piensa, lleno de estupor, que desde la Gran Misa del

Gólgota ha habido infinito número de cristianos, millones de mártires que han aceptado con júbilo los peores tormentos, que ha habido confesores, solitarios, vírgenes que han renunciado a cuanto el mundo puede ofrecer y han dado todo lo que puede ser dado, a fin de morir de amor en la miseria absoluta, y que ni siquiera han creído haber hecho lo suficiente para que se los considerara caritativos.

Parece que todo eso es nada en comparación con el heroísmo de un propietario que cada domingo da con ostentación diez céntimos al mendigo del pórtico, después de haber estado pensando durante todo el oficio en el decisivo empleo de todos los medios para la expulsión de las familias pobres que no pueden pagarle el alquiler.

Un viejo sabio, a quien consulté, me dijo estas profundas palabras, que recomiendo a los pensadores: "Los santos *dan limosna*, los burgueses *hacen caridad*".

XXVII

Hacer el amor

Dejemos eso, que no es sino una reiteración, un doble empleo de tantos otros lugares comunes, tales como la elección de carrera o la recomendación sublime de no poner todos los huevos en la misma cesta. Prefiero no insistir. El burgués es, por naturaleza, deicida, homicida, parricida e infanticida, pero glorioso. *Qui potest capere capiat.*

XXVIII

Es mejor inspirar envidia que piedad

Busquemos la luz por este lado. La palabra "mejor", *magis*, es verdaderamente luminosa. *Melius est magis.* "Es mejor dar limosna que amontonar tesoros", dice Tobías. Evidentemente, no es esto lo que buscamos. "Es mejor —dice David— ser abyecto

en la casa de Dios que habitar en los tabernáculos de los pecadores". No, tampoco es esto. Continuemos hojeando el Libro santo. "Los hombres amaron más las tinieblas que la luz", dice Jesús a Nicodemo. ¡Ah! esta vez creo que nos acercamos. Seguimos otro poco, y el mismo Jesús nos dice que hay "quienes aman más la gloria de los hombres que la gloria de Dios". ¿Para qué seguir buscando?

Los que se pagan de frases suelen hablar frecuentemente de las tinieblas de la envidia, tratando de hacer creer a los imbéciles que la piedad, por contraste, tiene algo de radiante. Entre la gloria humana, que reporta dinero y hace suspirar a las mujeres hermosas, y la gloria de Dios, que no trae, harto se ha visto, sino miseria y humillación, la elección, por otra parte, no puede ser dudosa. Dejemos que los otros nos envidien desde sus tinieblas cuanto se les antoje y guardemos la luminosa piedad para *nosotros mismos,* considerando con sabiduría que mejor que buscar es tener y que siendo la vida perecedera y de duración incierta, lo importante es procurarse de inmediato los consuelos posibles, aunque los pobres revienten de envidia.

El *miserere* de los difuntos es una bobería poética. Los aficionados a la liturgia se complacen en imaginar que la muerte no existe, que hay otra vida muy *distinta* y que los ricos que se han divertido mucho acaso necesiten piedad cuando sus huesos caigan en la fosa. ¡Y bien! Nosotros creemos en la muerte, en la muerte integral, sin resurrección ni purgatorio. La llamamos, clamamos por ella con todas nuestras ansias cuando no podemos ya gozar, y la queremos *eterna.*

XXIX

HACERSE UN POCO DE "TOILETTE"

El verdugo se presenta tijera en mano.

—Vamos a hacerle un poco de "toilette", mi estimado amigo — le dice amablemente a su cliente, disponiéndose a cortarle el pelo.

—Como quieras... — responde el condenado, y la conversación casi nunca pasa de ahí.

Cuando oigo a un burgués declarar que va a hacerse un poco de "toilette" para salir a cumplir sus compromisos de hombre de mundo, pienso en esa escena, en ese condenado, menos criminal acaso, que se hace, también él, un poco de "toilette" para marcharse *al otro mundo,* y veo a la muerte, patentemente, detrás de mi burgués. Volverá, es probable, con la cabeza sobre los hombros, pero si ésta es como su corazón, será una cabeza de muerto, y los otros burgueses, también con cabezas de muertos, saludarán esa noche en él a un hombre de mundo semejante a ellos, olvidando que los reglamentos administrativos prescriben la clausura de los cementerios a la caída del día.

XXX

Haga de cuenta que está en su casa

—Gracias, mi estimado señor. Acepto hacer de cuenta que estoy en mi casa, y con tanto más gusto puesto que soy el Diablo, o si prefiere, un amigo del Diablo, un comensal del infierno, y estando en su casa me parece, en efecto, que estoy en la mía. Mis compañeros habituales se parecen a usted rasgo por rasgo y no veo por qué me sentiría incómodo. Cuando tenga usted la amabilidad de devolverme mi visita, será recibido de una manera que no le quedará duda alguna sobre la calidad de mis sentimientos. *Inpoenis tenebrarum clamantes et dicentes: Advenisti SOCIUS noster.*

XXXI

Hacerse una pinta de buena sangre

No un cuartillo, ni un medio sextario, sino una pinta, nada menos que una pinta, vale decir, el equivalente de un litro en la antigua medida. Hace falta eso, la capacidad de un litro, para traducir en sangre la alegría de un buen hombre que se retuerce de risa al enterarse que la República ha desvalijado a las almas del purga-

torio o a las religiosas de los hospitales. "¡Qué capacidad de corazón!", diría Mme de Sévigné.

En los buenos tiempos de los descamisados, tiempos de gigantes, según se ha dicho, se bebía mucho y con frecuencia y se trincaba con los amigos. Pero la bebida debía ser tibia, lo que hacía indispensable estar cerca de la guillotina, en las corrientes de aire. Eso era embriagador y patriótico, pero poco confortable. Como la guillotina se ha hecho ahora intermitente, el buen ciudadano, privado de ese brebaje, pero simpre fraternal y no menos dispuesto a la alegría, se hace una pinta de buena sangre con las lágrimas de los pobres y de los niños, pues tiene, como Moisés, el poder de convertir esta agua en sangre. Puede beberla en su propia casa, junto a un amable fuego, en compañía de su querida mujer o de la querida mujer de un inquilino necesitado, pues la una y la otra tienen exactamente los mismos gustos que él. Cuando la pinta ha sido consumida, su portero le lleva otra, y la fiesta continúa. Es casi tan divertido como bajo el Terror.

XXXII

Las mejores cosas no tienen más que un tiempo

Hay que convenir en ello, mal que nos pese. El vals que tanto encanta al burgués, y sobre todo a la burguesa, no es, según esto, una de las mejores cosas, puesto que tiene tres tiempos. Cuando uno quiere practicar la verdadera religión de los lugares comunes debe resignarse a perder muchas ilusiones como ésta. En el fondo, es una religión de renunciamiento.

La juventud, por ejemplo, es considerada como una cosa excelente; pero, ¿puede admitirse de buena fe que no tenga más que un tiempo, cuando se dice corrientemente que tal o cual mujer no se halla ya en la primera juventud? Hay, pues, varias juventudes, por lo menos para las damas, lo que supone, por lógica consecuencia, otros tantos tiempos: el de la primera, el de la segunda, el de la tercera y acaso el de la cuarta juventud. Esta singular contradicción hace que la juventud corra el riesgo de no ser una de las mejores cosas.

En cuanto a la vejez, que también tiene su tiempo, éste pare-

cería único, puesto que esas distinciones no se emplean para ella en el lenguaje corriente. ¿Habrá que decir por eso que la vejez y, *a fortiori,* la completa decrepitud, es la mejor de las cosas? He ahí, mucho me temo, otra ilusión.

Todos los gramáticos enseñan que el verbo tiene tres tiempos primitivos o fundamentales y sus derivados. ¿Quién se atrevería a sostener, sin embargo, que el Verbo no es la mejor de las cosas, puesto que es el Nombre mismo del Creador de todas las cosas?

Todo esto es grave.

Los cultores del lugar común deberían meditar estas vigorosas palabras que me dijo cierto día una encantadora dama y que fueron para mí una singular lección: "Antes de hablar, uno debe meter su lengua siete veces en la boca de su vecino".

XXXIII

La suerte nunca llega sola

Como las chinches a la cama del pobre. La suerte, pues, anda siempre acompañada. Debo creerlo, puesto que vosotros me lo decís. Falta saber quién o qué la acompaña. Si me llega una suma inesperada, considero, naturalmente, que es una suerte. Pero casi inmediatamente veo surgir a mis acreedores, y hete ahí que la suerte se esfuma. ¿No os parece que sería más exacto decir que la suerte se va siempre sola? "La suerte de los malvados pasa como un torrente", decía Racine. La suerte de los buenos hace exactamente la misma cosa y deja a su paso un fétido limo.

XXXIV

No hay sociedad, por buena que sea, que no se deje

Evidentemente, la buena sociedad es aquella en la cual uno se divierte. Como hombre alegre, no la concibo sino así. Yo soy plomero y mi mujer costurera. No hay para qué agregar más datos.

Deseosos de divertirnos, invitamos el domingo a algunos amigos, cuidadosamente elegidos. Pensábamos comer en el campo, en un lugar delicioso.

Nuestro paseo comenzó con algunos inconvenientes. Obligados a esperarnos, según habíamos convenido, perdimos varios trenes y la lluvia empezó a caer. Llegamos, finalmente, muy tarde, empapados y llenos de barro, al *Cerdo de Oro*. Para entonces, mi mujer, persona amable si las hay, había abofeteado ya al pintor Isidoro y a un señor, un viejo condecorado, que nos honraba con su presencia, los cuales se habían permitido con ella ciertas familiaridades excusables en un día de fiesta.

Todo iba bien, sin embargo, y pudimos hacernos servir en una especie de granja, donde el olor del moho se combinaba con el de un estercolero vecino. Aquello era completamente campestre. La imaginación de los comensales iba exaltándose por momentos, y cuando, al paso de la charanga de Seine-et-Oise todos nos sentíamos colmados de sentimientos generosos, la compañera de nuestro amigo el jardinero del Obelisco tuvo la ocurrencia de sacar a colación no sé qué asunto de sombreros, lo que ofuscó a mi mujer. Se produjo de inmediato un intercambio de epítetos bucólicos, en el que me pareció reconocer los nombres de algunos volátiles y cuadrúpedos cuyo encuentro en el campo no debe sorprender. Confieso que en este punto mi memoria se halla un poco turbada. Como habíamos bebido durante dos horas una buena cantidad de litros, no sé exactamente lo que pasó. Recuerdo, como en un sueño, haber visto varios proyectiles y oído clamores confusos...

Cuando el guarda campestre me recogió de debajo de la mesa, muy cerca ya de las siete de la noche, yo estaba solo, entre extraños restos de comida, y obligado a pagar una linda cuenta. Pero tuve la satisfacción de enterarme de que mi mujer había sido llevada, con la más emocionante solicitud, por el viejo señor condecorado, que desplegó, según parece, una caballerosidad que excede a todo elogio. Me la devolvió al día siguiente, en muy buen estado, aunque todavía un poco emocionada y sinceramente afligida por haberse visto obligada a separarse de mí, al mismo tiempo que los demás, para no perder el tren. Yo la consolé lo mejor que pude, haciéndole notar que no hay sociedad, por buena que sea, que más tarde o más temprano no tenga uno que abandonar, y guardo preciosamente el recuerdo de aquella hermosa jornada.

XXXV

Ser ordenado

Locución archivulgar. Un hombre es ordenado si lleva convenientemente sus cuentas y está en condiciones de cumplir sus compromisos. Una mujer es ordenada si verifica diariamente las cuentas de su cocinera, si trata de no dejar la ropa sucia cerca de las cacerolas, de no peinarse habitualmente sobre la sopa, de no emplear el cepillo de dientes de su marido para asearse las uñas, etc.; pero, sobre todo, si se muestra constante y escrupulosamente económica y procura no parecerse a esas personas dispendiosas que se ocupan algunas veces de los menesterosos, como si no existieran sociedades de beneficencia. Todo esto es elemental.

Pero hay una cuestión más importante, si es que puede existir nada que lo sea tanto como la sabiduría en el gobierno de una casa burguesa. ¿Dios es ordenado, sí o no? He ahí, creo, una cuestión sagrada y, debe convenirse, valientemente propuesta.

Conozco burgueses que han leído a Schopenhauer y a Nietzsche y que se acuestan con Bergson. Sinceramente enamorados de la verdad, deploran de buena fe y con gran tristeza el desorden horrendo de la obra de Dios. Consideran, y esto los aflige profundamente, que nada está en su lugar, ni las cosas ni los hombres, comenzando por ellos mismos, y que es infinitamente lamentable que el Creador haya olvidado consultarlos. Sería pueril oponerles la fábula de *La Bellota y la Calabaza,* que con el conveniente desdén leyeron en su infancia. "Lo que Dios hace lo hace bien y hay que alabarlo en todas sus cosas", dice La Fontaine. Pero este antepasado les es conocido y ya no les impresiona. Reivindican resueltamente los derechos de la calabaza y se ponen en el lugar de esta cucurbitácea, que no debería humillarse. Y así todo lo demás.

La creación deja mucho que desear. Confesemos que ha resultado un fiasco, y hasta que ha sido un poco frangollada. Dios no ha dado lo que podía esperarse de él y es harto injusto que pretenda un salario de adoración. A un obrero que trabajara como él no lo aguantarían seis días en una fábrica. Sin hablar del frío y del

calor, tan mal equilibrados; de las inundaciones injustas y de las inicuas sequías; de las pestes, que atacan sin discernimiento a ricos y a pobres; sin insistir siquera en las guerras calamitosas, cuyo desenlace es imposible prever y que pueden determinar súbitos desastres financieros, ni traer, en fin, a colación ciertas carestías tan inopinadas que es imposible tener el olfato necesario para organizarlas de antemano y que sorprenden a veces penosamente a los capitalistas entregados a otros negocios de rendimiento inferior: haciendo tabla rasa de todo eso, ¿qué pensar de las aberraciones despóticas de la pretendida moral cristiana?

En rigor, y suponiendo que haya sido promulgado sólo para los esclavos y los miserables, el Decálogo podría ser aceptado, con ciertas atenuaciones. Pero es un desorden intolerable pretender que un propietario, por ejemplo, este obligado a adorar a un solo Dios o que un comerciante tenga el deber de no robar y la prohibición de mentir. "En resumen, y para terminar —dirá el filósofo burgués— ¿no está escrito en los pretendidos libros sagrados, cuya inspiración, según se afirma, emana del Espíritu Santo, que el Hijo de Dios, venido para salvar al mundo, eligió la locura y enseñó la locura?" Después de estas palabras concluyentes el desorden divino queda en evidencia y es perfectamente ocioso insistir en la cuestión planteada.

XXXVI

Tener tupé

Este lugar común no interesa directamente a los peluqueros. No se trata de rizar ni de ondular un tupé, y menos todavía de recortarlo. Se puede tener tupé, un inmenso tupé, y no tener un solo pelo. El ejemplo de Julio César en el Rubicón no admite réplica. Cierto es que hemos tenido a un Carlos II, apellidado el Calvo, *Josiæ similis par que Theodosie:* "Semejante a Josías e igual a Teodosio", según la leyenda harto irónica de una antigua imagen de libro de horas, donde, por otra parte, se lo representa con una abundante cabellera. La historia no menciona, sin embargo, ninguna fuga memorable de este polvoriento carlovingio. No hay, pues,

motivo para insistir en la calvicie, a la que sólo he hecho referencia con el propósito de excluir del asunto a los peluqueros.

Agreguemos que la palabra tupé está ya muy gastada. Ahora se dice *aplomo, tener aplomo,* expresión encantadora que todo el mundo parece entender, inclusive en la misma Academia, donde Gabriel Hanotaux la empleó cuando fué recipiendario del señor Perogrullo, elegido, si la memoria me es fiel, en reemplazo de un gotoso del episcopado o de Paul Bourget, muerto prematuramente. Pero lo cierto es que lo expresado por estas locuciones, trátese de tupé o de aplomo, horroriza al burgués.

Un joven buen mozo que solicita la mano de la hija mayor de un rico notario, sin tener otra industria que ahumar cristales para los eclipses y dedicarse a matar el tiempo: un anarquista que se sabe buscado por la policía y que se empecina en poner personalmente una bomba de tiempo en el sombrero del señor Lepine, jefe de ella; un inquilino insolvente que el día en que vence el alquiler le ofrece a su casero un instrumento de precisión para extraer una partícula de tierra que se le metió en el ojo; un cuarto vicario de Santa Clotilde o de San Roque que predica sobre la necesidad del sufrimiento o sobre el deber de la pobreza evangélica; un poeta, en fin, así sea el más grande del mundo, supongamos el mismo Dante, que le propone su obra —en este caso la *Divina Comedia*— al editor de François Coppée: he ahí algunos ejemplos prácticos de individuos que tienen tupé, tupé moderado o altanero, según el caso, pero siempre horripilante para el burgués, que se siente invariablemente sofocado.

XXXVII

Dar pruebas de lo que se es

Un hombre, según se sabe, da pruebas de lo que es cuando mata a alguien en duelo o arruina a varias familias. Una mujer puede hacer lo mismo de una manera un poco diferente, pero en definitiva idéntica, si sólo se considera el resultado. Dar pruebas de lo que se es, pero ¿en qué sentido? Me gustaría saberlo.

Hay todavía profesores de la escuela de Fenelón que prueban la existencia de Dios por la fluidez del agua o la consistencia de la roca. Esto me fué enseñado hacia mediados del siglo anterior por un viejo pasante de liceo, cuya joven mujer, muy apetitosa, se aplicaba a demostraciones más seguras y mejor apreciadas. Pero no se trata de eso ahora.

Si se me dice que un hombre de negocios o un escritor cualquiera poco conocido han dado o rendido sus pruebas, me limito a guardar silencio, para no pasar por un imbécil, pero me acuerdo en seguida de algunos gloriosos más o menos conocidos y me pregunto a mí mismo si el personaje de marras ha probado siquiera su propia existencia. Es esa la prueba que necesito, y no otra. Porque me he vuelto extremadamente desconfiado desde el día en que comprendí la inexistencia absoluta de gran número de individuos que parecen situados en el espacio y a los cuales no es posible clasificar entre aquellos que tienen una apreciable y suficiente razón de ser.

Si le sobra a usted tiempo, trate de imaginar, por ejemplo, a Hanotaux ministro o a Hanotaux escritor. Esfuércese luego por imaginar a Aanatole France acariciando amorosamente a dicho Hanotaux o a Paul Bourget en lo alto de su *Barricada.* No lo conseguirá usted jamás. La Nada, agotada después de haber vomitado a tantos hombres ilustres, se encontraba completamente vacía cuando Dios, a su vez, quiso sacarlos de ella.

Si tales números son inexistentes, como es fácil darse cuenta haciendo un rápido examen, ¿qué pensar de un farmacéutico, de un profesor de billar, de un consejero municipal, que han dado o rendido sus pruebas? ¿Y qué pruebas, insisto una vez más?

Los censos no significan nada. Jamás se sabrá hasta dónde es ínfimo el número real de los habitantes de nuestro globo. Un visionario a quien conocí hace mucho en la miseria, me demostró, con tres palabras, la nada de las cifras. Hablándole un día del Valle de Josafat, donde el profeta Joel predijo que todos los pueblos y todas las generaciones serán juzgadas *in circuitu,* me asombré de la pequeñez verificada de ese punto geográfico y de la imposibilidad material de reunir allí, para realizar la profecía, una tan prodigiosa multitud. Meditó él algunos monutos y luego, con una sonrisa amable, me respondió simplemente: *"Serán Tres..."*

No olvidaré jamás le impresión aterradora que me produjeron esas palabras.

XXXVIII

TENER MUCHAS CUERDAS EN SU ARCO

El arco es un arma de guerra que ha pasado completamente de moda desde la invención de la ametralladora y la granada, y nuestra legislación penal ha arruinado el comercio de la cuerda. Un desesperado que quisiera colgarse gloriosamente de una cornisa del Arco de Triunfo, se vería obligado, para encontrar una o varias cuerdas convenientes, a hacer un largo recorrido por la avenida de la Grande Armée, donde las tiendas son raras. Y para colmo, no le venderían sino vergonzosas cuerdas de embalaje, lo que lo pondría en el trance de renunciar al suicidio, so pena de deshonrarlo. Hay que atenerse, entonces, al sentido metafórico, harto oscuro, por lo demás.

Se dice que un ciudadano de la República tiene muchas cuerdas en su arco cuando puede ser, sucesiva o simultáneamente, un hombre honrado y un caballero de industria; cuando es igualmente capaz de desvalijar una casa de campo y presidir una sociedad de temperancia; cuando tiene un espíritu suficientemente desaprensivo para ser a la vez corredor de seguros, agente electoral, organizador de entierros de primera clase, autor dramático y dueño de una casa de tolerancia; cuando, en fin, su habilidad de ambidextro le permite, en el café o en el ómnibus, tener su mano, al mismo tiempo, en su bolsillo y en los bolsillos de sus vecinos. Esto nos lleva, sin duda, un poco lejos del arco de Ulises, pero el sabio moderno se guardaría muy bien de atravesar con sus flechas a los pretendientes de Penélope, considerando que la tapicería de esta princesa, que deshace por la noche su trabajo del día, es una atracción segura para los *amateurs*, a quienes un esposo sutil puede utilizar.

XXXIX

Tener heno en las botas o estar bien forrado

Seguramente las botas son un mal pesebre para la manducatoria de los herbívoros. Pero es inútil hacerse el idiota. Todo el mundo sabe que el heno significa el dinero y las botas la caja. Pero parece extraño que los que tienen dinero sean comparados con el ganado y que las botas sean preferidas a cualquier otra cosa para simbolizar su omnipotencia. Uno necesita recordar que a los pobres suele llamárselos descamisados y que los ricos comen a veces su dinero, lo que explicaría la trivialidad de esta locución proverbial. Es singularmente irrespetuosa, sin embargo. No puedo imaginarme, por ejemplo, a nuestro presidente Fallières convertido en un viejo rocín a punto de ser jubilado, pidiéndole prestadas a un gendarme del Elíseo sus metafóricas botas, para guardar en ellas sus modestas economías.

XL

Tener un corazón de oro

¡Qué privilegio! No más palpitaciones, no más emociones, ni boberías de amor, ni entusiasmos irreflexivos. Se siente uno tan tranquilo como el Bautista y tan feliz como los cerdos. Se acabaron los fenómenos absurdos y los remordimientos. El corazón no sangra. Ya no es un corazón de bronce, ni de piedra, y menos aun de león, sino un hermoso y rutilante órgano, conoide y hueco, todo de oro y perfectamente insensible. He ahí el inestimable privilegio del verdadero burgués. El mejor elogio que se puede hacer de éste, es decir que tiene un corazón de oro. Los propietarios, los alguaciles, los usureros, tienen casi siempre un corazón de oro, lo cual se ad-

vierte en seguida. Tratad de turbarlos, de impresionarlos, de conmoverlos de un modo cualquiera, y perderéis el tiempo. El corazón de oro os pondrá plomo en la cabeza, plomo en las piernas y pronto os veréis convertidos en una mina de plomo.

Pero el corazón de oro es un don de la naturaleza. No se lo encuentra en las joyerías, que ordinariamente sólo venden corazones de similor, sorprendiéndose así la buena fe de los jóvenes cándidos y preparándoles sorpresas desagradables en el montepío. Si la madrastra naturaleza os ha dado un corazón ordinario, os queda el recurso de tomar por esposa a una muchacha que tenga un corazón de oro y la bolsa bien repleta. Desde el día siguiente conoceréis vuestra dicha. Es el consejo que puedo daros.

XLI

TENER EL TESTIMONIO DE LA PROPIA CONCIENCIA

—Adelante, señor Bivalvo...

—Gracias, mi estimada señora. Pasaba por aquí y he querido presentarle mis respetos, si no es indiscreción.

—¡Oh, no! De ningún modo... Permítame su sombrero y su paraguas... ¡Gracias! Siéntese usted en este sillón que le ofrece sus brazos y deme noticias de su esposa. La última vez que la vi me pareció un poco fatigada.

—Así es; trabajaba demasiado. A veces insisto en retenerla en casa, pero no hay modo de hacérselo entender. Está hecha para el sacrificio.

—Me dicen que da muchas lecciones...

—¡No me hable usted, señora! Yo no sé cómo puede resistir. Lecciones de piano, lecciones de canto, lecciones de inglés, de alemán, hasta de ruso. Cuando no está en el Trocadero, está en Montmartre o en Montparnasse. Tiene alumnos hasta en los suburbios. Eso me obliga a comer casi siempre solo. A veces ni siquiera regresa. Cuando le hago observaciones, me contesta invariablemente que tiene el testimonio de su conciencia, y así me tranquiliza. Por mi parte, trabajo en mi gran obra.

—Ya me han dicho que tiene usted entre manos una obra muy importante, que seguramente le abrirá las puertas del Instituto. Pero volvamos a su esposa, señor Bivalvo... Me imagino que esa extraordinaria actividad le será suficientemente remunerada...

—Desde luego, y es precisamente eso lo que la hace infatigable. "Dedícate tú a tu obra —me dice cada vez que se pone el sombrero—; tienes una misión gloriosa y quiero apartar de ti las preocupaciones vulgares". Y con eso se marcha. La verdad es que no carecemos de nada. Algunas veces me da sorpresas agradables. Ultimamente, conociendo mis aficiones cinegéticas, siempre contrariadas por el estudio, tuvo la encantadora idea de decorar nuestro comedor con cornamentas de ciervo entremezcladas con cuernos de bisonte, que le han costado probablemente un dineral y que contemplo con ternura mientras como. ¿No le parece a usted admirable?

—Más que admirable. Sobre todo la delicadeza tan femenina de ese regalo, que ha debido darle una alta idea de la conciencia de su esposa. Le hacía falta un marido como usted, evidentemente, y ella lo sabe.

—¡Oh, señora! Me abruma usted... Yo no soy digno de semejante compañera. Mi conciencia me dice —ya que habla usted de la conciencia— que nada he hecho hasta aquí para merecerla. Permítame que me retire. Mis libros me reclaman y estoy impaciente por buscar, siguiendo una indicación desgraciadamente demasiada vaga de Moliere, un capítulo luminoso de Aristóteles o de Tucídides referente al sombrero de los hombres casados en los tiempos heroicos de Grecia. Tengo el honor de saludarla.

El señor Bivalvo es el autor conocido y temido de la *Selección de testimonios históricos*. Su esposa anda en otros quehaceres, que no hay para qué averiguar ni nos interesan; pero marido y mujer tienen el testimonio de la propia conciencia. Así lo afirman ambos constantemente y sería indigno no creerlos. Mientras el señor Bivalvo prepara sus cataplasmas de notas y referencias, donde sucumben sin esperanza los textos originales de los viejos cronistas, su mujer se halla ausente y no regresa hasta que le da la gana, encomendando a ese hombre sabio la prosaica atención de una cocina que ignora o algún arreglo urgente para el que se reconoce incapaz. Forman, por demás, un hogar perfecto, pues tiene cada uno

de ellos, como hemos dicho, el testimonio de su propia conciencia, punto esencial para asegurar la ventura conyugal y para confundir a los malévolos. ¿Que el marido es tratado de cretino en los periódicos desvergonzados o sobreviene un diluvio de anónimos informándole de la conducta escandalosa de su mujer? No importa. Les basta refugiarse ambos bajo el mismo escudo impenetrable, y su serenidad no es alterada un solo instante.

El regocijante equilibrio de esta pareja ha sido para mí un motivo de profundas reflexiones acerca de la conciencia. Hay, como ésta, muchas palabras que uno descuida escrutar. La conciencia, según los filósofos, es la opinión que uno tiene de sí mismo, opinión casi siempre favorable, desde luego; vale decir, una especie de espejo enamorado de la persona que lo consulta. Es una voz interior, un juicio secreto que aprueba las acciones loables y condena las malas. En el primer caso, sin duda el más frecuente, la aprobación es sin reserva; en el segundo, en el cual es preferible no pensar, la condenación de las peores indignidades es mitigada, felizmente, por una inagotable indulgencia y por la misericordiosa prodigalidad de todos los sobreseimientos, pues es evidente que uno no desea el mal. Si se trata de penetrar en la conciencia de los demás, lo que resulta más fácil y sobre todo más divertido, como todo el mundo sabe, la severidad se impone, una extremada severidad, puesto que, bien entendido, la moral y hasta la caridad misma exigen que uno sea más solícito con los otros que consigo mismo. Pero esto nos llevaría demasiado lejos.

"Me desagrado a mí mismo menos que antes", dice nuestro François Coppée en la *Bonne Souffrance*. Jamás podré olvidar la emoción con que leí estas palabras. Antes, en los tiempos en que se dedicaba a las míseras juergas que debían conducirlo como de la mano a la situación que hoy ocupa, no se desagradaba a sí mismo más de la cuenta, sospecho; pero, en fin, se desagradaba. Más tarde, cuando resolvió cumplir a la buena de Dios los mandamientos de la Iglesia, se desagradó menos, y como la belleza de su alma fué revelándosele día a día, quiero creer que ha debido terminar por no desagradarse en absoluto.

He ahí un grande y famoso ejemplo que nos es lícito oponer a esos feroces santos que han pretendido que la búsqueda de la virtud debe tener por efecto desagradarnos de nosotros mismos cada vez más. François Coppée, tan juiciosamente admirado, como

poeta y como cristiano, por la *Bonne Presse,* tenía, pues, en el más alto grado el testimonio de su conciencia. Su caso es irrefutable e irrefragable. Es, no cabe duda, el caso de los esposos Bivalvo y el de muchos otros.

La consecuencia salta a la vista. ¿En qué ciénaga de ignominia tienen que estar hundidos los infelices que viven en constante desagrado de sí mismos? El hombre justo debe estar satisfecho de sí exactamente como el salchichero que hace su caja la noche del 14 de julio, bien cerrados los postigos, después de haber vendido en la jornada una extraordinaria cantidad de inmundicias. ¿Quién se atreverá a decir que no es eso un provechoso examen de conciencia? ¿Y cómo podría rehusarle ésta su más encantador testimonio?

El virtuoso Fouquier-Tinville, en el momento de ser conducido a la guillotina, a la que había mandado a tantos, escribió: "No tengo nada que reprocharme; muero tranquilo". Este testimonio de su conciencia está conservado en los archivos nacionales. Semejante reliquia es milagrosa, probablemente, y habría que hacerla tocar a los imbéciles atacados de mansedumbre.

Los teólogos que hablan de la conciencia parecen ignorar que ésta no puede ser *idéntica.* La conciencia de Nerón, por ejemplo, que se sabía matricida, emperador del mundo y artista superior, no era, seguramente, la conciencia de los andrajosos cristianos a quienes convirtió en luminarias. De igual modo, tenemos hoy la conciencia del dueño de la herrería y las conciencias de los obreros, de las mujeres de los obreros, de los niños de los obreros a quienes utiliza. Tenemos la conciencia de los ricos y la conciencia de los pobres, la conciencia del burgués y la conciencia evidentemente disparatada de los artistas. Tenemos, en fin, en sentido general, gentes que no llevan nada sobre la conciencia y gentes que llevan algo sobre la conciencia, dése a estas palabras la significación que se les dé. Hay, así, tantos testimonios como conciencias, y uno se pierde como en un laberinto. A veces pienso que el mundo terminará con un diluvio de testimonios.

XLII

Estar por lo sólido

Algo que siempre me ha desconcertado, es oír declarar a un borracho que "está por lo sólido". Y hasta he advertido que cuanto más borracho está, más se obstina en proclamar esa inconcebible preferencia. Sé muy bien que hay hombres que no son borrachos de carrera y que se complacen en decir lo mismo varias veces al día. Sin embargo, el hecho que acabo de señalar tiene su importancia, y acaso no sería irracional buscar en esto un hilo de luz. ¿No dice la sabiduría popular que "la verdad está en el vino"? Pues con más razón debe estar en el alcohol, que es el espíritu del vino, o en el espíritu de la madera o de cualquiera otra materia vegetal o animal. Señalo, de paso, que el empleo constante de este viejo adagio es una perfecta blasfemia, si se considera que la Verdad es uno de los nombres de Cristo y que la presencia de éste en el vino transubstanciado es *real*. Pero, *non est hic locus*. Ya hablaremos de esto oportunamente.

Lo que se trata de saber ahora, es qué se entiende por sólido. Según la geometría elemental, es una porción de espacio que tiene las tres dimensiones, y esto parece incontestable. Pero, entonces, ¿qué pensar de una piedad sólida o de una sólida amistad? ¿Cómo establecer sus dimensiones? ¿Cómo medirlas? ¿No será necesario sacrificar para ello el verdadero sentido de la geometría? Tan inconcebible es una piedad triangular o poligonal como una amistad esférica o en escuadra, como una horca. Se habla a veces de libros sólidos, lo que es comprensible si se los considera como paralelepípedos que pueden ocupar un lugar más o menos grande en la biblioetca de un burgués. Lo evidente, y toda otra concepción resulta ilusoria, es que no se puede estar por lo sólido sino de plano o redondamente.

El hombre que está por lo sólido, que quiere lo sólido, debe, entonces, mantenerse alejado en lo posible de la religión, que es evidentemente líquida o gaseosa, puesto que sólo prsenta objetos inasibles para la mano del salchichero e imperceptibles para el ojo del buey. Interrogad al señor Bergson. Si su digestión ha

sido satisfactoria o si el último retrato que le hiciera un audaz cubista ha colmado el ideal de su estética, os contestará de buen grado, quiero suponerlo, que el Espíritu Santo no ha descendido todavía hasta él y que la Encarnación del Hijo de Dios está en juicio; pero que la pierna de cordero, sazonada con ajo o sin ajo, es un alimento de indiscutible solidez, que en todas las religiones hay algo de bueno, que la más hermosa muchacha del mundo no puede dar sino lo que tiene y que París no fué hecho en un día. Y con eso os veréis plenamente iluminados.

XLIII

Es mejor entenderse con Dios que con los santos

He ahí el precioso consejo de la gente ilustrada, que sabe a qué atenerse. En otros tiempos, hace mucho, cuando los protestantes y los modernistas no habían sido creados aún, se creía que los santos tenían el poder de ir en ayuda de aquellos que los invocaban con amor. Había mártires famosos que no regateaban su asistencia a los pobres cristianos que los honraban recordando sus tormentos. Había asimismo patronos para los distintos oficios: San Blas, protector de los tejedores; San Bartolomé, de los sastres; San Crispín, de los zapateros; San Eloy, de los orfebres y los cerrajeros; Santa Catalina, de los carreteros; San José, de los carpinteros; San Cosme y San Damián, de los médicos; San Isidoro, de los labradores; San Fiacro, de los jardineros; San Ives, de los abogados; San Lucas, de los pintores; San Miguel, de los pasteleros; San Francisco, de los tapiceros, y tantos otros que ignoro o que olvido.

Cada uno de estos habitantes del Paraíso era honrado de una manera especial y objeto de una confianza que nada alteraba. Uno se entendía con Dios, pero por intermedio de sus santos, no sólo en Francia sino en todos los países cristianos. Era un reflejo de la Gloria esencial en las moradas más humildes, y así se formaron los pacientes y milagrosos pueblos de la Edad Media. Sólo los mendigos, sólo los descamisados que pedían su pan de puerta en puerta tuvieron el privilegio insigne del patronato directo de Je-

sucristo, y por eso, por estar configurados con el Salvador del mundo más que los otros cristianos, acogerlos era un gran honor y una alegría. Cuando alguien encontraba a uno en una campaña agostada, creía encontrar una fuente viva...

La piedad moderna, al abolir esa poesía grandiosa, ha establecido que los viejos santos de otros tiempos debían ser considerados en adelante como domésticos de poca confianza al servicio de un Dios eventual, que podía ser problemático. De manera que los más seguro parecería ser hoy no tener asuntos con otras personas que no fueran el alguacil o el perceptor de rentas. Creo que no queda otra cosa en el tamiz por el cual han sido pasadas las cenizas de los siglos. Esto es suficiente para nuestro burgués, que no quiere saber nada con el calendario eclesiástico y que no se considera impío. Es también suficiente para muchos sacerdotes enemigos de la exageración religiosa, que cuando sus feligreses tienen la bondad de no hacer en plena iglesia sus inmundicias y piden amablemente la llave del retrete, proclaman que la fe progresa.

XLIV

¡La religión es tan consoladora!

Esta afirmación es ordinariamente proferida o susurrada por personas que no tienen ninguna necesidad de consuelo. Da a entender que se tiene justamente la religión necesaria para no parecerse a esos publicanos que ayunan con tristeza todo el año, mientras uno se atiborra sin descanso de exquisitos manjares, en una gran paz de conciencia. Nada se debe a la gente que muere de miseria, puesto que tiene la religión para consolarse. Allá ella si quiere comer su piltrafas con deleite, y hasta si le place regocijarse no comiendo absolutamente nada. Los vientres huecos son excelentes tambores para incitar a los miserables a la conquista del Paraíso. Tanto peor para ellos si no comprenden su ventura.

Un amigo mío visita al cura de una de las parroquias más ricas de París. Delante de la puerta hay estacionados coches relucientes, y el pedestre visitante debe esperar que termine el desfile de las

hermosas damas y los magníficos caballeros. Se lo hace pasar, por fin.

—¡Qué cambio para usted, señor cura! — dice mi amigo, aludiendo al contraste entre aquella parroquia y otra muy pobre que su interlocutor conoce muy bien.

—En efecto —respondió el cura—, *esto es más consolador.*

Subrayo estas palabras, que acaso no serían suficientemente advertidas. Aunque parezcan nada, en ellas está toda la historia de nuestra hermosa Francia religiosa de los comienzos del siglo XXI. Aquel digno cura no tenía temor en declarar que necesitaba consuelo. El espectáculo de la pobreza afligía a su alma sacerdotal. Su lugar no estaba entre los que sufren, y hubiera sido preferible que se le confiaran las ovejas que era capaz de apacentar. Porque los ricos son consoladores y tienen también ellos algunas veces el deseo de ser consolados.

Había que decir, para ser exactos, que lo necesitan aún más que los pobres, pues su alma es mucho más fina, como delicadamente lo ha observado nuestro Paul Bourget, dotado él mismo de un alma tan fina que parecería tener sólo una de las tres dimensiones requeridas para la delimitación geométrica de las cosas groseras y palpables. Esto es admirablemente comprendido por los curas de las señoras. Ellos las consuelan y ellas los consuelan. La religión es, entonces, un bazar de consuelos recíprocos, un bazar distinguido donde se intercambian continuamente palabras de consuelo, *verba consolatoria,* como las proferidas por el ángel del profeta Zacarías, pero donde las almas groseras de los indigentes no pueden ser admitidas.

Sin necesidad de remontarse hasta los tiempos de los mártires, cuya historia no es del todo consoladora, uno puede leer en infinitas obras que ha habido épocas, muy anteriores a la institución de los jesuítas, en que se hablaba mucho menos de consuelo. El consuelo era diferido para la venida del Paráclito, que se suponía lejana, y esperando ese Tercer Reino de Dios sobre la tierra, creíase que había que sufrir al pie de la Cruz, en la Sangre del Padre de los pobres. Se pensaba eso resueltamente, absolutamente, y la devoción no tenía nada de sentimental. La "eminente dignidad de los pobres", de la que hablara Bossuet mucho más tarde, no era un vano palabreo, sino una realidad tangible, indiscutida, hasta el punto que frecuentemente se veía que ricos, y has-

ta grandes señores, se hacían pobres para participar de ella. Cierto es que entonces se tenía temor del Evangelio y que después uno se hizo más valiente. "¡Ay de vosotros, los ricos, que ya tenéis vuestro consuelo en este mundo!" ¡Intentadad, si no, atemorizar a alguien con estas palabras de Cristo!

Pero veo que nuestro cura nos ha llevado demasiado lejos. La necesidad moderna de consuelo no se hace sentir menos entre los pobres que entre los ricos, y es eso lo que Bourget no comprende. Tampoco lo comprendo yo, desde luego, aunque estoy situado a cierta distancia del ilustre psicólogo. "Quiero amar, pero no quiero sufrir", hace decir imbécilmente a una de sus heroínas el imbécil Alfredo de Musset. He ahí el sentimiento universal de nuestros devotos y nuestras devotas, ricos y pobres.

En cuanto a los pobres, esto es desconcertante. ¡Tener al alcance de la mano el sufrimiento y la ignominia, y no quererlos! En otros términos, ¡tener el medio de construir una catedral espiritual más magnífica y más alta que las basílicas famosas, y preferir a la primera piedra una frase melosa susurrada en la penumbra! Acaso Dios no exista, ¡pero es tan consoladora la religión! ¡Ah, bendita religión de fariseos y fariseas, a cuyo corazón prostituído sirve de *consuelo* el Sudor de Sangre del Hijo de Dios!

XLV

Los pensamientos detrás de la cabeza

Se dice que un hombre tiene pensamientos detrás de la cabeza cuando no manifiesta todo lo que piensa o todo lo que quiere. Es un caso harto frecuente y dicha locución no expresa nada excepcional. El que dijera todo lo que piensa y declarara todas sus intenciones, sólo tendría pensamientos delante de la cabeza, pensamientos de *fachada,* por decir así, y sería una especie de monstruo. Su cabeza parecería una cosa imposible, sin altura ni fondo, sin techo, sin bodega, sin escalera, sin propietario, donde uno sólo podría extenderse para dormir sacando los pies y hasta las piernas por la ventana, con escándalo de la gente elegante o

razonable que pasara por la calle. No es posible imaginar nada más absurdo. Suponiendo que semejante morada pareciera habitable a los infelices acostumbrados a hacer ostentación de su miseria, ¿cómo gentes dignas de estimación, *que no tienen nada que reprocharse,* podrían soportar ofrecerse como espectáculo a todos aquellos que sintieran tentaciones de mirar en su interior?

Un hombre que tiene pensamientos detrás de la cabeza, por el contrario, es simplemente un individuo sensato, que habita una casa cómoda, provista, en consecuencia, de un lugar retirado donde le es permitido pensar libremente y de otro, poco alejado del primero, donde puede obedecer a ciertos llamados de la naturaleza sin que nadie se entere de ello. El ideal sería que no hubiera allí sino un solo lugar para las dos funciones, en cuyo caso ambas parecerían tener una misteriosa y profunda conformidad. Los especuladores y los sociólogos me comprenderán.

XLVI

Leer entre líneas

Es facilísimo. Basta tener una pizca de clarividencia, haber vivido un poco y hacerse al hábito de no comulgar con ruedas de molino. Un ejemplo entre miles:

"Querido maestro: Acabo de leer, con indecible admiración, su incomparable obra sobre la *División del trabajo sexual como base de la solidaridad conyugal,* y no sé cómo expresarle mi entusiasmo", etc.

El autor de la obra, afortunadamente un circunciso, Emile Durkheim, pontífice de la sociología sorbónica y hombre seguramente habituado a la lectura interlineal, descifrará esto:

"¡Triple idiota! Acabo de tragar, con indecible asco, la obra maestra de cretinismo que has tenido la indecencia incalificable de publicar, y no quiero perder un minuto para vomitártelo a la cara", etc.

Adviértase que atenúo considerablemente las expresiones supuestas de una simple carta a un profesor venerado. ¿Qué diría de todo un libro que fuera leído de la misma manera? Se sobre-

entiende que en este nuevo caso, a la inversa, es el autor quien hablaría a su lector; pero el estilo no sería menos generoso. He aquí, poco más o menos, la sincera advertencia que se encontraría entre el montón de líneas de las cuatrocientas páginas de una novela de Paul Bourget, Maurice Barrès o, sin ir más lejos, de Bottom:

"Imbéciles *snobs* y deliciosas mujerzuelas, he aquí mi inmundicia. Saboreadla. Es digna de vosotros y vuestro gusto infalible para los excrementos sabrá apreciarla", etc.

Debería fundarse una cátedra para la enseñanza de la lectura entre líneas.

XLVII

Leer con madurez y reflexión

Sólo hay un libro que puede ser leído *con madurez y reflexión*. Es el libro de la Vida, que tiene una sola línea: *Electus vel Damnatus.*

XLVIII

Deber a dios y al diablo

Parece ser exactamente la misma cosa. Se debe a Dios, dicen los doctores ascéticos, el sacrificio de la voluntad, de los afectos, de los gustos, de la vida misma. Y el diablo exige lo mismo. La sola diferencia, que podría creerse esencial y que es, por el contrario, una confirmación de la identidad, consiste en que Dios exige que se renuncie al diablo y el diablo, a su vez, quiere absolutamente que se renuncie a Dios.

¿Cómo hacer para contentar al uno y al otro? A primera vista, parece imposible. El burgués, que tiene sentimientos religiosos, comprende claramente que para desenvolverse bien en los negocios,

que es lo primero que debe tenerse en cuenta, es indispensable servir a dos amos al mismo tiempo. Siente, por otra parte, que actúan en él, en permanente oposición, los dos hombres de los cuales se habla en el Libro, y le es imprescindible que uno y otro estén en actividad. Interviene, entonces, una oscura contabilidad: ¿Hemos hecho hoy lo necesario para complacer a Dios sin desagradar al diablo? Y viceversa: ¿no hemos desagradado a Dios haciendo demasiadas concesiones a su adversario? ¿Quién puede vanagloriarse de tener el tacto requerido para el manejo de semejante balanza?

¿Quién? El burgués, naturalmente, el burgués, con su libro de Debe y Haber. El difícil arte, en el cual sobresale, consiste en transportar alternativa y sutilmente a Dios y al diablo de una y otra columna, tratando de no hacerse de enemigos, girándolos provechosamente al uno después del otro. Es un sabio equilibrismo que requiere, a la vez, experencia, rapidez y un sólido estómago.

Se argüiría tal vez que busco el mediodía a las catorce, que los que emplean este lugar común quieren decir, simplemente, que se debe dinero a todo el mundo. Contesto, según hice ya varias veces, que la palabra del burgués, como tiene algo de profético, va mucho más lejos que su pensamiento —que no va ordinariamente a ninguna parte— y que es eso lo que, en realidad, acabo de decir.

XLIX

Como haces la cama así duermes

Hablando de Carlos el Temerario, un viejo historiador se expresaba así: "Aquel que heredó su lecho debió prestarlo para hacer dormir, puesto que un hombre de tan grande inquietud había podido dormitar en él". La frase merece ser citada, pero no sabemos cómo estaba hecha la cama del violento príncipe, y puede presumirse que éste apenas se acostaba.

Nada de común tiene esa cama con las de nuestros burgueses, en las cuales no descansan ordinariamente el heroísmo y la inquietud guerrera. Estas buenas gentes mandan hacer sus camas por

criados más o menos solícitos y se acuestan generalmente sin ninguna preocupación, siempre que los negocios marchen bien. Aquellos que las heredan después de su muerte, las hacen desinfectar cuidadosamente para dormir en ellas con el mismo sueño, y eso es todo. Son semejantes a sepulcros adornados y confortables donde una carroña reemplaza a otras, sin inconvenientes ni peripecias.

Pero si se quiere decir positivamente que un burgués hace él mismo su cama, es en sentido figurado como hay que entenderlo. En este sentido, no es *temerario* afirmar que la mayor parte de los burgueses se acuestan en el lodo, y no pocos en el lodo de la sangre de los pobres, a la espera del colchón de brasas que se preparan para la eternidad.

L

Aguar su propio vino

Es una antífrasis. El hombre sabio echa agua en el vino de los demás, toda el agua posible, y él bebe su vino puro, sobre todo si pertence a una sociedad de temperancia. Pero esto no es más que el comienzo de la sabiduría. El colmo de ella sería el diluvio, y no es oportuno llegar hasta eso. No hay por qué ahogar al cliente ni comprometer las cosechas. Discernimiento y justa medida: he ahí lo que pide la razón. Algunas veces conviene emborrachar al cliente y otras es ventajoso dejarlo con sed. Cuestión de tacto y golpe de vista.

La única regla invariable es ahogar siempre el entusiasmo y apagar todas las luminarias de la esperanza.

LI

El latín de cocina

La primera cosa que uno encuentra al salir de la universidad, es el latín de cocina. Todo el mundo sabe que el latín de cocina es la lengua de la Iglesia, la lengua de Dios, no la que hablaba Cicerón. Hasta los viajantes de comercio, incapaces ellos mismos de declinar *rosa,* la *rose,* están enterados de que los paganos hablaban un latín muy superior al de la Vulgata. Es la única noción que han adquirido, pero tiene la solidez de la roca y vale más que todas las humanidades. Con ella se ponen al nivel de los sorboneros, que se dedican tan generosamente a la abolición de la enseñanza clásica.

La Iglesia habla latín; por consiguiente, el latín es funesto. La conclusión resulta simple y clara. El símbolo de la fe y el *confiteor* están en latín, como asimismo la absolución, la misa y todas las ceremonias del culto. ¿Hace falta más? Todas estas antiguallas son incompatibles con el deporte y las demás manifestaciones de la vida práctica. Anulemos la lengua caduca que las expresa, y habremos dado un gran paso. Por lo demás, repito, esta lengua, tan hermosa en los tiempos de los ídolos, no vale ya nada desde que la usan los cristianos, los que la han convertido en latín de cocina.

¿Por qué de *cocina?* Nunca he oído decir que los cocineros y las cocineras tengan la costumbre de emplear ningún latín para sus combinaciones, aun las más sabias. ¿Acaso la tradición veinte veces secular de algunas recetas de Apicio habrá hecho creer que han estudiado a ese viejo autor? Pero Apicio, el más célebre glotón de la antigüedad, vivió en tiempos de Tiberio y su tratado sobre el *Arte culinario* está escrito en la lengua de Petronio, que no era ciertamente un cristiano. Habrá que buscar, entonces, en otra parte el origen de este lugar común, y yo renuncio a ello, limitándome a presumir que, secretamente y a pesar de todo, un oscuro temor a las parrillas y a los asadores del infierno atormenta a los arrogantes enemigos del latín de iglesia.

LII

El latín, en las palabras, desafía a la honestidad

Desafiar a la honestidad parece implicar que se es deshonesto, lo que asombra, tratándose de una lengua reputada muerta. Si honestidad significa pudor, como en los tiempos de Boileau, la consecuencia lógica es que se puede decir en latín las peores obscenidades sin temor de hacer ruborizar a las personas más castas, aun en el caso de que ellas comprendieran. Así se explicaría tal vez el encarnizamiento de nuestros universitarios contra una lengua que ultraja su pureza, y los impúdicos estarían en condición de combatirlos con energía. Tendríamos entonces, un harto hermoso espectáculo: el conflicto entre la Sorbona y el Lupanar.

Sólo en un punto estarían de acuerdo los adversarios: la necesidad de acabar con la Iglesia, que abusa realmente de su latín. Interrogue usted a los burgueses, sobre todo a aquellos que jamás han sabido una palabra de latín, y no encontrará a uno solo que no esté persuadido de que la Biblia está llena de inmundicias, la Biblia en latín, por supuesto, pues las otras han sido muy expurgadas por serafines protestantes. Esos buenos jueces no dejarán de decirle a usted que, en comparación con la Biblia, hasta los libros de Zola son virginales, pues están escritos en francés, ¡y qué francés!, y que el latín, con el misterio escandaloso de sus deponentes y sus gerundios, es una lengua completamente pérfida. Conozco personas de una piedad sublime, que tienen horror del *Ave María,* a causa de la palabra *ventris,* que les parece una abominable profanación.

LIII

El latín es una lengua muerta

¿Por qué no se lo entierra? Terminará por oler mal y ser un peligro público. ¿El papa, obstinándose en no emplear sino el latín para hablar a todo el mundo, cuando tiene el *esperanto* al alcance de

la mano, no nos ofrece, desde lo alto de su sede, la más completa evidencia de ese grave peligro? ¿No sería conveniente hacer sufrir una rigurosa cuarentena a todos los actos pontificios, saneándolos cuidadosamente antes de permitirles la entrada, sobre todo en Francia, donde parece más temible el contagio?

La ceguera es tan extraña en este desdichado país, que no se toma ninguna precaución, hasta el punto que hay todavía individuos que creen que Tácito y Juvenal pueden ser leídos por hombres que no están en el cementerio o que la Vulgata tiene el poder de vivificar a las inteligencias.

Felizmente, la República acaba de cambiar una vez más de camisa y parece haber comprendido finalmente que el más seguro medio de terminar con el latín es estrangular a la lengua francesa. Nuestros universitarios trabajan en eso. Cuando nadie en Francia hable ya el francés, no se sabrá siquiera lo que significa el nombre de nación latina. Se succionará la vida en las generosas mamas de Inglaterra, de Alemania o tal vez de Bulgaria. Pero se podrá contar entonces, estoy firmemente convencido, con el prodigio de una lengua universal más viva que todas las que se hablan hoy en el mundo, y esa lengua será la de Cambronne.

LIV

Perder su latín o No dar con la tecla

Extraña confesión de nuestro portero o de nuestro fregapisos cuando quieren expresar su impotencia para encontrar una moneda que torpemente hemos dejado caer y que han guardado cuidadosamente en su bolsillo.

Por efecto de un oscuro y lejano impulso, esos cándidos servidores afirman, sin saberlo, que la pérdida de su latín es un desastre comparable por lo menos con la de su virginidad. El latín les pertenece exactamente como esa moneda nuestra que no consiguen encontrar, y esa pérdida los abruma de vergüenza y de fastidio.

Cuando un burgués totalmente iletrado declara que ha perdido su latín, uno debe tener el convencimiento de que le pasa algo

semejante, de que se debate en una dificultad de conciencia, probablemente por haberle fallado una mala acción. Hágase extensivo este simplísimo razonamiento a los pueblos que han perdido su latín, y me atrevo a prometer que se tendrá una confortadora visión.

LV

El casamiento es una lotería

Durante mucho tiempo se creyó que era un sacramento. Desde que se implantó el divorcio, sabemos que es una lotería, felizmente renovable. Si no se gana el premio gordo, siempre es posible insistir, y la vida deja de ser melancólica. Si las emociones de la lotería no convienen al temperamento de uno, la solución es fácil: se renuncia al matrimonio.

El nuevo orden de cosas es evidentemente magnífico. En otros tiempos, el matrimonio significaba un terrible problema. Era necesario amar y ser amado, hacer una corte más o menos larga, aceptar formalidades fastidiosas, ceremonias fútiles, y sobre todo, atarse indisolublemente, vale decir, para toda la vida. Hoy no. Uno adquiere un billete y espera tranquilamente la jugada.

Si la suerte lo favorece, ve aparecer una mujercita de mucho o poco valor, a la cual está autorizado a conducir de inmediato al registro civil, donde un funcionario sanciona sin muchos circunloquios el acoplamiento. Si el premio que le ha tocado no le satisface, procede poco después a cambiar de esposa, a cuyo efecto adquiere un nuevo billete. La ley lo estimula, lo incita a hacerlo y la lotería está siempre abierta. Si sobrevienen hijos, la beneficencia pública se encarga de asegurarles la felicidad. De iguales ventajas goza la mujer, que puede jugar en un mismo día y con reiterada fortuna varios billetes, lo que multiplica las probabilidades de que uno sea padre. La vida se convierte así en un paraíso.

LVI

Engañar a su marido

¿Me preguntan ustedes mi opinión? Hela aquí: las mujeres no engañan a sus maridos. No hay ejemplo de ninguna que lo haya hecho jamás. Es el marido el que se engaña a sí mismo. Se trata de un caso corriente de autosugestión.

Escribo para las señoritas, como se sabe, y no quisiera hacerles leer inconveniencias; pero estoy obligado a decir la verdad. Todo burgués aspira a ser cornudo. Ambición oculta, lo sé, y que algunas veces el mismo interesado ignora, pero absolutamente cierta. Sería necesario no haber explorado al burgués para no darse cuenta de que éste, desde los tiempos de Napoleón, vive devorado por el deseo de convertirse en César. Como Mesalina puede procurarle esa ilusión, busca a Mesalina o a Josefina. Es muy simple. Si su mujer no tiene el temperamento de esas generosas emperatrices, o si no es excitante, lo que con frecuencia ocurre, la estimulará, a pesar de todo, convencido de que el cornudismo es el destino de los hombres superiores. Una pequeña aventura con el joven carnicero, para hacer boca, no le parecerá mal, y el superveniente dentista le será casi agradable. Esperará entonces el advenimiento de un funcionario municipal o de un archiduque en viaje. Con eso, su papel cobrará importancia y su suerte en la malilla o en el dominó será insolente.

Los que vieran en este hombre a un marido engañado, demostrarían muy poca sagacidad. Lo sabe todo y lo ve todo. Si las farsas de su mujer no lo llenan precisamente de gloria, le conquistan por lo menos cierta consideración y lo favorecen en sus negocios. Me atrevería a decir, rogando a las almas puras que cierren los ojos y los oídos, que ese marido se encornuda a sí mismo y que en el fondo del jardín de amor donde van a cantar los ruiseñores de su esposa, hay una fuente de sucias delicias que sólo él conoce. ¿Quién osaría contradecirme entre los marranos de nuestro tiempo?

Este lugar común no tiene, pues, sentido, y la misma mujer, por tonta que sea, lo sabe muy bien. Estos dos miserables son en

realidad dos muertos que han asesinado a sus propias almas, y los muertos no pueden engañar ni ser engañados. Ambos, el uno y el otro, son espejos de ébano en el fondo del abismo.

LVII

Sólo el fango ensucia

Según y cómo. Hay fango material y fango espiritual. Puede ocurrir que una burguesa llena de fango espiritual se queje con rabia de haber sido salpicada por un ómnibus, lo que la obligará a cambiarse de vestido y a perfumar de nuevo su íntima inmundicia. Puede ocurrir también que otra burguesa no menos elegante y perfumada sea víctima de la murmuración de los tenderos de su barrio. "Sólo el fango ensucia", dirá ella, encogiéndose de hombros. "Esa gente me arrastra en el fango, pero tengo la conciencia tranquila". Expresa así su desdén por cierto lodo espiritual que ve en los otros y cuya *inferioridad* le es conocida.

Esas dos burguesas, que podrían no ser sino una, tienen perfecta razón. El lodo espiritual, que sólo ensucia el alma y del cual uno mismo tiene de sobra, no merece sino el desdén; pero el otro lodo, el que compromete el traje, provoca naturalmente indignación, y hasta rabia. Es el único que cuenta.

—¡Cómo apesta aquí! —le dije cierta vez a una amable persona que me recibía en ausencia de su marido—. ¿No nota usted este olor infame que nos llega de pronto?

—Es la vecina que abre su corazón —me explicó ella.

—Sólo el fango ensucia — respondió tranquilamente la vecina, que la había oído.

LVIII

El fuego todo lo purifica

"¡París se ha purificado!", escribía en 1871 el pestilente Edgard Quinet, contemplando las ruinas humeantes dejadas por la *Commune*. Y no fué purificado él mismo por el fuego de los

pelotones de ejecución, porque supo poner a buen recaudo su preciosa osamenta. Los pensadores de su calidad no hacían seguramente falta, y así quedó demostrado cuando París se vió por fin desembarazado de todas sus inmundicias. Al cabo de cuarenta años de república ya no cabe duda acerca de eso. La evidencia salta a la vista. ¡Qué pureza! ¡Qué frescura primaveral! ¡Qué aire saludable! ¡Qué presidentes y qué ministros cándidos! ¡Qué límpida y virginal administración! Evidentemente, el fuego lo ha purificado todo.

Sin embargo, nunca se es suficientemente puro, y Job nos dice que las mismas estrellas no lo son a los ojos de Dios. Algo, pues, le falta hacer todavía al fuego, y las compañías de seguros no dejan de sentirse inquietas.

Se me preguntará si hay que purificar también, según eso, la conciencia de la gente honrada. Y bien: sí, y seguramente más que la de los demás, pues está llamada a resplandecer en todas partes, como la luz de un astro benéfico que penetrara en las oscuras cavernas donde se ocultan todavía los últimos monstruos del fanatismo religioso. La conciencia de un Emilio Combes, por ejemplo, o la de un Hanotaux o un Anatole France, ¿será suficientemente pura? Es probable, pero no en exceso, y considero que un buen incendio no la perjudicaría. Además, podemos dar por seguro que sus mismos admiradores se encargarían de la provisión de las primeras leñas. Nadie mejor que los discípulos para purificar a los maestros poniéndoles fuego en el trasero.

LIX

Hacer la parte del fuego

En otras palabras, sacrificar lo menos para salvar lo más. Un comerciante hace la parte del fuego cuando llena un tonel con agua de su pozo, pero pone en ésta un poco de vino para colorearla. Un farmacéutico hace la parte del fuego cuando vende por sólo diez francos una droga infame que le ha costado sesenta céntimos. Un marido hace la parte del fuego cuando permite que su mujer

consuele a algunos admiradores. Puede decirse también que, en ese caso, él mismo es el fuego y su esposa el combustible.

Los cristianos hacen la parte del fuego cuando se dignan acordar algo a Dios, que es el Fuego esencial, el Fuego central, eternamente encendido para devorarlo todo cuando llegue el fin de los fines.

LX

El fuego sagrado, el fuego de la composición, el fuego de paja

Identidad habitual de estos tres fuegos. Difíciles de encender, se apagan con una rapidez increíble. Algunas veces no se encienden en absoluto, como esas famosas bujías de Robert Macaire, cuyo fin no se ve, por la sencilla razón de que jamás se consigue encenderlas.

Este último caso parecería ser el de algunos de nuestros más ilustres académicos, tales como Paul Bourget o René Bazin, cuyos libros pueden ser puestos sin ningún peligro en los graneros más inflamables. Podría nombrar muchos otros que trabajan, dicen, en el fuego y cuyas obras, generalmente recomendadas para las vacaciones estivales, tienen la ventaja de procurar a aquellos que las leen la agradable sensación de los dedos helados o la frescura de los pozos. Es así como puede explicarse la perennidad de su éxito.

LXI

Echar aceite en el fuego

Es el antiguo método para activar los fuegos mezquinos que no quieren llamear. Sin embargo, mejor que el aceite es el petróleo, por ejemplo, cuyos mágicos efectos pudieron comprobarse

en los tiempos de la *Commune*. Recuerdo aquellas bombas de incendio vomitando oleadas de petróleo sobre el palacio municipal en llamas. Jamás se había visto a París tan bien alumbrado.

Pero no se trata aquí de la luz. Lo que se busca es la destrucción, y para eso tenemos los explosivos: la dinamita, la melinita, la panclastita, a elección de los aficionados y al alcance de la mano. "El Etna en casa", como decía Villiers de L'Isle Adam. El viejo aceite de nuestros padres hace un triste papel al lado de esos productos, una damajuana de cualquiera de los cuales, puesta delicadamente sobre el más insignificante fuego de una maledicencia o una calumnia, creo tendría un efecto inmediato infinitamente superior. Ofrezco esta idea a aquellos que se quejan constantemente de las cerillas del estanco.

LXII

Jugar con fuego

Se afirma que es un juego que termina mal. Acaso se deba ello a que las reglas de éste son mal conocidas. Se dice que una dama juega con fuego cuando se pone demasiado cerca de un señor ardiente, y viceversa. Conocí a un capitán de bomberos cuya mujer y sus dos hijas jugaban continuamente con fuego. Barbey d'Aurevilly, que me introdujo en la casa, decía que la maquinaria del cuartel vecino las apaciguaba. Ignoro cuál fué el fin.

Tengo, por otra parte, pensamientos de muy distinta índole, en los cuales no intervienen para nada las damas. Sé que existe un fuego más temible que el de los volcanes, cuya proximidad es benéfica, y que es un gozo magnífico jugar con él, un gozo tal, mis queridos amigos, que nos hace semejantes a los niños y que podría matarnos. Pero es necesario haber navegado en las aguas del Diluvio y no haber tenido miedo de sudar Sangre con Jesús, en el Jardín de la Agonía.

LXIII

Estar entre dos fuegos

Un buen soldado está entre dos fuegos cuando no puede emprender la fuga delante del enemigo sin correr el riesgo de hacerse saltar inmediatamente los sesos por su capitán. Es el caso, en un sentido o en otro, de todos aquellos que se encuentran entre dos fuegos.

Uno se halla dispuesto para el mal, sólo aspira a hacerlo, cosa perfectamente humana, puesto que tal es el instinto de la mayoría de los hombres. Tiene por delante la atracción ardiente, poco menos que irresistible, de las concupiscencias; pero he aquí que detrás de él están los gendarmes, o a falta de ellos, las fulgurantes bofetadas y los abrasadores puntapiés de todos aquellos que han podido eludir todavía a la justicia. Y está también, finalmente, la desconsideración pública, que podrá no importarle un bledo, pero que le será desfavorable en ulteriores empresas. Y para colmo, ni siquiera le queda el recurso de cruzarse de brazos. Debe hacer, absolutamente, una cosa u otra.

Lo único que puedo proponer a todos aquellos que se encuentran en tan angustiosa alternativa, es el magnánimo desinterés de un famoso bohemio, cuya historia es ésta:

Ocurrió en 1848, en la época de las barricadas. El tal bohemio se vió de pronto en medio de una calle que no pertenecía ya a nadie. Dos bandos se disputaban su posesión: de un lado tropas regulares y del otro insurgentes. No había posibilidad de huir. ¿Qué hacer, pues? Nuestro hombre se hallaba más próximo a los últimos, y como viera que uno de ellos manejaba su fusil con muy poco acierto, se lo tomó cortésmente de las manos, apuntó a un oficial y lo dejó tendido. Después de este magnífico tiro, dirigiéndose al insurgente exclamó: "¡Así hay que hacer!", y devolviéndole el fusil agregó: "Tómalo, no lo necesito. *No es ésta mi opinión*". Y pudo así marcharse tranquilamente, alta la frente y cubierto de gloria.

LXIV

Tirarse al fuego por alguien

"Me tiraría al fuego por mi marido", dice una mujer virtuosa. ¿Por qué no al agua? "Seguramente porque el fuego es su elemento y correría el riesgo de que el agua lo apagara", responde uno de mis alumnos. Esta respuesta, lo reconozco, puede parecer perfectamente imbécil. ¿No es evidente, acaso, que esa excelente señora declara así su resolución de afrontar todo por aquel a quien ama? Llegado el momento de la prueba, demostraría su coraje.

Sin embargo, tirarse al fuego por un burgués parece un poco duro. Es posible, sin duda, reemplazarlo en la imaginación con un paladín, con uno de esos héroes sublimes a la sombra de los cuales uno moriría dichoso. Pero los maridos raras veces son héroes. ¿Cómo imaginar a un semidiós que tenga una esposa dispuesta a aprobar sus escapadas y a compartir los riesgos? Eso apenas se ve hoy en las novelas de aventuras, que ya no leen ni las dactilógrafas.

Sería, pues, conveniente situar, en cierto sentido geográficamente, este lugar común, vale decir, establecer con la mayor exactitud la abnegación que implica. Pero eso no es cosa fácil y no lo intentaré yo. Ruego, en cambio, que se me permita ofrecer una observación sacada de mis recuerdos.

Si la señora Prud'homme ve a su marido en medio de las llamas, ¿no es natural que piense, ante todo, como verdadera cristiana, en salvar el alma de ese hombre, vale decir, la caja, que es también la niña de sus ojos? Así se lo ha dicho él muchas veces. Para eso, ella se arriesgará, casi de buen grado, ofreciendo hasta la revelación de lo más íntimo de su persona a un caballeresco bombero que prometa cubrirla de agua a la ida y a la vuelta. Y si el marido en trance de asarse tiene un perro al cual quiere, la abnegación no le permitirá a su esposa olvidar a ese cuadrúpedo, y volverá, lo más pronto posible, a desvanecerse de heroísmo en los brazos de su bombero. Si después de esto cae al río el marido, salvado milagrosamente de las llamas, ¿tendrá que precipitarse también ella? Creo, en conciencia, que no. Su papel es darse únicamente al fuego y a los bomberos.

LXV

El bautismo del fuego

Tenía impaciencia por llegar a éste. El famoso emperador iconoclasta Constantino V, apodado el *Coprónimo,* tan justamente admirado por los protestantes, debe su sobrenombre inmortal al hecho de que en el momento en que el patriarca de la ciudad guardada por Dios lo bautizaba, ensució con sus excrementos el agua del baptisterio.

En el bautismo del fuego las cosas pasan de otro modo. No hace falta el patriarca y el baptisterio es reemplazado por los calzones de los reclutas. Hay diferencia. Pero es un bautismo, a pesar de todo, uno de los doce o quince bautismos que inventó el siglo XIX.

Tenemos, en efecto, el *bautismo de la espada,* usado en las universidades alemanas, y el *bautismo de la ciencia académica,* inventado éste, hace alrededor de treinta años, por el padre Didón, de judaica memoria. Más recientemente apareció el *bautismo civil,* instituído por uno de nuestros más líricos diputados. ¿Por qué no ha de implantarse el bautismo de las bofetadas y el de los puntapiés en el trasero? ¿Por qué no el de la crónica, el de la novela folletinesca, el del notariado, el del empadronamiento, el del cornudismo, el de la quiebra fraudulenta o el de la policía correccional? Puestos en el trance de enumerar todos los bautismos imaginables, no terminaríamos nunca.

El único que no cuenta es el Sacramento de la Iglesia, el que ha dejado de ser una realidad para los herederos de la conciencia del Coprónimo.

LXVI

¿De dónde saca usted las hermosas cosas que dice?

Es muy sencillo, mi estimada señora. Recojo los pétalos de las flores de su pensamiento. Traduzco como puedo, en mi pobre lengua, "la misteriosa sonrisa de la Gioconda", que veo en sus

labios, y eso me basta. Cuando no me habla, me parece que me hace usted una gracia. Mi espíritu se eleva dulcemente. Cuando me habla, por el contrario, se enfurece y vuela muy lejos. Temo oír cosas demasiado bellas que yo sería incapaz de expresar convenientemente. No me interrogue, pues, se lo ruego. Dése por satisfecha con inspirarme silenciosamente y saber que leo en su radiante rostro todos los lugares comunes, como leería un poema difícil en un manuscrito admirable iluminado con genio por un gran artista olvidado.

LXVII

Es usted un original

Acusación temible. Todo puede ser perdonado, menos eso. Un burgués dará su hija a un fallido, a un asesino, a un infame proxeneta, a un gestor de traiciones y de ignominias, a un ministro, pero no a un original. Es tal su repugnancia, que la misma riqueza, por venerable y santa que sea a sus ojos, no puede hacer nada o casi nada para vencerla.

Los poetas, los que viven al margen del orden, los bohemios, se complacen en pensar que la originalidad es algo. Esos pobres diablos creen hacer el elogio de un escritor, por ejemplo, diciendo que es un original, que es él mismo y no otro, y no comprenden que este elogio lo deshonra. ¿Se atreverían a decir que un quincallero o un procurador de primera instancia pueden tener originalidad? El sentimiento del ridículo los ahogaría de inmediato. ¿Hay nada más concluyente?

Un buen escritor, digno de la Academia, no debe ser más original que un zapatero o un curtidor. Hasta tiene el deber de execrar la originalidad desde lo más íntimo de su corazón. Un hermoso libro de Anatole France o del honrado Lavedán no choca a nadie y todo el mundo puede leerlo con deleite, y ése es el signo que lo distingue. Un cuadro o una escultura deben poder ser apreciadas por los estimables peluqueros, y un monumento público o particular ejecutado por un arquitecto concienzudo no debe exigir más invención que un establo de cerdos. He ahí la experiencia de los siglos.

Un hombre vale otro, y el sufragio universal, al que debemos tantos beneficios, lo demuestra sobradamente. Pensar o proceder de manera distinta a la de todo el mundo es injurioso para la multitud. Platón, que quería rodear a su república de sólidas murallas alejando de ella todo aquello que podía atacar a la moral, desterró sin misericordia a los poetas y a esos otros causantes de trastornos a quienes se llama hoy artistas originales. Más seguro sería matarlos. La verdadera moral vislumbrada por el divino Platón consiste en ser del rebaño, en parecerse a todo el mundo, y para la estricta honradez burguesa descolgar estrellas es abusar de la confianza del casero.

LXVIII

El honor

¿Quién sería capaz de decir qué sentido tiene hoy esta vieja palabra? Un individuo hecho caballero de la Legión de Honor por haber merodeado fructuosamente en la política, en el arte o en las finanzas, puede muy bien no haber estado jamás en el campo del honor, no tener el menor sentimiento de honor, amainar en una cuestión de honor, no hacer honor a sus compromisos, y conquistar, no obstante, los honores supremos. Parece que todo eso puede conciliarse muy bien.

El mismo caballero no tendrá ningún inconveniente en faltar a su palabra de honor para desembarazarse de un sucio negocio con los honores de la guerra. Invitado a cenar, se le harán los honores de la casa y él hará honor a la comida, con excelente apetito. Si algo turbio provoca en la oportunidad la movilización de la policía, él se esquivará graciosamente por la escalera de servicio mientras el comisario subirá por la escalera de honor. Todo esto también puede conciliarse perfectamente. Una mujer sin un glóbulo de honor puede, seguramente, mejor que otra, ser dama de honor de una reina, y aun de una emperatriz. Eso se ha visto.

Lo que no se ha visto es un casamiento burgués sin cortejo de honor. Para una familia que se respeta es una cuestión de

honor no privarse del séquito formado por un grupo de jóvenes, niños y niñas, sin cuya presencia la ceremonia no valdría nada.

Hay también deudas de honor, que no es forzoso pagar, sobre todo cuando se ha dado a medio día palabra de honor de hacerlo a las catorce.

Se objetará, tal vez, que existen las leyes del honor; pero ese código gótico, mal transcripto por los copistas y comentado por demasiados intérpretes, es infinitamente oscuro. El resultado de ese conjunto de observaciones es, en definitiva, que no hay medio de saber exactamente en qué consiste el honor.

Después de inmensas meditaciones y de un número incalculable de copiosas comidas, he sacado en limpio que el honor es un Dios crepuscular, un falso Dios al que hay que derribar como a los otros, y que el generoso legislador que decrete su abolición será acreedor a un monumento cuya altura llegue hasta la luna.

LXIX

La honestidad

Es lo que nos hace falta: honestidad, vale decir, el arte de amoldarse a todo el mundo oportunamente, de suerte que no haya distinción admisible entre los hombres que han ganado dinero, sea como fuere. No hay por qué pensar otra cosa. La posesión del dinero es el signo de la honestidad, es la honestidad absoluta.

Hasta hace algún tiempo, por mucho que el viejo honor estuviera ya completamente desmonetizado, se creía todavía un poco en la honestidad de los pobres. Ese error se ha disipado, felizmente. En esa época no se advertía suficientemente la enorme desigualdad entre el hombre honesto y el "honnête homme", entre la mujer honesta y la "honnête femme", es decir, entre aquellos que andan de viaje sin conocer los caminos y aquellos que, conociéndolos muy bien, han llegado con ventura a su destino. Es indudable que esa desigualdad puede desaparecer algunas veces súbitamente por efecto de una estafa grandiosa o del asesinato de un ascendiente adinerado. En ese caso, el calificativo precederá al substantivo, en lugar de seguirlo, y con eso todo está dicho.

El hombre honesto y la mujer honesta carecen necesariamente de dinero y se hallan situados en esa jerarquía inferior de la sociedad en que uno se gana la vida trabajando. Son ajenos en absoluto a la Honestidad supereminente designada con una mayúscula. Los hombres y mujeres que llevan el calificativo por delante, viven, al contrario, cómodamente, utilizando a los primeros con astucia, y merecen, en consecuencia, muy otra consideración.

Espero que no se me reprochará ser un demostrador sin claridad. ¿Qué más se me puede pedir? "La verdad está en marcha", decía Emile Zola. *Omnia tempus habent.* Después del honor, la honestidad; después de la honestidad, la granujería y la desvergüenza engendradas amorosamente por ella. Y no pararemos ahí.

LXX

Es preferible oír eso que ser sordo

Es lo que dirá o pensará el burgués obligado a escuchar la *Sinfonía pastoral* o un oratorio de Handel. Si se volviera sordo, como Beethoven, se le parecería en eso, sin duda, pero ¡a qué precio! Pensad que ya no podría oír el divino tintineo que las monedas de oro o plata hacen sobre su mostrador y que la placentera música de los sollozos del pobre no acariciaría más su tímpano ceruminoso. ¿Qué interés tendría la vida para ese buen hombre y cuál sería la recompensa de sus trabajos, si no pudiera ya gozar con la desesperación de los indigentes que le imploran y a los cuales cultivó cuidadosamente durante años, como flores de dolor cuyo desarrollo completo debía ser para él la restitución del Edén perdido?

Porque el burgués es mucho más profundo de lo que puede pensarse y de lo que él mismo supone. El Pobre es Jesucristo, Salvador de los hombres. El burgués no lo sabe, por supuesto, pero lo siente y lo adivina. Vislumbra confusamente que la victoria de ese Vencedor le será adversa, y es necesario impedirla a cualquier precio. Si eso es imposible, fabricará por lo menos otro paraíso terrestre, haciendo sufrir a los miserables cuyo Padre es Jesús. Reemplazará para ellos el Jardín de Voluptuosidad con el jardín de los suplicios y substituirá para sí mismo los horreu-

dos gemidos de los pobres por los cánticos infinitamente deliciosos e infinitamente perdidos de los ruiseñores eternos.

A falta del sentido del oído tendría, seguramente, el de la vista, y ver sufrir a Jesús en sus pobres miembros, ya es algo. Sí, es algo. Pero oírlo gemir, oírlo por boca de las criaturas y de las madres, oírlo llorar en el llanto de los viejos... ¡qué sinfonía incomparable! Y para el hombre honrado, ¡qué infierno no poder ya embriagarse con ella!

LXXI

Donde nada hay, el rey pierde sus derechos

Es lo que le ocurre al casero que ha hecho gastos y encuentra que no hay nada que embargar. Extraña situación de un rey moderno cuya majestad es así menoscabada y que ni siquiera tiene cómo castigar. Si las demasiado benignas leyes restrictivas de su potestad que ha cometido la imprudencia de conceder le dejaran por lo menos el privilegio de asar a su locatario y devorarlo, eso sería, aunque insuficiente, una compensación, pues no lo perdería todo. Podría creerse todavía en esa justicia inmanente encarnada en el finado Gambetta y gozar, al mismo tiempo, de un poco de justicia transitoria.

Hay que rehacerlo todo. Cuando la civilización burguesa se haya impuesto plenamente a la barbarie cristiana, se verá, por fin, renacer la antropofagia, pero refinada, perfeccionada, deportiva y filantrópica por excelencia, magnificada, hasta sobrenaturalizada, en cierto sentido, por los prodigios del arte culinario, y la mesa del rey se tornará *eucarística,* si se me permite expresarme así, pues se comerá al Pobre. Me parece estar leyendo una amable esquela redactada así: "M. Ducrétin y señora tienen el honor de invitar a usted a comer el próximo viernes santo. Habrá superhombre". Los derechos del monarca serán entonces inamisibles, pues, decretado comestible el locatario, se podrá acabar con él mucho antes que sólo le queden los huesos y la piel, vale decir, en el momento preciso en que los conocedores lo consideren un buen bocado. ¡Pero estamos tan lejos todavía de esos felices tiempos!

LXXII

Cual es el sacrificio, tal es el honor

¿No será esto un doble empleo, una vana tautología, un pleonasmo? Ya hemos visto y demostrado que el honor es una cosa completamente indefinible. ¿Por qué se pretende, entonces, pagar con él el sacrificio y en qué puede consistir el sacrificio?

¿Debo creer, según eso, que cuando se me mandó a la cárcel, hace sesenta y seis años, por haber robado en el Banco de Francia y asesinado a la mitad de su personal, se me honraba en recompensa del sacrificio que esa brillante operación me había costado? Faltó un pelo para que me enviaran a la guillotina. ¿Debo pensar que si eso hubiera ocurrido el honor habría sido mayor aún? Lo único que saco en limpio de todo esto, es que la lengua francesa es harto difícil. Cuando un académico o un sociólogo me escribe diciéndome que tiene el honor de saludarme, ¿no estoy autorizado para suponer que ese hombre ha obtenido la chirona en recompensa de sus trabajos y que su mensaje me llega de Cayena o de Nueva Zelandia? ¿Debo felicitarlo o compadecerme? Ruego a mis amables corresponsales que me envíen por carta certificada las aclaraciones que sobre este importante asunto puedan conseguirme.

LXXIII

Ser afortunado

Cuando uno ve entrar en la armería a un hombre bien puesto, piensa de inmediato que se trata de un asunto galante. Se me dirá que esto no tiene sentido, y estoy de acuerdo. Pero es que somos groenlandeses, y no se puede exigir que conozcamos todas las finezas del lenguaje.

Se dice que un hombre es afortunado, cuando tiene una ci-

ta amorosa. He ahí por qué pasa previamente por la armería para proveerse de un revólver. Por su parte, la mujer amada hace otro tanto. Algunas veces ella se aprovisiona también de un poco de vitriolo. Hasta ahí todo va bien, hay que creerlo sin buscar explicárselo. Todos los diarios de la mañana, y aun los de la tarde, nos dicen que tales son las costumbres, y esto es irrefutable.

Pero hay algo más. ¿Por qué se dice que un hombre de aventuras galantes tiene suerte y jamás se dice eso de una mujer? ¿Por qué, asimismo, no ha de decirse que un individuo, hombre o mujer, que no tiene citas amorosas, es desafortunado? Cuestiones sin respuestas, como tantas otras.

Cierta vez soñé que le arrancaban a alguien la piel de la cabeza y lo asaban a fuego lento. Esto sucedía en Oceanía o en Macedonia, no estoy seguro, pero creo recordar que el paciente era misionero, que tenía una sonrisa virginal y que decía ser afortunado, o algo por el estilo.

LXXIV

En la guerra como en la guerra

Alguien que lloraba en las tinieblas me despertó. Seguramente era ya más de la medianoche. Los dos cuernos de la menguante luna apuntaban sobre mi cabeza, en el fondo de la negra bóveda, y las estrellas, tan brillantes en la alborada, centelleaban, todavía friolentas, sobre las franjas de la Vía láctea.

En el primer momento sólo experimenté un vivo desagrado. El enternecimiento no es fácil si uno está aterido y hambriento, y ya iba a blasfemar cuando, en medio de los lamentos, oí —para no olvidarlo jamás— este versículo central del *Magnificat*: "Et misericordia ejus a progenie in progenies timentibus eum".

Tan extraño era esto en el gran silencio polar de la noche, que creí percibir algo que no era de la tierra. Nos habíamos acostado en la vecindad de los muertos y no estaba muy seguro de hallarme todavía entre los vivientes. Habíamos tenido que batirnos la víspera allí mismo y algunos, acaso los más dichosos, habían ido a cenar en el otro mundo. Tres o cuatro heridos habían sido lleva-

dos por los camilleros, que parecían sombras, y los sobrevivientes de nuestra pobre compañía nos echamos a dormir en el suelo, con las tripas vacías, esperando la batalla anunciada para el día siguiente. Acaso no fuí yo el único que se preguntó, antes de cerrar los ojos, cuál era el verdadero nombre del sueño al que íbamos a entregarnos. Y hubo algunos que ya no despertarían...

Timentibus eum... Estas dos palabras, con intervalos regulares, fueron pronunciadas tres veces, como por un reloj fantástico de sonidos articulados que anunciara las horas, pero más débilmente cada vez. Luego, el silencio... Comprendí entonces por qué se habla a veces del frío sudor cuando se quiere expresar la sensación física de una gran angustia...

Mi deber era levantarme, socorrer al camarada agonizante cuyo último pensamiento iba a Aquella que había sido creada antes que las colinas. Lo hice, no sin esfuerzo. *Timentibus eum*... ¡Dios sea misericordioso con aquellos que lo temen! ¿Dónde están los que temen a Dios? ¿Y dónde estaba aquel que decía tales palabras antes de morir? Lo hallé, por fin. Era un seminarista, un intrépido muchacho que no quería que los heréticos prusianos se convirtieran en los amos de Francia. Había recibido, sin quejarse, una gravísima herida y nada podía hacerse. "En la guerra como en la guerra"..., murmuró al verme, y expiró.

Cuando oigo a un burgués decir esa pobre cosa a propósito de una incomodidad cualquiera o de un placer del cual se ve privado, tengo que hacer un esfuerzo para no dejarme llevar de la tentación de estrangularlo instantáneamente.

LXXV

Principio quieren las cosas

¡Qué hermoso, qué magnífico me pareces, mi querido León! El almanaque dice que eres viejo, pero no lo demuestras, verdaderamente, y nosotras, las mujeres, seguimos esperando, llenas de confianza, tu comienzo, el comienzo de tu gloria. ¡Hace tanto tiempo que se anuncia! En la época lejana en que se la creía muy próxima, nacían muchachitos que han hecho ya el servicio militar y

engendran hijos capaces de admirar a Maurice Barrès. Pero principio quieren las cosas y nunca es tarde.

Así habló una de mis víctimas.

—Se equivoca usted, mi dulce criatura —le respondí con bondad—. Yo no soy de aquellos que comienzan, me niego absolutamente a ser uno de aquellos cuyo destino es terminar. ¿No comprende usted que esta manera de ser me hace un poco más semejante a Dios, que no tiene comienzo ni fin? Los sucios burgueses, que le prestan a usted su lenguaje, ignoran la Eternidad, la ignoran con una ignorancia invencible, y esa ignorancia es atestiguada por este lugar común que parece inocente. Si yo viera comenzar eso que llama usted caprichosamente mi gloria, si la gente se pusiera a leerme, si los jóvenes se desarraigaran de Barrès y de algunos otros que se les parecen, para transplantarse en mí, ¿no comprende usted que el fracaso de mis libros dejaría de pronto de ser eterno, que la misma Eternidad divina, que subsiste todavía un poco en ciertos cerebros, se vería comprometida y en peligro de extinguirse? Al mismo tiempo, yo tendría eso que llama usted un comienzo, vale decir, un fin inevitable y poco lejano. Desde el día siguiente, mis más ardientes admiradores me verían vulgar, estropeado, destruído, usado, debilitado, enmohecido, deshilachado como una vieja levita, polvoriento, escamado, resquebrajado, caduco, canoso, arcaico, fosilizado, antediluviano, prehistórico, paleontológico, inmemorial y, lo que es peor que todo eso, romántico.

¡Ah! Es preferible mil veces y para siempre la oscuridad, la oscuridad bienaventurada, la virgen negra de los dedos de espinas que fué siempre mi compañera y cuya fidelidad me confiere una adolescencia eterna.

LXXVI

Nada es eterno

Idéntico al precedente. Sin embargo, ¡oh burgués!, tu tontería tiene el carácter de la eternidad. Por mucho que haga, no puedo imaginar una duración menor ni concibo que en el transcurso de ésta dejes de ser, ni por un momento, un imbécil. Debería bastar esto para obligar a creer en la Eternidad divina.

Aunque admitiéramos que no tienes un alma inmortal, lo que colmaría tus deseos, tu necedad flotaría a pesar de todo y para siempre sobre tu miserable polvo, como el Espíritu Santo sobre los huesos de los mártires. En cuanto a tu comienzo, tampoco alcanzo a concebirlo, de manera que me pareces un prodigio.

A tal punto eres imbécil, pobre amigo mío, que desalientas al mismo tiempo a la metafísica y a la zoología, ansiosas ambas por saber tus orígenes. Tus gestos constantemente automáticos e inmutables y los sonidos más o menos articulados que profieres, te convierten en un ser absolutamente semejante a los animales que sólo tienen una existencia colectiva y que hacen exactamente lo que a través de miles de años hicieron sus antepasados, sin que ninguna educación ni cultura pueda desviarlos de ese instinto. ¿No serás, por ventura, sólo una ilusión, una especie de vaho maligno que exhalara por sobre los tiempos, antes de ser precipitado algún ángel abominable que prefiguró el *justo medio* de Luis Felipe?

LXXVII

Una buena medianía

El presidente Jules Grévy acababa de inaugurar el salón de los Campos Elíseos. A la salida, dirigiéndose a sus acompañantes, les dijo:

—Nada de genio, señores. Lo que nuestra democracia necesita es esto, una discreta medianía...

LXXVIII

Los extremos se tocan

¿Cómo interpretar estas palabras? He aquí un ejemplo. Hállase uno en el colmo de la paciencia y a punto de entregarse a una cólera de león, cuando un destello de buen sentido le hace compren-

der que no es el más fuerte y que el estallido de la cólera sería peligroso para él mismo. Llamado a la realidad, se convierte entonces, súbitamente, en un cordero. Este es el caso más frecuente, pero hay muchos otros.

Por ejemplo, puede usted, señora, ser a la vez extremadamente hermosa y extremadamente estúpida. Un financiero sin suerte puede tomar el barco, llevándose el dinero de su clientela, en el preciso momento en que la limpidez proverbial de sus operaciones es recompensada con la cruz de honor. Un político cuyo solo nombre evoca las más memorables infamias, puede convertirse en un Arístides, si el céfiro de la virtud infla de pronto sus velas en dirección al Toisón de oro. Un escritor ilustre, aquejado de idiotez congénita, puede de un día para otro revelarse como un hombre de genio, si tiene la habilidad de robar sutilmente el manuscrito de un soñador muerto de hambre. Puede suceder también que un académico de primera grandeza y congestionado de sublimidad, como Bourget, por ejemplo, se resigne heroicamente a no escribir sino vulgaridades, para no humillar a sus colegas enardeciendo a sus lectores, etc.

Para los burgueses, entre extremo y extremo no hay el espesor de un cabello. Y como esto les causa horror, preconizan la mediocridad, el justo medio, lo inveterado, considerando, en su prudencia, que los topos no necesitan oculista y que los batracios están menos expuestos a las insolaciones que los unicornios y los aguiluchos.

LXXIX

Ser bien pensado o recular para saltar mejor

Ya se sabe hasta dónde soy cuidadoso de no faltar al respeto a nadie. Sin embargo, no veo cómo puede atribuirse un pensamiento cualquiera al conde de Mun, generalísimo de los *bien pensados* desde hace alrededor de un tercio de siglo e individuo sólo comparable al marqués de La Fayette, el suntuoso imbécil de ambos mundos que tiene en París una calle de varios kilómetros.

Júzguese por esto la extensión del *buen pensamiento* entre

los católicos actuales mandados por semejante jefe. Ese pensamiento, totalmente militar, mucho más profundo de lo que podría creerse, consiste en recular indefinidamente para saltar mejor. Es una estrategia admirable. Se está en presencia del enemigo. Acaso sería fácil vencerlo lanzándose sobre él resueltamente. No han faltado las ocasiones. Pero una cosa es ser bien pensado y otra ser temerario, sobre todo cuando se tiene dinero y una piel. La *cunctation* clásica es, entonces, indicada. Se recula fieramente, hábilmente, abandonando al adversario todo lo que él puede tomar, y si es necesario, enviándole con generosidad armas, municiones y desertores, cuando se ve vacilar su línea de batalla. Queda, además, el recurso de recrearlo permitiéndole el pillaje de los establecimientos religiosos y la tortura de pobres curas y padres de familia indefensos. La caridad cristiana de los *bien pensados* les impide oponerse a ello por las vías de hecho, que podrían resultar contraproducentes. Nada de pendencias, dicen esos valientes; sobre todo, nada de pendencias sangrientas. ¿No basta, por ventura, enviarles desde lejos bombas y obuses de protesta legal, de una indiscutible eficacia? Por lo demás, si eso no basta, le queda siempre a uno el arbitrio de capitular honorablemente y de saltar desde las altas murallas a la límpida y tranquila corriente de la propia conciencia, previo un abundante acopio de puntapiés en el trasero.

LXXX

Llenar o cumplir los deberes religiosos

La palabra *llenar* me hace pensar en el tonel sin fondo de las Danaides. Apólogo o similitud. ¿Los que cumplen o llenan sus deberes religiosos no tienen, en cierto sentido, algo de réprobos obligados a realizar una tarea cuya inutilidad les es conocida? Por torpes que sean ordinariamente esos galeotes de las conveniencias o de la costumbre, no pueden dejar de comprender que la palabra *llenar*, empleada de esa manera, es una verdadera irrisión y que ellos, en realidad, no llenan absolutamente nada. Vacíos ellos mismos, de una vacuidad infinita, ¿cómo podría, por

obra suya, dejar de estar vacía una cosa cualquiera? Deberes religiosos, *deberes del mundo,* deberes de estado, deberes cívicos, deberes fúnebres: otros tantos toneles sin fondo. *Vacuitas vacuitatum.* ¿Qué insectos juzgarán y condenarán, cuando llegue el último día, a las gentes de mundo que llenan sus deberes religiosos practicando ciertos gestos estrictamente indispensables, sin ser rozadas, siquiera un minuto, por el pensamiento rudimental de que la santidad les es estrictamente exigida?

Antiguamente, en tiempos en que no existía este lugar común, queríase "la plenitud de la edad de Cristo", según la misteriosa expresión del Apóstol encargado de instruir a los pueblos y que fué él mismo el Vaso que jamás podrá ser agotado. Toda otra plenitud era menospreciada; la gente se dejaba destrozar y devorar por los animales feroces y todas las cubas de la Alegría que no debe terminar se colmaban en el lagar de los Mártires.

En estos teimpos prevalecen la plenitud de las dispensas y la plenitud de los estómagos en los días de ayuno. Hay una treintena de aves acuáticas asimiladas a peces y permitidas en cuaresma. Victoria decisiva del pato sobre el bacalao; pero la que queda en el campo de batalla, herida de muerte, es la pobre religión.

LXXXI

Trabajar es orar

Labiis orare: orar con los labios. Tal es la etimología probable del verbo latino *lab-orare,* que significa trabajar y también sufrir. Los ciudadanos de Babel que usan este lugar común casi ni lo sospechan. Cierto es que la construcción de Babel fué dos mil o tres mil años anterior a la fundación de Roma y cinco mil o seis mil del nacimiento de los sorbonistas que se esfuerzan hoy por reedificar la famosa Torre, donde la palabra humana será reemplazada con ladridos. Es una excusa.

¡Preciso es que el lenguaje, aunque devastado y convertido en una especie de sepulcro, haya conservado todavía fuerza divina para que obligue a los más lamentables imbéciles a proclamar a pe-

sar de todo la Verdad, exactamente como el demonio es obligado a confesar a Jesucristo por la virtud del exorcismo!

"Yo no asisto a la iglesia —dice el conserje— porque no tendría tiempo para barrer la escalera ni para leer las cartas de los inquilinos, y los días en que podría ir a confesar —inútilmente, por lo demás, pues nada tengo que reprocharme— son casi siempre aquellos en que no puedo excusarme de lavar los retretes, pues tengo que recibir visitas". "¿Cómo quiere usted que me consagre a Dios? —protesta el tendero—. ¡Ante todo debo consagrarme a mis clientes, empezando por usted mismo, que viene a darme consejos en el momento en que estoy pesando el queso que me pide!" "Trabajar es orar", afirman categóricamente uno y otro. Así hablan en las tinieblas de la muerte todos estos abyectos, incapaces para siempre de comprender que se escarnecen y se condenan ellos mismos sin perdón.

He nombrado a Babel. Vuelvo a pensar en esa prodigiosa Empresa humana, que nos cuesta trabajo concebir y que sólo pudo ser interrumpida por el milagro de la confusión de las lenguas, y me digo con estupor que los lugares comunes nos llevan precisamente a la época tan poco conocida que precedió inmediatamente la catástrofe. "En aquel tiempo —dice el Génesis— toda la tierra era de una lengua y unas mismas palabras". ¿No es evidente que los lugares comunes realizan algo semejante y que son acaso, en realidad, el material de indestructible bobería que nos servirá para reedificar la soberbia Torre que Nuestro Señor no quería?

LXXXII

El fanatismo

El fanatismo consiste en decir *sí* o *no,* trátese de lo que se trate. No hay otra definición. "Sea vuestro modo de hablar: *sí, sí; no, no*: que lo que pasa de esto, de mal principio proviene". Tal es la fórmula del fanatismo en el Sermón de la Montaña. Es simple, como se ve. Pero hay que saberlo.

Cuando se os pregunta : "¿Sois cristiano?", si respondéis: "Sí", sin perífrasis, sois un fanático. Si respondéis: "No", tam-

bién lo sois. Si nada decís, os hacéis sospechoso del más peligroso fanatismo. Y lo mismo ocurrirá si se trata de cualquier cosa ajena a la religión.

En general, el laconismo, la concisión y, por consiguiente, toda especie de precisión, lo hacen a uno sospechoso de fanatismo. Un sectario capaz de vociferar con abundancia, un abogado charlatán, un diputado locuaz, y hasta ventrílocuo, jamás serán sospechosos de fanatismo. Creo que esto no necesita más amplia demostración.

LXXXIII

La palabra de Dios

Los predicadores modernos, seguramente para alejar la sospecha de fanatismo, han inventado lo que con modestia llaman la Palabra de Dios. Consiste el invento en parlotear horas enteras esquivando con perfecta habilidad el *sí* y el *no*.

—Vaya usted a escuchar las conferencias del padre Machin —me dice alguien—. Si no le hacen mal, seguramente tampoco le harán bien, pero es una manera de matar el tiempo.

Dócil como un corderillo, me largo a escuchar al padre Machin, que es evidentemente el menos fanático de los predicadores. Habla tanto tiempo y con tal vehemencia, que uno sufre sed por él. Lo que más admiro en él, es la agilidad de gacela con que salva todos los obstáculos que podrían separarlo de su auditorio: los doce artículos del Símbolo, la Escritura, la Tradición, el culto de los santos, la penitencia, los últimos fines, el infierno, sobre todo, y muchas otras antiguallas sobre las cuales sería ridículo insistir. La filosofía moderna, la de Bergson, se sobrentiende, es una gran ayuda y reemplaza con ventaja a la Revelación. Con eso se está seguro de cautivar al público, si se tiene el cuidado de intercalar algunas discretas alusiones a los beneficios de la democracia y a la sabia tolerancia de los gobernantes actuales, gracias a los cuales están asegurados los incontestables y maravillosos progresos de la fe. Del Amor divino, ni una sola mención. Así y no de otro modo es predicada la Palabra de Dios. Habitualmente yo me duermo y ronco de admiración.

LXXXIV

UNA VIDA EDIFICANTE

Es la de la señorita Purge, a quien se la puede encontrar todos los días y a toda hora en la iglesia de los Santos Inocentes. No se termina de admirar a esta cristiana temida por el clero de la parroquia y que se parece exteriormente a un examen de conciencia, de tu conciencia, ¡oh tibio fiel! Situada exactamente entre los treinta y cinco y los sesenta años, como conviene a las vírgenes prudentes que tienen siempre aceite en sus lámparas y no necesitan correr a medianoche a casa del tendero, hasta los mismos forasteros creen reconocerla, convencidos de haberla visto aquí o allá en su remota infancia.

Sus vestidos hacen pensar en las murallas inexpugnables de Babilonia, sobre las cuales podía maniobrar cómodamente la caballería asiria. El solo aspecto de esta fortaleza de virtud desanima a los más expertos capitanes y hace retroceder a los más temerarios infantes.

En cuanto a su rostro, o mejor dicho, a la expresión de su rostro, cambiante como un caleidoscopio, hay en él tal conflicto de hurañía y de contrición, tan furiosa mezcla de pasmo y de acrimonía, de miel y de vinagre, de benedictino y de petróleo, que es imposible fijarlo con precisión. Una instantánea de tan indefinible persona daría a los imaginativos la sensación de un confuso escaparate de bazar metropolitano, donde todos los artículos fueran excesivamente caros y ante el cual los vendedores ambulantes, perseguidos por los gendarmes, se detendrían como petrificados de estupor.

Su voz, de sargento de caballería cuando alguien se ha instalado en su silla, exhala notas cristalinas de armónica o desmayadas sonoridades de viola de amor cuando recita el rosario o las letanías. El que no ha oído esto, no ha oído nada.

La señorita Purge es rentista y propietaria de una casa habitada por infortunados obreros que deben envidiar la suerte de los negros. Fué ella la que dió esta respuesta corneliana a una mísera familia a la que había hecho desalojar y que le imploraba misericordia. "También los propietarios necesitan comer".

La iglesia parroquial le pertenece, como el polígono pertenece a los artilleros. El párroco y los vicarios tiemblan ante ella, pues saben que nada podría hacerse sin ese insecto caritativo que capitanea todas las obras. Cuando se encarga de la colecta, lo que ocurre con frecuencia, se necesitaría una decisión a toda prueba para eludirla. Tiene una manera tal de presentarle a uno obstinadamente su alcancía y de sacudírsela a la cara, que no es posible rehusarse.

Ha organizado en la parroquia, que pertenece a la diócesis de Versalles, una sociedad de gimnasia, cuyos fondos administra y que el obispo visitó y bendijo. Se asegura que tiene en su casa un trapecio y que entre rezo y rezo hace ejercicios de barra y de equilibrio.

Fué favorecida por su padre, antiguo universitario muerto ya y a quien debemos una traducción de Cátulo en versos acrósticos, con el dulce nombre de Lesbia, que la completa admirablemente. Su vida entera es transparente como el cristal. Sería una locura suponerle aventuras. Sólo de ella había dependido que se casara con alguno de los innúmeros cabrones atraídos por sus escudos, pero la Providencia que vela por las ovejas no lo permitió y su lugar está entre las vírgenes a quienes no les faltó sino la ocasión o el martirio.

Un asuncionista secularizado, gran *amateur* de la fritura y acechado por la concupisencia de los ojos, está en trance de escribir su historia que titulará probablemente *Una vida edificante* y y que será publicada con el *imprimátur* de la curia y la aprobación de varios dignatarios eclesiásticos. Estas pocas líneas emocionadas podrán servirle de prefacio.

LXXXV

No saber a qué santo encomendarse

Es una queja que está frecuentemente en boca de gente que no cree en los santos y que es incapaz de hacer por sí misma un voto cualquiera de santidad. A esa gente yo le aconsejaría encomendarse a San Expedito, que tiene sobre los demás santos la ventaja de no

haber existido jamás. Este pretendido mártir, cuya historia es un misterio, fué inventado, creo, en los últimos veinte años del siglo pasado. Se lo invocaba para los negocios que iban con lentitud y cuya expedición rápida se deseaba.

Una imagen edificante que se vendía en una tienda de artículos de piedad, en los alrededores del *Bon Marché*, lo representaba blandiendo una espada, en cuya hoja estaba inscripta la palabra "Hodie", *hoy*, y pisando a un negro cuervo que exhalaba el odioso adverbio "Cras", significativo de *mañana*. Así, si uno tenía un vencimiento para *hoy*, San Expedito lo sacaba inmediatamente del trance. Del mismo modo, si el tren se retrasaba y uno tenía necesidad de llegar en el día, bastaba invocar a San Expedito para tener la seguridad de que el tren entraría en la estación cinco minutos antes de la medianoche. Si una malignidad cualquiera amenazaba ser infructuosa después de la puesta del sol, San Expedito intervenía de inmediato. Y así en todo, hasta en las cosas insignificantes. Un puñetazo en pleno rostro o un puntapié en el trasero llegaban con la misma rapidez que una carta certificada o una esposa vagabunda, y el negro cuervo expiraba graznando.

Es infinitamente lamentable que la autoridad eclesiástica haya condenado esta devoción, tan adecuada a la inteligencia y a la talla de nuestros burgueses.

LXXXVI

El hombre propone y Dios dispone

El señor Miasme propone un negocio a la americana, que debe dejar entre el mil seiscientos y el mil ochocientos por ciento de beneficio y acrecentar en proporción desconocida el número de defunciones. Los pobres serán esquilmados de una manera prodigiosa, insospechada hasta hoy. Pero Dios dispone de un insecto temible, el *pavor participum prædæ* de los entomólogos, conocido con el nombre vulgar de *pánico de los accionistas*, el cual ataca preferentemenet al diafragma y a los emuntarios, y he aquí que la magnífica combinación del señor Miasme se desmorona de súbito.

Emilio Combes, primo hermano del señor Miasme, propone la demolición de la Iglesia, pero una teja dispuesta por la mano de Dios le cae sobre el cráneo y se espera que no se salvará. Esta mañana me dieron la noticia de que tiene sólo para pocos días.

LXXXVII

Esperado como el Mesías

Es sabido que nadie, ni siquiera en la sociedad judía, espera ya a ningún Mesías. Pero en la sociedad burguesa, cuando uno es indispensable lo esperan como al Mesías y cuando deja de serlo lo despiden como una lavativa.

LXXXVIII

El que da a los pobres, presta a Dios

Nada más peligroso, a mi juicio. Quien dice prestamista, dice acreedor. Y el enemigo mortal del acreedor es el deudor. La consecuencia es aterradora. Dando a los pobres, uno se expone a la enemistad de Dios, pues se le presta, es decir, se lo hace deudor. Por lo tanto, si se quiere conservar la amistad con Dios, jamás debe darse nada a los pobres. Hay que cuidarse de hacer limosna, como uno se cuida del áspid o del basilisco. Esto salta a los ojos. Y como lo contrario de una proposición debe determinar necesariamente consecuencias contrarias, resulta evidente que el más seguro medio de hacerse amigo de Dios, es despojar al pobre tanto como se pueda. Procediendo así, se está seguro de tener a Dios de parte de uno y de conquistar la admiración de la gente honrada, que es lo que había que demostrar.

LXXXIX

Falta de noticias, buenas noticias

En mi *diario* encuentro esto, fechado el 23 de diciembre de 1889:

"Falta de noticias, buenas noticias, dice un lugar común eterno. Suscribo sin vacilar esta rotunda afirmación. Sin embargo, si la falta de noticias de mi amigo X, pongamos por caso, significa que todo va bien para él, hay que sacar necesariamente la conclusión de que una noticia, aun excelente, de ese ser querido, probaría que todo va mal para él, y que varias noticias, buenas o malar harían temer una catástrofe. Nada más límpido. No hay tal, sin embargo, porque si las noticias no pueden ser buenas sino a condición de *no ser,* ya que se dice que las buenas noticias sólo brotan de la nada de todas las noticias, no es menos absurdo suponerlas malas, puesto que las malas no serían ni podrían ser *noticias,* dado que la naturaleza la esencia misma de éstas es *no ser buenas,* porque entonces sería absolutamente necesario callarlas, o *no ser malas,* lo que obligaría a declararlo, cosa precisamente imposible. Para corroborar mi demostración, agrego que muchos pocos hacen un mucho, que el hábito no hace al monje, que hay que comer para vivir, que hay que aullar como los lobos, que de la mano a la boca se pierde la sopa, que nunca es tarde para hacer el bien, etc.".

Tan claro resulta todo esto, que no cabe otro dilema que renunciar al ejercicio de la razón o admitir de buena fe que todo debe ir bien por el lado de los muertos, puesto que jamás nos hacen llegar noticia alguna. Es, entonces, completamente inútil rogar por ellos, y eso lo han comprendido perfectamente los burgueses. Se me dirá que no hay servicio postal entre uno y otro mundo y que no puede existir, en consecuencia, intercambio de noticias. De acuerdo, pero ¿no se piensa que, en el caso contrario, serían mayores aún la evidencia y la energía de este lugar común?

Si se averiguara, por ejemplo, vaya a saber cómo, que un honrado difunto sufre el tormento de las llamas, como se cuenta

de cierto rico en el Evangelio de San Lucas, siendo una noticia mala, y sobre todo inquietante para la gente honesta que todavía no ha sido enterrada, habría que considerarla necesariamente como no recibida: primero, para convertirla en todo lo bueno que sea posible; segundo, para dejar a salvo la infalibilidad del lugar común; tercero, porque en ninguna parte está escrito que el destino de la gente honrada sea convertirse en fricandó.

Por lo demás, repito, no es posible imaginar a los muertos enviando mensajes. Cierta hermosa noche de invierno yo tiritaba junto a un mísero fuego que iba muriéndose. No tenía absolutamente nada de nada. Dormitaba con el horrendo sueño de los que sufren el frío, el hambre y todas las penurias imaginables, cuando de pronto vi aparecer una pierna de cordero, una de esas suntuosas piernas de cordero mechadas con ajos, como suelen comerse en Perigord o en otras partes, con o sin noticias de los ausentes y de los difuntos. Era un sueño, si se quiere, y sin embargo no era precisamente un sueño. Yo reconocí aquella pierna de cordero. Era una pierna normanda que había sido servida, quince años atrás, en un acantilado del Cotentín, a un escritor amigo mío. Este tragaldabas, después de apartar para sí una porción, y olvidándose que hay indigentes, dió el resto, un enorme trozo de carne, al perro de la hostería, a fin de gozar con el estupor de la pobre gente sentada en torno suyo. Al recordarlo, mucho tiempo después, todavía reía...

Lo vi morir. En el momento de expirar, las lágrimas inundaban su rostro. Han pasado veinticuatro años y estoy sin noticias de esa pobre alma. Piense el lector si ese silencio debe tranquilizarme.

XC

Aclarar su religión

Un magistrado eminente, un inmundo alguacil, un ciudadano cualquiera, dicen sin empacho: "Quiero aclarar mi religión", "deseo que mi religión no sea sorprendida", "la religión de Hanotaux quedó en descubierto", etc. Hay, como éstas, muchas cosas que

se dicen y que es imposible comprender. No seré yo quien explique la que va en el título. Todo lo que una paciente búsqueda me ha permitido sacar en limpio, es que una religión que necesita ser aclarada es una religión en las tinieblas y que esa misma religión privada de luz puede ser fácilmente sorprendida.

Deseo de todo corazón que esta "trouvaille" satisfaga al lector, aunque está lejos de parecerme decisiva. Siendo, como soy, un hombre de extremada simplicidad, siempre he pensado que la religión se aclara por sí misma, sin ninguna necesidad de que se la aclare, y la religión oscura de un juez de paz o de un comisario de policía, que puede ser sorprendida, me parece una cosa tanto más sorprendente porque con harta frecuencia estos personajes íntegros suelen declararse sin religión. He ahí algo que escapa a mi comprensión.

Una excelente muchacha de mi conocimiento, que se gana la vida en la calle, me ha favorecido caritativamente con este comentario:

—En nuestra profesión decimos que somos *aclaradas* cuando un cliente nos da dinero, lo cual, créame usted, no nos impide tener religión. Escriba eso, simplemente, y no se haga mala sangre, mi estimado señor. Esos hombres respetables de quienes habla, si fueran sinceros, le dirían exactamente lo mismo.

XCI

Matar dos pájaros de una pedrada

Intención probable de cada uno de aquellos que lapidaron a San Esteban. Cuestión de rebote. Arruinar a dos familias a la vez por medio de una sola operación comercial; obtener al mismo tiempo un ministerio y la maldición de la gente honrada; expulsar de los hospitales a las religiosas, condenando a morir de hambre y de miseria a los ancianos; publicar un manual escolar que tenga el doble efecto de envenenar y de idiotizar a la infancia; escribir un libro estúpido que será indefectiblemente recompensado con un premio académico, primero, y luego con la admiración de los imbéciles; matar la propia alma y el alma de los demás con el

procedimiento infalible del divorcio: todas estas prácticas y muchas otras que resultaría fastidioso enumerar, son lo que se llama matar dos pájaros de una pedrada, si la eventual destreza del lapidador da para ello.

XCII

Participar en el duelo de alguien

Esto implica volver a los primeros tiempos del cristianismo. "Todos los que creían estaban juntos y tenían todas las cosas en común. Vendían sus tierras y sus bienes y repartían el producto entre todos, según lo que cada uno necesitaba". Así habla San Lucas en el segundo capítulo de los Hechos. Se creería que esto acaba de ser escrito y que la tinta no ha tenido tiempo de secarse.

Imaginamos que os aflige el dolor de haber perdido a vuestra querida mujer, cosa que a veces suele ocurrir. Si luego de haber hecho las participaciones de práctica os ponéis a observar desde el primer piso, no tardaréis en ver que llegan de todas las direcciones cartas mojadas en lágrimas de un montón de amigos en quienes jamás habíais pensado y que declaran compartir *vivamente* vuestro dolor. Como os dan al mismo tiempo la seguridad de su devoción absoluta, no depende sino de vosotros ponerla a prueba de inmediato. Si lo hacéis, la experiencia seguramente os maravillará.

Esto, repito, es el retorno a los tiempos bíblicos. La gente se quiere hoy a tal punto, que la mano no basta ya para tantas cartas de condolencia y ha sido necesario inventar máquinas de escribir capaces de expresar los sentimientos de los corazones. ¿Vivís en el séptimo piso y necesitáis dinero? El millonario más próximo, informado de vuestro apremio, hará funcionar su máquina y no tardaréis en saber que comparte vuestra preocupación, que la comparte íntimamente, pero que le es materialmente imposible hacer nada, ni siquiera facilitaros en calidad de préstamo cinco francos, pues el día anterior se vió obligado a pagar cuarenta y cinco mil a su tapicero. Este contratiempo no le impide, por supuesto, ofreceros el consuelo de su afectuosa cordialidad.

De todas partes os llegará la misma respuesta y tendréis así la prueba del inmenso amor que os rodea. Vuestro casero mismo, para testimoniaros su progresivo interés, se apresurará a aumentaros el alquiler. Todo lo que es vuestro, todo lo que os pertenece, será de todos y cada uno querrá para sí la porción mayor en el reparto. Y os parecerá estar en medio de los primeros cristianos.

XCIII

Suyo, de todo corazón

¿Quién podría fijar el lugar inmenso que ocupa el corazón en las diversas formas de expresión de la gente honrada? Me he referido ya al inestimable privilegio que significa tener un corazón de oro, y como creo que el tema ha quedado agotado, no hay para qué insistir. Lo que ahora me interesa es esta locución, que tiene una apariencia trivial, pero que dice tan bien lo que quiere decir, que expresa tan exactamente y con tan pocas palabras la admirable fraternidad que nos consume. Y lo profundamente conmovedor es que su uso se ha hecho universal y se la emplea en todas las circunstancias. Tan afectuosas son las almas, que casi no es posible abstenerse de recurrir a ella. Así uno escriba a su querida como a su pedicuro, esas palabras vienen naturalmente al correr de la pluma y habría que hacer un esfuerzo de imaginación para encontrar otras. En esta época sublime no existe ya otra condición social que la de amigo de corazón o amante de corazón de todo el mundo.

XCIV

Prometer no es dar

No, por cierto. Son dos cosas muy distintas, dos movimientos del corazón. Se promete para agradar, para dar esperanza y satisfacción, y también porque a veces eso es provechoso para uno

mismo. Los diputados lo saben y los especuladores no lo ignoran. Se promete grandes dividendos a aquellos que quieren aportar su dinero para la difusión patriótica del cultivo del peral. Es una excelente forma de estimular la economía y la afluencia de capitales. Los felices accionistas pueden esperar los resultados a la sombra del olmo de su casa.

El segundo movimiento no es menos hermoso que el primero. Da el que *tiene*. Pero el que está seguro de tener algo, no lo suelta a dos tirones, aunque lo haya prometido. Antes se dejaría matar. Lo defiende hasta el heroísmo. Se siente depositario de lo que constituye la dicha de otros y, si es necesario, llevará su fidelidad hasta huír al último rincón del mundo para conservar intacto el depósito. Todo esto no dejará de traerle inquietudes, pero su conciencia se perfumará voluptuosamente, pues habrá dado a alguien, aunque fuera por pocos días, lo más precioso que existe, vale decir, la esperanza, una de las tres virtudes teologales, cuya práctica nos asegura la posesión de Dios.

XCV

Tener esperanzas

He aquí un plural muy singular. Más de uno se sorprendería seguramente, si yo dijera que el hombre que tiene *esperanzas* se halla en mejor situación que otros para cumplir el cuarto mandamiento. "Honrarás a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen en la tierra". Es muy sencillo, sin embargo.

Vuestros padres tienen bienes y estáis llamado a heredarlos. Eso, en lenguaje noble, se llama *tener esperanzas*. Como los amáis con ternura y no os hacéis ya ilusiones sobre este valle de lágrimas, es natural que deseéis el fin de su exilio, considerando que os corresponde a vosotros llevar en adelante su fardo. Nada más filial. Los honráis, al mismo tiempo, de la mejor manera, al juzgarlos a punto para la beatitud y la gloria del paraíso. Si no hubieran tantos prejuicios, tantos obstáculos humanos, tantas leyes, para hablar claramente, tal vez decidiríais, piadosamente y con una generosidad cartaginesa, precipitar su partida, seguros, des-

pués de semejante golpe, de llegar a centenarios. Sería magnífico, pero acaso poco comprendido.

Un buen cura provinciano, en cuya casa me alojaba, me contó en 1870, no sin espanto, que en su parroquia y en las vecinas todos los campesinos eran parricidas. Cuando un viejo no servía ya para nada, se lo despachaba sin violencia, haciéndole comer cosas nocivas, prodigándole el calor y el frío, colocando peldaños podridos en lo alto de las escaleras para provocarle caídas peligrosas y hasta, algunas veces, suspendiendo encima de su cama, sujeta a un mal clavo, una guadaña. Pero el procedimiento más corriente y más simple consistía en dejarlo morir de hambre y de frío en los caminos. Como el pobre cura, horrorizado por estas cosas, no hubiera comprendido mis explicaciones evangélicas, me abstuve de ofrecércelas.

XCVI

Morir de muerte natural

El más sabio de los diccionarios nos afirma que "mourir de sa belle mort" significa morir de muerte natural. Esto implica, simplemente, que puede haber casos de muerte *sobrenatural*. Parece difícil precisarlos, sin embargo, sobre todo en la sociedad burguesa, donde por mi parte jamás he podido observar que tal cosa ocurriera.

Se muere ordinariamente de enfermedad, y hasta tanto no sea abolido el sentido de las palabras, seguiré creyendo que toda enfermedad física es natural. El cólera, la fiebre amarilla, la apoplegía, la rabia y, en general, todas las alteraciones de la salud que pueden provocar la muerte, son perfectamente naturales. Del mismo modo, si un autobús lo aplasta a usted o una chimenea le cae encima de la cabeza, lo natural es que la muerte sobrevenga. E igualmente si es usted envenenado, fusilado, apuñalado, ahogado o guillotinado. No es posible expresarlo en otra forma.

La lógica conclusión es, entonces, que todo el mundo muere de muerte natural, vale decir, "de sa belle mort", lo mismo Thiers, víctima de una indigestión de habichuelas, que nuestro Emilio

Zola, asfixiado entre los excrementos de sus perros. Y reconocerán ustedes, si con esto se acercan un poco a lo absoluto, que ambos ilustres difuntos han tenido, respectivamente, la más bella muerte posible, la que más convenía a sus méritos excepcionales de pensadores y de historiadores.

XCVII

PERDERSE EN CONJETURAS

Después de la muerte natural, la gente ociosa puede entregarse a infinitas conjeturas acerca de la suerte venidera, o realizada ya, de los difuntos. Si se piensa en otra vida, nada más fácil y razonable que suponerla gloriosa o bienaventurada, a condición, por supuesto, de que el fallecido haya tenido la precaución de ganar mucho dinero antes de morir. Hay, sin embargo, espíritus malhumorados y quisquillosos, fanáticos, en una palabra, que afectan villanamente no estar muy seguros de ello y que hacen, en ese sentido, las más asqueantes conjeturas.

Pero dejemos eso y volvamos a la superficie de la tierra. Queda en ésta la importante cuestión de la herencia material, que es desde luego motivo de preocupaciones para los presuntos legatarios y ocasión para que los picapleitos embrollen, en beneficio propio, los asqueantes papeles. Pero en el caso de difuntos como Zola, Paul Bourget y cincuenta otros que han sido los amos de la literatura, queda, además, la cuestión, menos importante, sin duda, pero también muy grave, de la sucesión intelectual, que da lugar a conjeturas en las que es fácil perderse. Unos pensarán que la farsa de la gloria de tales escritores continuará indefinidamente. Otros, menos piadosos, pensarán, por el contrario, que todos sus impresos irán inmediatamente a los excusados o a las tiendas de comestibles, lo que parece haber ocurrido ya con los del gran Emilio. Otros más, situados, imagino, en el grado supremo de la comprensión literaria, soñarán con una selección seguramente no prevista por los ángeles de la luz.

Algún día la gente se perderá en conjeturas, como si se estu-

viera en vísperas del fin del mundo, al ver que todos los burgueses, despavoridos y derritiéndose, van de un lado para otro clamando a los hombres y a los animales inmundos: "¿Qué pasa? ¿Qué vamos a hacer? ¿Dónde guardar nuestro querido dinero, que ha costado tantas lágrimas y a veces tanta sangre a los pobres idiotas que ponen su confianza en Dios? ¿Esas montañas que amenazan caer sobre nosotros ofrecerán a nuestra angustia escondrijos seguros? ¿Esas colinas que emergen en el horizonte, saltando, podrán servirnos de cajas de caudales? ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de este dédalo de conjeturas?"

Acaso un piadoso volcán les responda entonces: "Confiad en mí, tiraos en mi cráter: yo soy la tumba de los secretos de los muertos".

XCVIII

A GRANDES MALES GRANDES REMEDIOS

Todo el mundo os dirá que los males más grandes son la ruina y la pérdida de la salud, cuando se trata de uno mismo, por supuesto. En el primer caso, hay que *rehacerse*, no importa cómo ni a expensas de qué, y todos los medios para lograrlo son buenos. Esto es elemental, pues, según lo he hecho notar reiteradas veces, sólo un débil tabique se interpone entre el hombre honrado y el presidio. En el segundo caso, vale decir, si uno es víctima de la parálisis o de la chochera, no queda otra cosa que el suicidio. He ahí lo que llamamos grandes remedios. Comparados con éstos, los otros males, sean los que fueren, son pequeños y, en consecuencia, sólo exigen pequeños remedios.

En lo que respecta a los males ajenos, grandes o chicos, sería ridículo pensar en remediarlos. Es cosa que no nos incumbe. Cada cual para sí y Dios para todos. Por el contrario, frecuentemente suele ser ventajoso agravarlos con astucia. "Lo que uno gana, otro lo pierde", dijo Montaigne, que era un pensador de incomparable clarividencia.

XCIX

La ciencia no ha dicho la última palabra

Sería difícil precisar cuándo dijo la primera. Uno siente tentaciones de pensar que fué en una época diabólicamente remota, y el término *diabólicamente,* con el que se evoca la narración del Génesis, está aquí realmente muy en su lugar. Los sabios actuales, que son poco propicios a Moisés y no se dejan intimidar por las cifras, no extreman sus escrúpulos por algunos millares de años, y la vida es demasiado corta para una verificación de sus cómputos.

Aquí para entre nosotros, yo preferiría que la ciencia no hubiera dicho jamás su primera palabra, persuadido de que en ese caso seríamos hoy mucho menos ignorantes y necios. Pero ésta es una cuestión personal que no compromete ni a los miembros del Instituto ni a los sorbonistas. Lo que sobre todo temo, es la última *palabra* de la ciencia, teniendo, como tengo, un invencible horror a las manifestaciones escatológicas.

C

Yo no hablo al azar

Es lo que se dice habitualmente cuando se quiere apoyar con el testimonio de la propia conciencia una abominable calumnia. Se da a entender así que uno sabe muy bien a qué atenerse y que dice exactamente lo que hay que decir, sin una sola palabra de más ni de menos. En esos casos está uno tan poderosamente dominado por el sentimiento generoso de una implacable justicia, que blasfema, sin siquiera darse cuenta de ello, contra el único Dios que tiene todavía adoradores: el omnipotente, el eterno, el incomparable *azar,* que todo lo hizo y a quien todo se debe, el azar bienaventurado, el azar providencial, el de las batallas, el del juego, el azar que castiga, el azar que recompensa, el *puro azar,* en fin.

Categóricamente, con una tranquila impiedad que hace estremecer, declara uno que no habla al azar, que no le habla "a él", lo que es una blasfemia bien caracterizada.

Si no se habla al azar, ¿a quién o a qué pregunto yo, se tiene la osadía de hablar? ¿A quién o a qué hablarán los oradores, parlamentarios o no, los predicadores de cuaresma, los abogados, los conferencistas, los profesores de filosofía o de moral, los historiadores, los sabios, los médicos, los veterinarios, los psicólogos, los sociólogos, los charlatanes de feria, los periodistas, en fin, sin los cuales no podríamos vivir?

¡No hablar al azar! ¡Ah, si tuviera yo el poder de hacer comprender la terrible enormidad de esta blasfemia!

CI

Yo no nací ayer

He advertido que esta afirmación está frecuentemente en boca de los idiotas de nacimiento. Quieren que se sepa que tienen una gran experiencia en las cosas de este mundo y que no se los engañará fácilmente. Preguntadles qué entienden por *ayer* y os tratarán de bromistas y hablarán del sol y de la luna. Y suponiéndoos ingenuos, os propondrán una partida de naipes o de billar. Si pierden, lo cargarán en su cuenta con el azar, que les da crédito, y no insistirán en pagar las consumiciones.

—¿Qué te pasa, que lloras como un ternero? —pregunta el guarda rural a uno de sus administrados, que gime al borde del camino.

—Mi mujer me engaña —responde el interpelado, sollozando más fuerte.

—¡Ah! ¿Y desde cuándo?

—Desde hace ocho días.

El guarda, que no nació ayer y ha andado mucho en la vida, pues fué en otro tiempo cartero rural, le dice entonces:

—¿Sólo ocho días y lloras así? Yo soy cornudo desde hace treinta y cinco años, y aquí me tienes. ¿Qué son treinta y cinco años frente a la eternidad?

CII

El pasado no vuelve

Hay que poner atención: aquí vamos a marchar sobre colas de víboras. Con frecuencia se oye decir: "Fulano no me *vuelve*", o "tiene una cara que no me *vuelve*". Esto significa, probablemente, que su aspecto desagrada y que uno desea que una vez que se ha marchado no regrese. ¿Esta graciosa manera de hablar es aplicable al tiempo pasado? Estoy tentado de creerlo, considerando el tono perentorio y la voz seca con que nuestros burgueses suelen decir: "Lo pasado, pasado, y no hablemos más". En general, y visiblemente, el pasado les molesta.

Seguramente ha habido en él buenos momentos y pueden evocar antiguas farsas que fueron agradables; pero, ordinariamente, prefieren no mirar hacia ese lado. Por mucho que la conciencia esté muerta, se agita todavía un poco cuando se hace alusión, por ejemplo, al origen de ciertas fortunas, cuando se habla de ciertos muertos no enterrados del todo, cuando tal o cual acontecimiento contemporáneo trae el recuerdo demasiado preciso de otros. Sería necesario poder olvidarlo todo. La figura del pasado no vuelve para la gente honrada, precisamente porque vuelve demasiado distintamente. De ahí que se haya puesto tanto empeño en falsear y desfigurar la historia, pues el pasado de las naciones modernas es tan inoportuno como el pasado de los individuos.

"A la vuelta de un sendero, una carroña infame", ha dicho Baudelaire. He ahí lo que se ha hecho de las más bellas cosas del pasado. Es preferible cerrar los ojos y taparse las narices. A los asesinos no les agradan las confrontaciones, y esa carroña aparece en todos los espejos. Sin embargo, una voz misteriosa les dice que vive siempre, que volverá, a pesar de todo, en el Fin, que volverá *sobre ellos,* hagan lo que hagan, no bajo ese aspecto de abandono, sino con su verdadera figura, infinitamente augusta, grave e implacable, acompañada de la conciencia milagrosamente resucitada de unos y otros.

CIII

Desde que el mundo es mundo

¿Qué cronología invoca uno cuando habla así y qué idea se forma de un mundo que pudo haber comenzado en la época inmemorial, pero necesariamente imprecisa, que cada uno imagina ser el punto inicial de los pensamientos o de los sentimientos que cree tener? "Desde que el mundo es mundo se ha hecho tal o cual cosa", "desde que el mundo es mundo se ha creído esto o aquello"... He ahí el nivel intelectual del peón caminero, que piensa que siempre se ha machacado piedras, como lo hace él, en todos los caminos del viejo y del nuevo mundo. Es el concepto del juez incapaz de imaginar, en el curso de los siglos, un momento en que no hubieran sido necesarias leyes penales ni magistrados lúcidos para plicarlas. Lo que se ve, siempre se ha visto, se dice en toda la escala, de arriba abajo, y este lugar común no tiene otro sentido. Se sobrentiende que eso se verá siempre, puesto que Dios no tiene permiso para hacer cosas nuevas.

Muy bien. Pero continuamos ignorando qué es ese mundo que es siempre mundo y del cual se habla de una manera tan absoluta. Un día —dice el Evangelio— "la tribulación será tan grande como jamás se ha visto desde el comienzo del mundo y como jamás se verá". Esta sentencia no desautoriza expresamente a los camineros ni a los jueces, pero invalida su testimonio en cuanto a la permanencia y al *ne varietur* de un mundo que puede ser trastornado en un instante y no tener ya apariencia de tal.

Ahora bien: considerando la amenazadora y misteriosa inoportunidad de las viejas Palabras escalonadas en la ruta de Tebas, cuando uno vuelve, estúpido y humillado, del Paraíso perdido, pienso que la explicación de este lugar común es muy sencilla si recuerda que el mundo, en el sentido místico, es el imperio del diablo. Eso lo aclara todo de inmediato.

"Desde que el demonio es el demonio", existen deberes del mundo, hombres de mundo, imbéciles que van por el mundo, y las calles son de todo el mundo; existen el gran mundo, el mundo

sabio, el mundo de las letras, el mundo de la galantería y hasta el *Monde illustré*, y la gente de mundo, preservada del heroísmo y de la dispepsia, muere sin darse cuenta.

CIV

¿Adónde vamos?

Noventa y nueve veces sobre cien yo respondería sin ninguna duda que nos vamos al diablo, y no sería desmentido sino por unos pocos sacristanes vagabundos deseosos de mostrarse amables para pasar por gente de mundo. Sí, mis amigos, nos vamos todos al diablo, y en un tren rápido. Como los viajeros no deben volver, no existe sino una vía, sin señales, y no hay que temer ningún choque.

No resisto la tentación de citar un fragmento de mi *Desesperado*, publicado en 1887:

"Una incalificable librería de la calle Sevres vende el *Indicador del camino del cielo*, un librito del tamaño de un devocionario. En la primera página se ofrece la visión consoladora de un trecho de vías férreas que se internan en un túnel, a través de un montículo sembrado de cruces. Es el "túnel de la muerte", más allá del cual se encuentra "el cielo, la eternidad bienaventurada, la *Fiesta del Paraíso*". Todo esto es explicado en tres páginas minúsculas de esa literatura empalagosamente jovial que el periódico *El Peregrino* ha difundido hasta los confines del planeta y que parece ser el último jugo del cristianismo caduco. El billete para el viaje *sin retorno* se adquiere en la ventanilla de la penitencia, pagando en buenas obras, las que sirven, a la vez, de equipaje. No hay coches dormitorios y los trenes más rápidos son precisamente aquellos donde peor se está. El convoy lleva dos locomotoras: el Amor al frente y el Temor a la zaga. *¡Señores pasajeros, al tren! ¡Al tren!*"

El opúsculo nada dice de las damas, que se supone serían las primeras en subir. Las cosas pasaban como hoy, poco más o menos, pero se ha modificado la ruta y el destino no es precisamente el mismo. Además, se han introducido algunas modifica-

ciones. El compartimento probable de las damas solas, por ejemplo, ha sido suprimido, a raíz de las continuas quejas y para evitar el escándalo. Los coches camas, donde se duerme muy bien, han sido considerados útiles, y se ha agregado un pasillo, donde uno puede pasearse completamente desnudo si el calor es insoportable, lo que permite hasta a los más miopes contemplar las prácticas deportivas para el mejoramiento de la raza. Los diarios han comentado últimamente la fiera prestancia de los gimnastas de Seine-et-Oise y de los aeronautas del último concurso, que partían juntos excitándose con gritos de animales admirablemente imitados. Se ha suprimido, en fin, esa absurda locomotora de la cola, cuya perfecta inutilidad se había demostrado desde hacía mucho tiempo.

De este modo, uno puede irse hoy confortablemente al diablo, y hasta a todos los diablos. Los trenes están siempre repletos, por mucho que se multipliquen, y en todas las estaciones hay que rechazar viajeros. Se me ha hablado de un congreso extraordinario, donde muchos arzobispos y cardenales se habrían inscripto.

CV

TENER DINERO

¿Habéis leído *El Consulado y el Imperio,* de Thiers? Parecería que en esta historia, por otra parte inexacta, de la época más grande del mundo, lo esencial es el dinero. La embarazosa cuestión financiera anda constantemente siguiéndoles el paso al heroísmo y a la victoria.

Napoleón tenía dinero y lo daba a manos llenas a sus servidores, con frecuencia infieles. Esto hipnotiza a Thiers, que lleva la cuenta de todas las sumas entregadas a cada uno de los generales del gran ejército, después de la maravillosa campaña de 1805. Sabe a qué lectores se dirige y les ofrece exactamente lo que debe serles grato, pues es, más que ellos mismos y por experiencia personal, un competente apreciador de la cantidad de dinero que se necesita para recompensar al mérito y pagar la gloria.

CVI

Sólo conozco al dinero

Tú querrías, sin duda, inmundo tendero, que el dinero no conociera a nadie más a que ti. Pero conoce a muchos que valen tanto como tú y eres un perfecto necio al poner ese anuncio en tu tienda. Inventa, pues, algo, cualquier cosa: un betún para lustrar calzado, una grasa para untar a los alguaciles y a los perros sarnosos. Con ayuda de la *réclame,* seguramente verías afluir a tu caja un poco más de dinero, de ese querido dinero que tú crees conocer con exclusión de todo lo que puede ser conocido, de ese dinero con el que te acuestas, con el que duermes, y cuya visión puebla tus sueños y colma tu sucio corazón.

Un hambriento, suplicándote *por el amor de Dios,* te pedía hace unos instantes algunos desperdicios invendibles, que acaso lo hubieran salvado de morir. Como tú le contestaste que no conocías sino al dinero y tu digna mujer lo amenazó con la policía, ese pobre se alejó, maldiciéndolos a ambos. Me dirás que eso te tiene sin cuidado. Es probable, sin embargo, que ese mendigo fuera Jesucristo, cuyo disfraz es frecuentemente ése, representado en las divinas Escrituras, simbólicamente, por el dinero.

—El Dinero soy yo, y no te conozco —te dirá un día.

CVII

Yo no escupo al dinero

¿Es, pues, más difícil escupir al dinero que escupir al Rostro del Hijo de Dios? Habría que creerlo. Los extáticos vieron chorrear sobre ese Rostro los salivazos horribles de la canalla de Jerusalén. Los adoradores del dinero, en cambio, jamás han visto que nadie haya mancillado con salivazos una moneda de cinco francos. Si ésta cayera entre las inmundicias, la recogerían pia-

dosamente y la limpiarían con cuidado. Y acaso la perfumarían con algunos besos.

Cierta vez leí que un gran señor del siglo XVIII tenía en su castillo salones tan suntuosos, que no veía el medio de escupir en otra parte que en el rostro del mismo propietario. Es lo que le ocurre al Verbo encarnado. Hizo el mundo tan magnífico, que no hay en él lugar alguno donde escupir, como no sea en el Rostro doloroso. ¿Por qué molestarse, pues? Todo lo que lo rodea a uno tiene un valor inapreciable. El estiércol mismo facilita la germinación de las patatas, que valen dinero y que son, a su manera, tan útiles como la Redención, pues sirven para engordar a los cerdos. ¿Podría vacilarse un solo instante en la elección?

Cuéntase que había en otros tiempos hombres extraños que hacían profesión de menospreciar las riquezas, a las que consideraban abyectas, y que huían de ellas como se huye de los parásitos. Se asegura que todavía existen algunos. Si es así, creo que lo único que se puede hacer con ellos es escupirles a la cara, como a Aquel de quien se dicen discípulos y pretenden ser imitadores. Podrán así, tanto como les dé la gana, enorgullecerse de sus harapos y soñar con su Paraíso.

CVIII

Poner a un lado un poco de dinero

Este lugar común recuerda a una iglesia donde todo el mundo, jóvenes y viejos, buenos y malvados, entrara a rezar. Peregrinación infalible en la que la impetración sería tan segura como la muerte. El que pone a un lado un poco de dinero se parece a alguien que hiciera construir un sepulcro en un lugar seco, al abrigo de los gusanos. Precaución contra los pobres locatarios de las casas húmedas, siempre dispuestos a roer a los imprevisores. Cada pequeña suma que uno ahorra es algo así como una partícula de la substancia que le ha sido confiada y de la cual tendrá que rendir cuenta un día. Poniendo a un lado un poco de dinero prepara su porvenir y da a los pobres un ejemplo infinitamente más valioso que todas las limosnas.

Por muy ricos que seáis, poned a un lado un poco de dinero.

Es un buen consejo. Si encontráis a un miserable, a un muerto de hambre para quien la dádiva de una moneda sería la salvación, acaso os emocionéis, pues el corazón del hombre es frágil. ¡Y bien! Emocionaos, pero no os dejéis vencer por la tentación. Sed generosos y rehusad con energía. No olvidéis que el primero de vuestros deberes es poner a un lado un poco de dinero y que la sombra de Benjamín Franklin os contempla.

Recuerdo, a propósito de esto, a un sublime burgués, no estoy muy seguro si de Indre o de Creuse, donde era receptor de contribuciones directas. Este hombre heroico, que todos los días ponía a un lado un poco de dinero y que murió con la gloria de no haber dado jamás un céntimo a nadie, tuvo tres hijos y quiso que el primero se llamara Voltaire, el segundo Rousseau y el tercero Franklin, el cual a la muerte de su padre tiró la casa por la ventana. Ya no se encuentran caracteres como éstos.

CIX

No se lleva uno su fortuna cuando muere

Se dice eso como tantas otras cosas, pero el burgués no se equivoca. Sabe, sin duda, tanto como el lector y como yo, que al morir no llevará ni oro ni plata. Tampoco llevará billetes de banco, ni documentos suscritos por pobres diablos, ni menos entradas de favor para ningún espectáculo del otro mundo. Pero el muy maligno llevará, cosidos a su alma, sus *títulos,* que son su verdadera riqueza, la única que sus herederos no podrán negociar ni realizar y que le asegurarán, infaliblemente, un lugar en la eternidad.

CX

No hay más dios que el dinero

Aunque han pasado más de cuarenta años, no puedo olvidar esta escena. Fué en la calle Sevres, allá por los tiempos de mi luna de miel con la espléndida miseria, que me fué siempre fiel.

Una pobre vieja, que arrastraba un carrito de mano pregonando pescados y legumbres, fué detenida por una importante burguesa. Como se pusiera ésta a regatear, ofreciéndole precios irrisorios por sus mercancías, la vendedora no aceptó·

—Basta, señora —le dijo—; no me haga perder el tiempo. Ya me mandará el buen Dios otros clientes.

—El buen Dios es el dinero — respondió la burguesa, riendo burlonamente.

El efecto que produjeron estas palabras sólo podría compararse con el de una brasa que cayera en un tonel de pólvora. La vieja se transfiguró, tornándose terrible.

—¡A mí! —gritó, en un súbito arranque de furia y de indignación—. ¡Se atreve a decirme eso a mí! ¡En presencia de una criatura que se gana la vida honradamente tiene usted la audacia de ultrajar al Dios de los pobres con palabras que avergonzarían a una mujerzuela de la calle! ¡Merecería ser azotada públicamente como una miserable prostituta! ¡Eso merecería! ¡Que lo digan los que me oyen! —Y cada vez más excitada, alzando amenazadora la mano, se lanzó sobre la enemiga, que trataba en vano de escurrirse entre la multitud reunida en un instante. —¡Puerca, grandísima puerca! ¡Decir que Dios es el dinero, ese sucio dinero que seguramente gana con sus cochinerías!

Y siguió así durante un buen rato, exaltándose más a cada palabra, aullando como una Hécuba, con visible contento de los espectadores, que se oponían a la fuga de la víctima. Fué necesaria la intervención de la policía para salvar a ésta, medio muerta de rabia y de vergüenza.

Esto ocurrió, repito, hace más de cuarenta años, vale decir, antes de la funesta guerra del 70 y de la degradante república, época en que todavía no había sido destruído todo. Hoy, la blasfemia más inmunda es la expresión exacta del sentimiento universal, y la pobre vieja, que defendía y vengaba a su manera al Dios de los cristianos, sería la insultada por la multitud.

CXI

No se sabe qué color tiene su dinero

Aquel de quien se dice esto, se halla en el último grado de la abyección. Si se dijera simplemente que no se sabe cuánto dinero tiene, sería menos grave. ¡Pero que no se sepa qué *color* tiene su dinero!

Nadie ignora que el dinero no tiene olor. Las personas más delicadas, aquellas que disponen de un olfato extremadamente sutil, así lo proclaman. Pero se exige que tenga color y se quiere ver ese color. ¿Es posible concebir nada más hermoso que una moneda de cinco francos en la mano de un negro? ¿Cuál es el burgués capaz de menospreciar los treinta magníficos dineros en la sucia mano del Iscariote? Este traidor amable y lleno de besos, a quien tan duramente se ha tratado, podía decir, por lo menos, que conocía el color del dinero de los príncipes de los sacerdotes, pues no era uno de esos bobalicones a quienes se les da gato por liebre.

Suelo ver, de tanto en tanto, monedas de plata que al pasar por las manos de algún carnicero o algún asesino han quedado teñidas de rojo. Su contemplación me hace soñar. Pensando en el origen probable de esos signos de la riqueza, me digo que ése es su verdadero color, el color que deberían, que *deben* tener, el color que seguramente asumieron las monedas de Judas, que dejó entonces de *reconocerlas* y las restituyó de inmediato a los insignes bribones que se las habían entregado. Pero como tampoco éstos mismos las reconocieron, les pareció que no era lícito devolver al tesoro del templo un dinero de tan extraño color. Todo el mundo sabe que lo emplearon en la compra del *campo de sangre*, nombre genérico aplicable, creo, a todas las propiedades burguesas, a partir de la Flagelación y la Crucifixión de Jesucristo.

CXII

Dar crédito o abrir un crédito

Es lo que no conseguiremos de nadie, si no se conoce el color de nuestro dinero. Pero si, mostrando un color plausible y no siendo millonarios, obtenemos un crédito cualquiera, nos encontraremos en una situación inferior a la de los galeotes más desacreditados. Seremos los negros, los míseros esclavos de los fétidos mercaderes que nos hayan hecho ese merced y que cortarán lonjas de nuestra carne cuando les plazca. El más abyecto tendero que nos da crédito es nuestro amo, como el demonio es el amo de los réprobos.

Aquel a quien se le abre un crédito puede considerarse de veraneo, vale decir, en la situación de un hombre, a quien supondremos sin mayores recursos, que habiendo dejado temporariamente sus hábitos más queridos, sus amigos, sus trabajos, por la ilusión falaz y horriblemente gravosa de gozar de un aire más puro, se viera en las garras de monstruos del campo emboscados en todos los caminos, decididos a no dejarlo escapar sino completamente esquilmado, desesperado, medio muerto, y seguros, por lo demás, de que una inexplicable necesidad de sufrir lo hará volver, infaliblemente, al cabo de un año.

El crédito es un jardinero muy solícito que lo riega a uno mientras ve en uno un resto de vida, una posibilidad de reverdecer y de fructificar. Cuando se desvanece esta esperanza, lo arranca, lo arroja al fuego o al estercolero y prepara tranquilamente el arriate para una nueva siembra.

CXIII

Estar acribillado de deudas

No es, seguramente, mi caso, ni el vuestro, ni el de nadie en particular, pero la cosa es posible, y eso basta. Un poeta que debe un pan de un par de kilos, algunas cuartillas de carbón y dos o

tres docenas de resmas de papel, puede muy bien pasar por un individuo acribillado de deudas. Eso se ha visto y se verá. La expresión, por otra parte, es curiosa, aunque difícil de comprender.

Si no me equivoco, estar cribado significa haber sido pasado por una criba, o si se quiere, parecer una criba, a fuerza de agujeros, imagen en verdad excesiva e inaplicable a las deudas que uno pueda tener y que sólo hacen orificios en la bolsa del acreedor. En el primer caso, la operación, que las amas de casa conocen muy bien, consiste, si se trata de los residuos del fogón, en separar por medio de un tamiz las cenizas inútiles de lo que puede servir todavía para el fuego. Sabido es que las cenizas obtenidas en esta forma por el profeta Daniel demostraron al rey de Babilonia el fraude impío de los sacerdotes de Bel. Por extensión, algunas veces se habla del harnero de la conciencia, instrumento defectuoso e infiel que deja pasar demasiadas cosas y que puede ser comparado con uno de esos viejos canastos agujereados que es imprudente usar. Tenemos también la criba del diablo, mencionada en el Evangelio: "Satanás ha querido acribillaros como a un queso", lo que es un motivo de inquietud, pues no hay peor embustero que él. Pero todo esto no explica nuestro lugar común.

¿Significará éste que se tiene muchas deudas, que se está agobiado por ellas? En ese caso, en lo que a mí respecta, la agitación violenta o armónicamente rítmica de la criba me hubiera desembarazado tal vez de semejante polvo, a menos que me hiciera pasar con él por uno de los agujeros, cosa poco verosímil. En resumen, tan intrincado me parece todo esto, que sólo veo claro que es harto molesto tener deudas e infinitamente desagradable verse obligado a pagarlas.

CXIV

Tirar el dinero por las ventanas

¿En qué momento y en qué circunstancias tira uno el dinero por las ventanas? He ahí un punto de casuística burguesa. Un ignorante podría creer que es en el momento en que entrega al recaudador el importe de los impuestos que hay que pagar por

puertas y ventanas, olvidando que aquí se trata sólo de las *ventanas*, con exclusión de las puertas, los respiraderos, las goteras y los agujeros de los ratones, orificios por los cuales también podría hacerse pasar oro amonedado.

Pido a las personas ansiosas de instruirse que adviertan que no se dice jamás: "Tirar el *oro* por las ventanas". Esta manera de expresarse tendría algo de monstruoso. Tan ridículos excesos de lenguaje hay que dejar para los poetas y para los que como ellos carecen de precisión. Mencionar el dinero es ya una harto peligrosa concesión a la poesía.

En realidad, se lo tira por las ventanas cuando se da una moneda a un pobre. Eso es elemental y no necesita demostración. Un verdadero burgués no debe dar jamás. Pero hay otras maneras de tirar el dinero por las ventanas. Ejemplo: si uno desperdicia la oportunidad de hacer pasar un botón por una moneda de medio franco, si es suficientemente idiota para advertirle al conductor del ómnibus, padre de ocho criaturas, que le ha dado demasiado vuelto por una moneda de cuarenta céntimos; si compra, aunque sea a vil precio, una obra maestra de literatura o un objeto de arte, sin intención de cambalachear; si gratifica con una pequeña suma a un pobre diablo que lo ha salvado de un grave peligro, con riesgo de la propia vida, en lugar de hacerlo detener por la policía, etc. Las circunstancias y oportunidades en que uno está expuesto a tirar el dinero por las ventanas son infinitas y el hombre honrado debe considerarlas con severa atención.

CXV

Unir los dos cabos

Es el viejo símbolo de la serpiente que se muerde la cola, el símbolo del infinito, en todos tiempos y en todos los países. El infinito no es, sin embargo, la preocupación del burgués. Rompe en este caso, por un momento, la continuidad de su desdén, sólo porque le parece una ocasión para mostrar su sabiduría, para perfilarse sobrehumanamente. ¿Tengo necesidad de decir que se trata, como siempre, del dinero? Es muy sencillo.

Uno posee una fortuna cualquiera, cien mil francos o, si se prefiere, cien millones de francos. Como el capital debe conservarse íntegro, se trata de ir tirando todo el año, de cabo a rabo, sólo con la renta, a la cual se le supone la conveniente elasticidad. Es un verdadero "tour de force" que muy pocos hombres son capaces de hacer. Vano sería pedirle eso a un imaginativo, a un soñador, a un magnífico, a un *caritativo*. Los más osados dirían que no se hacen responsables de nada, y algunos, a quienes la blasfemia no atemoriza, llegarían a sostener que la riqueza debe ser repartida como una basura y que la intangibilidad del Capital, produciendo siempre, como Dios, y no agotándose jamás, es una abominación.

Si el burgués, demasiado ocupado en hilar el copo de oro de su año, tuviera tiempo para perder, replicaría tranquilamente que ese Dios que se tiene la audacia de oponer al Capital es un pobre Dios, si inspira a sus adoradores tales sentimientos; que él, burgués honorable y capitalista, no teme desafiar a ese pretendido Todopoderoso a que sepa por qué punta o cabo tomarlo...

Y de pronto, inexplicablemente furioso, vociferará:

—¡Yo junto los dos cabos, yo uno las dos puntas, mi rabo de oro está metido en mi boca de oro, y mi Capital crucifica a ese Dios! ¡Yo soy un hombre honrado y me río de la religión!

Uno piensa entonces en el cementerio, situado al *cabo* de esa hermosa avenida de abetos que comienza en la jaula de los alienados.

CXVI

Lo que cuesta los ojos de la cara

Un ciego me decía cierta vez que su perro le costaba los ojos de la cara. Era un ciego de la Academia Francesa, que había perdido la vista por deslumbramiento, a fuerza de leer a Hanotaux y a Paul Bourget. Como yo me asombrara de que no se hubiera vuelto idiota al mismo tiempo, tuvo una sonrisa despectiva, que no comprendí.

Supe después que es un ciego intermitente y condicional que sabe distinguir muy bien las piezas desmonetizadas de aquellas que

son aceptadas por los burgueses más exigentes. Creí entonces adivinar que lo que cuesta los ojos de la cara, vale decir, lo más difícil que hay en el mundo, es ver *más bajo* que uno mismo, cuando se es académico.

CXVII

La manera de dar vale más que lo que se da

Este es de extracción noble. Se trata de un verso del gran Corneille, y una providencia irónica ha querido que ese verso sea uno de los primeros de *Le Menteur*: "La façon de donner vaut mieux que se qu'on donne". El burgués, herméticamente cerrado a toda literatura, ignora eso, por supuesto, pero encuentra que ese verso le viene de perilla y lo utiliza cuando quiere que se tenga de él una alta idea. Es un buen recurso, pero hay que emplearlo con tacto y habilidad.

Conocí a un majestuoso traficante de cuadros que se contentaba con un modesto beneficio del quinientos al mil quinientos por ciento. Era, hace algunos años, el protector de un pintor muy pobre, célebre hoy, cuyos cuadros se buscaban ya entonces. Este hombre hábil explotaba con sabiduría la vergonzante miseria del artista, comprándole a vil precio sus trabajos y revendiéndolos infinitamente caros a sus clientes, con lo que realizaba muy lealmente apreciables ganancias. El buen comerciante procedía en esto con la mayor cordialidad, y tutelar al par que justo, daba de tanto en tanto amables sorpresas a su víctima: un cucurucho de bombones para los chicos, un viejo pantalón, un atado de tabaco, un portamonedas de un par de francos. No podía decirse que fuera gran cosa, sin duda, pero ponía en ello el corazón, ¡y qué corazón! ¡Qué dulces sonrisas, además; qué afectuosos apretones de mano! "La manera de dar vale más que lo que se da", se decía a sí mismo, afilando su cuchillo, y sólo a sí mismo porque tenía un gran tacto, pero su amable semblante lo dejaba traslucir muy bien. Me duele agregar que fué pagado con la más negra ingratitud y que el poema terminó en medio de resonantes bofetadas.

No menos admiré a otro benefactor de la misma escuela. Este

no era comerciante. Era un millonario deseoso de gloria, que decidió un día adquirir fama de gran escritor. Había tenido el olfato de descubrir a un indigente cuyo vigoroso talento le pareció convenir a su propósito. Durante diez años este cretino de oro utilizó al desdichado, sonsacándole, por pequeñas sumas, trabajos que no hubieran sido suficientemente pagados con la mitad de su fortuna, aun agregándole la piel de su mujer, trabajos imaginados y *realizados* totalmente, que jamás dejaba de estropear un poco con su pluma de imbécil, para que no se dijera que nada había hecho, y que le valieron considerable notoriedad y recompensas en *dinero*. Actualmente es académico, oficial de la Legión de Honor, amén de haber sido condecorado por varios monarcas. El mismo ha terminado por creer que tiene genio, y no se desemborracha. El autor verdadero, más miserable que nunca, se halla hoy abandonado y terminará Dios sabe cómo. Mientras fué útil se lo colmó, también a él, de pequeños obsequios encantadores, con esa refinada delicadeza cuyo scereto parecen tener los ricos caritativos y los hipopótamos furiosos. ¡Hay maneras tan exquisitas de dar el infierno!

CXVIII

VALE MÁS BUENA FAMA QUE CINTURÓN DORADO

Si la metáfora del cinturón dorado significa la riqueza, como dicen los intérpretes, uno tiene el derecho de preguntarse por qué y cómo la buena fama puede valer más, puesto que en realidad y en apariencia es exactamente la misma cosa. No hay ejemplo de persona rica que no tenga buena fama. Sería monstruoso y profundamente inmoral que un rico tuviera mala fama, si se considera que la riqueza es lo más respetable que existe sobre la tierra.

Debe haber una distinción, sin embargo, pues los lugares comunes son infalibles. Sabido es —todos los profesores de retórica lo aseguran— que la Fama, buena o mala, tiene alas y trompeta, lo cual no ocurre con ningún cinturón. He ahí una evidente superioridad. Podría explicarse, entonces, el gesto de una hermosa dama que se despoja de su cinturón, dorado o no, y hasta que renuncia a él para adquirir fama, para atrapar alas y hacerse acompa-

ñar o preceder por una charanga. El cinturón abandonado se doraría por sí mismo, naturalmente.

Creo que lo mejor es profundizar en ese sentido. Los lugares comunes son penetrables sólo para aquellos que los estudian humildemente y con una gran pureza de corazón.

CXIX

NO HE HECHO TODAVÍA MI CAJA

Estamos en Tours, una de las ciudades de Francia donde el lugar común es particularmente honrado. Cierto es que varias ciudades se disputan la gloria de haber sido su cuna, pero lo más probable es que Tour haya tenido ese privilegio. Apelo a la estatua de Descartes.

Un forastero llegado para instruirse, entró en una iglesia, después de haber hecho una limosna al mendigo titular. Pero he aquí que a consecuencia de no sé qué absorbente preocupación, le dió equivocadamente una moneda de veinte francos por una de céntimos, error que no advirtió hasta mucho más tarde. Volvió a la iglesia, pero el mendigo acababa de marcharse. Le expuso entonces el caso al bedel, quien lo tranquilizó, afirmándole que ese mendigo, cuya dirección le dió, era un funcionario de los más honorables y que su moneda le sería escrupulosamente devuelta, mediante una nueva e insignificante limosna.

El viajero llegó momentos después a una casa muy confortable, donde fué recibido con amabilidad por un personaje vestido correctamente, en quien le costó no poco reconocer a su mendigo.

—Mi estimado señor —díjole éste—, no se atormente usted. Estos errores suelen ocurrir algunas veces en nuestra profesión. Pero *no he hecho todavía mi caja.* Sírvase tomar asiento.

Un cuarto de hora después, la moneda había sido hallada y devuelta a su dueño.

He contado esta historia, perfectamente verídica, sólo para hacer justicia a una estimable corporación demasiado calumniada por los burgueses, que hacen también ellos cuidadosamente su caja, pero para no devolver nada, y que rechazan toda solidaridad

con los mendigos, como si no fueran, en lo espiritual, andrajosos, truhanes, alforjeros, calamitosos, desharrapados, infelices, míseros, lamentables protegidos de la tontería y la infamia modernas expresadas por los lugares comunes de los cuales hacen uso; como si no fueran los segundones y los inferiores de esos pobres diablos de la mano tendida, a los cuales desprecian porque son los únicos que configuran todavía, aunque sea un poco, la mendicidad redentora del Hijo de Dios.

CXX

Cuenta errada no vale

El mendigo de Tours procedía según acaba de verse. A ese cándido profesional le era indispensable una verificación exacta. Lo mismo les ocurre a todos los comerciantes, pero como éstos son menos cándidos y no hay por qué arruinarse, proceden de distinta manera. Son partidarios de las cuentas exactas, sin error alguno, pero a su modo. Esto se consigue fácilmente cuando uno tiene aptitud matemática, estómago y una sólida armadura. Cuentan, por otra parte, con la ley, puesto que ésta dice que sus libros *hacen fe,* como el Evangelio.

¿Le pide usted a su proveedor, que es la flor y nata de la gente honrada, un kilo de azúcar, una libra de café y media docena de botellas? Y bien: él le manda todo eso, honestamente; pero *profesionalmente* escribe *doce* botellas, *dos* kilos de azúcar, *dos* libras de café. Luego hace una suma exacta, pero anotando deliberadamente en los parciales un error de céntimos en su contra, a fin de poder darle a usted más tarde un edificante ejemplo de su buena fe, rectificando en su presencia ese imperceptible yerro, en caso de que se sienta usted tentado de verificar la cuenta. "Cuenta errada no vale", dirá él, con una sonrisa meliflua. Si hay rozamiento, acaso agregará: *"Errare humanum est"*, prolongando su sonrisa, y se marchará usted un poco sorprendido de la enormidad imprevista del gesto que ha hecho, pero impresionado, a pesar de todo, por la escrupulosa probidad de ese comerciante

que prefiere exponerse a perder algunos céntimos antes que causarle a usted el menor perjuicio.

Conocí a un tendero de esa calidad moral en los tiempos de mi célebre cautiverio en Cochons-sur-Marne. Cierto día, viéndome sofocado por el monto de sus facturas, me ofreció lealmente mostrarme sus libros. "Yo leeré sus libros —le dije— cuando haya leído usted los míos", y me resigné a pagar. Algunas veces me ha preguntado con inquietud si no habré determinado ese día, sin quererlo, una vocación literaria. Acaso ese hombre se haya convertido en un laureado de la Academia Goncourt.

CXXI

Escurrir el bulto

Uno escurre el bulto cuando se apresura a abandonar a una muchacha a quien ha seducido. Digo esto, ruego que se me crea, sin ninguna intención pornográfica. Pero hay otras maneras. En general, se trata de zafarse, de librarse de algún compromiso, de ser lo que se llama un *listo*.

Cuando usted asesine a un viejo rentista, haga de manera que las *piezas de convicción* puedan ser encontradas en las casas del perceptor de rentas y del juez de paz y, sin ponerse en evidencia, sugiera hábilmente a la justicia una de esas pistas. Si es usted un manipulador de negocios, arréglese para que los capitales sean centralizados en un punto determinado del espacio, que llamaremos, si le parece, su caja; hecho esto, provéase de cuantos horarios puedan serle útiles y, llegado el momento, pídale alas al cóndor y emprenda el vuelo en silencio, tratando de no dejar rastros. Los cointeresados, a su vez, se arreglarán como puedan en la maraña de una contabilidad que usted se habrá encargado de hacer tan perfectamente inextricable como una selva virgen del Amazonas o del Congo.

Otros consejos podría darle a usted mi experiencia, pero creo que estas sumarias indicaciones le bastarán. Por lo demás, no tiene más que estudiar la historia contemporánea. Las combinaciones diplomáticas de la hora actual lo ilustrarán superiormente.

CXXII

Retirarse de los negocios

Es una indigna y baja manera de desentenderse definitivamente de los compromisos. No hay para qué decir que uno no debe retirarse de los negocios sino después de haber hecho fortuna. Lo contrario sería como retirarse del campo de batalla antes de la victoria.

—He ganado —me dice usted— lo necesario para vivir tranquilamente y me retiro de los negocios. Estoy harto del sucio comercio. Quiero dedicarme a la jardinería y a la pesca.

¡Y bien! Yo le contesto sin vacilar que es usted un idiota y un renegado. Procede como un mal sacerdote que se declara aburrido del altar. ¿No comprende usted, mísero, que el hombre no vive más que para los negocios, que los negocios son su fin supremo y que no hay otra realidad que esa? ¿Qué pretende usted retirándose de los negocios y en qué se convertirá? ¿Es usted, por ventura, poeta o devoto, para abstenerse de la vida roborativa del mostrador? Está usted incapacitado para pensar, para soñar, para amar. El paisaje más hermoso es para usted lo que puede ser para una vaca o una mula. Toda lectura que no sea la de los catálogos o los boletines financieros, le es imposible. Hasta hoy era usted simplemente abyecto; en adelante será infinitamente estúpido y desde mucho tiempo antes de su muerte, que será indecente, se lo considerará un decrépito.

¿Cómo puede ser usted indiferente al espectáculo de esa animosa multitud de comerciantes y de industriales que luchan con constancia, como en otros tiempos los mártires, y que dan generosamente su vida por los negocios, sin sentirse jamás tentados de renegar de ellos? ¿No ha sido usted testigo del fin sublime del gran Chauchard, que combatió hasta el último momento y cuya milagrosa osamenta fué escoltada por todo un pueblo desconsolado? ¿No lo ve a Pierpont Morgan reventando, firme en la brecha, sobre un montón de millones? ¿Hay en las epopeyas de la historia o en la vida de los santos más famosos nada que pueda compararse con esos ejemplos?

¡Ah, no reneguemos jamás de los negocios, de los santos Negocios! Ellos pueden retirarse de nosotros algunas veces, a causa de nuestra indignidad o por una misteriosa mala suerte; pero nosotros, si somos hombres, no debemos retirarnos jamás de ellos. Cuando dije poco antes que eso era admisible *después de haber hecho fortuna,* hablaba a los débiles. Los fuertes no entienden ese lenguaje. Para ellos, la fortuna nunca está hecha, para ellos ni siquiera existe la fortuna. Existen los negocios, sólo los negocios, vale decir, la única Realidad, el único Esplendor al cual se debe sacrificar la vida —sobre todo la vida de los demás— desde la extinción del cristianismo.

CXXIII

AL QUE SE MUERE, LO ENTIERRAN O DESPUÉS DE MÍ, EL DILUVIO

Cuando el burgués dice una u otra de estas dos cosas, guardémonos muy bien de creer que estamos en presencia de un desesperado que se resigna a las peores catástrofes. Por el contrario, lo regocija pensar que dejará de existir, que ya no podrá ser la víctima. *Sabe* profundamente que si el mundo entero tuviera que perecer, él sería salvado, sólo él, en un arca, como el justo Noé con sus animales. ¿Por qué inquietarse, pues? ¿La pálida multitud de los humanos tiene por ventura otra cosa que hacer que pagar por él, que sufrir por él todo lo que haya que pagar y que sufrir?

Creo que nadie se ha dado cuenta todavía que el destino sublime del burgués es exactamente la contraparte o lo contrario de la Redención tal como la conciben los cristianos. Es sólo por él que la humanidad debe ser crucificada. *Sólo por él.*

Para que todos los hombres fuesen rescatados, se necesitaba, dícese, que el Hijo de Dios se encarnara, que sufriera bajo Poncio Pilatos y que muriera crucificado. He aquí el caso a la inversa. Es necesario, es absoluta e irremisiblemente indispensable que la totalidad de las criaturas se inmolen, voluntaria o involuntariamente, para que el burgués digiera en paz, para que sus tripas y sus riñones funcionen bien, para que se sepa que él es el verdadero Dios y que todo ha sido hecho en su beneficio.

Inténtese, después de esto, fabricar apologéticas, demostrar la divinidad del cristianismo: en lo alto, por sobre todo, estará el burgués, y quien caerá en la hoya y se ahogará en el diluvio de sus deyecciones, es uno.

CXXIV

El más hermoso día de la vida

Se permite vacilar. Hay dos testimonios. El segundo vicario de la parroquia afirma que es el día de la primera comunión, y el señor Prudhomme habla, con una inquietante firmeza, de un sable: "A ese sable —dice— le debo el día más feliz de mi vida". ¿A quién creer?

Si se me hiciera el honor de consultarme, diría que el más feliz de la vida es el día en que uno ve por primera vez un aeroplano.

—Es posible —responderían de inmediato los guerreros alemanes—; pero el dirigible "viste más".

CXXV

Vivir "su" vida

Vivir su vida consiste en adueñarse de la ajena. Tal es el sentimiento de nuestros anarquistas más estimables. Los vampiros estarían de acuerdo. Un hombre de bien, digamos un santo, no vive su vida, no vive en absoluto, para ser exacto. Ni siquiera puede decirse que vegeta. Es inexistente.

No vaya a creerse, sin embargo, que para vivir su vida le sea uno indispensable asesinar burgueses, deporte agradable, sin duda, pero imprudente y que puede tener el efecto de turbar la serenidad de los paisajes con la movilización de artilleros y zapadores. Hasta correría uno el riesgo de pasar por un héroe,

lo que es una puerilidad romántica. No hay para qué llegar hasta eso.

Uno vive su vida cuando ha sabido instalarse en el firmísimo propósito de ignorar que hay hombres que sufren, mujeres desesperadas, niños que mueren, y que está en situación de beneficiarse voluptuosamente con todo eso. Uno vive su vida cuando hace exclusivamente lo que es grato a los sentidos, sin darse ni querer darse por enterado de que en el vasto mundo hay almas y que tiene él mismo una mísera alma expuesta a extrañas y terribles sorpresas.

Esta expresión, por lo demás, es un solecismo, y los mismos que de ella se sirven son solecismos humanos que no pueden interesar al Angel confortador de la agonía y a quienes ninguna piedad redimirá.

CXXVI

VER LA MUERTE DE FRENTE

Todos los héroes de novelas folletinescas están acostumbrados a ver la muerte de frente. ¿Puede creerse que alguno de ellos la haya visto jamás de perfil? Acaso sea más espantoso. Pero decir lo primero es como si no se dijera absolutamente nada. ¿Dónde está el tendero que crea en la muerte? Todavía no lo he encontrado. Nadie cree en la muerte. Si un alguacil que ha recibido un puntapié en el trasero dijera que ha visto a la muerte de frente, no impresionaría a nadie.

Los cementerios, según se sabe, no han sido hechos para los perros, por mucho que haya uno, del lado de Asmières, donde estos animales tienen tumbas, inclusive con epitafios, y donde las carroñas de los burgueses no son admitidas. Sí, se sabe eso, pero la *realidad* de la muerte no existe para los individuos de sus rentas o del comercio.

El cementerio es un jardín al cual se lleva flores una vez por año. Ocasión de francachelas sentimentales y ocasión también para hacerse un poco de *réclame* o de concertar algún nego-

cio, pues los sepulcros son los mejores lugares para hablar de lo hediondo y perecedero. Y eso es todo. Ninguno de esos visitantes llevará en su rostro de imbécil o de Judas una huella cualquiera de los dedos de la muerte, una impresión, siquiera sea vaga, un comienzo de diarrea premonitoria que le advierta que necesariamente le llegará su último día. Cuando más, a la tercera botella sentirá la inspiración de consultar a una echadora de cartas o a un abogado genealogista, para saber si podrá reivindicar una herencia vacante.

Pero es necesario que seas ciego, mi amable casero, para que no me veas de frente, tal como soy, para que no veas que yo, tu querido locatario, represento a la muerte cuando vengo, cada tres meses, a recordártela. Es que sólo tienes ojos para el dinero que te traigo, mi amable casero. Cuentas atentamente las monedas de veinte francos y las monedas de cinco francos, que son la sangre de mis criaturas y la mía propia, la sangre que sudo gota a gota, y que tú me devuelves poco a poco con el dinero contante y sonante de tu miserable vida de insecto, al que esa sangre generosa hará reventar.

Tú no piensas casi en los muertos. Sin embargo, ya no eres joven, y si la estupidez no te ciega del todo, has debido advertir la sorprendente semejanza que asumen a los ojos de un viejo todas las figuras humanas —como una afirmación más precisa de la identidad universal—, a medida que uno se aleja de las tornadizas ilusiones de la adolescencia. Cuando uno se acerca a la tumba, termina poco menos que por ver a todos los hombres en un solo hombre.

Así es en el mundo inmenso de los muertos, donde todos se parecen y a quienes te asemejas cada vez más, mi querido Creso. Te rodean ya. Están alrededor de tu mesa, alrededor de tu caja, alrededor de tu lecho, y si tu viejo corazón tuviera oídos los oirías decirse entre ellos: "¡Cómo se parece a nosotros este fantasma que cuenta el dinero de los pobres! ¿Por qué tarda tanto en venir?"

CXXVII

Paso por alto los mejores

Es lo que haré. No podría continuar sin peligro. La constante manipulación de estas materias exige una cabeza y un estómago de bronce, que desgraciadamente me han sido negados. Además, los lugares comunes no son tan variados como podría creerse y correría el riesgo de machacar demasiado. Los *mejores,* si cabe la expresión, aquellos que parecen llegar a las profundidades inexploradas, son precisamente los más estúpidos, los más capaces de acelerar el embrutecimiento.

He resuelto, pues, detenerme. Confío en que mis contemporáneos apreciarán el esfuerzo, a veces un poco heroico, que he hecho en el curso de estas páginas, donde he tratado de instaurar una enseñanza que no es ofrecida por nadie y cuya necesidad se hacía sentir.

Post scriptum. Si hubiera un hombre suficientemente valeroso para emprender una continuación de esta *Exégesis,* he aquí algunos lugares comunes harto importantes que he dejado en mi plato y que podrían sustentarlo provisionalmente:

"Ser de la Academia francesa", "Ser conocido como el lobo blanco", "Ahogarse y salvar la ropa", "Tener respuesta para todos", "Mover cielo y tierra", "Hacer conquistas", "No hay que atar los perros con longaniza", "Llegar a su hora", etc. Sería asimismo útil, y aun urgente, tratar a fondo "El buril de la historia", "El canto del cisne", "El espíritu de cuerpo", "La opinión pública", "La buena prensa", teniendo cuidado de hacer notar que "Nobleza obliga", que "No hay humo si no hay fuego", que "Un clavo saca otro clavo", que "Siempre son los buenos los que se van", que "A cualquier edad se aprende", y sobre todo, en fin, que "No se cazan moscas con vinagre" y que "Los zapateros son siempre los que peor calzan".

Esta nueva e interesante serie podrá titularse: *El secreto de Polichinela.*

Conclusión

Benedictionibus abyssi jacentis deorsum.
Gén., XLIX, 25.

Con frecuencia se ha querido saber dónde pudo haber estado situado el Paraíso terrestre. Platón y Pierre Termier, mi sabio amigo del Instituto, me han dado el medio de determinarlo. El Paraíso terrestre, el luminoso Edén de donde fueron expulsados nuestros primeros padres, no estuvo ni pudo estar sino en el Atlántico.

Sé que esto ha sido dicho ya por ignoro qué americanos, que han querido hacer creer que ese continente desaparecido hace tantos siglos era una parte considerable de "su" continente y que la actual América prolonga, de ese modo, a través de las edades, el bíblico Jardín de Voluptuosidad. Para saber a qué atenerse acerca de tal pretensión, basta haber visto, así sea a vuelo de pájaro, el llamado beatífico imperio del Dólar. Como, para colmo, estúpida y groseramente agregan que el Diluvio, que se creía universal, está suficientemente explicado con la sola sumersión de la Atlántida y la desaparición simultánea del primer Edén, dejo de lado a esos protestantes especiosos y me atengo al divino Platón, que no sabía nada del Paraíso terrestre, pero que parece haber sido el irrecusable testigo de una tradición archisecular.

En su admirable conferencia dada el 30 de noviembre de 1912 en el Instituto Oceanográfico, Pierre Termier ha demostrado, sin lugar a dudas, con las más recientes conquistas de la ciencia geológica, la veracidad del gran filósofo que contó en sus *Diálogos,* hace veinticuatro siglos, la historia de la Atlántida.

"Geológicamente hablando —dice Termier— esa historia de Platón es completamente verosímil. Los enamorados de las hermosas leyendas pueden creerla. La ciencia misma, la más moderna ciencia, en cuyo nombre hablo, los invita a ello. Es ella misma la que, tomándolos de la mano y conduciéndolos a las costas del

océano fecundo en naufragios, evoca a sus ojos, con los miles de navíos desamparados, sumergidos, reducidos a restos informes, los continentes y las islas sepultadas en el fondo de los abismos".

*
* *

Es fantástico y un poco angustioso recorrer con nuestro geólogo las montañas y valles que oculta el océano, al que él, por un momento, vaciara completamente de sus aguas, reemplazando con la luz del día las impenetrables tinieblas de sus profundidades. ¡Qué inconcebible visión!

Se tiene bajo los ojos, trazado por su mano, el mapa en relieve del lecho del Atlántico, con sus fosos que descienden a más de seis mil metros, sus rampas vertiginosas, sus ribazos áridos como el infierno, que hubieran espantado al Dante; con sus Alpes desconocidos, sus cadenas inimaginables, sus contrafuertes, sus crestas, sus picos, sus cimas inaccesibles, sus acantilados, sus gargantas terroríficas, frecuentadas por monstruos ignorados cuya sola visión haría morir; y, en fin, acá y allá, con sus pirámides y sus fabulosos pilares, que sostienen islas encantadas, llenas de luz y de verdura, donde subsisten hombres jubilosos o privados de alegría, sin sospechar que están, en realidad, en el ápice de una aguja que la más leve sacudida plutoniana podría hacer caer de pronto, porque los volcanes se pasean abajo, en los valles inmensos, que van probablemente desde un polo hasta el otro.

Todo eso es para el alma motivo de una extraña turbación. Uno se siente infinitamente insignificante y miserable. Ve que esta tierra es un sueño, el sueño de un sueño, y que es absurdo contar con ella. "¡Insensato, esta misma noche te reclamarán tu alma!" Esta amenaza terrible no es sólo para los hombres, es también para las islas, para los continentes, para la tierra entera.

El gigantesco naufragio de la Atlántida no es una tradición aislada. En una época infinitamente menos lejana, a fines del siglo IV, un trozo considerable de nuestra Armórica fué tragado por el mar. La soberbia y pujante ciudad de Is, donde reinó el rey Grallón, desapareció en una noche, con su población y sus riquezas, y el lugar que ocupaba ese territorio se llama bahía de Douarnenez. Existen todavía, me dicen, algunos vestigios del

camino pavimentado que iba de la abadía famosa de Landévénec a la ciudad sumergida. Siguiéndolos, se los ve hundirse y perderse bajo las aguas...

*
* *

Como Platón sólo podía ser el eco de una tradición que debe suponerse muy antigua, se expresa, naturalmente, de una manera simbólica, a ejemplo de todos los poetas, que jamás pudieron ni podrán jamás describir —con o sin simbolismo— sino el Paraíso perdido, preocupación y desesperación única de la humanidad caída. Platón lo vió en la Atlántida, "isla más grande que Asia y Africa", dice para dar la idea de una inmensidad. Era un lugar de delicias, donde reinaban "reyes de un grande y maravilloso poderío", que tenían bajo su dominio numerosas ciudades ricas y populosas, sobre todo una, magnífica, cuyos palacios y templos estaban edificados "con piedras de tres colores", de misteriosa significación. Termier explica esos tres colores desde su punto de vista de geólogo, sin perjuicio de la explicación simbólica, para la cual ningún Edipo cristiano ni pagano se ha presentado aún.

Todas esas imágenes, que parecen recuerdos confusos de un hermoso sueño, pueden convenir a la tradición casi borrada del Jardín bíblico, donde Dios había puesto a sus magníficas criaturas, que una vez salidas de allí para esparcirse sobre la tierra no podrían ya volver a encontrarlo. Pero se tiene seguridad de la gran difusión de esa reminiscencia legendaria en el mundo antiguo y no hay noticias de que la inquietud pagana haya buscado en otra parte el origen de la Catástrofe primordial.

*
* *

Estamos, pues, autorizados para situar el Paraíso terrestre en esa Atlántida, desaparecida, sin duda, pero no *perdida*. Muchos santos, y hasta la misma Iglesia, han creído en la permanencia del "Jardín de Voluptuosidad". Algunos, como el sublime Cristóbal Colón, emprendieron su búsqueda en el mundo todavía inexplorado. ¿Cómo admitir que una creación tan divina hubiera podido

ser anulada? Existe aún, sin duda, y *en el mismo lugar,* aunque de una manera que se ignora.

Hodie mecum eris in paradiso: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Así habló Jesús, antes de morir, a San Dimas, su buen compañero de suplicio, cuando era la hora sexta y las tinieblas estaban a punto de cubrir toda la tierra. En el Paraíso, y hoy mismo. ¿Qué significan estas palabras? Jesús no debía ascender al cielo y entrar en su Paraíso sino cuarenta días después, vale decir, en la Ascensión. Antes, hoy mismo, necesitaba descender a los infiernos. Esto está explícito en el Símbolo de la Fe. Para que se cumpliera la Promesa infalible de Cristo agonizante, no queda, pues, sino el *Paraíso terrestre.*

Ahora bien: este Paraíso, clausurado e inhallable a partir de la Expulsión, sólo se abrió a la llegada de ese admirable Ladrón, que representa a la Humanidad salvada en el Calvario y cuya celebración fijada por la Igleisa tiene lugar el 24 de abril. Los antiguos padres, antes y después de San Cirilo de Jerusalén, que murió en el siglo IV, creían que las almas de los difuntos, en seguida del purgatorio, son transferidas al Paraíso de Adán, antesala necesaria del Paraíso eterno, sea en el lugar del mundo que fuere, y que el buen Ladrón tiene la misión y el privilegio de introducirlas allí. Según ellos, el patriarca Henoch y el profeta Elías, únicos humanos preservados de la muerte, fueron los únicos habitantes de ese desierto de beatitud, hasta que la muerte del Salvador rompió los cerrojos. Tal pensaban San Justino, San Ireneo, San Hilario de Poitiers y una multitud de otros. San Dimas recibió las llaves del Paraíso terrestre como San Pedro las del Reino de los cielos.

*
* * *

Una criatura extraordinaria me dijo un día: "Lo que Dios quiere ocultar, lo oculta *en la casa del ladrón*".

Después de más de treinta años tengo presentes estas palabras, que han iluminado tantas cosas para mí. Buscar el Paraíso terrestre, es buscar al buen Ladrón. Pero, ¿dónde buscarlo sino donde desapareció, vale decir, en el fondo del abismo que engulló a la Atlántida? El Jardín de Voluptuosidad debió descender, como

Jesús, muy cerca de los infiernos, a profundidades donde los sondeos más ambiciosos no pueden llegar. Descendió con su gloriosa Luz, con las Llamas sobrenaturales que lo rodean como una muralla y contra las cuales no pueden prevalecer ni las tinieblas ni las aguas inmensas. *Ignis in aqua valebat supra suam virtutem et aqua extinguentis naturæ obliviscebatur,* dice el libro de la Sabiduría. Los milagros no embarazan al Señor.

*
* *

Y ahora, ¿qué haremos de nuestro pobre burgués y de sus lugares comunes, que hemos dejado tan prodigiosamente lejos? ¿Iremos a buscar al burgués donde lo dejamos? ¿Lo permitirían los ángeles y ministros de la Gracia que son nuestros guardianes? Suponiendo que fuese posible traerlo hasta aquí, traerlo donde estamos, en ese crepúsculo divino en que temblamos de amor, ¿no nos reclamaría de inmediato su querida inmundicia, ensuciándonos con su indecente sabiduría? Porque nos diría, de una manera o de otra, que el Paraíso terrestre es él mismo y que no aconseja a ningún ladrón que intente entrar allí, pues las puertas de su inteligencia y de su corazón están admirablemente cerradas. Nos diría que su propia luz le basta y que no necesita ninguna iluminación sobrenatural; que, por otra parte, lo de la Atlántida es una fábula ridícula y que si hubiera un Paraíso terrestre se sabría. En cuanto a las almas, agregaría, nadie las ha visto jamás, y cuando uno muere, muerto está. En lo que respecta a las volcanes y a las convulsiones terrestres, lo tienen sin cuidado, pese a lo que los sabios puedan afirmar. El oficio de éstos es aterrar al pobre mundo, pero los desafía a que le hagan perder a él el apetito, etc.

"Los caminos de Dios están en el mar y en la profundidad de los abismos". Seguramente, ¡oh burgués!, estas palabras del salmista no significan gran cosa para ti, hasta deben parecerte menos que nada. Sin embargo, si fuera tu notario quien las pronunciara, tu notario inconcebiblemente iluminado de pronto, revelándote que tú mismo eres un abismo, por donde camina, cuando le place, el propietario de todos los abismos, si ocurriera ese milagro, ¿qué dirías tú y qué sería de tu apetito?

¡Piénsalo, burgués: un abismo que nadie puede medir, como

está escrito en el Libro Santo, y donde sólo los Ojos del Señor, *lucidiores super solem,* son capaces de penetrar! Tú, irreprochable y considerado tendero, tú serás el abismo de Job cuando dice: "La sabiduría no está en mí", tú serás el abismo que invoca al abismo, ¡y cuán en vano!, el día en que Aquel a quien te empeñas en ignorar te presente el recibo de tu morada de abismo...

Bueno es soñar, sin embargo, pobre imbécil, y soñando, abstenerse un poco de ser estúpido y de hacer sufrir a los desdichados. Porque eso, abismos, y nada más que abismos, somos tú y yo.

Bourg-la-Reine, 18 de abril de 1913.

INDICE

SERIE PRIMERA

	Pág.
Prólogo	5
I. — Dios no pide tanto	7
II. — Nada es absoluto	8
III. — Lo mejor es enemigo de lo bueno	9
IV. — El hospital no se ha hecho para los perros	10
V. — La pobreza no es un vicio	11
VI. — Nadie es perfecto	12
VII. — Los deshonestos temen la luz	15
VIII. — Los niños no piden venir al mundo	16
IX. — Hay que comer para vivir	17
X. — No es posible vivir sin dinero	18
XI. — Hacer trabajar el dinero	19
XII. — Los negocios son los negocios	19
XIII. — La ley se hizo para mí	21
XIV. — No es posible tenerlo todo	22
XV. — Todo el mundo no puede ser rico	23
XVI. — Hay que morir rico	24
XVII. — Cuando se es del comercio	25
XVIII. — No es posible rehacerse	26
XIX. — La medicina es un sacerdocio	27
XX. — Todas las opiniones son respetables	28
XXI. — Yo soy como Santo Tomás	30
XXII. — Yo me lavo las manos, como Pilatos	31
XXIII. — Predicar en el desierto, como San Juan	32
XXIV. — Vivir en las nubes	33
XXV. — Ser correcto	35
XXVI. — Ser práctico	35
XXVII. — Cabalgar en los principios	36
XXVIII. — Ser poeta a sus horas	37
XXIX. — Hallarse en estado interesante	38
XXX. — Hay que ser de su siglo	38
XXXI. — No hay que ser más católico que el Papa	40
XXXII. — Todos los gustos están en la Naturaleza	41

XXXIII. — No todas las verdades son buenas para dichas 41
XXXIV. — Buscar el mediodía a las catorce 42
XXXV. — Hay límites que no deben pasarse 43
XXXVI. — Todo exceso es un defecto 44
XXXVII. — Hay que aullar con los lobos 47
XXXVIII. — Sólo la verdad ofende 48
XXXIX. — Lo que pierde a los grandes hombres es la ambición 48
XL. — No se está en la tierra para divertirse 49
XLI. — Yo no soy un santo 50
XLII. — No me hago mejor de lo que soy 51
XLIII. — La palabra es plata; el silencio, oro 52
XLIV. — He ganado el descanso 53
XLV. — El dinero no hace la felicidad, pero... 54
XLVI. — Volver a entrar en su dinero 55
XLVII. — Todo el mundo debe vivir 56
XLVIII. — Todos los caminos llevan a Roma 57
XLIX. — París no fué hecho en un día 57
L. — La lluvia y el buen tiempo 58
LI. — La flor y nata de la decencia 59
LII. — El honor de las familias 62
LIII. — Los deberes del mundo 63
LIV. —El hábito es una segunda naturaleza 63
LV. — Donde hay fastidio no hay placer 64
LVI. — No hay placer sin pena 65
LVII. — No es posible hacer una tortilla sin cascar los huevos 66
LVIII. — No tengo suelto 66
LIX. — Yo podría ser su padre 68
LX. — No se muere más que una vez 69
LXI. — Es feliz, ya no sufre 69
LXII. — Murió sin darse cuenta 70
LXIII. — Se diría que duerme 71
LXIV. — Murió como una santa 72
LXV. — Se debe respetar a los muertos 74
LXVI. — Los muertos no pueden defenderse 74
LXVII. — Yo no soy un criado o cuando se amamanta 75
LXVIII. — Yo no necesito de nadie 78
LXIX. — Los grandes dolores son mudos 78
LXX. — *Quo vadis?* 79
LXXI. — La más hermosa muchacha del mundo no puede dar sino lo que tiene 79

LXXII. — Nadie está obligado a hacer lo imposible 81
LXXIII. — Hombre prevenido vale por dos 82
LXXIV. — ¡Qué quiere usted, el hombre es el hombre! .. 83
LXXV. — Hay componendas con el cielo 83
LXXVI. — En el cielo se reconocen todos 84
LXXVII. — Los curas son hombres como los demás 85
LXXVIII. — Cada cual para sí y Dios para todos 85
LXXIX. — Seguir tranquilamente su camino 87
LXXX. — No valer un diablo 88
LXXXI. — Lamentar que la desposada sea demasiado hermosa 88
LXXXII. — Matar el tiempo 89
LXXXIII. — Tener gracia 89
LXXXIV. — Asegurar el porvenir de los hijos 90
LXXXV. — Hacer honor a sus negocios 91
LXXXVI. — Hacerle un agujero a la luna. Hacer su agujero 91
LXXXVII. — Encender la candela por los dos cabos..... 92
LXXXVIII. — Vender la piel del oso 94
LXXXIX. — Perder las ilusiones 94
XC. — Sufrir el martirio 95
XCI. — Sepultarse en un claustro 96
XCII. — Buscar pelos en la leche 97
XCIII. — Tender la mano 97
XCIV. — Respetar las conveniencias 99
XCV. — Ser de buena fe 100
XCVI. — No ser el primero que llega o no ser un cualquiera 100
XCVII. — Hacer calaveradas, o hay que vivir la juventud, o no somos de madera 101
XCVIII. — Hacer un buen casamiento 101
XCIX. — Llegar a un fin o sentar la cabeza 102
C. — Hacerse una razón o entrar en razón 103
CI. — Montar un negocio 104
CII. — Proteger a las bellas artes 105
CIII. — De la discusión nace la luz 105
CIV. — El que sólo oye una campana, no oye más que un son 106
CV. — El sol brilla para todos 107
CVI. — El Señor *Todo el Mundo* tiene más ingenio que el señor Voltaire 108
CVII. — El que quiere probar demasiado, no prueba nada.. 108
CVIII. — Nunca es demasiado tarde para hacer el bien.. 109

CIX. — Poco a poco el pájaro hace su nido 110
CX. — Muchos pocos hacen un mucho..... 112
CXI. — No se puede ser y haber sido..... 113
CXII. — Si la juventud supiera, si la vejez pudiera..... 113
CXIII. — ¡Si uno lo supiera todo! 114
CXIV. — No se puede pensar en todo 114
CXV. — *Cherchez la femme* 115
CXVI. — Cada cosa a su tiempo 116
CXVII. — El tiempo es oro 117
CXVIII. — El dinero no tiene olor 117
CXIX. — Cuanto más loco es uno, más ríe 118
CXX. — No todo lo que brilla es oro 122
CXXI. — No hay que jugar con fuego 123
CXXII. — El buen Dios 124
CXXIII. — La Naturaleza 125
CXXIV. — La ciencia 126
CXXV. — La razón 127
CXXVI. — El azar 128
CXXVII. — La noche de la Edad Media 129
CXXVIII. — La Inquisición 130
CXXIX. — La de San Bartolomé 131
CXXX. — En todas las religiones hay algo bueno 132
CXXXI. — Tener espíritu falso, exagerar 133
CXXXII. — No hay que ver las cosas demasiado negras... 134
CXXXIII. — No hay mal que por bien no venga 135
CXXXIV. — Todo llega para el que sabe esperar..... 136
CXXXV. — La salud ante todo 136
CXXXVI. — Dios ya no hace milagros 137
CXXXVII. — Yo no soy más tonto que los demás 138
CXXXVIII. — El fin justifica los medios, o no hay economía pequeña 139
CXXXIX. — A mala suerte, corazón firme 141
CXL. — Tener corazón, tener buen corazón 141
CXLI. — Tener amor propio 141
XCLII. — Tener el trabajo fácil 142
CXLIII. — Tener suerte 143
CXLIV. — Tener pan en el horno 143
CXLV. — Mantener bailarinas 144
CXLVI. — Los ausentes nunca tienen razón 145
CXLVII. — El dinero se esconde 145
CXLVIII. — Quiero dormir tranquilo 145

CXLIX. — No quiero morir como un perro 147
CL. — Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos.. 148
CLI. — Le hablo como amigo 148
CLII. — Un libro de cabecera 149
CLIII. — El corazón en la mano o Lágrimas de cocodrilo.. 150
CLIV. — Ser hijo de sus obras 151
CLV. — No se puede hacer dos cosas a la vez..... 151
CLVI. — La mujer honrada 152
CLVII. — El valor civil 152
CLVIII. — No todo es color de rosa..... 154
CLIX. — Los hermosos sueños de la infancia..... 155
CLX. — Los buenos tiempos de antes 156
CLXI. — Los borrachos tienen un Dios aparte 156
CLXII. — El apetito viene comiendo 157
CLXIII. — No se presta sino a los ricos 157
CLXIV. — No hay oficio tonto 158
CLXV. — La noche se hizo para dormir..... 158
CLXVI. — La ocasión hace al ladrón 159
CLXVII. — No hay humo si no hay fuego 160
CLXVIII. — Entre dos males hay que elegir el menor.... 160
CLXIX. — Uno no es una moneda de oro, o lo que conviene a las muchachas 161
CLXX. — La crítica es fácil; el arte, difícil..... 163
CLXXI. — Soy un filósofo o El año cuarenta 163
CLXXII. — Una vez no es costumbre 164
CLXXIII. — ¡No, no necesitaba esto! 164
CLXXIV. — Los hijos son como uno los hace 166
CLXXV. — Hay que hacerse un nombre 167
CLXXVI. — Se hace lo que se puede..... 167
CLXXVII. — Se... 168
CLXXVIII. — Todos los hombres son hermanos 169
CLXXIX. — Todo o nada 169
CLXXX. — Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere..... 169
CLXXXI. — El que paga sus deudas, se enriquece..... 170
CLXXXII. — Cuando el diablo lleva a viejo, se hace ermitaño 171
CLXXXIII. — ¿Qué hacía usted en 1870? 172
Epílogo 175

SERIE SEGUNDA

Preludio. Hay que ponerse al alcance de todo el mundo.... 177
I. — A la fortuna de la olla o Donde hay para dos hay para tres 179
II. — La elección de carrera 180
III. — Un vagabundo 181
IV. — Un hombre de peso 182
V. — Prometer más manteca que pan 183
VI. — Comer primero su pan blanco 183
VII. — Con la mejor intención 184
VIII. — Pagad y seréis considerados 185
IX. — El primer paso es el que cuesta 186
X. — Poner el arado delante de los bueyes 187
XI. — Las buenas cuentas hacen los buenos amigos 188
XII. — Traer suerte. Traer desgracia 189
XII. — Tapar un agujero 190
XIV. — Tener un mal asunto entre manos o entre brazos.. 190
XV. — Estar sobre ascuas 191
XVI. — Tener cargas 192
XVII. — Hacer su camino o llegar a algo..... 193
XVIII. — Hacer ceremonias 194
XIX. — Hacer bien las cosas 195
XX. — Mandarle decir a alguien algunas muchas cosas..... 196
XXI. — Hacer el bien alrededor de uno..... 197
XXIII. — Hacer lo que se puede 198
XXIII. Hacer vida 199
XXIV. — Hacer fortuna 200
XXV. — Hacer la lluvia y el buen tiempo..... 200
XXVI. — Hacer caridad 201
XXVII. — Hacer el amor 203
XXVIII. — Es mejor inspirar envidia que piedad 203
XXIX. — Hacerse un poco de *toilette* 204
XXX. — Haga de cuenta que está en su casa 205
XXXI. — Hacerse una pinta de buena sangre 205
XXXII. — Las mejores cosas no tienen más que un tiempo 206
XXXIII. — La suerte nunca llega sola 207
XXXIV. — No hay cociedad, por buena que sea, que no se deje 207

XXXV. — Ser ordenado 209
XXXVI. — Tener tupé 210
XXXVII. — Dar pruebas de lo que se es 211
XXXVIII. — Tener muchas cuerdas en su arco 213
XXXIX. — Tener heno en las botas o estar bien forrado... 214
XL. — Tener un corazón de oro 214
XLI. — Tener el testimonio de la propia conciencia..... 215
XLIII. — Estar por lo sólido 219
XLIII. — Es mejor entenderse con Dios que con los santos. 220
XLIV. — ¡La religión es tan consoladora! 221
XLV. — Los pensamientos detrás de la cabeza 223
XLVI. — Leer entre líneas 224
XLVII. — Leer con madurez y reflexión 225
XLVIII. — Deber a Dios y al Diablo 225
XLIX. — Como haces la cama así duermes 226
L. — Aguar su propio vino 227
LI. — El latín de cocina 228
LII. — El latín, en las palabras, desafía a la honestidad.... 229
LIII. — El latín es una lengua muerta 229
LIII. — El latín es una ....
LIV. — Perder su latín o No dar con la tecla 230
LV. — El casamiento es una lotería 231
LVI. — Engañar a su marido 232
LVII. — Sólo el fango ensucia 233
LVIII. — El fuego todo lo purifica 233
LIX. — Hacer la parte del fuego 234
LX. — El fuego sagrado, el fuego de la composición, el fuego de paja 235
LXI. — Echar aceite enel fuego 235
LXII. — Jugar con el fuego 236
LXIII. — Estar entre dos fuegos 237
LXIV. — Tirarse al fuego por alguien 238
LXV. — El bautismo del fuego 239
LXVI. — ¿De dónde saca usted las hermosas cosas que dice? 239
LXVII. — Es usted un original 240
LXVIIII. — El honor 241
LXIX. — La honestidad 242
LXX. — Es preferible oír eso que ser sordo 243
LXXI. — Donde nada hay, el rey pierde sus derechos 244
LXXII. — Cual es el sacrificio, tal es el honor 245
LXXIII. — Ser afortunado 245

LXXIV. — En la guerra como en la guerra 246
LXXV. — Principio quieren las cosas 247
LXXVI. — Nada es eterno 248
LXXVII. — Una buena medianía 249
LXXVIII. — Los extremos se tocan 249
LXXIX. — Ser bien pensado o recular para saltar mejor ... 250
LXXX. — Llenar o cumplir los deberes religiosos 251
LXXXI. — Trabajar es orar 252
LXXXII. — El fanatismo 253
LXXXIII. — La palabra de Dios 254
LXXXIV. — Una vida edificante 255
LXXXV. — No saber a qué santo encomendarse 256
LXXXVI. — El hombre propone y Dios dispone 257
LXXXVII. — Esperado como el Mesías 258
LXXXVIII. — El que da a los pobres, presta a Dios 258
LXXXIX. — Falta de noticias, buenas noticias 259
XC. — Aclarar su religión 260
XCI. — Matar dos pájaros de una pedrada 261
XCII. — Participar en el duelo de alguien 262
XCIII. — Suyo, de todo corazón 263
XCIV. — Prometer no es dar 263
XCV. — Tener esperanzas 264
XCVI. — Morir de muerte natural 265
XCVII. — Perderse en conjeturas 266
XCVIII. — A grandes males grandes remedios 267
XCIX. — La ciencia no ha dicho la última palabra 268
C. — Yo no hablo al azar 268
CI. — Yo no nací ayer 269
CII. — El pasado no vuelve 270
CIII. — Desde que el mundo es mundo 271
CIV. — ¿Adónde vamos? 272
CV. — Tener dinero 273
CVI. — Sólo conozco al dinero 274
CVII. — Yo no escupo al dinero 274
CVIII. — Poner a un lado un poco de dinero 275
CIX. — No se lleva uno su fortuna cuando muere 276
CX. — No hay más Dios que el dinero 276
CXI. — No se sabe qué color tiene su dinero 278
CXII. — Dar crédito o abrir un crédito 279
CXIII. — Estar acribillado de deudas 279
CXIV. — Tirar el dinero por las ventanas 280

CXV. — Unir los dos cabos 281
CXVI. — Lo que cuesta los ojos de la cara 282
CXVII. — La manera de dar vale más que lo que se da ... 283
CXVIII. — Vale más buena fama que cinturón dorado 284
CXIX. — No he hecho todavía mi caja 285
CXX. — Cuenta errada no vale 286
CXXI. — Escurrir el bulto 287
CXXII. — Retirarse de los negocios 288
CXXIII. — Al que muere, lo entierran o Después de mí, el diluvio 289
CXXIV. — El más hermoso día de la vida 290
CXXV. — Vivir *su* vida 290
CXXVI. — Ver la muerte de frente 291
CXXVII. — Paso por alto los mejores 293
Conclusión 295

EL DESESPERADO

Esta novela autobiográfica, aparecida en 1889, es sin duda alguna, por amarga ironía, la obra que más contribuyó, al par que a la celebridad, al infortunio del autor. Pinta éste en ella, en efecto, con tan cruda valentía el cuadro de la sociedad de su tiempo, y muy especialmente del mundo literario y periodístico, que de inmediato, por tácito acuerdo de cuantos se vieron en ella aludidos, se hizo en torno suyo la conspiración del silencio, cuya condena debía perdurar hasta el fin de sus días. *El desesperado* sobrevive, empero, no sólo como una violenta y despiadada requisitoria contra la estulticia y la mediocridad de los que usufructuaban fama y privilegios sociales en aquella época, sino también y sobre todo, como la más alta expresión de la prosa magistral de León Bloy.

CUATRO AÑOS DE CAUTIVERIO

Este tercer libro de la serie de los *diarios* comprende la vida de León Bloy en el período de 1900 a 1904. Cuatro años, otros cuatro años, de tribulación espiritual y desamparo del gran escritor, que se ve forzado, a su regreso de Dinamarca, a refugiarse en Ceux-d'En-Bas, suburbio de Cochons-sur-Marne, a cuarenta kilómetros de París. De ahí el título del libro *(Cuatre ans de captivité á Cochons-sur-Marne)*, que, "tomado al pie de la letra —dice Jacques Maritain—, hizo suponer a algunos cronistas que el autor había pasado cuatro años en la cárcel". El propio León Bloy, recordando este período de su vida, escribió tiempo después que nada lo caracteriza mejor que las palabras que como epígrafe del año 1900 pusiera en *Cuatro años de cautiverio:* "Hubo un virtuoso de su alma, que ejecutaba en ésta como en un violín sobrenatural, y jamás habíase oído una música tan dolorosa..."

LA MUJER POBRE

"Cada uno de mis libros es una *confesión* arrancada por la tortura", dice León Bloy en el prólogo de *Mi diario*. Aplicable a todos los que escribiera, tal afirmación es exacta, en sentido absoluto, en cuanto a *La mujer pobre*, novela autobiográfica aparecida en 1897. Se trata, en efecto, de la "confesión" del drama que conmovió su vida dos décadas atrás. Drama hondo, donde la ficción apenas disimula la realidad histórica de los hechos y de los personajes, constituye, al par que un magistral cuadro de la sociedad de la época, un inapreciable documento para penetrar en el mundo espiritual del autor. He aquí, en carta a éste, a quien no conocía, el juicio del insigne Maeterlinck: "Acabo de leer *La mujer pobre*. Es, en mi opinión, la única obra de nuestros días donde hay señales de genio, si por tal han de entenderse ciertos detalles *en profundidad* que vinculan lo que se ve con lo que no se ve y lo que no se comprende todavía con lo que un día se comprenderá. Considerada en un sentido puramente humano, se piensa involuntariamente en el *Rey Lear*, sin encontrarse otros puntos de referencia en las literaturas. Crea, señor, en mi profunda admiración".

CARTAS A MARITAIN Y VAN DER MEER

Aparecen reunidas en este libro la casi totalidad de las cartas enviadas por León Bloy a sus ahijados y amigos dilectos Jacques Maritain y Pierre Van der Meer, en el transcurso de diez años al primero (1905-1915) y de seis al segundo (1909-1915). Maestro en el género epistolar, que cultivó con preferencia durante toda su vida, León Bloy pone siempre en sus cartas, según puede advertirse en las que aquí se incluyen, una aguda apreciación de los sucesos, una profunda fe cristiana, una generosa amistad y, por sobre todo, una insuperable belleza de expresión, lo que les da, aun a las meramente circunstanciales, permanente valor literario. Prologa el libro, con una página de magnífica devoción, Jacques Maritain.

EN MENDIGO INGRATO

En 1892, con *El mendigo ingrato,* inicia León Bloy, a los cuarenta y seis años de edad, la serie famosa de sus *diarios,* que constan de ocho títulos y termina un cuarto de siglo después con *La puerta de los humildes,* cuya última anotación aparece fechada el 20 de octubre de 1917, dos semanas antes de la muerte del insigne escritor. Obra terrible y dolorosa, impregnada toda ella de amarga realidad y profundo misticismo, constituye, al par que una impresionante autobiografía, un testimonio magnífico de los grandes acontecimientos de la época, cuyo comentario, con frecuencia crudo y descarnado pero siempre valiente y certero, asume a veces, al cabo de medio siglo, un sentido verdaderamente profético. *El mendigo ingrato,* que abarca el período de 1892 a 1895, se cierra con una página desgarradora: la muerte de su hijo.

LA SALVACION POR LOS JUDIOS

La aparición, en 1892, de *Francia judía,* violento libelo antisemita de Eduardo Drumont, provocó la generosa reacción de León Bloy y dió origen a *La salvación por los judíos,* "que es, sin duda, juntamente con *La mujer pobre* —dice Jacques Maritain— su obra cumbre". Tal pensaba el propio León Bloy, para quien, "después del capítulo XI de San Pablo a los Romanos, y aparte de la inspiración sobrenatural de éste, *La salvación por los judíos* es el testimonio cristiano más enérgico que se haya escrito jamás en favor de la raza primogénita".

EL PEREGRINO DE LO ABSOLUTO

Sexto libro de la serie de los *diarios* de León Bloy. Abarca la vida de éste en el lapso que va desde 1910 hasta 1912. Entre las muchas páginas que dan calidad y belleza a este tomo, señálase muy especialmente, aparte de dos del propio Bloy (el epílogo del libro y un estudio sobre Beethoven), una serie de breves estudios sobre la personalidad y la vida del autor suscritos entre otros, por Jacques Maritain, Emile Baumann, Alfred Pouthier, Edmond Bartélemy, Van der Meer y Termier-Boussac.

LA SANGRE DEL POBRE

"La sangre del pobre es el dinero, por el cual los hombres viven y mueren desde hace siglos", dice el autor al comienzo de este libro aparecido en 1909 y cuyo sentido queda así definido. Requisitoria implacable contra el rico, contra el mal rico, "cuya alegría tiene como elemento substancial el dolor del pobre", es al propio tiempo un magnífico alegato de defensa de la "multitud infinita de corazones que sufren, de hijos de Dios que se ven afligidos y no tienen voz para quejarse". Son palabras del propio Bloy, que dice a Verónica, su primogénita: "Tu padre ha procurado gritar por ellos y reunir, en una especie de *miserere,* los gemidos de todos esos desgraciados".

EL VIEJO DE LA MONTAÑA

Relata este diario, "quinta rueda del carro de sus lamentables memorias", como el propio autor lo califica en la dedicatoria a Henri Barbot, el período de la vida de León Bloy comprendido entre 1907 y 1910. Crónica de tribulaciones sin cuento, dolorosa como todas las que la preceden y la siguen, su tono general parece, empero, atemperado por una visión de los hechos más serena o acaso menos amarga que en las otras de la serie. Un interesante estudio de André Dupont sobre León Bloy y el dinero, publicado en el *Mercure de France* el 16 de febrero de 1910, sirve de prólogo a este libro.

EN EL UMBRAL DEL APOCALIPSIS

Abarca este *diario,* séptimo de la serie, la vida de León Bloy en los años 1913, 1914 y 1915. La gran tragedia que asoló al mundo, largamente y por momentos casi proféticamente prevista por el autor, cobra en estas páginas dramática y palpitante actualidad. Libro de profunda desolación, se cierra con un breve y desgarrador epílogo, cuyas últimas palabras expresan, en angustiada resignación, el estado de ánimo de León Bloy en aquella hora en que la caída de Francia parecía ya irremediable y definitiva: "Yo espero a los cosacos y al Espíritu Santo".

EL SIMBOLISMO DE LA APARICION

Escrita en 1879, por inspiración del abate Tardif, que acompañó a León Bloy en la peregrinación que realizara ese año a la Salette, esta obra no fué publicada hasta 1925, ocho años después de la muerte de su autor. Pese a su carácter de refutación histórica y teológica a los ataques del liberalismo anticlerical, el fervoroso creyente que había en Bloy se sobrepone en ella al violento polemista que fué siempre, y el alegato se convierte en cántico magnífico. Es uno de los más maravillosos himnos que han sido escritos en alabanza de la Madre de Dios.

LA PUERTA DE LOS HUMILDES

Octavo y último libro de la serie de los *diarios* de León Bloy. Comprende la vida de éste desde el 8 de octubre de 1915 hasta el 20 de octubre de 1917, un par de semanas antes de su muerte. Quebrantada ya definitivamente su salud, durante casi todo ese período se vió el autor alejado prácticamente del mundo, al que apenas asomó en alguna rara ocasión. Rodeado del afecto de los suyos y de un grupo de entrañables amigos, trabajó, empero, hasta el último momento. Además de éste y de algún otro, corresponde a ese período final de su vida un libro magnífico: las *Meditaciones de un solitario.*

LA QUE LLORA

En este libro, concebido a raíz de la peregrinación que realizara en su juventud al santuario de la Salette y terminado en 1907, treinta años después, asume León Bloy, con magnífica elocuencia y copiosa información, la defensa de Melania y Maximino, los pastorcitos videntes. "No escribo para las multitudes —dice—, me dirijo exclusivamente a los que conocen el caso de la Salette, convencido de que los demás no se interesarán por él. Quiero, sobre todo, en cuanto es posible, mostrar el milagro ulterior, y que acaso tiene más significación que el de la Aparición misma: el milagro ciertamente más increíble de la indiferencia universal y la hostilidad casi unánime".

EL ALMA DE NAPOLEON

Más que una biografía, en el sentido estrictamente histórico, esta obra, escrita en 1912, es un ensayo de interpretación del destino del gran corso, "considerado como instrumento divino", según las propias palabras de su autor. Intento cuya misma originalidad hacía más ímprobo su realización llegó a parecerle por momentos insuperable. "¡Qué trabajo! —dice en un pasaje de *El peregrino de lo absoluto,* su *diario* en aquella época—. Cada capítulo constituye un motivo de angustia y debe ser extraído de mi propio fondo como un poema sin el auxilio verdaderamente eficaz de ninguna documentación".

MI DIARIO

Este diario, segundo libro de la serie y continuación de *El mendigo ingrato,* abarca la vida de León Bloy en el período comprendido entre los años 1896 y 1900. Gran parte de él, acaso lo esencial, se refiere a la estada del autor y su familia en Dinamarca, verdadera aventura, siempre azarosa y por momentos hondamente dramática, que se prolongó por espacio de diez y siete meses. Se cierra el libro a la terminación del exilio, el 11 de junio de 1900, con una anotación cuyas palabras finales son una síntesis de la andanza y una amarga profecía: "En adelante, sufriremos en Francia".

EL INVENDIBLE

Comprende este *diario,* cuarto de la serie, el período de la vida de León Bloy que va desde 1904 hasta 1907. Período doloroso, como todos los jalonados a lo largo de un cuarto de siglo y casi día por día en estas memorias del autor, un hecho auspicioso resalta en su transcurso y pone en medio de las ya habituales tribulaciones una luz de bienaventuranza: la iniciación de la amistad ejemplar con Jacques y Raissa Maritain, "aventura sobrenatural", según el mismo León Bloy la calificara, con profética premonición, en el momento mismo de conocer a los que habían de ser sus dilectos ahijados y albaceas de su gloria.

Este libro se terminó de imprimir el día 11 de enero de 1951, en los Talleres Gráficos "Pedro Goyena", Herrera 527, Buenos Aires, República Argentina. — 2199